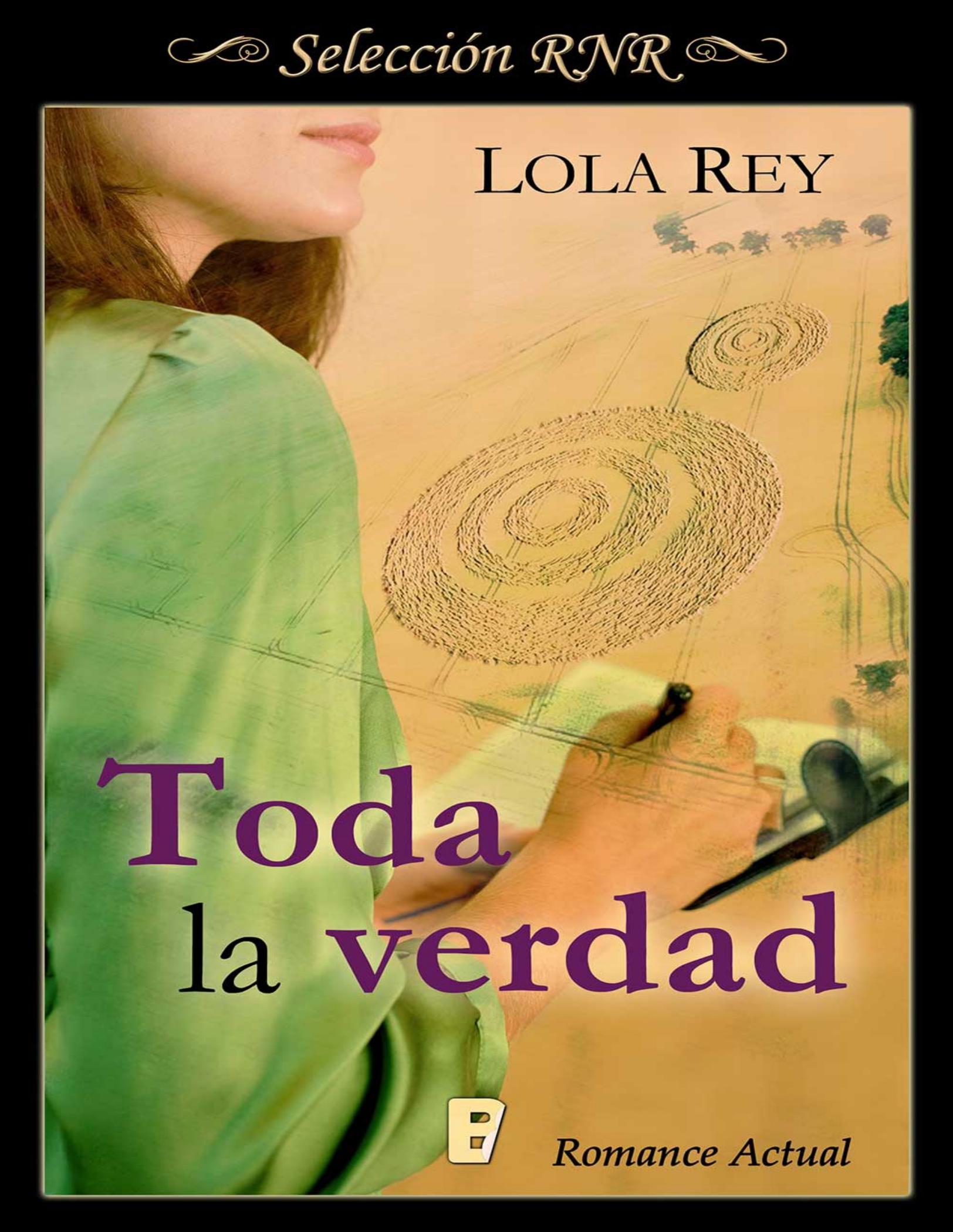


Selección RNR

LOLA REY

The book cover features a woman in a light green shirt on the left, looking towards the right. The background is a warm, yellowish-tan color with faint pencil sketches of a landscape, including trees and a large, intricate spiral pattern. The title 'Toda la verdad' is written in a large, purple, serif font across the center. At the bottom, there is a small white icon of a book and the text 'Romance Actual' in a black serif font.

**Toda
la verdad**



Romance Actual

Toda la verdad

Lola Rey



1.ª edición: mayo, 2017

© 2017 by Lola Rey

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-748-1

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

Capítulo 1

Rachel permanecía sentada sobre la pequeña meseta que coronaba la colina. Empezaba a anochecer y al darse cuenta miró con un gesto de preocupación al contactado; este, captando su muda pregunta, hizo un breve gesto de asentimiento y continuó con los ojos cerrados y las manos extendidas frente a sí; Rachel reprimió un suspiro deseando que no fuese uno más de tantos visionarios fanáticos con los que no había tenido más remedio que tratar. La luz sobre el horizonte adoptó un bonito color fucsia que anunciaba que en breve el sol se ocultaría; a pesar de que llevaba unos binoculares de última generación, unos Edge GS 3 con un sistema de visión nocturna por infrarrojos, hubiese preferido que el avistamiento se hubiese producido cuando aún había luz natural; de noche era mucho más difícil interpretar de manera correcta las siluetas y las luces. Junto a ella Dennis miraba la cámara, comprobando por tercera vez que todo estuviera en orden; Rachel deseó con todo su corazón que esta vez sí fuese cierto.

—Ya vienen. —La voz del contactado la puso en alerta. Echó una nerviosa mirada a Dennis que se limitó a murmurar:

—Estoy listo.

Rachel miró al contactado, este observaba con fijeza algún punto indeterminado del noroeste y, ajustando sus binoculares, contempló el cielo en la misma dirección, tan concentrada que apenas notó el agudo picotazo de un mosquito. En ese momento, lo que parecía una gran nube moviéndose majestuosa entre pequeños jirones blancos apareció por el horizonte. Rachel tragó saliva.

—Graba esa nube Dennis.

—Ya lo estoy haciendo... Que me jodan si eso no es lo que yo creo.

La nube paró de repente de una manera tan poco natural que Rachel lanzó un grito de júbilo. En ese momento, se olvidó de la presencia del contactado, del puñetero mosquito que había decidido cebarse con ella y de sus carísimos binoculares, que había dejado caer sobre su pecho de cualquier manera. La extraña nube pareció iluminarse ligeramente desde dentro, y la voz del contactado la sacó de su ensimismamiento.

—¿Puede ver la nave?

—Está dentro de la nube, ¿no es así?

Dennis dirigió la cámara al contactado, esperando su respuesta.

—No es una nube, es materia plasmática que produce la nave y que le sirve para camuflarse.

—¿Estará mucho tiempo?

—Mandrath me comunica que dentro de poco transmitirán un mensaje que estará al alcance de todos los ojos, pero que no todos verán.

—¿Cuándo será?

—Dentro de poco. —El contactado no pareció notar la agitación y la impaciencia que transmitía la voz de Rachel.

—¿Ha dicho algún lugar?

El contactado cerró los ojos y pareció ignorar la pregunta. La maldición de Dennis la hizo mirar hacia el lugar donde se había detenido la extraña nube, pero esta ya había desaparecido.

—¡¡Joder!! —murmuró contrariada.

En ese instante el hombre pareció salir de su trance y dirigiéndose a ella le clavó su enigmática mirada y murmuró:

—Cuando sea el momento, usted sí lo verá.

Rachel reprimió un suspiro de frustración. Lionel, el supuesto contactado, era demasiado hermético. Esa cualidad, que en un principio le había sugerido a ella seriedad y sinceridad (por la absoluta falta de publicidad de sí mismo que había exigido a cambio de dejarlos acompañarlo), ahora la fastidiaba sobre manera.

—¿Qué quiere decir exactamente?

El hombre comenzó a andar dirigiéndose hacia su coche y, durante unos segundos, Rachel pensó que iba a marcharse sin contestar, pero antes de abrir el coche Lionel se volvió hacia ella y murmuró:

—Mandrath dice que a partir de este momento los mensajes van a ser visibles, aunque solo unos pocos sabrán interpretarlos y me habló de usted. Fue por eso que me puse en contacto con su revista...

El corazón de Rachel dio un vuelco y echó una mirada ilusionada a Dennis, que ya tenía la cámara recogida y el pesado bolso colgado al hombro. Este se limitó a alzar las cejas en un gesto que ella no supo interpretar. Lionel se subió

en su ranchera y arrancó, sin dirigirles ni una sola mirada de despedida. Un tipo raro, sin duda.

Una media hora más tarde, ya al volante de su Ford Fusion, Rachel no podía contener la excitación que la embargaba.

—¿Cuándo tendrás lista la grabación?

—En un par de días. —Dennis dejó de manipular la cámara y la metió en su funda, a la vez que se recostaba en el asiento del copiloto y comenzaba a dormir.

—¿Crees que hay algo bueno?

Dennis abrió los ojos y pareció sopesar la respuesta durante unos segundos.

—Ya sabes cómo es esto Rachel... Lo que para ti es un avistamiento genuino, para los escépticos no será más que un estratocúmulo.

—¿Para mí, Dennis? —Rachel apartó durante unos segundos la vista del camino—. ¿Acaso tú no has visto lo mismo que yo?

Dennis resopló antes de responder.

—Claro que sí, pero esto es como el rollo poli bueno, poli malo. Tú crees que ya tienes el material que convencerá a los escépticos, y yo tengo que procurar que mantengas los pies en el suelo.

—Y yo que creía que tu trabajo consistía en grabar y en hacer fotos...

—Eso también —rio Dennis.

—Sí, pero sé a lo que te refieres. —Tras decir esto, Rachel permaneció unos segundos en silencio aparentemente concentrada en la conducción, pero su mente no dejaba de dar vueltas a lo que acababa de suceder—. De todas formas, estoy empezando a pensar que jamás voy a conseguir esa prueba inequívoca de la visita de los alienígenas que convencerá al mundo.

Dennis la miró con la alarma dibujada en su rostro.

—Rachel, ¿estás tirando la toalla? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—¡Por supuesto que no! —Ella apartó la vista de la carretera y lo miró con intensidad—. Después de escuchar tantos falsos contactados y de perder horas esperando ver aparecer una nave, esto ha sido como un soplo de aire fresco; necesitaba algo así para recuperar la ilusión, pero creo que son los visitantes los primeros interesados en mostrarse ambiguos; ¿por qué no se limitan a aparecer en mitad del estadio de los Bills en pleno partido de liga? Estoy empezando a cansarme de esto. —Enfurecida, hizo un gesto despectivo con

la mano.

—¡Oh, vamos, Rachel! —Dennis rompió a reír y la miró divertido—. ¿A quién tratas de engañar? Te he visto perseguir todo rastro de fenómeno que huela a alienígena como un sabueso persigue a un conejo, ¿cuándo se supone que has perdido la ilusión?

—Te aseguro que a veces he sentido la tentación de dejarlo todo.

—Pero no puedes.

—Exacto, pero solo porque estoy convencida de que tarde o temprano nos dejarán una prueba irrefutable de sus visitas.

—Y tú quieres ser la que esté ahí para mostrársela al mundo.

Rachel sonrió.

—Admite que suena bien.

—Sí, siempre y cuando eso no te haga obsesionarte.

—¿Renunciar a ser tomada en serio en mi carrera y dejar de lado al que probablemente era el amor de mi vida te parece que es obsesionarme?

Dentro del coche se produjo un repentino silencio. Luego Dennis lanzando un suspiro exclamó:

—Te dije que podía suceder.

—¿A qué te refieres?

—A John; te arrepientes de haberlo dejado, ¿no es cierto?

Rachel pensó la respuesta tratando de ser lo más sincera posible, no solo con Dennis, sino con ella misma.

—No te negaré que continuo echándolo de menos y a veces me pregunto qué habría sucedido si hubiese seguido junto a él y hubiese hecho caso a lo que me pedía. —Hizo un gesto difuso con la mano, pero Dennis sabía a qué se refería—. Pero sé que mi vida estaría más vacía de lo que está ahora.

El ultimátum de John resonó de nuevo en su cabeza: «No podemos formar una familia si estás todo el día de aquí para allá. Además, ¿qué les diré a todos cuando te presente? “Esta es Rachel, mi esposa, se dedica a perseguir alienígenas”». John trabajaba en un banco, y su prometedora carrera no dejaba de ascender. Ella sabía que su profesión no encajaba para nada en los círculos en los que él se movía, pero a pesar de sentir que su corazón se rompía, no se sintió capaz de renunciar a lo que hacía porque su convicción era absoluta.

Dennis torció el gesto y a continuación añadió:

—¿Te he contado que Robert ha vuelto a llamar hoy?

Rachel pisó el freno y detuvo el coche.

—¡¡Rachel!! ¿Qué diablos haces?

—¿Qué le has dicho?

Dennis titubeó; quería muchísimo a Rachel, pero a veces esta era demasiado visceral e intransigente en sus opiniones.

—Le he dicho que estaba ocupado, que no podía hablar con él.

Rachel lo observó unos segundos en silencio, tratando de evaluar si su amigo le decía la verdad. Luego asintió en silencio y puso de nuevo el coche en marcha, mientras Dennis enterraba el rostro entre las manos.

—Tienes que dejar de hacer esto, Rachel.

—Ya sabes lo que pienso de él, no quiero que vuelva a hacerte daño.

—Sí, mamá.

Rachel apretó los labios.

—Está bien, tal vez me extralimito a veces. —Afortunadamente, no vio el gesto sardónico de Dennis al oírla—. Pero solo te he visto llorar una vez y fue por el tío ese. No te merece, Dennis, y si ahora está sufriendo por ti, me alegro.

Dennis se sintió conmovido y apoyó su mano en la mano que Rachel mantenía sobre el volante, apretando brevemente en un mudo gesto de simpatía.

—Te quiero, Rachel, y tienes toda la razón del mundo.

Rachel sonrió y miró con cariño a Dennis.

—Yo también te quiero y estoy dispuesta a matar a cualquier cretino que te haga sufrir.

—Desde luego eres mi dama de brillante armadura —exclamó Dennis con un dejo de sarcástica diversión.

—Más bien soy el dragón que chamuscará a quien ose hacerte daño.

Ambos rieron, y el ambiente se relajó sensiblemente.

Dos días después Rachel miraba con frustración las fotos que Dennis acababa de pasarle. La forma de la nube era extraña, desde luego, y Dennis

había hecho un buen trabajo captando la extraña luminosidad que había surgido de ella, pero sabía que no sería suficiente. Afortunadamente, contaba con la grabación de la llegada de la «nube»; la había visto ya una decena de veces en la pantalla de su ordenador y, si bien sabía que un escéptico jamás la admitiría como una prueba concluyente, al menos tendría que admitir que había algo extraño en el movimiento y en el resplandor de la misma.

Había querido escribir un amplio artículo en la revista que había fundado junto con Dennis, y de la que era directora general, *Toda la Verdad*, pero ahora sabía que solo con las fotografías el artículo quedaría superficial, y William Snarley se le echaría encima en su columna del *Nashville Today*, estaba segura. Torció el gesto al pensar en ese hombre, su archienemigo, como decía Dennis. En las redes sociales incluso se habían creado dos grupos apoyando una y otra postura. El columnista y ella habían declarado una especie de guerra fría en la que Rachel se negaba a ser la primera en enseñar la bandera blanca.

Mordisqueó el bolígrafo con el que había estado tomando notas mientras pensaba en cómo podía organizar la información que tenía para escribir el artículo. Tenía las fotos, la declaración del contactado... Tal vez podía ahondar más en el tema del plasma. Era algo bastante poco comentado. Era una pena no poder usar la grabación en la revista, aunque siempre podía colgar el vídeo en su canal de Youtube y hacer referencia a él en el artículo. Sí, eso haría. Sería divertido ver cómo William Snarley trataba de explicar la desconcertante aparición de la nube y su extraño movimiento. Animada se dispuso a ponerse manos a la obra.

Algunas semanas más tarde, cualquier rastro de diversión se había esfumado de su rostro mientras leía el *Nashville Today*, aún en pijama y con una taza de té en la mano.

—¡¡Será desgraciado!! —murmuró entre dientes.

En ese momento sonó el teléfono, y Rachel arrojó el periódico sobre la encimera de la cocina mientras se dirigía al salón y descolgaba el aparato.

—Rachel.

—Hola. —La joven se relajó al reconocer la voz de Dennis.

—¿Has leído el periódico esta mañana? —La voz de su amigo sonó cautelosa.

—Acabo de verlo.

Tras unos segundos de silencio, Dennis continuó hablando:

—Parece ser que esta vez se ha esforzado más que otras.

—¿Esforzado en qué?

—En humillarte, claro, ¿en qué iba a ser?

Rachel rechinó los dientes y contó hasta diez mientras se recordaba que Dennis no era el objeto de su ira.

—No me apetece hablar del tema.

—¿Quieres que me acerque a tu casa, me invitas a comer una de esas ensaladas deliciosas que tú haces y despellejamos juntos a ese tipo?

Rachel sopesó la oferta que Dennis le acababa de hacer y estuvo tentada de aceptarla, pero lo cierto era que ese sábado había pensado dedicarlo a hacer limpieza general y no quería posponerlo por más tiempo.

—Otro día, Dennis, hoy tenía otros planes.

En la línea se produjo un instante de silencio.

—¿Planes que incluyen a un tío atractivo enredado en tus sábanas?

—No, mis planes incluyen una aspiradora, una gamuza y un millón de productos tóxicos.

La carcajada de Dennis la hizo sonreír.

—Como tú quieras —exclamó él tras dejar de reír—, pero si cambias de opinión, solo tienes que llamarme; incluso podría conseguir un muñeco de vudú llamado William.

Rachel rio divertida; Dennis tenía la cualidad de alegrarla por muy sombrío que fuese su humor.

—¿Sabes? Tarde o temprano tendrá que tragarse todas y cada una de sus palabras, y solo pido estar ahí para verlo morder el polvo.

—Amén.

Una vez que hubo colgado el teléfono, Rachel volvió a coger el periódico y, tras apurar el té de un solo trago, se sentó a leerlo, mientras sus ojos se detenían en la frase que más daño le había hecho:

«...un día de estos, Rachel Taylor nos mostrará la foto difusa de un águila asegurando que se trata de un dragón mitológico».

—Imbécil —murmuró entre dientes a la vez que arrojaba el periódico a un

lado.

Durante unos minutos se quedó sentada en el sofá mientras su mente divagaba. Sabía que mucha gente a su alrededor estaba convencida de que era una especie de friki, y otra mucha la catalogaba de charlatana, entre ellos ese odioso de Snarley, pero ella estaba convencida de que el mundo no era lo que parecía, que había mucho más que se escapaba al ojo humano. Ella había tenido la oportunidad de conocer a personas fascinantes, inteligentes, llenas de carisma, bondadosas; personas sencillas, sin afán de notoriedad; personas que habían abierto su corazón para contarle sus historias, vivencias que en ocasiones los desconcertaban, otras los asustaban y la mayor parte de las veces los fascinaban. Tal como le había sucedido a ella misma hacía muchísimo tiempo.

Estaba convencida, ni un millón de Snarleys iban a apartarla de su camino; si bien sus pullas la molestaban, suponían también un acicate para continuar investigando, trabajando, trasladándose allí donde apareciese el más mínimo indicio de que no estamos solos y que otros seres de mundos lejanos nos visitan.

Capítulo 2

Sarah miraba el vídeo, y el nerviosismo y la emoción que sentía casi le impedían entender lo que Rachel Taylor iba comentando. Estaba suscrita al canal de Youtube de la revista *Toda la verdad* y seguía con fascinación cada nuevo artículo o vídeo que Rachel Taylor publicaba.

En ese momento atendía a medias lo que veía porque su cabeza daba vueltas a otra cosa, algo que la tenía tan entusiasmada como insegura. Sabía que su padre se enfadaría muchísimo si supiera lo que le rondaba por la mente, pero estaba segura de que Rachel Taylor no la delataría si ella se lo pedía; el secreto profesional y todo eso. Prestó atención a lo que la periodista decía; Sarah quería estudiar periodismo como Rachel y su sueño era formar parte del equipo de *Toda la verdad*. Los imaginaba viviendo aventuras constantes y conociendo apasionantes secretos que, de hacerse públicos, cambiarían el curso de la humanidad. Para ella, la mayoría de las teorías sobre conspiraciones era tan cierta como el hecho de que la Tierra era redonda.

Observó a la locutora, y la admiración que sentía por ella se reflejó en su mirada ilusionada. No solo era intrépida e interesante, sino que además era una mujer guapísima. Rachel Taylor era alta y tenía una figura fibrosa y atlética. Su cabello parecía caer sobre sus hombros con suavidad, como si se posara con vida propia, y aunque era de un color castaño muy habitual, siempre parecía brillar; sus ojos verdes transmitían inteligencia y vivacidad. Sarah la admiraba tanto que su mayor sueño era ser como ella y, con suerte, si la información que tenía era tan buena como suponía, estaba segura de que Rachel la llamaría o le escribiría, aunque solo fuese para darle las gracias. Eso sí, era importante que sus padres no se enterasen jamás de lo que se disponía a hacer. Chase Elliot era lo más parecido a un vecino que tenían, ya que sus extensas tierras lindaban con la modesta granja familiar de los Lindgetton, y sus padres no querrían perjudicarlo de ninguna manera: Se dijo que nadie tenía por qué saber su papel en todo aquello, ni siquiera se lo contaría J.C. ya que a veces le gustaba mucho fanfarronear con sus amigos.

Sintiendo que formaba parte de algo grande anotó en un papel la dirección de *email* que aparecía en el canal de Youtube de Rachel y se dispuso a

escribirle, rezando porque su admirada periodista lo leyera en persona y no lo dejara en manos de alguno de sus colaboradores. Estaba segura de que a ella no se le escaparía la importancia de lo que se disponía a contarle.

—¡Sarah! —La voz de su madre interrumpió su tarea. Reprimiendo un suspiro de fastidio gritó a su vez:

—¡Un momento! ¡Ahora bajo!

—La cena ya está en la mesa.

—Sí, mamá, me quedan cinco minutos.

Su madre rezongó algo que ella no pudo escuchar; siguió inmersa en su tarea de redactar el mensaje intentando reflejar la trascendencia de lo que trataba de explicar y, siete minutos después, satisfecha con el resultado, le dio al botón de enviar.

Se puso en pie y se asomó por la ventana de la buhardilla a la que se había trasladado unos años antes buscando privacidad y algo de aislamiento en la granja familiar. Desde esa distancia y esa altura solo podía distinguir una pequeña parte y, a pesar de que podía observarlo a diario, volvió a sentirse sobrecogida al verlo. Esperaba que a Rachel le impresionara tanto como a ella.

Rachel repasaba por décima vez el artículo que había escrito sobre los extraños petroglifos del parque nacional Talampaya, en Argentina. Las fotos que Dennis había sacado el año anterior eran magníficas y, observando las figuras antropomorfas aladas y, sobre todo, la extraña representación de lo que parecía un ovni tal y como el imaginario popular los dibujaba, se preguntó cómo era posible que aún hubiese gente que no se hiciera preguntas. El sonido del teléfono la distrajo de la lectura del artículo.

—¿Toda la verdad? —Miró el interfono, se trataba de una llamada que venía directamente del exterior.

Un breve silencio.

—Querría hablar con Dennis Johnson, por favor.

Rachel reconoció la voz y sus labios se apretaron en una fina línea de desaprobación; por un breve momento pensó en mentir, en decirle a Robert que Dennis no se encontraba allí, pero desde su despacho podía ver su rubia cabeza agachada, sin duda alguna seleccionando fotografías.

—Un momento, ahora te paso. —A pesar de que se había propuesto no inmiscuirse no pudo evitar añadir—: No lo mereces.

Un largo suspiro fue su única respuesta.

Rachel dio unos golpecitos en el cristal que separaba ambos despachos y cuando Dennis levantó la cabeza señaló el teléfono; al ver que su amigo levantaba el auricular de su aparato colgó con lentitud el suyo. Observó con atención los gestos de Dennis, había enrojecido y tragaba saliva mientras sus ojos se entrecerraban. «Todavía le importa». En ese momento Dennis la miró y al verla observándolo se dio la vuelta. Rachel reprimió un suspiro de fastidio; entendía que a veces su intromisión podía llegar a agobiar a su amigo, pero se preocupaba con sinceridad por él y, cada vez que recordaba cómo Dennis había llorado sobre su hombro como un niño pequeño mientras le contaba que había descubierto que Robert le había sido infiel, sentía cómo la rabia la invadía de nuevo. Dennis no solo era guapísimo, también era una persona excepcional, leal y sincera, su más cercano colaborador, que compartía con ella el entusiasmo y la pasión por lo que hacían. Su papel en *Toda la verdad* iba más allá del de simple empleado y cámara de la revista; era socio fundador, parte fundamental del proyecto que había comenzado cuatro años atrás. Rachel no podía imaginar la revista sin él.

Tenía que aceptar que Dennis era un hombre adulto, perfectamente capacitado para tomar sus propias decisiones, y si él quería aceptar de nuevo a Robert en su vida, ella no tendría más remedio que asumirlo. Pero tenía miedo por él; tal vez su propia experiencia con John la había transformado en una cínica, pero lo cierto era que su confianza en los hombres, heteros u homosexuales, estaba bajo mínimos.

Mientras Dennis hablaba, Rachel terminó de repasar el artículo. La conversación parecía ir para largo; Dennis se pasaba la mano por el pelo, lo que fuera que Robert le estaba diciendo lo estaba afectando y mucho. Las pocas personas que quedaban por allí comenzaron a irse, pero ella no pensaba salir hasta poder hablar con Dennis. Para hacer tiempo decidió revisar su correo; era algo que siempre delegaba en Sandy, su secretaria, porque casi nunca tenía nada útil. Por mucho que le doliese, tenía que admitir que todo lo relacionado con la ufología atraía a un buen puñado de chiflados.

Casi una hora más tarde se dijo que ya estaba bien de auto torturarse; un par más y lo dejaría. El último mensaje que pensaba mirar lo remitía una tal Sarah

y tuvo que leerlo un par de veces para digerir lo que ponía. La joven adjuntaba una foto, de mala calidad y difusa, pero en la que podía apreciarse algo que podía ser extraordinario. Olvidándose de Robert y Dennis, Rachel se dispuso a contestar el mensaje, ansiosa por saber más del fascinante asunto y trazando ya planes en su mente.

Se hallaba por completo abstraída en la información que le proporcionaba el ordenador. La chica le había escrito desde Milan, en el condado de Gibson, y consultando el mapa de Google vio con alegría que en menos de dos horas y media en coche se llegaba hasta allí por la interestatal 40. El ruido de la puerta al abrirse la hizo sobresaltarse y, al ver a Dennis sujetando el picaporte, se dio cuenta con una punzada de culpabilidad de que se había olvidado completamente de él.

—¿Tienes hambre?

Antes de responder Rachel observó con fijeza a su amigo; estaba más serio de lo normal, pero parecía tranquilo.

—¿Todo bien? —Dennis cerró los ojos unos instantes a la vez que dejaba escapar el aire de manera audible.

—No sé Rachel, estoy tan confundido que ya dudo hasta de mis propios sentimientos.

Rachel minimizó la ventana que tenía abierta en el ordenador y, cogiendo su bolso del perchero de pie que tenía en su despacho, murmuró:

—Vamos a comer algo y me cuentas.

Chase esperaba apoyado en su ranchera roja y plateada. Con su sombrero vaquero y su ceñida camiseta azul que ponía de relieve sus abultados bíceps parecía el modelo de un anuncio de fragancia masculina, muy masculina; al menos eso pensaban la mayoría de las mujeres que esperaban la salida de sus hijos e hijas.

Aunque la mayoría de ellas conocía a Chase de toda la vida, ya que Milan apenas tenía siete mil habitantes, no dejaban de admirar su cruda belleza falta de artificios pero indudablemente viril. Alto, hombros anchos, cintura estrecha; el pelo rubio contrastaba con la piel bronceada y eso junto a unos pómulos salientes y una barbilla cuadrada componían una imagen irresistible.

Casi todas las mujeres envidiaban a la señorita Timbley, la joven maestra

recién llegada. Hasta ese momento algunos rumores apuntaban a que la señorita Timbley y Chase Elliot salían juntos; teniendo en cuenta que Chase no tenía hijos y que estaba allí plantado delante de la escuela primaria de Milan, esos rumores parecían confirmarse.

Ajeno a la curiosidad que despertaba, Chase apartó del rostro el ala de su sombrero lo suficiente para echarle un vistazo al reloj de pulsera; ya era la hora. Justo en ese momento, y con una sincronización que parecía ensayada, oyó el timbre que anunciaba el fin de las clases.

Con una sonrisa divertida observó a niños y niñas correr como si fuesen presos que hubiesen estado años sin ver la luz del sol. Poco a poco la entrada del edificio se fue despejando y entonces comenzaron a salir los profesores. Jennifer se paró en seco al verlo y luego, esbozando una ancha sonrisa, se acercó hasta él, sin poder disimular el placer que le causaba verlo.

—¡Chase! ¡Qué sorpresa! No me habías dicho que vendrías.

—Entonces no habría sido una sorpresa.

—¿Cómo es que estás en el pueblo?

Chase Elliot poseía una enorme propiedad en la que criaba ganado bovino pero, sobre todo, se dedicaba a su importante plantación de soja y trigo.

—He venido a hablar con el sheriff. —Su rostro se ensombreció.

—¿Alguna novedad?

—Nada. Al parecer solo han actuado en mi propiedad. —Chasqueando la lengua con impotencia, se apartó el sombrero y le dio un breve beso en los labios, a la vez que le quitaba de las manos la enorme cartera de mano que siempre llevaba al trabajo—. Cada vez que pienso en todas esas hectáreas de granos echadas a perder...

—No lo pienses ahora, y vayamos a tomar algo. Estoy famélica.

Chase asintió en silencio. Jennifer tenía razón, un poco de charla insustancial mientras comían y luego una tarde de buen sexo le ayudarían a disipar su preocupación y enfado.

—... quiere que nos veamos, Rachel.

Ella sorbió de su batido de frutas con tanta fuerza que el sonido hizo que los ocupantes de la mesa de al lado la miraran; sin hacer caso observó con atención a Dennis.

—Y tú quieres verlo, ¿no es así?

—Realmente no sé lo que quiero. —Dennis jugueteaba con sus patatas mientras una expresión triste cruzaba por su rostro—. Resulta halagador tener a Robert tan pendiente de mí, me llama casi cada día y me deja mensajes cuando yo no contesto... Dice que está dispuesto a hacerse perdonar a cualquier precio.

—Uy, eso es un poco escalofriante, ¿no te parece?

—Bah, ya conoces su tendencia al melodrama.

La imagen de Robert cruzó por su mente; él y Dennis habían formado una pareja muy atractiva, ambos altos, ambos guapos y jóvenes, uno rubio y otro moreno. Dennis había creído que sería para siempre y Rachel no había tenido razones para pensar lo contrario, pero al parecer Robert había engañado a Dennis mientras este se encontraba cubriendo una noticia junto a Rachel, en Wyoming.

—Tarde o temprano quedarás con él, ¿no es cierto?

—Sí. —Él no se molestó en negarlo y esbozando una sonrisa añadió—: Pero será más bien tarde; en realidad, estoy disfrutando viendo cómo se humilla suplicando mi perdón.

—¿Y lo retomarás donde lo dejasteis?

—Ni siquiera estoy seguro de que quiera volver con él, Rachel; no, en realidad lo que deseo es mirarlo a los ojos y preguntarle por qué. Pero quiero estar seguro de que no me va a afectar.

—¡Claro que te va a afectar! Por Dios, Dennis, lloras con algunos anuncios...

—Sí, bueno, pero estoy tratando de concienciarme, me estoy tomando mi tiempo.

—De acuerdo, entonces... quién sabe, tal vez entre tanto aparece el verdadero hombre de tu vida: guapo hasta decir basta, con un cuerpazo de dios griego y leal hasta la médula...—Rachel se interrumpió y abrió los ojos de par en par—. ¡¡Oh no!! Si hay alguien así pululando por aquí cerca, rezaré para que no sea gay.

Dennis soltó una carcajada y toda la tensión que había acumulado tras la conversación con su ex pareció disiparse.

—¿Has estado alguna vez en el condado de Gibson?

Dennis no se sorprendió por el abrupto cambio de tema. Rachel era así, y ya estaba acostumbrado, prestaba toda su atención a un asunto hasta que otro más interesante se interponía en su camino.

—Supongo que de pasada, ¿por qué lo preguntas?

—He recibido un correo con una información que, de confirmarse, será una bomba, estoy segura. —La excitación en el tono de voz de Rachel levantó el ánimo de Dennis. La seguía con fe ciega en todas sus aventuras y compartía su entusiasmo ante cada nuevo enigma que surgía.

—¿En el condado de Gibson?

—Milan, para ser más exactos.

—Mmmm, Milan..., me suena... —Dennis sacó el móvil del bolsillo de su camisa vaquera.

—Ya lo he mirado yo. Algo más de dos horas.

—¿Y de qué se trata? —Dennis dejó su teléfono móvil sobre la mesa y cruzó sus manos bajo la barbilla, dedicando toda su atención a Rachel. Esta esbozó una sonrisa pícaro y comenzó a jugar con la pajita de su batido.

—Si te digo que Milan es uno de los mayores productores de soja y trigo de Estados Unidos, ¿qué se te ocurre?

—No lo sé..., ¿algún escándalo agrícola? ¿Nos están vendiendo sustancias tóxicas haciéndonos creer que es soja?

—Frío, frío.

Dennis chasqueó la lengua con impaciencia. El brillo en los ojos de su amiga le indicaba que se sentía eufórica con lo que fuera que se traía entre manos.

—Dame una pista.

—Piensa en esos enormes sembrados verdes.

Dennis frunció el ceño y de repente abrió los ojos de par en par.

—¡¡No me digas que a apenas unas pocas millas de aquí tenemos...!!

—¡Shhh! —Rachel agachó la cabeza y, susurrando, exclamó—: Tenemos que ir allí cuanto antes. Aún no ha salido la noticia en ningún medio, lo he comprobado. Primero nos aseguraremos de que no es la obra de ningún idiota con ansias de notoriedad y, si tenemos suficientes indicios que confirmen su autenticidad, haremos el mejor reportaje que hayamos escrito hasta ahora.

—¿Cuándo exactamente es cuánto antes?

—Mañana a primera hora debemos estar allí.

Esa noche Rachel preparó una pequeña maleta y se aseguró de llevar la grabadora y su cámara. Una vez hechos todos los preparativos materiales, se sentó frente a su ordenador portátil y abrió el correo de Sarah Lindgetton. Recordaba que había dejado un número de teléfono por si quería ponerse en contacto con ella. Una vez abierto el correo, se saltó el cuerpo del mensaje, que ya casi se sabía de memoria, y sus ojos se fijaron en el número de diez cifras de un móvil; cogiendo su terminal marcó el número y esperó con ansiedad.

Al tercer timbrazo una voz añorada respondió. Rachel sintió cómo la sangre se congelaba en sus venas; si todo aquello era una broma...

—¿Sí? ¿Quién es?

Se dio cuenta de que se había quedado callada y, carraspeando, preguntó a su vez:

—¿Estoy hablando con Sarah Lindgetton?

—Sí...—La joven pareció titubear—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Rachel Taylor y esta mañana he recibido un correo de Sarah Lindgetton.

—¡Oh, Dios mío! ¿Eres Rachel Taylor de verdad?

Rachel sonrió, halagada.

—Así es y me gustaría hacerte algunas preguntas sobre lo que me cuentas en tu *email*.

—¡¡Por supuesto que sí!! ¡Oh, Dios! No puedo creérmelo.

Veinte minutos después, tras colgar el teléfono, Rachel lanzó un pequeño aullido de alegría. Era mucho mejor de lo que había esperado.

—Prepárate, «Lengua de serpiente». —Al decirlo miró la sonriente cara de William Snarley, que la miraba desde el corcho que tenía junto a su escritorio con una chincheta clavada en mitad de la frente y un par de dientes pintados en negro. Había escrito con rotulador negro bajo el recorte de periódico que mostraba a su archienemigo: «Bórrale su sonrisa prepotente»—. A ver quién se ríe ahora.

Capítulo 3

Dennis miró por la mirilla, extrañado de que alguien llamara a su puerta pasadas las diez de la noche. A la mañana siguiente saldría con Rachel para Milan y, aunque el viaje era corto, estaba ultimando detalles en los que, estaba seguro, su jefa y amiga no había reparado. Minucias tales como el lugar donde se quedarían; esos detalles prácticos que a Rachel se le escapaban, pendiente como estaba siempre de perseguir la noticia.

El minúsculo ojo redondo le devolvió la imagen de Robert y a su pesar notó cómo su corazón comenzaba a latir más rápido. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente guapo?! Pero en el fondo Dennis sabía que ese no era el principal problema. El principal problema estribaba en el hecho de que aún lo quería, a pesar del daño terrible que le había hecho. Por un momento dudó si abrir o no; no confiaba en sí mismo en lo que a Robert concernía, pero antes de darse tiempo a considerarlo giró la llave de la cerradura y se quedó mirando a su ex con semblante serio y sin decir ni una palabra.

Robert lo miró a los ojos y tragó saliva a la vez que intentaba esbozar una sonrisa que se quedó en una mueca temblorosa.

—¿Puedo pasar?

—Estoy muy ocupado.

—Por favor, Dennis. —Su voz sonó suplicante de una manera muy poco digna, pero a Robert pareció no importarle.

—Solo un momento. —A la vez que lo decía, se apartó y lo dejó entrar mientras cerraba por un instante los ojos forzándose a permanecer tranquilo.

—Sigue todo igual, no has cambiado nada.

—No he tenido tiempo, he estado muy ocupado.

Robert pareció esperar que Dennis lo invitara a sentarse, pero este permanecía serio con los brazos cruzados sobre el pecho. Comprendió que no se lo iba a poner fácil.

—Dennis, sabes por qué he venido. —Hizo una pausa, pero Dennis permaneció inmutable—. Sé que te hice daño, que he roto la confianza que tenías en mí, pero... te quiero. Te quiero tanto que, si no me perdonas, prefiero

estar muerto.

—¡Oh, vamos, no seas melodramático! Además, siempre puedes recurrir a tu arquitecto. —La amargura era tan evidente en su voz que Dennis se propuso no hablar más. La única coraza que tenía era hacerle ver a Robert que su horrible traición ya no le dolía.

—Por favor, Dennis, sabes que él no significa nada, nunca me ha importado.

—¡Te importó lo suficiente para acostarte con él! Ni siquiera tuviste los huevos de decírmelo, tuve que enterarme por ese maldito mensaje. —Su intención de contenerse había saltado por los aires, toda la impotencia y el dolor que había sentido comenzaban a fluir, libres de las ataduras que se había auto impuesto hasta ese momento.

—Jamás te lo habría dicho; desde el mismo momento en que lo hice me arrepentí.

—¿Por qué lo hiciste entonces, Robert? ¿Por qué me engañaste de esa forma? Yo te amaba...

—No lo sé, Dennis, de verdad, no sé qué decirte. Me sentía halagado por su interés. —Titubeó, como si dudara entre seguir hablando o callarse. Finalmente comprendió que, si quería recuperar a Dennis, debía jugar todas sus cartas. Eso significaría su ruina o su gloria. Solo había una forma de averiguarlo—. Y tú nunca estabas. Sentía que yo daba mucho más, que me importaba lo nuestro mucho más... Supongo que quise demostrarme a mí mismo que no estaba tan enganchado como creía.

—¡Oh, estupendo, Robert! Te amo y por eso te engaño... es lo más patético que he oído nunca.

—Me has preguntado por qué y esa es única razón que puedo darte.

Dennis se quedó en silencio. Todo su cuerpo temblaba y por primera vez contempló a Robert tomándose su tiempo. Se sorprendió al darse cuenta de que estaba mucho más delgado y tenía un aspecto cansado. Una punzada de preocupación lo atenazó y la compasión tomó el lugar de la ira.

—Robert, lamento que te sientas tan mal como dices...

—No puedes hacerte una idea.

—Te equivocas, sí que puedo, porque a pesar de lo que tú pensabas, yo te quería más de lo que nunca había querido a nadie. —Al oírlo, Robert rompió a

llorar silenciosamente, mientras apoyaba la frente en la palma de la mano tratando de ocultar su rostro. Dennis reprimió el intenso deseo de abrazarlo—. Necesito tiempo, Robert, necesito tener la oportunidad de comprobar si lo que sentía por ti, puedo sentirlo por otra persona, porque si es así, prefiero estar con alguien que no me haya engañado, alguien en quien pueda confiar.

Tras unos segundos en silencio, Dennis se preguntó si Robert lo había oído, pero este asintió con la cabeza y secó las lágrimas que mojaban su rostro con la manga de su camisa.

—Está bien, Dennis. Lo entiendo, lo he fastidiado todo. —Robert se acercó hasta él y apoyó una mano en su hombro—. Solo te digo una cosa: voy a estar esperándote el tiempo que haga falta, toda mi vida si es preciso; porque no sé si encontrarás a alguien a quién puedas amar como a mí, lo que sí te aseguro es que nunca encontrarás a nadie que te ame como yo a ti. —Y tras decir esto se apoderó de su boca, dándole un beso breve pero lleno de pasión contenida.

Cuando Robert se hubo marchado, Dennis se dejó caer en el sofá y, cogiendo uno de los mullidos cojines, lo abrazó contra su pecho mientras una sonrisa que no podía controlar se dibujaba en su cara.

Durante gran parte del viaje Dennis escuchó en silencio las encendidas advertencias de su amiga, que le recordó una y otra vez lo mal que lo había pasado por culpa de Robert. Él conducía y pensaba que, aunque Rachel tenía razón, había algo que a ella parecía escapársele.

—Si John te pidiese perdón y te dijese que eres la mujer de su vida, ¿tú no le darías otra oportunidad?

Ella se quedó callada mientras pensaba a conciencia en lo que Dennis le había planteado. No podía negar que había fantaseado más de una y dos veces con esa posibilidad. Y sí, le encantaría que John le suplicara otra oportunidad. Había creído que él sería el padre de sus hijos, pero al parecer él veía totalmente inaceptable la manera en que se ganaba la vida. El que John se avergonzara de ella era algo que todavía no había superado, pero no tenía claro si el motivo para desear que él volviera tenía que ver con su orgullo o con los sentimientos que aún le profesaba.

—Entiendo lo que tratas de decirme Dennis.

La voz de su amiga sonó velada; buscando a tientas su mano, Dennis le dio

un suave apretón.

—Robert es la persona que más daño me ha hecho jamás, pero junto a él me he sentido vivo como nunca antes, ¿no te parece que solo por eso merece que lo considere?

Al mirar a Rachel de soslayo se dio cuenta de que su ánimo se había ensombrecido. Con una punzada de culpabilidad por haber entristecido a su amiga, decidió cambiar de tema.

—Bueno, cuéntame con todo detalle cuál es el plan.

Tal y como esperaba, la voz de Rachel se animó mientras le explicaba que se había citado con la tal Sarah en una heladería de Milan.

—...una vez que comprobemos *in situ* que la chica no miente y que el fenómeno es tan increíble como afirma, solo nos queda una opción: ir a verlo con nuestros propios ojos.

—Pero apenas distinguiremos nada, no podremos hacernos a la idea si no...

—¡Que no cunda el pánico! Estuve buscando por internet. —Tras decir esto Rachel rebuscó unos segundos en su bolso y luego sacó una cartulina rectangular que mostró con gesto triunfal. Dennis se arriesgó a echar un vistazo rápido y leyó: «Fumigaciones Stopbugs».

—¡¡Sal de su cuerpo quién quiera que seas!!

—¡Ey! ¿De qué hablas? —exclamó la joven entre risas.

—La Rachel que yo conozco se presenta en los aeropuertos sin haber sacado el billete, llega a las ciudades sin saber dónde dormirá, suele olvidar algún artículo personal de vital importancia que siempre debe comprar en el último momento... ¿y me dices que has estado buscando la manera de observar el fenómeno? —Dennis hizo un gesto de incredulidad—. Desde luego, este asunto debe parecerte muy importante.

—¡¡Es que lo es, Dennis!! Algo me dice que estamos ante algo grande; la fotografía, aunque algo borrosa, era bastante impresionante, y el hecho de que no quieran darle publicidad parece eliminar de la ecuación a los frikis y bromistas, ¿no te parece?

—Tal vez, Rachel, pero lo más sensato es esperar hasta ver qué es lo que tenemos. No sería la primera vez que nos estrellamos con todo el equipo.

Aún reconociendo la verdad en las palabras de su amigo, Rachel torció el

gesto. No quería recordar las veces que se había desilusionado después de haber creído que tenía un material verdaderamente bueno; era su necesidad imperiosa de hacer ver al mundo aquello en lo creía con tanta firmeza lo que se jugaba en cada ocasión.

Un cartel les anunció que entraban en Milan, y ambos hicieron una mueca al ver los edificios bajos y antiguos.

—¡Qué lugar tan horrible!

Rachel no dijo nada, aunque estaba de acuerdo con Dennis. El pueblo carecía de cualquier atractivo; las casas no tenían patios ni zonas verdes, se agrupaban unas junto a otras sin ningún orden estético, y sus calles solitarias daban la impresión de ser un lugar que agonizaba.

—Es probable que casi toda la población activa se concentre en las afueras. Allí, por lo que he podido averiguar, hay varias granjas y plantaciones.

—Eso espero... Este lugar parece el set de rodaje de *The walking dead*.

Rachel rio con ganas el comentario de su amigo.

—Esa sí que sería buena. Imagínate si escribiésemos un artículo sobre muertos vivientes en *Toda la verdad*. Al estúpido de Snarley seguro que le daría una apoplejía.

—En ese caso, tal vez deberíamos intentarlo por si acaso...

No les costó mucho encontrar la heladería en la que se habían citado con Sarah. Se encontraba en la calle principal y parecía ser la única que había en todo el pueblo. Dennis paró en la puerta para que Rachel bajara a encontrarse con la informante, él mientras tanto iría a buscar aparcamiento.

Nada más entrar en el local, Rachel sintió las miradas de los pocos clientes sobre ella, aunque no le pareció extraño; estaba segura de que apenas se recibían visitas en aquel lugar, así que una desconocida debía llamar la atención a la fuerza. El tiempo de finales de mayo, si bien era agradable, no estaba siendo demasiado caluroso; eso explicaría la poca afluencia de público. «Eso y que seguro que no hay muchas personas más en este lugar», pensó Rachel. No le dio tiempo a fijarse más, una joven agitaba el brazo tratando de captar su atención; sin duda se trataba de Sarah. Esbozando una sonrisa Rachel se dirigió hacia la mesa del fondo en la que se sentaba la chica.

—¿De verdad estás aquí?! —La joven no había esperado a que ella se

sentara para lanzar su emocionada exclamación.

—Deduzco que tú eres Sarah, ¿no es así? —Rachel miró a la joven de pelo corto y teñido de rojo y rostro agradable que había estado haciéndole señales.

—Sí, sí, ¡oh, Dios mío! Esto es un sueño hecho realidad. Compró todos los meses tu revista y veo tooodos los vídeos de tu canal. —Su boca al decir «tooodos» se frunció de una manera tan exagerada que resultó bastante cómica y provocó que Rachel sonriera abiertamente—. Lo de esa nube fue un flipe.

—No todo el mundo pensó lo mismo. —Al decirlo recordó las sarcásticas palabras de William Snarley.

—¡Bah! Está claro que esa forma de moverse no era natural.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, verlo en directo fue bastante impactante.

Sarah la miraba embobada; aún no acababa de creerse que Rachel Taylor, una de las personas a la que más admiraba en el mundo, se encontrase frente a ella charlando como si tal cosa. Rachel le sonrió y Sarah pensó que era aún mucho más guapa al natural.

—Sarah, estoy deseando saberlo todo sobre esa imagen, ¿sería posible verla desde la ventana donde hiciste la foto?

El rostro de Sarah se ensombreció.

—El señor Elliot es nuestro vecino. Está muy disgustado con todo este asunto, y mis padres se enfadarían mucho conmigo si supieran que te he llamado.

Rachel asintió. Sabía de sobra cómo eran esas cosas ya que se había topado muchas veces antes con gente como el señor Elliot. Personas rudas y sin dos dedos de frente para ver lo extraordinario de determinadas demostraciones.

—Está bien, no te preocupes. Ya he pensado en la manera de poder observarlo todo. —Tras decir eso, sacó del bolso tipo bandolera que llevaba una libreta y un bolígrafo con el logo de la revista—. ¿Te importa si te hago algunas preguntas?

—¡Por supuesto que no! ¡Es genial! Una entrevista de verdad... Eso sí, debe ser anónima.

—No te preocupes, ocultaré tu identidad. —La joven asintió, pero su gesto

era serio. Rachel supuso que para una chica tan joven como ella no debía ser nada fácil renunciar a la notoriedad por no disgustar a sus padres—. A ver, Sarah, antes de nada ¿recuerdas qué día apareció la señal?

—La semana pasada, a principios de semana... Déjame pensar, yo estaba estudiando para el examen de física cuando oí todo el alboroto. Fue el martes, sí.

—El martes. —Rachel sintió una punzada de excitación mientras anotaba el día. Un lunes por la noche no era probable que hubiera mucha gente con ganas de gastar bromas—. ¿Había sucedido algo similar alguna vez?

—Que yo haya visto, no, y no he oído a nadie decir que haya pasado algo así antes.

—¿Qué dice la gente respecto al fenómeno?

—Todos creen que es obra de algún gracioso.

Rachel torció el gesto. La gente prefería vivir con una confortable venda sobre los ojos antes que admitir que tal vez el mundo guardaba más incógnitas de las que imaginamos.

—Sí, bueno, es lo típico en estos casos.

—¿Conoces más casos así?

—Aquí no había visto ninguno, pero en Europa sí, allí son bastante más frecuentes.

—¡Qué pasada! Me encantaría viajar tanto como tú y ver todas esas cosas tan interesantes.

—Bueno, ahora parece ser que desde tu ventana puedes ver algo así —respondió Rachel y le hizo un gesto dando a entender lo afortunada que era—. ¿Qué tamaño dirías que tiene?

—Mmmm, no sé. No soy muy buena calculando tamaños.

—A ver, un campo de fútbol mide de largo trescientos sesenta pies. Toma esa medida como referencia, ¿es mucho más pequeño que un campo de fútbol?

La joven pareció pensarlo unos instantes antes de responder.

—Yo diría que es más o menos como un campo de fútbol, quizá algo más pequeño.

Rachel se quedó mirándola con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Estás segura, Sarah?

La joven asintió en silencio.

—Dios mío, esto va a ser realmente bueno...

Capítulo 4

Rachel estaba sentada al modo indio sobre la cama mientras le leía a Dennis los apuntes que había ido tomando durante su conversación con Sarah.

—...está claro que la joven no fabula —terminó diciendo, a la vez que cerraba su libreta de notas con un golpe triunfal.

—No, al parecer tenemos algo bueno —asintió Dennis—, pero ¿tanto como un campo de fútbol? —El joven hizo un gesto con la cabeza que mostraba a las claras la incredulidad que sentía—. La chica no miente, pero está claro que no tiene una idea clara de las proporciones.

—Bueno, es posible que haya exagerado un poco pero, aunque sea la mitad de ese tamaño, sigue siendo lo bastante espectacular como para escribir uno de nuestros mejores artículos.

Dennis suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Voy a mi habitación a darme una ducha, me siento pegajoso. —Al decirlo se quitó la camiseta y la pasó por el cuello—. Mientras, puedes ir preguntando en recepción por un sitio donde tomar un sándwich y una cerveza, ¿qué te parece?

—De acuerdo, y así planificamos los pasos que vamos a dar mañana.

Dennis sonrió y movió la cabeza.

—Rachel, estás condenada a convertirte en una solterona rodeada de gatos.

—¡Ey! ¿Por qué dices algo así?

—¡¡Trabajo, trabajo y más trabajo!! No piensas en otra cosa. Estoy seguro de que desde que John te dejó no has tenido sexo con nadie. —Ambos sabían que eso era cierto ya que la amistad que mantenían los hacía contárselo todo el uno al otro; aún así, Rachel hizo un gesto de incomodidad que trató de disimular encogiendo su hombro derecho.

—Como ya sabes, he estado ocupada con cosas más interesantes.

—¿Más interesantes que el sexo?

—¡Tampoco es que tu vida social sea como la de Paris Hilton!

—Eso es porque tengo a una negrera por jefa. —Y sin darle tiempo a replicar salió de la habitación dejando a Rachel pensativa a su pesar.

Derek Swartz levantó la cabeza de la factura que en ese momento estaba revisando, cuando oyó el tintineo de la pequeña campanilla que anunciaba que alguien acababa de abrir la puerta y, echando hacia atrás tanto su desgastada gorra que alguna vez fue roja como su enorme culo, que cada vez tenía más dificultades para encajar en la silla de su escritorio, se quedó mirando con descaro a las dos personas que acababan de entrar. Ambos eran tan guapos — un hombre y una mujer— y hacían tan buena pareja, que Derek pensó que tal vez se trataba de actores o modelos.

—Disculpe, ¿es usted el señor Swartz?

—Sí, señorita...

—Taylor, Rachel Taylor. —Al decirlo la joven extendió la mano derecha mientras con la izquierda señalaba al hombre alto y rubio que permanecía algo más atrasado. — Él es Dennis Johnson.

Derek se levantó con torpeza a la vez que estrechaba la mano suave y de largos dedos de la mujer. Al hacerlo sus ojos se deslizaron como si tuvieran voluntad propia hacia la parte delantera de la camisa de cuadros celestes, blancos y rosas que la joven llevaba y tragó saliva al ver las dos generosas protuberancias que tensaban la tela de la misma.

—He visto por internet que usan una avioneta para fumigar. —Derek alzó la vista sintiéndose ligeramente avergonzado por haber sido pillado *in fraganti*, pero la joven parecía no haberse percatado de su lasciva mirada. «Una hembra como esta debe estar más que acostumbrada a que los hombres babeen frente a ella», pensó y, entonces recordando que la mujer venía acompañada, se arriesgó a echar una ojeada al hombre rubio que estaba situado algo más alejado de su escritorio. Reprimió un suspiro de alivio al ver que parecía enfrascado en revisar una enorme cámara fotográfica que colgaba de su cuello.

—Sí, así es —respondió cauteloso. Si esos dos eran dueños de una plantación que necesitaba ser fumigada, él era Beyoncé.

—Imagino que el piloto va incluido en el precio de la avioneta...

—Yo soy el piloto —respondió Derek ufano.

Rachel no pudo evitar un gesto de sorpresa que no pasó desapercibido a Derek. «Otra que ha visto Top Gun», pensó con fastidio.

—Bien, señor Swartz, estaríamos interesados en alquilar su avioneta durante... —Por primera vez se dirigió a Dennis, que seguía la conversación en silencio—. ¿En una hora podrás tomar suficientes fotos?

—Sí, sin problemas.

—Una hora.

—Primero debo saber a qué cabroncetes vamos a fumigar, no es lo mismo llevar un nemotocida que un permicida, por ejemplo.

—Disculpe...—Rachel parecía confundida—. No sé de qué me está hablando.

—A ver, cada tipo de plaga necesita un tratamiento diferente. —La voz de Derek sonó cansada, como si esa fuese una explicación que se veía obligado a dar constantemente.

—¡Ah, no! No queremos fumigar nada. —La cara de Rachel se iluminó con una ancha sonrisa—. Solo queremos tomar algunas fotos.

—¿Fotos de Milan?

—De un lugar de Milan en concreto.

Derek la miró confundido, y Denis, adivinando que el hombre se disponía a hacer más preguntas, se adelantó.

—¿Cuántos nos va a costar alquilar su avioneta y a usted como piloto durante una hora?

Derek pensó que, al ahorrarse el gasto del producto, el coste podría abarataarse, pero recordando que era el único de Milan que poseía una avioneta y adivinando la urgencia de los dos desconocidos, decidió aprovechar la circunstancia.

—Pues les costará doscientos noventa dólares.

Al oírlo Rachel lanzó una mirada por encima del hombro y Dennis respondió con un gesto inequívoco con las cejas que le animaba a hacer lo que mejor le pareciera. Bien sabía él que el hombre podía haber pedido más; Rachel estaba dispuesta a conseguir esas fotos al precio que fuera.

—Iremos los dos.

—Eso no es muy habitual, señorita Taylor...— comenzó a decir Derek.

—No es negociable, señor Swartz, vamos Dennis y yo o no hay trato.

Derek pareció pensárselo durante unos segundos, pero finalmente asintió con gesto hosco.

—Está bien.

—¿Acepta tarjeta?

—Sí.

Chase alzó la vista al oír el ronco gemido de una avioneta. Los rayos de sol lo cegaron al instante y, haciendo visera con la mano y buscando una mejor posición, trató de distinguir el aparato que lo provocaba.

Volaba muy bajo y varias garcillas alzaron el vuelo asustadas por el ruido cada vez más cercano. Chase alcanzó a distinguir las letras en azul sobre el aparato blanco que anunciaban la empresa de fumigaciones de Derek Swartz. Lanzó un resoplido; sin duda eran los Lindgetton los que habían llamado a Derek. Con esa primavera temprana que tenían era probable que se tratara del mosquito blanco y era fácil que algunas de sus larvas hubiesen llegado hasta sus sembrados.

A la vez que pensaba eso, su ceño se frunció al darse cuenta de que la avioneta parecía dar vueltas sobre el mismo punto y que ese punto estaba en sus tierras. Al percatarse de esto lanzó una maldición en voz alta. Ese imbécil de Swartz sin duda alguna había oído rumores y había decidido ir a curiosear.

Estaba seguro de que solo el sheriff, Jennifer y Lance Lindgetton sabían lo de sus pastos y confiaba en la discreción de todos ellos, así que lo más probable era que alguien en la oficina del sheriff hubiese oído algo y hubiese ido con el cuento por ahí. Apretó los dientes y se dijo que esa misma tarde haría una visita a Derek Swartz. No estaba dispuesto a que su adorada plantación se convirtiera en un centro de peregrinación de curiosos y desocupados.

Por su parte los ocupantes de la avioneta apenas podían ocultar su estupor y, en el caso de Rachel y Dennis, su entusiasmo. A ambos les quedó claro que el señor Swartz desconocía el fenómeno que se había producido en su misma población pues al distinguirlo había dado un enorme bandazo con la avioneta que les había hecho soltar un exabrupto.

—¡Santo cielo! ¿Qué es eso?

Ni Rachel ni Dennis le contestaron, absortos como estaban en la contemplación del enorme círculo de bordes perfectos que se mostraba bajo ellos.

—La chica tenía razón —murmuró Dennis en voz baja, casi reverente—. Es casi como un campo de fútbol.

—¡Mira qué complicada geometría! —El círculo contenía unos extraños dibujos geométricos perfectos en sus proporciones a pesar de lo intrincado de su diseño.

Dennis ya no respondió, había comenzado a sacar fotos y durante un buen rato solo se oyó el clic de su máquina al disparar. Derek Swartz, consciente de que los dos jóvenes parecían haberse olvidado de su existencia, no hizo preguntas, aunque se encontraba fascinado por lo que veía.

—¡¡Mira allí, Dennis!! A la derecha del círculo. —Señalaba tres pequeños círculos que formaban un triángulo—. Toma fotos de eso también.

A pesar de que esos círculos no eran para nada espectaculares, algo le dijo a Rachel que podían tener su importancia. Además de observarlo todo, Rachel se dedicó a tomar notas de las cosas que llamaban su atención y las impresiones que lo que veía le causaba.

Cuando Derek anunció que la hora llegaba a su fin, a ambos les pilló por sorpresa, pues estaban absortos en la contemplación de los múltiples detalles que el enorme círculo presentaba.

—Dennis, imagino que tienes suficientes fotografías de cada detalle ¿verdad?

—He hecho más de doscientas fotos, Rachel, algunas de ellas serán muy buenas.

Rachel asintió en silencio y se recostó en el incómodo asiento de la avioneta. Le dolía la garganta, pues el rugido del motor le había obligado a hablar a gritos, pero se sentía eufórica y llena de energía. Cuando el aparato tomó tierra y se detuvo por completo, Rachel y Dennis se quitaron los cascos que el señor Swartz les había dado.

—¿Van a decirme ahora qué diablos era eso? —preguntó el señor Swartz.

Rachel, que no contestó, hizo a su vez otra pregunta.

—¿Pretende convencerme, señor Swartz, que en un pueblo de apenas siete mil habitantes usted no había oído hablar de esto?

—Así es.

Por muy extraño que pareciera, Rachel sabía que el señor Swartz decía la verdad. Su sorpresa había sido genuina cuando habían avistado el enorme círculo.

—Por muy increíble que parezca, no es la primera vez que sucede. Aunque

en los Estados Unidos no es demasiado frecuente, en Inglaterra han aparecido cientos de círculos similares.

—¡Cielo santo! ¿Quién se dedica a hacer algo así? ¿Y cómo?

—Eso es lo que tratamos de descubrir, señor Swartz—. Rachel disfrutaba con la sorpresa y la admiración del hombre. A pesar de conocer la existencia de esos círculos en las cosechas, ella misma se había sentido vívidamente impresionada—. ¿Conoce usted a alguien en los alrededores capaz de crear algo así?

El señor Swartz respondió al instante.

—No.

—Eso me parecía a mí —respondió ella, a la vez que lanzaba una significativa mirada a Dennis.

Esa misma tarde la campanilla de la puerta volvió a tintinear. Al alzar la vista de la revista de sopa de letras en la que estaba entretenido, Derek vio a Chase Elliot. Reprimió un suspiro; era una visita que había estado esperando, pero no por eso le resultaba más agradable.

—¿Cómo te has enterado de lo del dibujo en mi cosecha?

Chase no se anduvo por las ramas. El aparato de Derek había estado más de una hora sobrevolando su plantación por la zona noreste, justo donde había aparecido aquel inquietante dibujo. Estaba claro qué era lo que había ido a ver.

—No sabía nada hasta que lo he visto hoy.

—¡Vamos! ¿Pretendes que crea que estabas dando un paseo y por casualidad te has topado con eso?

—Alguien me contrató para verlo y hacerle fotos.

Durante unos segundos, un silencio ominoso se apoderó del pequeño despacho.

—¿Qué alguien te contrató? —Chase había bajado ligeramente la voz y ese contraste resultó aterrador—. ¿Y tú lo llevaste a que curiosearan mis tierras?

—Chase, vivo de mi negocio, me pagaron muy bien y, como ya te he dicho, no tenía ni idea de que eso estaba allí.

Chase aspiró aire con fuerza y trató de serenarse. Sabía que no era culpa de

Derek, pero la posibilidad de tener a curiosos revoloteando por su propiedad le revolvía el estómago y seguía molestandole la evidencia de que el asunto que con tanto celo había intentado ocultar había trascendido.

—¿Quién fue el tipo que te contrató para volar sobre mis tierras?

Derek esbozó una sonrisa.

—La tipa.

—¿Una mujer?

—Iban dos, una mujer y un hombre, pero ella era la que llevaba la voz cantante.

—Y bien, ¿quién era? —preguntó Chase en tono hosco, sin entender la extraña risilla que de repente había aflorado en el rostro de Derek.

—Ella se llama Rachel Taylor, él Dennis no sé qué... Una hembra de bandera, Chase —añadió con voz lasciva.

—Rachel Taylor..., ¿por qué me suena ese nombre?

—Al principio pensé que era una actriz, pero luego me di cuenta de que nunca la he visto ni en el cine ni en la televisión.

Chase no contestó. Le sonaba el nombre y además se sentía bastante preocupado porque alguien más supiera del extraño dibujo que había aparecido en su cosecha. Sin añadir nada más salió del despacho de Derek mientras este se encogía de hombros y volvía su atención al galimatías de letras que tenía frente a sí.

Capítulo 5

A Rachel y a Dennis les sorprendió el hecho de encontrar abierta la enorme cerca para acceder a la propiedad en la que les habían indicado que vivía Chase Elliot. Atravesaron un camino de más de una milla, rodeado de larguísimas hileras verdes de algo menos de dos pies de altura. Rachel sabía que eran plantas de soja; así se lo había explicado Sarah Lindgetton. Al parecer, Chase Elliot era uno de los mayores productores de soja de todo el estado de Tennessee.

La casa se alzaba al final del camino y sobre un enorme llano. Se trataba de una construcción amplia y encantadora, con un porche y grandes ventanales, pintada de blanco. Estaba flanqueada por sauces, y algo más alejada se veían una enorme cerca y un gran pabellón, por lo cual Rachel dedujo que en aquel lugar también se criaban animales. El conjunto recordaba de forma difusa a Tara, la famosa plantación por la que Scarlett O'Hara había estado dispuesta a hacer casi de todo.

Dennis detuvo el coche y se quedó mirando a Rachel, que en ese momento había sacado su libreta de notas del bolso y le estaba echando un vistazo.

—Ya estamos aquí —dijo innecesariamente Dennis.

—Un momento, estoy repasando las notas que he tomado sobre Chase Elliot.

—Ya las estuviste repasando ayer y creo recordar que también esta mañana...

—Deja ya de fastidiar, Dennis.

El joven guardó silencio, estaba algo sorprendido por el hecho de que Rachel pareciese nerviosa. Como si le hubiese leído el pensamiento, ella comenzó a explicar:

—Parece que el señor Elliot ha tenido mucho cuidado de que nadie se entere del círculo que ha aparecido en su cosecha. Guardar un secreto así en una población tan pequeña no debe ser fácil.

—¿Y?

—Pues eso me hace pensar que, o bien el señor Elliot es alguien muy

respetado o es alguien muy temido..., y ninguna de las dos posibilidades nos lo pone fácil.

—O tal vez se trata de alguien que sabe guardar un secreto.

—Sea como sea debo pensar la mejor manera de abordarlo.

Dennis se levantó las gafas de sol y le echó una mirada burlona de arriba abajo.

—Tal vez deberías haberte puesto algo con más escote.

—¡Oh, Dennis! ¡Qué machista ha sonado eso!

—Machista pero eficaz. Recuerda al señor Swartz.

Rachel hizo un gesto despectivo.

—Por lo que sé, el señor Elliot es un granjero soltero y solitario; no te extrañe que sea un ferviente religioso o algo así, por aquí la gente es muy cerrada. Será muy difícil convencerlo de que lo que ocurre en su propiedad es algo extraordinario. Tendremos suerte si no piensa que es obra del demonio.

Cerró su libreta de notas y la guardó en el bolso. Luego, mirando de frente a Dennis, alzó las cejas y dijo:

—¿A qué esperamos?

Chase oyó el timbre de la puerta mientras terminaba de secarse el pelo de manera distraída con una toalla. Una hora antes había parido una de las ovejas y había necesitado la ayuda de Harrison, uno de sus empleados. Una vez que se habían asegurado de que madre e hija estaban bien, las habían dejado solas y aunque aún no había terminado su faena decidió darse primero una ducha pues apestaba a sudor, a sangre y a oveja.

Le extrañó que alguien llamase al timbre a esa hora y se asustó al pensar que a la oveja recién parida o a su cría les hubiese pasado algo. Cogió del armario una camisa de cuadros y se la puso sin abrochar.

Rachel se disponía a tocar el timbre por segunda vez cuando la puerta se abrió bruscamente. Por un momento se quedó sin aliento. Ante ella había un hombre de no más de treinta y cinco años, con el pelo húmedo y una cara que no desmerecía en nada a cualquier modelo de Calvin Klein. ¿Por qué había pensado ella en ropa interior al verlo?, se dijo, confundida. Seguramente, era

debido a ese pecho ancho, bronceado y musculoso y a esos vaqueros que se ceñían a unas caderas estrechas. Estaba segura de que ese no podía ser el señor Elliot; Rachel solo había visto rostros como ese en las vallas publicitarias.

—¿Qué quieren?

La brusca voz la sacó de sus ensoñaciones.

—Disculpe, queríamos hablar con el señor Elliot.

—Yo soy Chase Elliot.

A su espalda Rachel oyó cómo Dennis contenía el aliento, luego carraspeaba, disimulando sin ninguna duda la misma sorpresa que ella sentía. Rachel se repuso con rapidez y, estirando la mano a la vez que esbozaba la que esperaba fuese su mejor sonrisa, dijo:

—Encantada, yo soy Rachel Taylor y este es Dennis Johnson, de *Toda la verdad*.

Chase ignoró la mano extendida.

—¿Qué diablos es *Toda la verdad*?

—Se trata de una revista mensual. —No supo por qué, pero le pareció prudente no explicar la temática a la que se dedicaban.

—Imagino que ustedes son los que ayer estuvieron volando por encima de mis tierras durante más de una hora, ¿me equivoco?

Rachel casi se puso de rodillas por la gratitud cuando Dennis tomó la palabra. Era una mujer decidida y valiente; se había enfrentado múltiples veces a situaciones incómodas, desagradables e incluso peligrosas, pero en ese instante apenas podía articular palabra. Chase Elliot no hacía ningún esfuerzo por disimular el desagrado que su visita le causaba y eso, unido a que él no era para nada como ella había imaginado, la mantenían extrañamente paralizada.

—Señor Elliot, la marca que ha aparecido en su cosecha es muy importante ya que, si bien en otros lugares, como Inglaterra o Francia, es algo bastante frecuente, aquí en los Estados Unidos no es habitual; es por eso que nuestra revista, que está especializada en temas que digamos que la ciencia no sabe explicar, tenga un enorme interés en estudiar el fenómeno.

«Bravo por ti, Dennis», pensó Rachel.

—Yo les voy a explicar a ustedes qué es lo que ha pasado aquí. —Chase no

parecía nada impresionado por el hecho de que una revista pseudocientífica estuviese interesada en su propiedad—. Unos gamberros han pensado que podía ser muy divertido estropear dos hectáreas de mis sembrados de trigo y luego observar cómo gente de su calaña se acerca por aquí a husmear.

Toda la parálisis que parecía haberse apoderado de Rachel la abandonó de repente al oír la manera despectiva en la que Chase Elliot se había referido a ellos.

—¿Gente de nuestra calaña? ¿Qué quiere decir con eso exactamente?

—Rachel...

—¡No, Dennis! ¡Deja al educado y agradable señor Elliot que se explique! —Chase apretó los labios al detectar el evidente sarcasmo en la voz de la joven—. ¿Cuál es nuestra calaña, señor Elliot? Tal vez se refiera a reconocidos periodistas...

—No, señorita Taylor, me refiero más bien a metomentodos charlatanes que irrumpen en propiedades ajenas buscando chismes para alimentar sus publicaciones. —Y tras decir esto les cerró la puerta en las narices dejando a Rachel más enfadada y ofendida de lo que recordaba haber estado jamás.

Chase se sorprendió cuando al teclear «Rachel Taylor» aparecieron miles de entradas en google. Había vuelto a su trabajo en la plantación en cuanto estuvo seguro de que los dos periodistas se habían marchado, pero había estado todo el día dándole vueltas al asunto y esa noche, en cuanto hubo cenado, se puso con el ordenador.

Media hora después tenía una idea clara de quién era Rachel Taylor. Había estado totalmente equivocado, no era una charlatana: era una completa chiflada. Una charlatana era una embaucadora, alguien que trata de convencer de lo que sabe que no es cierto. Esa mujer creía cada una de las delirantes palabras que salían de su boca.

Viendo su canal de Youtube podía percibir el entusiasmo genuino con el que desarrollaba sus absurdas teorías para explicar los dibujos de antiguas tribus, las formas de las nubes o la propia evolución del ser humano. Tanto convencimiento daba a sus palabras y teorías, que Chase se sorprendió escuchándola ensimismado en más de una ocasión, aunque también había reído con ganas al leer un par de artículos digitales del Nashville Today que firmaba

un tal William Snarley y que habían aparecido en el buscador al teclear el nombre de la periodista.

Tras hacerse una idea que, estaba seguro, era bastante aproximada a la realidad sobre Rachel Taylor, se echó hacia atrás en el asiento y reposó la cabeza sobre sus dos manos cruzadas. Era una pena que la señorita Elliot estuviese como una cabra; Swartz había tenido razón: era una mujer de bandera.

—Parece ser que nuestra investigación debe sufrir un involuntario parón. Rachel levantó los ojos del sándwich de pavo que mordía casi con furia.

—No pienso abandonar el proyecto más apasionante que me he encontrado jamás. —Rachel seguía enfadada y frustrada.

—Bueno, con las imágenes que tenemos podemos montar un buen artículo.

—No me voy a conformar solo con las imágenes. Conseguiré pruebas del terreno, testimonios e imágenes desde cerca.

Dennis la miró con la alarma pintada en sus ojos.

—Rachel, no digas tonterías. —Al ver que la joven seguía comiendo como si nada, exclamó—: ¡Rachel, mírame! —Ella dio un largo sorbo a su cerveza y dejando con parsimonia el sándwich en el plato hizo lo que Dennis le pedía—. Chase Elliot no es un hombre para tomarse en broma, Rachel; prométeme que no harás ninguna locura.

—¡Oh, vamos, Dennis! ¿Qué locura podría hacer?

El joven hizo un gesto de resignación.

—Cualquiera.

Rachel volvió a dar un sorbo a su vaso de cerveza y chasqueó la lengua.

—Estoy furiosa, Dennis, me encuentro ante la historia más alucinante de mi vida, y un granjero estúpido y prepotente pretende impedir que continúe investigando.

—Lo entiendo, Rachel, pero no hay nada que podamos hacer.

—¡Es que ese mensaje no le corresponde! No es suyo ni es para él, es para toda la humanidad.

—¿Cómo estás tan segura de que es un mensaje?

—Estoy absolutamente convencida, ¿qué otra cosa podría ser?

Dennis se encogió de hombros y continuó comiéndose su hamburguesa doble; cuando terminó se limpió la boca con una servilleta de papel y, echándose hacia atrás en su asiento, exclamó:

—Ahora ya no hay nada más que podamos hacer aquí. Podríamos volver mañana a Nashville.

Rachel lanzó un suspiro y comenzó a jugar con el vaso. Se notaba la preocupación y la impotencia que sentía.

—Sí, tal vez sea mejor que vuelvas a Nashville. Alguien debe coordinar los artículos para el próximo número.

—¿Acaso tú no vuelves conmigo?

—No, quiero quedarme un par de días más.

—Rachel. —En la voz de Dennis sonaba la advertencia—. Por favor, no intentes jugar con Chase Elliot.

—No te preocupes, Dennis, entrevistaré a los vecinos, volveré a hablar con Sarah... Estoy segura de que hay otras formas de conseguir información.

—Será mejor que me quede aquí contigo...

—No, Dennis. —Rachel negó con un movimiento categórico de cabeza—. Tienes razón, necesito a alguien en la redacción y solo serán un par de días.

Dennis no las tenía todas consigo; conocía a Rachel, sabía lo tozuda que podía llegar a ser y no quería que se metiese en problemas.

—Si son solo un par de días, puedo quedarme contigo. Necesitarás fotos de los testigos a los que investigues y...

—Dennis, te necesito allí, en serio. Además, sabes que puedo hacer fotos yo también; aunque no tengan la calidad de las tuyas serán suficientes.

—No sé, Rachel, no me quedo tranquilo.

Rachel compuso su mirada más inocente y la clavó en los ojos marrones de su amigo.

—Por favor, Dennis, confía en mí.

Dennis hizo un mohín y luego acabó asintiendo.

—De acuerdo. —Su semblante serio dio paso a una sonrisa pícaro—. Si ese tipo no fuese tan neandertal, te animaría a que tuvieras una aventura con él.

—¿A quién te refieres?

—A Chase Elliot, por supuesto.

—Bah, no es mi tipo.

Dennis lanzó una carcajada, y Rachel le clavó la mirada enfadada.

—Ese hombre es el tipo de cualquiera.

—Después de la manera en que nos ha tratado, no sé cómo puedes pensar algo así.

—No es en mantener una agradable conversación con él en lo que estoy pensando...

—¡Dennis! —A su pesar, Rachel comenzó a sonreír sintiendo como su mal humor se disipaba poco a poco—. Tal vez seas tú el que debería pensar en tener una aventura con nuestro hosco granjero.

—Ojalá pudiese, Rachel, pero ese tipo rezuma heterosexualidad por todos los poros de su piel.

Algo más tarde, ya a solas en su habitación y tras una relajante ducha caliente, Rachel puso en orden sus pensamientos. Tenía toda la intención de estudiar los círculos de cerca y solo se le ocurría una manera de hacerlo. Sabía que Dennis jamás permitiría que entrase a escondidas en la propiedad de Chase Elliot, pero nada iba a alejarla de la que podía ser la historia de su vida.

Había mandado un mensaje a Sarah y habían quedado en verse, pero esta vez debían hacerlo de una manera más discreta; al parecer, su presencia en el pueblo había empezado a despertar rumores, y Sarah no quería que nadie la relacionase con ella. Rachel podía comprenderlo perfectamente; a fin de cuentas, ella solo estaba de paso, y la chica tendría que seguir viviendo allí. Y ahora que había conocido al señor Elliot comprendía su preocupación.

Necesitaba saber cuánto tardaría el trigo en crecer y, en consecuencia, en borrarse el dibujo y, sobre todo, la situación exacta del círculo, para meter las coordenadas en su gps y poder encontrarlo de noche. Esbozó una sonrisa satisfecha: pagaría su peso en oro por ver la cara de Chase Elliot cuando el reportaje sobre el círculo de su cosecha saliese a la luz con una fotografía de ella junto al círculo.

Capítulo 6

Rachel ahogó un pequeño gemido al caer de rodillas después de saltar la reja de la cancela que cerraba la propiedad de Chase Elliot. Se tocó el lugar donde se había golpeado, pero aparte de un moratón no esperaba sufrir muchos más daños. Durante unos minutos permaneció en silencio, rezando porque no apareciesen dos terribles doberman con ansias asesinas; Rachel esbozó una mueca y pensó que eso iría de perlas con el carácter agrio y desagradable del dueño de la plantación. Cuando pasado un tiempo no oyó nada extraño, se decidió a caminar la milla que la separaban del claro donde se encontraba la casa.

Sarah y ella habían tratado de localizar las coordenadas del círculo y habían tomado de referencia la casa. Como unos quinientos metros al noreste de la misma se encontraba el enorme círculo que tanto la había fascinado. A pesar de que sentía un gran nerviosismo por si Chase Elliot la sorprendía, su entusiasmo hacía que cualquier otra consideración pasase a un segundo plano.

Esa mañana había hecho muchas preguntas a Sarah sobre su vecino, y algunas de las cosas que la joven le había contado habían logrado sorprenderla. Al parecer, Chase Elliot tenía un hermano y una hermana; la chica se había casado con alguien de Nueva York y se había marchado hacía varios años. Por lo que Sarah sabía, algunas veces la joven acudía a la propiedad a visitar a su hermano junto a dos niños pequeños, pero casi nunca la acompañaba su esposo. Al hermano nunca lo había visto; aunque nadie le había contado nada sobre él, por comentarios que a veces había oído a sus padres sabía que había estado algún tiempo en la cárcel.

Su madre había muerto cuando él aún estudiaba en la universidad; ese había sido un detalle que había sorprendido mucho a Rachel. Nunca habría imaginado que ese hombre estudió una carrera universitaria. Por lo visto, tenía un título de ingeniero agrónomo. Su padre había muerto apenas un par de años después.

Además de todo esto, y ahí estaba el segundo detalle sorprendente, Chase Elliot había estado casado. Había sido justo después de terminar la universidad, y el matrimonio no había durado mucho; Sarah no sabía

exactamente cuánto. También le dijo que había rumores de que salía con la señorita Timbley, una maestra que había llegado durante ese curso.

Rachel iba ensimismada pensando en la conversación que había mantenido con Sarah y en todos los detalles que ella le había proporcionado; con cierto rubor tuvo que reconocerse a sí misma que el intenso interrogatorio al que había sometido a su joven confidente respecto al dueño de la plantación era del todo irrelevante para su investigación; claro que eso la joven no tenía por qué saberlo.

Cuando llegó al claro donde se encontraba la casa, su corazón comenzó a latir con fuerza. Llevaba una linterna Maglite con concentrador de luz y su cámara de fotos con visión nocturna. Se había puesto ropa oscura y unas cómodas zapatillas deportivas por si tenía que salir corriendo. Sabía que en ese caso tenía muchas posibilidades de escapar; le gustaba hacer deporte, hacía *footing* tres veces por semana y estaba muy bien preparada físicamente, pero la idea de que Chase Elliot la sorprendiese la inquietaba muchísimo. Apagó la linterna, ya que una de las ventanas dejaba salir la luz, y se acercó de manera sigilosa al porche, agachándose para no ser vista. Necesitaba mirar en su móvil la brújula que le indicara donde estaba el noreste y le pareció más seguro aprovechar la luz de la casa que volver a encender su linterna.

En ese momento oyó una risa femenina seguida de unos suspiros. Se dio cuenta entonces de que la ventana estaba entreabierta. Un murmullo bajo, varonil, seguido de unos gemidos, le dejó claro que una pareja se encontraba haciendo el amor a unos metros de donde ella estaba. Los sonidos apagados continuaban, y Rachel no pudo evitar asomarse para confirmar sus sospechas. Lo que vio hizo que su corazón se acelerase y una fina capa de sudor cubriese su cuerpo.

En el suelo, sentado sobre una alfombra de aspecto mullido y apoyado sobre un sofá de tela roja, se encontraba Chase Elliot. Estaba descalzo, vestido con unos vaqueros y desnudo de cintura para arriba. Sus ojos permanecían entrecerrados y una sonrisa que le daba el aspecto de un niño glotón ladeaba sus labios. Recostada de espalda sobre él había una mujer rubia, desnuda, que echaba su cabeza sobre el hombro de Chase y gemía con los ojos cerrados. Sus pechos mostraban los pezones erectos mientras él se los acariciaba y pellizcaba suavemente con una mano. La otra se encontraba enterrada entre los muslos de la joven, que de vez en cuando jadeaba y abría

las piernas para permitirle al hombre tocarla a placer.

Rachel se quedó hipnotizada por la sensualidad de la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Unos segundos después, la chica se levantó y comenzó a desabotonar el pantalón de Chase con evidente impaciencia; Rachel alcanzó a ver el miembro erecto del hombre. Grueso y firme, de punta redondeada. La chica se sentó a horcajadas sobre él, y ambos soltaron un fuerte gemido de placer. Rachel pareció despertar de su letargo al oírlo y volvió a agacharse, dándose cuenta de que su respiración se había acelerado.

La imagen que se había desarrollado ante sus ojos había sido tan erótica y excitante que por un momento Rachel había sentido envidia de la chica. En ese momento, a la vez que recuperaba poco a poco el ritmo normal de su respiración, comenzó a sentirse avergonzada por lo que acababa de hacer. Menos mal que ninguno de los dos ocupantes de la casa se había dado cuenta de su presencia; el bochorno que hubiese sentido en ese caso habría sido terrible.

Se dio cuenta de que mientras la pareja siguiera ocupada haciendo el amor sería muy poco probable que la descubriesen, así que decidió caminar hacia donde el gps de su teléfono móvil le indicaba, andando todo lo rápido que podía sin echar a correr. Tras lo que le pareció una eternidad llegó al borde del círculo. Visto de cerca solo parecía una zona aplastada, con los tallos inclinados hasta tocar el suelo. Enfocó la linterna hacia el claro formado por el borde del círculo y se acuclilló, poniendo su mano sobre el borde aplanado. Un extraño cosquilleo en su palma le hizo apartar la mano de repente, ¿qué diablos había sido eso?! Cada vez más excitada, volvió a poner la mano y de nuevo lo sintió.

Aunque Rachel jamás había visto de cerca un círculo de las cosechas, sí que había estudiado en profundidad otros fenómenos similares, pero nada la había preparado para la embriagante sensación de sentir que estaba ante algo extraordinario. En ese momento se dio cuenta de que necesitaba un medidor de radioactividad. La imagen de Chase Elliot acariciando a la hermosa joven rubia irrumpió en su mente, y Rachel se detuvo unos instantes a evocarla, sintiéndose fastidiada al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Estaba ante uno de los fenómenos más extraordinarios con los que se había topado en toda su carrera y a ella solo se le ocurría pensar en Chase Elliot haciendo el amor con su novia.

Con la concentración perdida, se dijo que había malgastado demasiado tiempo y que sería mejor volver a la noche siguiente. Trataría de conseguir un medidor de radioactividad y, con la atención centrada en el círculo, recogería pruebas y haría fotografías.

Dennis tenía ante sí las galeradas de los artículos que iban a publicar en el próximo número de *Toda la verdad*: las profecías de una anciana búlgara, Baba Vanga, sobre el futuro de la humanidad, el avistamiento de un extraño aparato cerca del aeropuerto de Vladivostok, en Rusia, los testimonios de algunos contactados y las extrañas creencias de la tribu de los Pech, en Catacamas, Honduras, que creían comunicarse con espíritus de otros planetas a través de una especie de brujo llamado watá. Los documentos fotográficos que acompañaban a esos artículos estaban en un archivo aparte, y él se disponía a montarlos y organizarlos cuando Linda, una de las secretarias, abrió tímidamente su puerta.

—Dennis, el señor Snarley desea verte. —Al ver el gesto de sorpresa del joven, ella se limitó a alzar las cejas en un gesto de estupor similar.

—¿William Snarley?

—Sí. —Bajando la voz, Linda añadió—: El cerdo.

—De acuerdo, dile que pase. —Dennis cerró todas las pestañas que mantenía abiertas en su ordenador; bajo ningún concepto pensaba permitir que Snarley metiese las narices en los asuntos de la revista.

A la mañana siguiente, Rachel despertó al oír un extraño zumbido que parecía taladrarle la oreja. Se removió inquieta entre las sábanas de su cama e intentó seguir durmiendo; la noche anterior, tras regresar de la plantación de Chase Elliot, le había costado mucho conciliar el sueño. La imagen del hombre acariciando con tanta sensualidad a la hermosa joven la había asaltado en el momento más inoportuno, cuando se desnudaba para meterse en la cama; su cuerpo se había erizado de deseo y ella se había sentido muy avergonzada. Sabía que Dennis tenía razón, llevaba demasiado tiempo sin sexo, y el hecho de que Chase Elliot estuviese cañón no servía de excusa ante sus propios ojos. Ese hombre era estúpido y desagradable, tenía en abundancia lo que más odiaba en una persona: estrechez de miras. ¿Por qué entonces la imagen que

había sorprendido la noche anterior la había afectado tanto? Esas consideraciones y su propio deseo insatisfecho la habían mantenido mucho tiempo despierta; por eso, a pesar de oír el molesto e insistente zumbido, metió la cabeza debajo de la almohada e intentó seguir durmiendo. Solo dos minutos después abrió los ojos con sobresalto al identificar la procedencia del sonido: se trataba de su teléfono móvil.

Con los ojos aún pegados por el sueño, alargó la mano y miró con fijeza la pantalla, que durante unos segundos le pareció borrosa hasta que pudo fijar la vista. Se dio cuenta de que tenía cuatro llamadas perdidas y un mensaje de voz. Alarmada tocó el sobre y se acercó el micrófono a la oreja. La voz de Dennis, que la instaba a llamarlo en cuanto oyera ese mensaje, acabó de despertarla. Su amigo era una persona tranquila, nada dada a exagerar. Debía haber ocurrido algo en la redacción de *Toda la verdad* para que él hubiese intentado con tanto ahínco ponerse en contacto con ella.

Totalmente despierta marcó el número de Dennis. Apenas había terminado de sonar el primer tono cuando él descolgó.

—¿¡Dónde diablos te habías metido!?

—Estaba durmiendo...

—¿A estas horas?

—Sí, bueno, anoche...

—¿Ha sucedido por fin algo interesante? Bueno, no importa. —Su voz sonaba excitada más que preocupada, y Rachel se relajó un poco—. Ya me lo contarás... Intenta adivinar quién estuvo aquí anoche.

—Ah, no, ni se te ocurra tenerme con la intriga después de que llevas toda la mañana llamándome.

Al otro lado de la línea sonó una carcajada.

—Es verdad, además nunca lo adivinarías, creí que sufría visiones cuando el propio William Snarley apareció en mi oficina.

Durante unos segundos Rachel se quedó en silencio sin entender muy bien lo que su amigo trataba de decirle.

—Dennis, ¿está diciendo que William Snarley fue anoche a verte?

—Bueno, en realidad no vino a verme a mí, quería verte a ti.

Rachel frunció el ceño, completamente descolocada con lo que su amigo le decía.

—¿Estás de broma? Porque si es así, no tiene ninguna gracia.

—No, Rachel, hablo totalmente en serio: William Snarley quería hablar contigo.

—¿De qué? ¿Por qué?

—No lo sé; me preguntó dónde podría encontrarte y, cuando le dije que te encontrabas fuera de la ciudad, se limitó a dejarme una tarjeta de visita y me pidió que te dijera que por favor lo llames cuando regreses.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco; de hecho, esperaba que tú me lo explicases.

—Jamás he hablado con ese hombre y tú lo sabes.

Durante unos segundos, Dennis se quedó en silencio, sin duda alguna tratando de imaginar un motivo por el cual William Snarley quisiera ver a Rachel, luego recordó algo y añadió:

—Por cierto, no está nada mal...

—¡Dennis!

—Bueno, no te pongas así, es la verdad. Le tenía tanta manía a ese tipo que estaba seguro que tendría cuernos y rabo; lo cierto es que es bastante atractivo y muy elegante.

—Me da igual, seguro que tiene algún motivo oscuro para querer hablar conmigo.

—¿Y bien?

—Y bien ¿qué?

—¿No piensas coger el coche y plantarte aquí ahora mismo para descubrir qué quiere?

Por la mente de Rachel pasó el círculo en la plantación de Chase Elliot y su fallido intento de recoger pruebas y hacer fotos.

—Por supuesto que no. —La curiosidad la corroía igual que a Dennis; aún así, el asunto del círculo le seguía atrayendo más que ninguna otra cosa.

—Ya me temía que dirías eso.

Esa noche se sentía algo más tranquila que la noche anterior; llegar al círculo había sido relativamente fácil, y el hecho de saber que el señor Elliot no tenía una pareja de perros asesinos rondando por la plantación también

ayudaba mucho.

Llevaba su bolso bandolera casi vacío para poder recoger muestras, su cámara y su linterna. También llevaba el medidor de radioactividad que había comprado en Amazon y que le había costado la friolera de ciento cincuenta dólares, con un suplemento de veinte dólares por el envío urgente. Iba vestida con comodidad y esa vez había calculado mejor el salto y no se había caído, aunque su rodilla dolorida de la noche anterior se había resentido. Tal y como había supuesto, un feo moratón había comenzado a extenderse por su rodilla, pero excepto un poco de dolor al doblarla no sentía apenas molestias.

Mientras se dirigía a la casa sintió un ramalazo de aprensión al pensar en que Chase y la joven que sin duda era la señorita Timbley estuviesen de nuevo haciendo el amor, claro que esta vez ella no pensaba asomarse a curiosear. Aún peor, tal vez Chase se encontraba en el porche; la noche estaba despejada y no era demasiado fría. En ese caso no tendría ninguna oportunidad de pasar desapercibida.

Unos minutos después respiró aliviada al divisar la casa sin rastro de nadie alrededor. Observó que la misma ventana que de la noche anterior permanecía iluminada; ella ahora sabía que se trataba de la ventana del salón. Durante unos segundos esperó oír los sonidos apasionados que una pareja emitiría mientras hacía el amor, pero solo le llegó un rítmico teclear que identificó al instante: Chase Elliot estaba escribiendo algo con un ordenador.

Esta vez no necesitó consultar la brújula de su móvil; tomando de referencia la casa sabía en qué dirección se encontraba el círculo y se encaminó hacia allí con paso rápido.

Una vez en el lugar encendió la linterna y la dejó en el suelo, enfocando el borde de lo que ella sabía era un enorme círculo con intrincados dibujos geométricos en su interior. Sacó el medidor de radiactividad y lo encendió. Un penetrante zumbido la hizo soltar un gritito y rápidamente buscó el controlador del volumen. En la pantalla, una línea vertical indicaba la referencia y una luz en forma de abanico sobrepasaba en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados esa línea. Tal y como sospechaba, el nivel de radiactividad era mayor del normal. Con cuidado dejó el aparato en el suelo y cogió su móvil para hacer una foto de la pantalla del medidor cuando una brusca voz la sobresaltó a su espalda.

—¿Qué diablos está haciendo en mi propiedad?

Capítulo 7

Rachel lanzó un gritito y dejó caer el móvil al suelo; la preocupación por el aparato sustituyó por un momento al sobresalto que había sentido al oír la voz de Chase Elliot, aunque antes de que pudiese agacharse a recogerlo, él habló de nuevo.

—Le advertí que se mantuviera alejada de mi propiedad.

—Pero usted no comprende, se trata de un asunto de interés...

—¡La que no comprende es usted! —Chase alzó la voz, estupefacto por la desfachatez que esa mujer mostraba—. Está en una propiedad privada, puedo denunciarla por allanamiento y le juro que es lo que haré si vuelvo a encontrarla aquí.

—¡No es justo que prive al mundo de conocer algo de esta magnitud solo por su ignorancia! —Rachel notaba cómo toda la indignación que la había invadido la primera vez que hablara con Chase Elliot volvía a ella.

—¿Ignorancia? Eso que usted llama ignorancia es sentido común.

—Ceguera más bien.

—Sea como sea, no pienso discutir este asunto con usted. —Chase la tomó del brazo—. Voy a acompañarla a la salida...

—¡Un momento! —Rachel se desasió y se agachó para recoger sus cosas del suelo, guardándolo todo con rapidez en el bolso ante la mirada ceñuda del hombre. Luego comenzó a andar con docilidad.

Su irritación se había visto apaciguada desde el momento en que él la había agarrado del brazo. A su mente había acudido el recuerdo de Chase haciendo el amor con la joven rubia, sin duda la señorita Timbley y, sin saber muy bien por qué, eso la había turbado sobremanera. A pesar de la penumbra reinante no había podido evitar fijarse en su fuerte antebrazo y en el triángulo de pecho que su camisa dejaba al descubierto. Un mechón de cabello rubio caía sobre su frente y, a su pesar, no pudo dejar de admitir que era el hombre más atractivo que había conocido jamás.

Cuando se incorporó él puso la mano sobre su espalda, instándola de manera suave a que caminara, y ella se apartó de un salto. Esa mano parecía

quemarla y una extraña debilidad le cosquilleó en las rodillas.

—Sé caminar, no es necesario que me empuje. —Con resentimiento ignoró airoosamente el hecho de que, en realidad, él no le había empujado, se había limitado a colocar su mano sobre ella, como si ese lugar de su anatomía también le perteneciera.

Él no contestó, se limitó a mirarla con intensidad y el semblante serio; Rachel pensó que era mejor así, lo más probable era que cualquier cosa que se le pasase por la mente en ese momento no la dejaría en buen lugar. Tras unos incómodos minutos en silencio, ella se decidió a preguntarle algo que llevaba algún tiempo tratando de adivinar.

—Dígame una cosa, ¿cómo ha descubierto mi presencia?

—Vi la luz de su linterna cuando se adentraba en la plantación. —Hizo una ligera pausa y añadió—: Y usted, ¿cómo ha logrado entrar?

—Salté la valla.

—¿¡Cómo dice!?

Él se había detenido, y ella lo miró alzando las cejas, sin comprender a qué venía tanto aspaviento.

—Ya me ha oído, ¿de qué otra forma podría haberlo hecho si no? ¿Cavando un túnel? ¿Volando?

—¡Esa maldita valla mide cuatro metros! —Chase la retuvo del brazo y la zarandó ligeramente. Su rostro estaba contraído por el enfado que sentía y se había acercado tanto a ella que Rachel pudo distinguir perfectamente cómo las fosas de su nariz se dilataban al tomar aire—. ¡Está usted más loca de lo que pensaba! ¡Podría haberse matado!

—¡No tendría necesidad de ponerme en peligro si usted me permitiese examinar el círculo! —exclamó Rachel con un tono triunfante a pesar del enfado que sentía.

—¡Ni lo sueñe! Ya le he dicho que no quiero a gente como usted husmeando en mis tierras.

«Gente como yo», pensó Rachel furiosa; y sabía con exactitud a qué tipo de gente se refería Chase. *Hippies*, frikis y todo un elenco de visionarios en el que, sin ningún lugar a dudas, la metía a ella como reina principal de todo el tinglado. Aspiró aire con fuerza, inconsciente de cómo la mirada de él se detenía más de la cuenta en la parte delantera de la camiseta que acababa de

hincharse. Tras unos extraños segundos en los que ambos se limitaron a contemplarse en silencio, Chase le soltó el brazo y echó a andar; sus pasos transmitían la furia que sentía y tras él Rachel caminaba con gesto de enfado, tratando de ignorar la ancha y firme espalda que parecía atraer su mirada contra su voluntad. No entendía que precisamente ese hombre, el único obstáculo que se interponía entre ella y la mejor historia de su vida, le pareciese tan fascinante, pero el hecho incuestionable era que así era y esa certeza incrementaba el enfado que sentía.

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Chase se había detenido y a punto estuvo de chocar contra su espalda. Él la miró y alzó una ceja, pero no dijo nada; se limitó a dirigirse a un panel numérico que a Rachel le había pasado inadvertido. Chase marcó un número con tanta rapidez y seguridad que ella no pudo memorizar ni una sola cifra. Mientras la verja comenzaba a abrirse con lentitud, él se volvió hacia ella.

—Señorita Taylor, si vuelvo a sorprenderla en mi propiedad, no vacilaré en denunciarla. Por favor, no tome mis palabras a broma.

Rachel no se molestó en contestarle, le dio la espalda y echó a andar sin mirarlo ni una sola vez, enfadada y frustrada, pero más decidida que nunca a estudiar ese círculo de cerca. Sabía que estaba empezando a tomárselo como algo personal, pero le dio la bienvenida a esa furiosa determinación que parecía haberse apoderado de ella. Si era necesario, excavaría un túnel con sus propias manos, tal y como le había dicho a él, pero no dejaría que un mentecato ignorante privase al mundo de una noticia como aquella.

Chase conducía su todoterreno en silencio, con la vista fija en la carretera; a su lado Jennifer hojeaba una revista con desgana hasta que transcurridos unos minutos la cerró y la tiró a un lado del asiento con gesto aburrido. Iban a Nashville, ella era de allí y quería visitar a sus padres. Chase se había ofrecido a llevarla una semana atrás porque podría aprovechar el viaje para comprar algunas cosas que en Milan eran difíciles de encontrar. Esa mañana, mientras se vestía y se preparaba para el viaje, se había arrepentido de su ofrecimiento, pero ya era demasiado tarde y habría sido demasiado mezquino echarse atrás.

—¿Qué te sucede?

—¿Eh? —Apartando la vista brevemente de la carretera echó un rápido vistazo a Jennifer. Se la veía impecable, como siempre. Jennifer era una mujer con mucho estilo.

—Apenas me has dirigido un par de palabras desde que me has recogido esta mañana, ¿te ha sucedido algo?

Chase no pudo rebatirle eso a la joven; desde la noche anterior, cuando había sorprendido a Rachel Taylor en sus tierras, no había podido dejar de pensar en ella. Esa mujer además de estar chiflada era una inconsciente; solo pensar en lo que podría haberle sucedido si se hubiese caído de la verja bastaba para provocarle un escalofrío.

—Hay una periodista rondando por mi propiedad.

—¿Una periodista? ¿Por lo del círculo? —En la voz de Jennifer se adivinaba el interés que la noticia había suscitado en ella.

Él se limitó a asentir en silencio.

—¿Cómo lo ha sabido? —Jennifer era consciente de la discreción con la que Chase manejaba ese asunto, ni siquiera a ella le había dado demasiados detalles sobre el extraño círculo.

—No lo sé, pero me preocupa un poco. —Tras unos segundos en silencio decidió sincerarse—: Esa mujer parece no aceptar un «no» por respuesta y aunque la he amenazado con denunciarla si vuelvo a sorprenderla en mi propiedad, algo me dice que eso no bastará para detenerla.

—Pero no puede hacer algo así...

Chase alzó las cejas; estaba convencido de que lo que se pudiese o no hacer no era un obstáculo para la señorita Taylor; daba la sensación de ser una de esas personas que solo se guían por sus propios deseos.

—¿Cuál es su nombre?

—Rachel Taylor.

—¿Rachel Taylor? Me suena...

—Se trata de una de esas ufólogas chifladas que ven hombrecitos grises por todas partes.

Jennifer se quedó unos segundos pensativa y luego cogió su móvil para consultar algo; Chase supuso que estaba metiendo el nombre de la señorita Taylor en Google.

—¡Ya sé por qué me suena! —Jennifer chasqueó la lengua en un gesto

triumfal—. En el *Nashville Today* hay un tipo, Snarley se llama, que suele escribir sobre ella. —En ese punto Jennifer soltó una breve carcajada—. Deberías leer alguno de sus artículos, son verdaderamente graciosos.

Chase no supo por qué, pero no quiso decirle a Jennifer que ya lo había hecho. Siguió conduciendo en silencio mientras pensaba cómo podría impedir que la señorita Taylor continuase metiendo su bonita nariz en su propiedad. De fondo oía la voz de Jennifer leyéndole algo y riendo a la vez que lo hacía, pero su mente se encontraba muy lejos, preguntándose cuándo sería la próxima vez que vería a Rachel Taylor, pues si de algo estaba seguro era de que habría una próxima vez.

Rachel daba vueltas por la habitación que tenía alquilada, como un león enjaulado. La noche anterior le había costado mucho tranquilizarse, ni siquiera el hecho de haber llenado la bañera y haberse sumergido en ella durante casi una hora había bastado para relajarla. Solo había logrado la calma necesaria para poder dormir después de haberse bebido media botella de Rioja que había pagado a precio de oro.

A la mañana siguiente se había llevado una pequeña alegría al descubrir que la foto que había hecho al medidor de radiofrecuencia se veía con nitidez; no había podido comprobarlo la noche anterior porque su móvil se había quedado sin batería. Ahora trataba de aclarar su mente sobre cuál debía ser el siguiente paso a seguir; durante unos minutos estuvo considerando la posibilidad de entrevistar a los vecinos de Milan y al sheriff, pero tal y como le había dicho Sarah todo el asunto del círculo se mantenía casi en secreto, y eso era algo que en realidad la favorecía: había sido un auténtico golpe de suerte el que Sarah se hubiese puesto en contacto con ella y, por lo que sabía, ningún otro periodista conocía la noticia. Cuanto más tiempo se mantuviese en secreto, más posibilidades tendría de asegurarse la exclusiva. Así que, descartado el hecho de ponerse a entrevistar a los vecinos, se dio cuenta de que lo más sensato sería regresar a Nashville y redactar el artículo con el material que tenía, pero algo dentro de ella se rebelaba contra esa opción. Dejando a un lado el artículo ella deseaba con todas sus fuerzas profundizar en el fenómeno del círculo. Siempre que había sabido de la aparición de alguno en Inglaterra o Francia, había seguido el caso con interés y había leído multitud de libros especializados en el tema. Ahora tenía la oportunidad de

estudiar uno de esos círculos y no uno cualquiera; un círculo de unos cuatrocientos pies con un intrincado dibujo geométrico en el interior y una extraña secuencia de puntos y líneas en su borde exterior. Rachel estaba segura de que se trataba de un mensaje, tal vez no tan espectacular como el aparecido en Chilbolton, Hampshire, en el año 2001, pero lo suficiente como para despertar el interés del mundo científico menos ortodoxo.

El que hubiese considerado siquiera el tirar la toalla era algo tan atípico en ella que no tuvo más remedio que sincerarse consigo misma: era consciente de que algunos reportajes los había conseguido a fuerza de ser insistente, de no aceptar jamás una negativa, de agotar por cansancio a todo aquel que se le oponía, ¿por qué le costaba tanto actuar de esa manera con Chase Elliot? La respuesta vino a su mente de manera automática: ese hombre le gustaba y cuando estaba cerca, ella se sentía menos segura.

A modo de disculpa, se dijo que cualquier mujer —y en vista de la reacción de Dennis la primera vez que lo vio, cualquier hombre gay— encontraría inmensamente atractivo a Chase Elliot porque de manera objetiva lo era. Pero ella no era tan superficial como para dejar que una simple atracción física la condicionara, y desde luego nada era más importante en ese momento para ella que continuar con su investigación, así que se sobrepondría a la fascinación que Chase Elliot parecía ejercer sobre ella y seguiría presionándolo hasta que, por puro hastío, se diese por vencido.

Dennis había aceptado la invitación de Sam y Linda de ir a cenar con ellos. Ambos eran trabajadores de *Toda la verdad* y además pareja. A Dennis le agradaban, mostraban un gran entusiasmo por su trabajo, tanto que eran los únicos que a veces se quedaban tanto tiempo en las oficinas como Rachel y él mismo. En ocasiones, Rachel bromeaba con ellos diciéndoles que tal vez debería considerar cobrarles por ir a trabajar en lugar de pagarles.

—Dennis, sugiere tú algún sitio que sea elegante —le pidió Linda—. Sam siempre me lleva al mismo lugar.

—No te habías quejado hasta ahora —se defendió el aludido.

—Hay un sitio cerca de aquí, un italiano —dijo Dennis—. Ambiente íntimo y acogedor, y buenos precios.

—¡Genial! —Linda aplaudió con entusiasmo infantil mientras Sam ponía

los ojos en blanco.

—¿Os parece entonces?

—Cualquiera dice ahora que no. —Sam guiñó un ojo a Dennis al decirlo.

En el coche de Sam y Linda, Dennis escuchaba en silencio el parloteo animado de la joven. El restaurante al que se dirigían y que él les había recomendado, La Bella Toscana, era uno de los sitios que solía frecuentar con Robert. Lo había sugerido en un arrebato de rebeldía, como una demostración de que podía hacerlo, que no le afectaría. Ahora ya no estaba tan seguro de que eso fuera así.

Al llegar al local la iluminación tenue y la romántica balada italiana casi lo hicieron tambalearse. Se obligó a sí mismo a olvidar los incontables momentos que había vivido allí junto con Robert —cuando con solo mirarlo él lo hacía sentir que era especial—, mientras asentía distraído a las exclamaciones de admiración de Linda. Para más inri, Paolo, uno de los camareros, lo reconoció enseguida y se acercó a saludarlo y, aunque no dijo nada, Dennis se dio cuenta de que esbozaba un gesto de extrañeza al no verlo junto a Robert.

Una vez acomodados en la mesa que les ofrecieron, él prefirió estar de espaldas a la puerta, Linda y Sam le pidieron que les aconsejara y él les recomendó el risotto de setas y los langostinos al infierno. Una vez que la comida estuvo sobre la mesa, comenzaron a hablar animadamente sobre los artículos que saldrían en el próximo número de *Toda la verdad*, y Dennis pudo deshacerse por fin de la nostalgia que parecía haberse apoderado de él.

La velada pasó de manera muy satisfactoria para todos, ya que a los tres les apasionaba lo que hacían y la conversación giró alrededor del trabajo. Después del café Sam insistió en pagar la cuenta.

—No es necesario, Sam.

—Déjalo, Dennis —intervino Linda—, para una vez que va a aflojar el bolsillo...

Los tres salían del local riéndose cuando Dennis sintió cómo su sonrisa se congelaba en el rostro. Allí, en una mesa cerca de la salida, Robert reía acompañado de un hombre maduro y atractivo. Dennis sintió cómo sus oídos zumbaban y se quedó paralizado; en ese momento Robert alzó su copa de vino y, de manera casual, cruzó su mirada con Dennis. Este pareció salir de su letargo mientras Robert palidecía.

—Dennis ¿te pasa algo? —Linda se extrañó por la precipitación con la que el joven salía del local.

A su espalda oyeron cómo alguien gritaba su nombre.

—Dennis, hay un hombre que te está llamando.

—Vámonos, Linda, por favor.

La joven asintió sin decir nada y, haciéndole un gesto a Sam para que se diese prisa, se subieron al coche.

Mientras Sam arrancaba, Dennis no pudo resistir la tentación de volver la vista atrás. Robert estaba allí de pie, con los brazos caídos a ambos lados de su cuerpo, y Dennis sintió cómo su mirada se humedecía. Nunca se había engañado, sabía que aún seguía amando a Robert, pero saber cuánto daño podía hacerle este todavía lo deprimió. Ojalá Rachel estuviese ahí... A pesar de su terrible pronto y su impulsividad, ella siempre sabía cómo consolarlo cuando estaba triste.

Capítulo 8

Chase se encontraba junto a varios peones, arrancando algunas malas hierbas que habían crecido junto a las hileras de las plantas de soja, cuando el silbido de uno de ellos le hizo levantar la cabeza. Con el sol de frente le fue imposible distinguir las facciones de la persona que se acercaba, pero algo dentro de él supo perfectamente de quién se trataba. No podía creer el descaro con el que esa maldita mujer se conducía.

Cuando estuvo a solo tres o cuatro metros del lugar donde él se encontraba, sonrió como si su presencia allí fuese lo más normal del mundo.

—Buenos días, señor Elliot, señores... —Sus peones la saludaron con deferencia, aunque la miraron con abierta curiosidad.

—¿Qué diablos hace aquí? Creí que le había quedado claro que...

—Solo he venido a hablar con usted. —Ella había levantado la palma de la mano para detener el torrente de furiosas palabras que el hombre se disponía a lanzarle—. ¿Sería tan amable de concederme unos minutos de su tiempo, señor Elliot?

Él la miró y entrecerró los ojos. Su tono de voz había sido tan dulce que casi le arrancó una sonrisa; se sentía como un pobre marinero embaucado por el exquisito canto de una sirena y lo peor era que por un momento se sintió tentado de sucumbir.

—Estoy muy ocupado.

—Solo serán unos minutos. —Otra vez ese tono y esa sonrisa.

Mirando a su alrededor se dio cuenta de que los trabajadores los miraban con abierta curiosidad, algunos con extrañeza, y todos parecían babear ante la hermosa señorita Taylor como un chucho hambriento babearía delante de una longaniza. Sacudiéndose las manos con furia en los pantalones lanzó una maldición en voz baja.

—¡Seguid trabajando! ¡No os pago para hacer de mirones! —exclamó con gesto de desagrado; luego, dirigiéndose a ella, añadió—; Está bien, sígame, pero solo le concederé cinco minutos.

—Gracias, señor Elliot —respondió ella como la más dulce de las

damiselas, tragándose el enojo que su actitud prepotente le provocaba.

Él observó que sus dientes eran muy blancos y que al sonreír unos hermosos hoyuelos se formaban a ambos lados de su boca. También su mirada parecía refulgir y por un breve momento deseó que esa sonrisa nunca desapareciera.

—No se preocupe, jefe. —Julius, uno de los peones que más tiempo llevaba trabajando con él, le guiñó un ojo—. Nosotros nos apañaremos bien.

Chase lanzó un gruñido por toda respuesta y, como si fuese lo más natural del mundo y tal como había hecho un par de noche atrás, cuando la sorprendiera en su propiedad, apoyó la palma de su mano en la espalda de la joven.

La sonrisa de Rachel se borró de su cara; el escalofrío que sintió al notar la calidez y fuerza de la palma masculina en su cuerpo la asustó.

—¿Cómo me ha encontrado?

—En su casa una señora me ha dicho que se encontraba en la plantación y como ella no ha sabido decirme el lugar exacto ha llamado a un hombre que estaba con sus ovejas...

—Harrison.

—Sí, él. El señor Harrison me ha indicado dónde encontrarlo.

—Es usted más tenaz que un coyote hambriento.

—Lo dice como si fuese un defecto...

Él lanzó una ligera carcajada.

—Tiene razón; ser tenaz es en la mayoría de los casos una virtud muy útil, pero cuando uno mismo es la víctima de su tenacidad cuesta trabajo verlo así.

Ella se limitó a sonreír, y él la contempló sonriendo a su vez; el momento fue extraño e íntimo, y Chase apartó la vista y compuso su semblante serio de nuevo. Ella se mordió el labio, de nuevo insegura.

—¿Y su amiguito? ¿Acaso se ha ido volando en una nave espacial?

Rachel lo miró, confundida por sus palabras.

—¿Mi amiguito?

—Sí, el hombre alto que venía con usted la primera vez...

—¡Ah, se refiere a Dennis! Él es el fotógrafo y codirector de *Toda la verdad*.

—¿No la acompaña en sus correrías?

—Por lo general sí, pero en esta ocasión ha vuelto a Nashville. Puedo continuar con esta investigación yo sola —añadió con suficiencia.

Chase sentía curiosidad por la relación que unía a la señorita Taylor con el fotógrafo, pero comprendía que esa curiosidad estaba fuera de lugar y, además, ¿qué podía importarle a él lo que la señorita Taylor hiciese con su vida? Nada.

Unos minutos después llegaron al claro donde se alzaba la casa de Chase. Él se limitó a empujar la puerta, que no estaba cerrada. Al instante la misma señora que la había atendido a ella, una empleada para las tareas domésticas por lo que pudo observar, apareció.

—Ah, señor Elliot, veo que finalmente la señorita ha dado con usted.

—Así es, Brione, como un coyote hambriento daría con un conejo. —Y al decirlo le guiñó un ojo.

Rachel se extrañó de que la mujer no cayese derretida en mitad del salón; ver al señor Elliot con esa actitud desenfadada fue devastador para ella.

—Si me espera un momento, iré a asearme; luego hablaremos.

—Está bien.

Chase desapareció por una puerta lateral, y ella negó cuando Brione le ofreció algo de beber. Cuando la mujer se marchó para continuar con su tarea, Rachel paseó la vista por la estancia y entonces sintió cómo se acaloraba de golpe. Allí, a su espalda, estaba el sofá rojo y de nuevo la imagen de Chase haciéndole el amor de manera apasionada a su novia ocupó su mente, pero en esta ocasión ella se imaginó en el lugar de la joven rubia y sintió cómo sus rodillas flaqueaban. Se pasó la mano por la frente, estaba sudando y su corazón palpitaba. Era una situación horrible y luchó por recuperarse; debía poner punto y final a su larga abstinencia sexual. No recordaba que nunca antes el deseo la hubiese asaltado de manera tan repentina e inoportuna.

—Señorita Taylor, ¿le pasa algo?

Rachel tragó saliva; frente a ella, Chase, con el cabello mojado y una camiseta blanca, la miraba con extrañeza.

—No, claro, ¿por qué lo dice?

—Está muy roja, tal vez hemos venido a un ritmo muy rápido... Espere, le traeré un vaso de agua.

Ella asintió sin contradecirlo; mejor que pensara que estaba acalorada por la caminata que llegase siquiera a sospechar cómo le afectaba su presencia. Rachel había oído hablar de la atracción animal, incluso había leído alguna novela en la que los protagonistas parecían sentirse atraídos de manera salvaje el uno por el otro nada más verse, pero siempre pensó que eran exageraciones. Ahora al parecer ella estaba sintiendo algo así y no era tan emocionante como podría deducirse de sus lecturas; sobre todo teniendo en cuenta que la otra parte no solo estaba comprometida, sino que además pensaba que ella era una chiflada. Volvió a echar la culpa de su repentino deseo a la larga abstinencia sexual. En cuanto acabara con ese tema se tomaría en serio comenzar a tener alguna cita.

—Tenga. —Chase le tendió un vaso de agua que ella bebió de un trago—. Siéntese, parece a punto de caerse al suelo.

Rachel negó con la cabeza; él señalaba el sofá rojo.

—¿Podríamos salir fuera?

Una vez en el porche, él señaló uno de las amplias mecedoras y se sentó en la otra, a su lado. Durante unos segundos, Rachel disfrutó de la vista en silencio; los sauces alrededor de la casa y la verde extensión de las plantas de soja ante ella componían una imagen relajante y absolutamente encantadora. Sin darse cuenta de lo que hacía cerró los ojos y disfrutó del sonido de la brisa y el canto de los pájaros; solo el balido ocasional de alguna oveja rompió esa calma ideal. Con un suspiro volvió a abrir los ojos y se topó con la mirada fija de Chase sobre ella.

—Bueno, estoy esperando oír que es eso tan urgente que quería decirme.

Rachel se tomó unos segundos para comenzar a hablar; quería elegir bien las palabras, dejar a un lado la animosidad que fluía con tanta facilidad entre ellos en cuanto comenzaban a hablar y hacerle ver que no perdía nada dejándola investigar.

—Señor Elliot, el extraño círculo que ha aparecido en su plantación no es un fenómeno aislado. Son muchos los casos que se han dado, aunque casi todos en el Reino Unido y en plantaciones de trigo, no de soja. Aunque por lo que pude ver el círculo ha aparecido en una zona donde usted tiene sembrado trigo, ¿no es cierto? —Él se limitó a asentir—. Es algo que interesa no solo a personas relacionadas con la ufología, también hay científicos que muestran una gran curiosidad por el tema. —Rachel evidenciaba la pasión que sentía

por el tema de manera involuntaria; sus ojos brillaban y se había inclinado hacia Chase, mientras trataba de hacerle entender lo que la aparición del círculo significaba para ella—. Sé que es mucho más tranquilizador pensar que es obra de algún gracioso, pero las características de algunos círculos hacen muy difícil que esa teoría se sostenga. ¿Sabía que algunos círculos reproducen formas tan complejas como la proporción áurea o la curva de Koch? Y no solo eso, la manera en la que se crean no parece corresponderse al modo en que lo haría ninguna máquina conocida.

—Señorita Taylor...

—Por favor, déjeme terminar.

Él se limitó a asentir. A su pesar se sentía fascinado y no solo por lo que ella decía.

—Desde hace muchos años sigo con interés la aparición de todos y cada uno de los círculos de los que tengo conocimiento, pero jamás había tenido la oportunidad de ver uno tan de cerca como este; entre otras cosas porque, como le dije antes, son habituales en el Reino Unido y en Francia, pero no en Estados Unidos. Eso le dará una idea de lo emocionante que es esto para mí.

—Rachel hizo una pausa y trató de adivinar si sus palabras estaban surtiendo efecto, pero el semblante de él permanecía inescrutable—. No lo engañaré, el artículo se publicará, tengo información suficiente para hacerlo, pero me gustaría estudiar el círculo con detenimiento y me gustaría hacerlo con su consentimiento. No tiene nada que perder, incluso podría promocionar su producto...

—Eso no es necesario.

Rachel reprimió un gesto de impotencia.

—Yo puedo ofrecerle más respuestas sobre el círculo de las que le va a dar jamás el sheriff.

—Parece estar usted muy segura de que ese círculo es obra de algún ente extraño...

—Estoy completamente segura de que no es obra de un ser humano.

Chase movió la cabeza.

—¿Se da cuenta de cómo suena eso?

—Aunque usted está convencido de que estoy loca por creer en la existencia de otras formas de vida, el ochenta por ciento de los americanos

comparte mis creencias, así que en este tema usted forma parte de una minoría.

—Y dice que con o sin mi consentimiento el artículo saldrá adelante.

—Así es.

—No sé si admirarla por su tenacidad o echarla de aquí de una patada.

—Mejor admíreme.

Chase lanzó una carcajada, y ella se quedó fascinada al observar el fuerte músculo de su cuello que se marcó al echar la cabeza hacia atrás.

—Señorita Taylor, su descaro es comparable con su tesón y, a pesar de lo mucho que me fastidia su empeño de meter las narices en mi propiedad, puedo entender que el tema le atraiga tanto como para arriesgar su propia vida, pero lo cierto es que odiaría ver mi plantación y la intimidad de mi casa invadida por una horda de fanáticos.

—¡Eso no va a ocurrir! —Rachel sintió cómo su esperanza renacía; él no le estaba diciendo que no—. Yo soy la primera interesada en que nadie más se entere. Solo le pido un par de días, serán suficientes. Luego podrá olvidarse de mí para siempre.

Un pesado silencio se instaló entre ambos. Chase se agachó y tomó una ramita que había en el suelo; comenzó a jugar con ella mientras Rachel no perdía detalle de sus largos dedos manipulando la ramita hasta troncharla.

—Déjeme pensarlo.

—No tengo demasiado tiempo, la hierba volverá a crecer y el círculo desaparecerá.

—No necesito demasiado tiempo para decidir qué hacer.

—Está bien. —Rachel rebuscó en su bolso y se alegró al comprobar que aún le quedaban algunas tarjetas de visita; estaban algo arrugadas, pero servirían para su propósito—. Ahí tiene mi teléfono, llámeme cuando lo decida, pero... —Lo miró a los ojos y esbozó la sonrisa más increíble que él había visto jamás—. Por favor, diga que sí.

Chase no contestó, no podía decir nada; la mirada y la sonrisa de la joven lo habían dejado completamente subyugado. Ella se levantó y se marchó mientras él miraba sin disimulo cómo el pantalón de hilo de color caqui que llevaba marcaba sus firmes glúteos.

Dennis arrojó la chaqueta sobre el sofá nada más entrar en el piso y se dejó caer sobre los cojines. Se sentía agotado y deprimido. Rachel no lo había llamado en todo el día, y él no había querido llamarla porque con su estado de ánimo actual sabía que se vendría abajo.

Se dio cuenta de que el piloto de su contestador parpadeaba y esperando que fuese un mensaje de Rachel le dio al botón. La voz de Robert se dejó oír en el silencio de la estancia.

—Dennis, por favor, llámame cuando llegues.

—Dennis, tenemos que hablar, llámame por favor.

—Dennis, ese hombre...

Dennis no quiso escuchar más; sabía que deseaba creer cualquier excusa que Robert pudiera darle y con el último resto de voluntad y orgullo que le quedaba dio un golpe a la opción de borrar y se sintió aliviado cuando la luz roja dejó de brillar.

A pesar de su aparente frialdad, había estado más que dispuesto a darle una segunda oportunidad, simplemente se había permitido disfrutar del hecho de que Robert anduviera tras él como un perro faldero suplicando su perdón. Ahora se alegraba de no haberse lanzado a sus brazos a las primeras de cambio; habría sido el peor error de su vida. Al parecer se había enamorado de un infiel compulsivo y ahora solo le quedaba tratar de olvidarlo cuanto antes para continuar con su vida.

La necesidad de hablar con Rachel casi lo hizo volver a coger el teléfono, pero se lo pensó mejor. Ella lo apoyaría, lo dejaría llorar y sabría cómo consolarlo, pero no podía cargarla ahora con ese sufrimiento, no cuando él sabía que tampoco estaba atravesando su mejor momento. El abandono de John la había afectado de maneras que ella aún no sospechaba, pero que él veía claramente, y la peor de ellas había sido la relativa a su autoestima.

Obligándose a comer algo abrió el frigorífico, sacó un envase de yogurt y se dispuso a ver algo en la tele, sin ser consciente de que silenciosas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Capítulo 9

Rachel sopesaba la conveniencia de volver a alquilar la avioneta de Stopbugs, más que nada por si captaba algún detalle que durante el primer vuelo, y debido a la impresión de ver el círculo, se le hubiese pasado por alto. Aunque Chase Elliot no se había mostrado tan desagradable como la primera vez que le plantearon la posibilidad de estudiar el círculo, ella tenía pocas esperanzas de que aceptara su proposición.

El problema era que seguía sin resignarse a no estudiar el fenómeno, convencida como estaba de que no era algo hecho al azar. En ese momento estaba navegando con su ordenador portátil tratando de encontrar información sobre los círculos aparecidos en Norteamérica anteriores a ese y lo cierto es que eran tan poco usuales y de un diseño tan básico que apenas habían suscitado interés entre los apasionados del tema. El círculo aparecido en la plantación de Chase Elliot era algo extraordinario, por el lugar, por el tamaño y por la complejidad del mismo. Se preguntó por qué los mensajeros, quienquiera que fuesen, habrían elegido ese preciso lugar a pesar de Chase Elliot. Aún recordaba la mirada de extrañeza que le había dirigido mientras ella le explicaba sus razones; casi pudo adivinar sus pensamientos y estos no los dejaban ni a ella ni a sus teorías en buen lugar.

El pitido de su teléfono móvil la sobresaltó; miró la pantalla y aunque no reconoció el número decidió cogerlo. Algunos de sus artículos o vídeos habían comenzado con una llamada de un número desconocido.

—Diga.

—Señorita Taylor. —La voz grave de Chase Elliot le provocó cosquilleos en la nuca.

—Sí, dígame.

—¿Puede pasar esta tarde por aquí? Me gustaría hablar con usted.

Rachel esbozó una ancha sonrisa mientras la esperanza renacía con fuerza en ella.

—Claro que sí, señor Elliot, ¿a las cuatro le parece bien?

—Perfecto.

Cuando colgó lanzó un pequeño aullido de alegría. Si Chase Elliot quisiera decirle que no, se lo habría dicho por teléfono, no serían necesarias explicaciones por su parte. El hecho de que quisiera verla por fuerza tenía que significar algo bueno. Esa tarde lo vería, hablaría con él. Tarareando una canción abrió el armario de la habitación de hostel que ocupaba, donde había guardado las escasas prendas que había llevado para que no se le arrugasen dentro de la maleta. Se lamentó al darse cuenta de que todo era práctico y funcional y, cuando se dio cuenta del derrotero que tomaban sus pensamientos, frunció el ceño y cerró la puerta dando un golpe.

Estaba allí por trabajo, Chase Elliot era solo un medio necesario para conseguir un fin; y por muy atractivo que fuese y por mucho que se sintiera atraída por él, sabía que jamás podría salir nada de una hipotética unión entre ellos. «Ya he tenido suficiente con una relación donde mi profesión ha sido tomada a broma», pensó con amargura; y eso pasando por alto el hecho de que él salía con alguien y además no parecía interesado en ella. Tenía que dejar a un lado esa inoportuna atracción y concentrarse en lo importante, y lo importante era tratar de comprender quién había hecho ese círculo y por qué.

Cuando Rachel llegó a la cancela se sorprendió al ver que Chase estaba en la puerta, esperándola. A pesar de sus buenas intenciones, no pudo evitar tragar saliva al verlo. Había ido caminando ya que, aunque la distancia desde el pueblo hasta allí era de unas cuatro millas, le gustaba mucho pasear y mantenerse así en forma. Él llevaba un sombrero de ala ancha, una camisa remangada hasta los codos y los pantalones vaqueros.

—¿Viene andando?

—Sí, Dennis se llevó el coche de vuelta a Nashville.

Él la miró de arriba a abajo, una mirada larga que la estremeció a su pesar, antes de asentir.

—Desde el pueblo hasta aquí hay una buena caminata.

—Me gusta caminar. Procuro hacerlo cada día.

—¿Y dónde se aloja?

—En el hostel Milan.

Él no añadió nada más. Haciéndole un gesto le indicó que lo siguiera, y ella se dio cuenta de que se dirigía a su vivienda.

Rachel estaba extrañada; no entendía por qué la llevaba hasta la casa cuando podía decirle lo que quisiera allí mismo, en la puerta. Este hecho la puso nerviosa, ¿se habría equivocado al suponer que él aceptaría su petición? Pero si era así, ¿por qué quería verla? Al llegar al porche de su casa, él le señaló la misma mecedora en la que había estado sentada el día anterior y, una vez hubo tomado asiento, él se apoyó en la barandilla frente a ella y echó hacia atrás el ala de su sombrero. Rachel no pudo evitar mirarlo de arriba abajo. Su postura despreocupada y varonil hizo que tragara saliva. Todo su cuerpo pareció consciente de la intensa masculinidad que despedía su interlocutor. Respiró hondo.

—Usted dirá.

—No voy a engañarla, señorita Taylor, odio la idea de que usted escriba un artículo sobre lo que quiera que sea que ha aparecido en mi propiedad.

Esas palabras fueron como una bofetada, pero Rachel se limitó a aspirar aire con fuerza y esperó a que él continuara hablando.

—De hecho, he estado indagando sobre si puedo evitar la aparición de ese artículo y como al parecer no puedo impedirlo de ninguna manera —explicó mirándola con una sonrisa ladeada; tras una pausa breve añadió—: Al menos de ninguna que sea legal. He pensado que, si puedo controlarlo, minimizaré los daños colaterales que puedan producirse.

—Un momento. —Rachel estaba realizando un verdadero ejercicio de contención para evitar soltar lo que se le estaba pasando por la cabeza—. ¿Qué pretende controlar exactamente?

—Señorita Taylor, estoy dispuesto a dejarla estudiar el círculo, pero con algunas condiciones. Para empezar, no quiero a nadie en mi propiedad aparte de a usted, odiaría verlo todo invadido por...

—¿Sí, señor Elliot? —Su voz sonó mordaz, como retándolo a decir lo que de manera tan obvia había callado.

—Por chiflados y visionarios.

Ella apretó los labios, pero no dijo nada.

—Por otro lado, debe esperar a que el círculo desaparezca para poder publicar el artículo. —Ella asintió; eso no sería problema ya que el círculo comenzaría a difuminarse en unos pocos días más, cuando los tallos volvieran a crecer.

—Y por último...

—¿Aún hay más? —Su voz sonó sarcástica; no eran las condiciones que Chase Elliot imponía lo que la habían enfadado, si no la certeza de que también a ella la consideraba chiflada y visionaria—. Tal vez ha pensado en ponerme grilletes mientras permanezca en su propiedad.

—Señorita Taylor, no intente hacerse la graciosa. —Su tono de voz fue duro, aunque la imagen mental de ella con unos grilletes pasó por su cabeza y lo distrajo durante unos segundos, sobre todo porque en su imaginación la fastidiosa señorita Taylor apareció completamente desnuda—. Si quiere estudiar ese círculo, deberá aceptar esas condiciones. Además, yo estaré presente siempre que usted esté rondando por aquí y, si alguna vez vuelve a colarse para hacer algo a mis espaldas, no vacilaré en denunciarla, ¿lo toma o lo deja?

Rachel sabía que no tenía más opción que aceptar; por otra parte, sus condiciones no eran descabelladas, pero se había sentido muy turbada al darse cuenta de que tendría que pasar mucho tiempo junto a Chase Elliot. Esa última condición era la que más problemas le acarrearía, estaba segura.

—Por supuesto que acepto, señor Elliot. Ya le dije que haría casi cualquier cosa por tener la oportunidad de estudiar ese círculo. —Esbozando una de sus increíbles sonrisas, añadió—: Le agradezco que finalmente me lo permita.

—Bien, entonces puede usted venir todos los días a esta misma hora; por la tarde suelo tener mucho más tiempo libre.

—Gracias, señor Elliot; siendo así, lo veré mañana.

Él la miró como si quisiera añadir algo más, pero en el último momento pareció arrepentirse y echó hacia delante el sombrero que llevaba, tapando casi por completo su mirada.

—Creo que ya que vamos a pasar algún tiempo juntos, bien podríamos tutearnos.

—Por supuesto..., Chase.

Él asintió sin decir nada y se acercó a ella, como invitándola a marcharse, pero no dejaba de mirarla con fijeza. Rachel se sintió nerviosa y torpe, como una colegiala pillada en una falta y de manera estúpida dijo:

—Hasta mañana, Chase.

—Adiós, Rachel.

—¿Rachel? ¡¡Dichosos los oídos!! —Dennis dejó escapar un suspiro de alivio—. ¿Qué has estado haciendo estos dos días?

—Han sido los dos días más horribles de mi vida.

—Rachel, estás siendo melodramática.

—Un poco tal vez, pero han sido bastante malos, créeme.

Ante la insistencia de su amigo, Rachel le hizo un breve resumen de lo que había sucedido hasta esa misma tarde, cuando Chase le había dado permiso para investigar el círculo de cerca. Cuando hubo acabado, Dennis lanzó un silbido de admiración.

—Veo que has estado muy ocupada.

—En realidad, ahora es cuando realmente empieza lo emocionante.

—Me sorprende que Chase Elliot accediera; estaba seguro de que nunca permitiría que nadie entrara en sus tierras.

—Ya ves..., el hecho de que el artículo salga con o sin su permiso ha sido clave.

—¿Estás segura que solo ha sido eso?

En la línea telefónica se produjo un momentáneo silencio.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez le gustas y quiera estar cerca de ti.

Rachel lanzó una carcajada, pero dentro de su estómago unas imaginarias mariposas parecieron querer echar a volar, y ella reconoció la sensación sin ninguna dificultad: se trataba de anhelo.

—Dennis, créeme, ese hombre jamás pondría sus ojos en mí.

—Venga ya...

—En serio; piensa que soy una chiflada y no ha dudado en dejármelo claro; además, sale con alguien.

—Sea como sea, tú ya tienes lo que querías, ¿no es cierto?

—Así es. —Y su tono de voz volvió a recuperar el entusiasmo—. Pero cuéntame tú, ¿todo bien por ahí?

—Todo bien, sí, nada que contar.

—¿Snarley ha vuelto a ponerse en contacto contigo?

—No, y la curiosidad me está matando. Rachel, cuando vuelvas tienes que llamarlo enseguida...

La conversación continuó unos minutos más; cada uno en su lado de la línea sopesaba la conveniencia de sincerarse respecto a lo que verdaderamente les preocupaba, pero ninguno de los dos se animó a dar el paso y tras unos minutos colgaron tras haber charlado sobre asuntos sin trascendencia.

Rachel se alegró al ver que las verjas estaban abiertas, eso le evitaría esperas. Estaba deseando examinar el círculo a plena luz del día y había traído su teléfono móvil, con gran resolución y calidad fotográfica, y el medidor de radioactividad. También llevaba unas pequeñas bolsitas de plástico transparentes para recoger muestras y pruebas. Podía ser que Chase no quisiera a nadie más cerca del círculo, pero ella bien podía acercarse el círculo a otras personas que pudiesen darle más información sobre él.

A pesar del intenso deseo de dirigirse hacia el lugar donde estaba la gran señal, Rachel se encaminó hacia la casa para avisar a Chase de su presencia: no quería darle el más mínimo motivo que le hiciese reconsiderar su decisión. Al llegar al claro se sorprendió al ver a Chase en el porche.

—Puntual como un reloj.

—Sí, bueno, estoy impaciente por examinar el círculo de cerca.

—Tal vez sufra un desengaño...

—¿A qué se refiere exactamente? —Ambos habían comenzado a andar el uno junto al otro con naturalidad.

—Usted está segura de que encontrará pruebas de que el círculo es algo misterioso realizado por seres...de otro planeta; ¿se le ha ocurrido pensar que tal vez encuentre pruebas de todo lo contrario?

—Si así fuese, celebraríamos tener una respuesta y poder dársela a los miles, millones de personas que, como yo, sienten curiosidad por estos fenómenos.

—Pero creo que tú no buscas respuestas, Rachel, tú buscas una confirmación.

Oírlo llamarla por su nombre de pila le produjo un extraño placer, aún así, rebatió con firmeza sus palabras.

—No sabes nada de mí, es muy arriesgado que afirmes algo como eso.

—Cierto, pero sé lo suficiente como para saber que te vas a llevar una desilusión cuando compruebes que el círculo es obra de alguien con afán de notoriedad.

—Y dime, señor sabelotodo. —Rachel comenzaba a sentirse irritada a su pesar. Chase parecía dar por cierto que el círculo estaba lleno de evidencias de la autoría del ser humano y, por lo que ella sabía, muy pocos de los círculos aparecidos podían atribuirse a la mano del hombre—. Si tiene afán de notoriedad, ¿cómo es que no se manifiesta para llevarse los laureles de su obra?

Chase lanzó una carcajada y ella se sintió atrapada por la blancura de sus dientes y la línea firme de su mandíbula.

—La de las respuestas a los enigmas eres tú, no yo.

Rachel le lanzó una mirada furiosa, pero al ver cómo los ojos de él brillaban al mirarla mientras esbozaba una ligera sonrisa, se dio cuenta de que el muy canalla se estaba divirtiendo a su costa, y a su pesar sonrió también.

—Entonces déjame hacer mi trabajo, tal vez seas tú el que acabes admitiendo algo que ni siquiera imaginas.

Cuando llegaron al lugar donde la hierba estaba aplastada, Rachel se sumió en un silencio reverente. Desde el lugar en el que estaba no podía distinguir el intrincado dibujo, pero sí que advertía la enorme extensión de terreno que ocupaba el fenómeno y a plena luz del día era casi tan impresionante como verlo desde el aire. Entonces, se le ocurrió algo.

—Chase, ¿has tenido la oportunidad de ver el círculo desde arriba?

—Sí, lo he hecho.

Ella se lo quedó mirando con una muda interrogación colgada de sus ojos verdes.

—Lo admito, es bastante impresionante —concedió él adivinando la pregunta no expresada—, un bonito diseño de ordenador llevado a la práctica.

Rachel apretó los labios, pero no dijo nada; encendió el medidor de radioactividad y se acuclilló junto al borde más cercano. Chase la observaba con los ojos entrecerrados, sin perder detalle de los movimientos y los gestos de la joven.

Ella se movía por los bordes del círculo, acercando el medidor de radioactividad y anotando algo en un cuaderno que llevaba consigo. Tras varios minutos apagó el aparato y acercó la palma de la mano a la hierba aplastada. Luego arrancó una ramita y la metió en una bolsita.

—Fíjate en esto. —Aunque hablaba en voz alta, no parecía dirigirse a

nadie. Su tono de voz era introspectivo, como si hablase consigo misma.

—¿A qué te refieres?

Rachel lo miró casi con sorpresa y Chase supuso que ella se había olvidado de su presencia.

—Todos los tallos están doblados, ni uno solo está partido.

Chase se acuclilló junto a ella, y Rachel sintió una especie de sobresalto al sentirlo tan cerca. Sin poder evitarlo echó un vistazo a su rostro bronceado y pudo distinguir las finas líneas junto a las comisuras de sus ojos y la incipiente barba rubia que comenzaba a crecer en su mejilla. Despedía un olor limpio y fresco que penetró en sus fosas nasales. Su mirada descendió hasta sus antebrazos, fuertes y cubiertos de vello rubio. Al darse cuenta de que lo estaba contemplado con descaro apartó la vista con sonrojo.

—Es probable que los hayan aplastado con una máquina.

—¿Qué clase de máquina podría hacer esto? —Sus palabras la devolvieron a la realidad.

—Algo sencillo, que aplaste los tallos contra el suelo.

—Ya... ¿Y cómo la trajeron hasta aquí? Porque imagino que tú cierras la cancela cada noche, ¿no es cierto?

—Así es, pero si tú has podido saltarla, tal vez otros, ayudándose de escaleras o poleas, han podido entrar y meter algún tipo de maquinaria.

—Y han conseguido hacer este enorme círculo en solo una noche... Chase, sabes que es imposible.

—Difícil sí, imposible no. No sabemos cuántos eran ni de qué artefactos disponían.

Ella se limitó a menear la cabeza, pero a su pesar se sintió retada.

—¿Qué me dices de esto? —Señaló un tallo.

—¿Qué?

—Los tallos están secos cuando a su alrededor todo es verde.

—Son tallos quebrados. No reciben los nutrientes que necesitan.

—¡No están quebrados! ¡Están doblados!

—Como sea, está claro que ya no reciben el alimento que necesitan. — Chase lo dijo con calma, como si fuese algo tan evidente que no necesitaba más explicación.

—¿Y estos puntos blancos? No están en el resto de la plantación. —Al hablar Rachel señalaba unos puntos protuberantes que se veían en los tallos.

—Cualquier cosa, tal vez alguna especie de hongo con el que se han infestado.

Rachel comenzaba a enfadarse de nuevo. Resultaba obvio que Chase estaba dispuesto a echar por tierra cualquiera de sus argumentos.

—No sabes quién ni cómo ha podido hacer este círculo, pero tampoco estás abierto a conocer la verdad.

—Eres tú la que no está dispuesta a aceptar algo diferente a tus delirantes fantasías paranormales.

Rachel se incorporó y se obligó a tomar aire con fuerza tratando de tranquilizarse. No entendía por qué la incredulidad de Chase la dañaba tanto; tampoco era muy consciente de qué había sucedido para que, con unas pocas palabras, ella hubiese llegado a ese punto de enfado; estaba acostumbrada a tratar con escépticos. Por Dios, William Snarley se burlaba constantemente, y de manera pública, de ella, y no recordaba ni una sola vez haberse sentido tan mal como se sentía en esos momentos. Chase también se levantó y se la quedó mirando como si acabase de lanzarle un reto.

—No son fantasías, hay evidencias que la ciencia no puede explicar y si no fueses un troglodita engreído, sabrías que el que aparezca algo de esta envergadura de un día para otro es cuanto menos anómalo. —A esas alturas de la conversación, Rachel respiraba con fuerza y había puesto las manos en jarras.

—¡Está bien! ¡Prefiero ser un troglodita a ser un pirado! —Chase se había acercado a ella y levantaba ligeramente la voz—. Uno de esos que va de aquí para allá viviendo del cuento, porque no se me ocurre una manera más absurda de malgastar una vida.

Rachel apretó los dientes hasta que casi se hizo daño y con horror sintió un picor en la garganta. Sus labios temblaron a pesar de mantenerlos apretados con fuerza y, con espantado asombro, se dio cuenta de que dos regueros de lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Rachel...

—¡Déjame en paz! —Rachel pasó por su lado mientras caminaba a paso rápido, pero la mano de él atrapó su brazo y la detuvo.

—¿Qué sucede, Rachel?

—¡He dicho que me dejes! ¡No quiero hablar contigo! —Su voz se quebró, y eso provocó que se sintiera terriblemente humillada.

—Rachel..., lo siento, no pensé...

—No importa, por favor, déjame marchar.

Ella trataba de evitar mirar su rostro; él seguía agarrándola del brazo con suavidad y en ese preciso instante hizo algo asombroso: la acercó a su pecho y la abrazó.

Rachel apoyó las palmas de las manos sobre el ancho y fuerte pecho de Chase tratando de apartarse mientras él deslizaba sus manos por su espalda y la acercaba más a su cuerpo para impedirselo. Una especie de descarga y un extraño calor inundaron las extremidades de la joven, que luchó contra la languidez y el deseo de recostar su cabeza contra ese pecho que tanto consuelo le brindaba. Tras unos desconcertantes segundos, él la separó de su cuerpo y la miró con intensidad a los ojos. Ella comenzó a tranquilizarse y lo miró con fijeza, y entonces él secó las lágrimas de su rostro con los pulgares y los dejó apoyados a ambos lados de su boca. Su mirada se detuvo allí y ella, adivinando que él iba a besarla, entreabrió los labios mientras su cuerpo palpitaba de deseo. En lugar de eso Chase la soltó, y ella sintió el impulso de abrazarse a sí misma, tratando de sustituir con sus propias manos el calor que él parecía haberse llevado consigo.

—Lo siento, Rachel, no pensé que te afectara tanto.

Ella se limitó a asentir con la cabeza. No podía hablar, no sabía qué decir. Tampoco ella pensó que le podía afectar tanto; nunca le había importado demasiado lo que los demás pensarán de ella, en cierta forma se sentía privilegiada, alguien para quién la vida era mucho más interesante y misteriosa que para la mayoría de los humanos. El hecho de que Chase pudiese hacerle daño con tanta facilidad era espantoso y en ese momento solo deseaba escapar. Sin añadir nada más dio media vuelta y se marchó mientras Chase la miraba alejarse con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo.

Capítulo 10

Dennis miró por las grandes cristaleras y se quedó embelesado observando cómo el sol teñía de rosa el horizonte. Observó el reloj y dio un suspiro. Le estaba costando mucho concentrarse, así que pensó que nada hacía allí; tal vez sería mejor volver a casa, descansar y tratar de evadir su mente viendo una película... La imagen de Jack Nicholson esquivando las juntas de las losas de la acera le hizo esbozar una ligera sonrisa. *Mejor imposible* era una buena elección, esa película siempre conseguía levantarle el ánimo.

Con desgana, como si llevase todo el peso del mundo sobre sus hombros, Dennis apagó el ordenador y cogió su chaqueta. Tras despedirse de los empleados que continuaban trabajando, decidió bajar por la escalera. Llevaba varios días sin hacer ejercicio, justo desde que había sorprendido a Robert con otro hombre en su restaurante. Siguiendo con sus ensoñaciones cinematográficas recordó la escena de Bridget Jones en la que la joven comía lo único que tenía en su frigorífico: un trozo de queso mohoso. Su vida llevaba varios días siendo bastante parecida, apenas comía y se pasaba las horas sentado en el sofá, haciendo zapping. Le vendría bien mover un poco las piernas y recuperar algo de normalidad; si tan solo pudiese apartar la imagen de Robert con otro hombre en la mesa que tantas veces habían compartido...

Al salir a la calle el bullicio de la transitada avenida supuso una repentina dosis de realidad, y los pensamientos que lo habían distraído mientras bajaba desde el séptimo piso hasta la calle se esfumaron. Echó a andar con paso decidido y entonces un movimiento repentino visualizado con el rabillo del ojo le hizo mirar a su derecha. Robert se acercaba a él, y todo el ruido que lo rodeaba pareció desvanecerse de golpe.

—Dennis...

—¿Qué diablos estás haciendo?

—He intentado hablar contigo, te he dejado cientos de mensajes... No me has dejado otra opción.

—Por favor, déjame.

—¿Qué te pasa? ¿Es por lo del otro día, en La bella Toscana? —Robert

había llegado a su lado y lo había agarrado de la manga de la chaqueta. Dennis se desasíó de un tirón.

—Robert, es porque no me interesas; me he dado cuenta de que no te quiero en mi vida, olvida lo que te dije respecto a darme un tiempo. Ese tiempo ha terminado. Lo he pensado bien y no quiero ni necesito a nadie como tú.

Sin añadir nada más, Dennis echó a andar con paso rápido mientras Robert, devastado, lo veía alejarse, preguntándose cuánto dolor más tendría que soportar por el estúpido fallo que había cometido.

Rachel contemplaba su imagen en el espejo del baño. Su pelo húmedo caía en lacios mechones a ambos lados de su rostro y una toalla algo áspera de color melocotón envolvía su cuerpo. Era jueves por la noche y una extraña melancolía parecía haberse apoderado de ella.

No entendía ese estado de ánimo brumoso que experimentaba y, sobre todo, no comprendía por qué el hecho de examinar y estudiar el círculo de la plantación de Chase no lograba levantar su ánimo. Chase. Se negaba a creer que él fuese el verdadero problema... La atracción que sentía hacia él era lógica; ella era una mujer joven y sana, y Chase un hombre impresionante. Llevaba mucho tiempo sin estar con nadie, era normal estar algo descentrada y no debía fustigarse más; dándole tantas vueltas en la cabeza estaba dotando a todo ese asunto de una importancia desmedida. En ese momento tomó una decisión.

En la recepción del hostel le habían informado, el primer día, de todos los lugares a los que podía acudir para comer en Milan, ya que allí no servían comidas. Rachel recordaba perfectamente un local donde, según palabras del recepcionista, ponían buena música country y aceptables hamburguesas. No tendría problemas en encontrarlo, a fin de cuentas el pueblo era bastante pequeño.

Lamentando lo reducido de su guardarropa escogió un pantalón vaquero que le quedaba bastante ceñido y una camiseta negra, regalo de Dennis, en la que bajo la cara de un simpático alien un lema rezaba: «Tú qué miras». Intentó arreglar su sencillo aspecto con un poco de maquillaje suave y se secó el pelo con rapidez, antes de perder la decisión que la animaba.

Rachel casi esperaba que la música se parase y todas las caras se volvieran hacia ella al entrar en el animado local, como tantas veces había visto que sucedía en los westerns, pero lo cierto fue que nadie pareció notar su presencia. Durante unos instantes sintió la apremiante necesidad de marcharse, intimidada de repente, pero enseguida se dio cuenta de que se trataba de un lugar bastante agradable. La iluminación era la habitual de esos lugares: tenue en la periferia y algo más animada en la pista circular que se encontraba al fondo, con focos verdes y rojos. Había algunas parejas y grupos de amigos que comían y hablaban ruidosamente; en la barra algunas personas bebían o tomaban una hamburguesa mientras charlaban entre ellas o con alguna de las dos camareras que atendían el local. En ese momento sonaba *Our song*, de Taylor Swift, y Rachel se sintió animada al instante.

Decidió sentarse en la barra, pensó que se sentiría mucho más extraña sola, en una mesa. Nada más tomar asiento en uno de los altos taburetes, oyó cuchicheos y risas a su espalda. Con curiosidad se volvió y descubrió que, sentados a su derecha, había tres hombres que la miraban y comentaban algo. En ese momento la camarera le preguntó qué deseaba y ella centró su atención en el pedido.

—Disculpa, ¿puedo sentarme a tu lado?

Junto a ella había un hombre joven y atractivo. Su pelo era oscuro y lo llevaba muy corto, tenía unas patillas largas que le quedaban bastante bien y una sonrisa amplia de dientes muy blancos. Rachel lo reconoció como uno de los jóvenes a los que había sorprendido mirándola y reprimió una sonrisa al suponer que habían estado apostándose cuál de ellos se atrevería a hablar primero con ella.

—Por supuesto.

El joven pareció algo sorprendido por su rápido asentimiento, y Rachel se sintió como una vampiresa ávida de sexo. Solo esperaba que el hombre fuese tan agradable como parecía; tal vez si pasaba la noche con él podría relajarse y dejar de mirar a Chase como un niño mira una piruleta.

—No eres de por aquí, ¿no es cierto?

—Así es.

—Disculpa, mi nombre es Steve. —Al decirlo extendió su mano y ella la estrechó.

—Rachel.

—¿Qué ha traído a una belleza como tú hasta Milan?

«Va directo al grano», pensó ella con cierto alivio. No tenía ganas de enzarzarse en un interminable coqueteo; una risilla burbujeó en sus labios al imaginar qué cara pondría Steve si en ese momento ella le dijera algo así como: «Dejémonos de charlas y vamos a darnos un buen revolcón».

—Trabajo.

Él asintió varias veces mientras sopesaba si preguntar más o no; parecía evidente que ella no quería ahondar en ese tema.

—¿Llevas mucho tiempo en Milan?

—Un par de semanas.

Steve lanzó un silbido.

—¿Un par de semanas? ¿Cómo es que no te había visto nunca antes?

—No he salido mucho, he estado ocupada.

En ese momento un coro de risas y silbidos hizo que ambos mirasen hacia la mesa en la que hasta unos instantes antes él había estado sentado. Sus amigos lo miraban y levantaban sus pulgares. Steve tuvo el buen gusto de enrojecer.

—Disculpa, son idiotas...

—Imagino que has ganado la apuesta —respondió ella sonriendo.

Él la miró con sorpresa y luego lanzó una carcajada.

—Así es, espero que no te moleste...

—Tranquilo, ser considerada un trofeo no es lo peor que me ha pasado, puedes estar seguro.

Steve alzó las cejas y sonrió; en ese momento la camarera trajo la hamburguesa y la cerveza que había pedido, y él, pasándose golosamente la lengua por los labios, señaló su plato.

—¿Te importa si te acompaño?

—Para nada, no me apetecía mucho la idea de cenar sola.

Steve se echó hacia atrás a la vez que enganchaba los pulgares en los bolsillos traseros de su pantalón y sonreía con suficiencia.

—Muñeca, entonces yo soy tu hombre.

La charla entre ambos continuó, intrascendente y agradable. Rachel comenzó a relajarse, segura de que había tomado la decisión correcta. Al

parecer Steve trabajaba en el taller mecánico de su padre y acababa de dar el paso de irse a vivir solo. Según le contó, su madre aún aparecía de vez en cuando cargada de *tuppers* con comida. Siguieron charlando hasta que, en un momento determinado, sintió que alguien la observaba fijamente; alzó la vista sobre su hombro y sus ojos se cruzaron con los ojos azules de Chase. Iba con la misma joven con la que lo había visto haciendo el amor, y el constatar este hecho no le produjo, como las veces anteriores en las que lo había evocado, una sensación de pudor; esta vez sintió algo mucho más visceral, más doloroso, que no tuvo ninguna dificultad en clasificar como celos. La joven era preciosa. Delgada y con una larga melena rubia en la que, a diferencia de lo que ocurría con ella, ningún cabello parecía moverse de su sitio. Iba con un ajustado pantalón negro, tacones de aguja y un top dorado; en cambio Chase llevaba unos pantalones vaqueros, sus botas y una camiseta blanca. Su masculinidad era tan apabullante que Rachel comprendió que no necesitaba nada más para resaltar su atractivo.

Al mirar a la acompañante de Chase, tomó conciencia de lo sencillo de su atuendo y deseó con todas sus fuerzas haber llevado alguna de sus minifaldas. Tenía unas piernas largas y bien torneadas de las que se sentía muy orgullosa.

Chase parecía tener el ceño fruncido, pero Rachel se dijo que lo más probable es que estuviese buscando un sitio donde sentarse, ya que su acompañante no dejaba de mirar hacia todos lados. Dándose cuenta de que llevaba más tiempo de lo que podía considerarse normal mirándolo, Rachel hizo un movimiento de cabeza a modo de saludo y volvió a centrar la atención en su acompañante, o al menos a intentarlo, ya que a partir de ese momento comenzó a tener dificultades para seguir el ritmo normal de la conversación.

Jennifer señaló con el dedo una mesa detrás de la redonda pista de baile.

—Allí hay una libre.

Chase no contestó, limitándose a seguirla. En ese momento la expresión de su cara sugería que se había tragado una almendra amarga como poco. Al llegar a la mesa, Jennifer se dejó caer sobre una silla, aliviada de poder descansar los pies; solo entonces miró a la cara al hombre y se dio cuenta de su expresión.

—¿Qué pasa, Chase? ¿No te gusta el sitio?

—No me pasa nada.

—¿Estás seguro?

—¿Qué podría pasarme, Jennifer?

La joven lanzó un silbido y alzó las dos manos.

—Tranquilo, vaquero...

Chase chasqueó la lengua en un gesto de exasperación.

—Disculpa, Jennifer, no tiene nada que ver contigo.

—No me digas que estás dándole vueltas otra vez a ese dichoso círculo.

—Ojalá nunca hubiese aparecido en mis tierras. —Y ojalá pudiese explicarle a Jenny el alcance de la complicación que el círculo había supuesto en su vida, pero claro, para poder explicárselo a alguien primero tenía que entenderlo él mismo.

—Chase, por favor, hemos venido a divertirnos.

—Tienes razón, Jenny, perdona.

La camarera se acercó en ese momento a tomarles nota y Chase, mientras Jennifer hablaba, no dejó de mirar hacia la barra. Conocía a Steve; un buen tipo, sin duda, pero no dejaba de darle vueltas en la cabeza a una idea: ¿qué diablos hacía con Rachel? ¿Cuándo y cómo se habían conocido? Ambos parecían sentirse muy a gusto el uno junto al otro. Chase recordó cómo ella se había apoyado contra su pecho la tarde anterior, y lo natural y agradable que le había parecido a él tenerla allí; no sabía por qué, pero le molestaba verla tan desinhibida y alegre. Un absurdo conato de posesión, teniendo en cuenta que él no podía hacerle ningún reclamo ya que ella no era nada suyo. No podía imaginar una mujer más diferente de él, ni más inconveniente que Rachel Taylor, y Chase sabía por amarga experiencia que nada bueno resultaba cuando se unían dos personas sin nada en común.

Jennifer comenzó a contarle anécdotas del colegio mientras esperaban que llegara su pedido y, aunque habitualmente estas le divertían, en ese momento a su mente le estaba costando mucho concentrarse. Asentía distraído a las palabras de la chica y sonreía cuando debía hacerlo, pero en realidad nada de lo que Jennifer le decía le interesaba. Cuando notó por el rabillo del ojo un movimiento en la barra, dejó de lado todo disimulo y se dio la vuelta para mirar cómo Rachel salía del local seguida de Steve, quién apoyaba su mano en la espalda de la joven. Tragó saliva y apretó la mandíbula, observándolos con

atención hasta que desaparecieron de su vista.

—¿Esa no es...?

—Rachel Taylor, sí.

Jennifer se quedó durante unos instantes en silencio.

—Pareces muy interesado en ella.

Chase volvió la cabeza y la miró como si hubiese asegurado que una cascabel estaba subiendo por su pierna.

—No digas tonterías.

—Chase, te has quedado mirando con absoluto descaro hasta que ha salido.

—Curiosidad.

—¿Curiosidad por qué? ¿Por ella?

—¿De qué va todo esto? —De repente Chase deseó estar en su casa y por un instante perturbador estuvo tentado de levantarse e irse, dejando allí a Jennifer y sus molestas preguntas.

—Dímelo tú. — Ella lo miraba con la incredulidad y el enfado mezclados en su expresión a partes iguales.

—No tengo nada que decirte. Esa mujer está estudiando el maldito círculo, es una de esas periodistas chifladas, la he visto y he sentido curiosidad por ver con quién estaba, eso es todo.

Jennifer cruzó los brazos y lo miró con un infantil mohín de enfado mientras valoraba sus palabras y, de manera sorprendente, él deseó que ella estallara de alguna forma y le montara una escena, cualquier cosa que lo distrajera y le diera una excusa para... La llegada de la camarera interrumpió sus descabellados pensamientos y mientras cogía su hamburguesa y la mordía como si esa fuera la última comida de su vida trató de concentrarse en las palabras de Jennifer, que había vuelto a su parloteo inicial mientras él se preguntaba por qué esa hamburguesa sabía como una suela de zapato.

Capítulo 11

En el coche, la fluidez que habían mantenido mientras cenaban se había disipado. Ahora ambos parecían azorados, conscientes de lo que esperaban que sucediera pero inseguros, como temiendo haber malinterpretado al otro.

—En la guantera tengo algunos compactos, échales un vistazo y pon el que quieras.

Rachel abrió la guantera, contenta por tener algo en lo que distraerse.

—No es gran cosa, pero...

—Está bien, encontraré algo.

—Esto... Rachel. —La voz del joven titubeó—. Podemos ir a mi casa, está desordenada, pero puedo ponerte una cerveza...o un café. Lo que te apetezca.

Rachel miró sus manos, que había entrelazado sobre un disco de Gun's and roses. Toda la decisión que había sentido pocas horas antes parecía haberse esfumado, y de repente se sintió estúpida y extraña, allí, junto a un hombre del que apenas sabía nada, dispuesta a tener una noche apasionada de sexo sin desearlo en absoluto. Se preguntó si el hecho de haber visto a Chase tendría algo que ver con su repentina inapetencia, pero no quiso ahondar en ese pensamiento. Aun así, se obligó a sonreír; Dennis tenía razón y lo sabía. Llevaba demasiado tiempo sin un hombre y eso no podía ser bueno.

—Un café estará bien.

Steve sonrió aliviado y de manera aparentemente casual posó su mano sobre el muslo de ella. Rachel tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no apartársela. Casi enseguida el joven detuvo el coche.

—Es aquí.

Steve la condujo a un pequeño apartamento bastante nuevo pero, tal y como le había dicho, muy desordenado; tuvo el buen gusto de sonrojarse.

—Discúlpame, no tengo demasiado tiempo para la limpieza.

—No pasa nada, no es el peor sitio en el que he estado, créeme.

Tomándola por sorpresa, Steve la enlazó de la cintura y comenzó a besarla. Su boca era ansiosa, parecía querer absorberla por entero, y Rachel intentó disfrutar de esa pasión.

—Llevo toda la noche deseando besarte —murmuró él contra sus labios.

Ella se limitó a corresponder a sus besos y le echó las manos al cuello. Parecía evidente que lo del café había sido una simple excusa, pero Rachel se alegró; era muy probable que si hubiese tenido tiempo para pensarlo hubiese acabado largándose antes de darle a Steve la oportunidad de intentarlo siquiera.

Los besos del joven se hicieron más y más apremiantes, y ella comenzó a dejarse llevar. La pasión del hombre era estimulante, y sentirse deseada supuso un aliciente para su maltrecha autoestima. Steve metió su mano por la camiseta y la posó sobre uno de sus pechos para enseguida comenzar a masajearse.

«Ya está» —pensó con frialdad Rachel—. «Ahora no hay vuelta atrás».

Mientras Steve continuaba besándola y acariciándola con pasión, ella trató de dejar su mente en blanco centrándose solo en disfrutar las sensaciones de tener a un hombre atractivo acariciándola y besándola; se dio cuenta de que él la empujaba con su cuerpo de manera insistente hasta que chocó contra el sofá y cayó, con él encima.

La imagen de Chase y su novia apoyados en el sofá rojo, acariciándose con sensualidad y pasión, irrumpió en su mente, y el poco ardor que había conseguido sentir se enfrió como si alguien acabara de dejar entrar una corriente de aire polar.

Apartando de su cuerpo las manos del hombre murmuró:

—Lo siento, Steve, no puedo seguir...

El joven continuó besándola como si no la hubiera oído.

—Steve, para, por favor.

Moviéndose como a cámara lenta, él dejó de besarla.

—¿Qué pasa?

—Lo siento, Steve, pero en realidad no quiero hacerlo.

El joven se quedó mirándola con la boca abierta, como si ella estuviera hablando en un idioma que él no había escuchado jamás.

—¿Es por algo que he hecho? Puedo remediarlo...

—No, de verdad. —Rachel se sintió mal al instante, pero no podía explicarle qué la llevaba a detenerse porque tampoco ella lo entendía del todo —. No estaba segura de querer esto. —Al decirlo hizo un gesto vago con la

mano—. Y lo cierto es que no me siento cómoda.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—Ya me temía que cuando vieras esta pocilga no te iba a gustar.

A su pesar ella se rió.

—Créeme, Steve, no es tu casa y tampoco eres tú. —Rachel le dio un suave beso en los labios y se levantó.

El joven se pasó una mano por el pelo, sus pómulos habían enrojecido y el bulto de su pantalón demostraba lo entusiasmado que se había sentido. Rachel quería largarse cuanto antes, agobiada por un desagradable sentimiento de culpabilidad.

—¿Estarás mucho tiempo por aquí?

—No lo sé, quizá una semana más.

—Tal vez puedas apuntar mi teléfono, por si cambias de opinión.

Rachel sabía que no iba a cambiar de opinión, pero no se sintió capaz de desilusionar al joven de nuevo, así que con fingido entusiasmo exclamó:

—Claro que sí. —Sacó su teléfono móvil y anotó el número que él le fue dictando.

—Llámame si lo vuelves a pensar.

—Descuida, lo haré.

Sin añadir nada más, Rachel salió. No tenía ni idea de cómo llegar al hostel desde la casa de Steve, pero se dijo que no tardaría demasiado en averiguarlo y además le vendría bien caminar un poco bajo la fresca brisa nocturna.

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, Rachel sentía como si el peor batería del mundo estuviese tocando dentro de su cabeza. Volvió a cerrar los ojos con fastidio. Solo se había tomado un par de cervezas así que no podía echarle la culpa al alcohol del malestar que sentía.

Había dormido mal, le había costado coger el sueño y, cuando por fin lo consiguió, su mente había conjurado imágenes de pesadilla que la habían hecho gemir y revolverse en la cama hasta el punto de llegar a despertar. Tal vez eso explicaría el terrible dolor de cabeza que sentía.

Sin ánimo ni ganas de hacer otra cosa más que construir un hondo agujero y meterse en él como si se tratase de una marmota, cogió el teléfono que

comunicaba con recepción y pidió que le subieran un par de aspirinas.

Una vez que se las hubo tomado con agua del grifo, decidió volver a acostarse de nuevo. Le hubiese gustado tomarse un café, pero en el hostel no tenían servicio de comidas y solo pensar en vestirse y salir a desayunar a la cafetería que había justo frente al establecimiento le daba ganas de vomitar; así que, sabiendo que su necesidad más urgente era la de descansar en condiciones y deseando que las aspirinas hiciesen pronto su efecto, volvió a meterse en la cama.

Unos golpes secos y contundentes provocaron que abriera los ojos, desorientada. Pensó que su cabeza seguía martilleando, pero enseguida se dio cuenta de que ya no le dolía; miró el móvil que permanecía en la mesita junto a la cama. Eran las cinco de la tarde, llevaba todo el día durmiendo, algo tan impropio de ella que empezó a temer encontrarse enferma. Los golpes se repitieron de nuevo, esta vez más fuertes, y en ese momento identificó su procedencia. Alguien llamaba a la puerta y, a tenor de lo insistente que era, debía tratarse de un asunto importante.

Al abrir la puerta la sorpresa la dejó momentáneamente paralizada. Chase Elliot se encontraba allí, y su presencia imponente parecía ocupar todo el vano de la puerta. Rachel cerró la boca de manera brusca, consciente de que se había quedado mirándolo fijamente. Sintió cómo el rubor escalaba por sus mejillas al apercibirse de su desaliño. Llevaba solo una ancha camiseta, sus pies y piernas permanecían desnudos y su pelo parecería, sin ninguna duda, un nido de ratas. Con nerviosismo se estiró la camiseta sobre los muslos.

—Chase, pasa. —Contenta de haber recuperado el habla se apartó a un lado—. ¿Qué ha sucedido?

Él pasó sin decir nada y se quedó mirando la pequeña habitación; su mirada se detuvo en la cama, que aún guardaba la forma del cuerpo de ella, y apretó la mandíbula.

—Eso es lo que esperaba que tú me dijeras.

—No entiendo. —La voz del hombre sonaba dura, su rostro permanecía impassible, pero la miraba con tanta intensidad que Rachel se preguntó brevemente si él sería capaz de calcinarla allí mismo solo con el poder de su mirada.

—Hoy no has ido a la plantación.

Rachel abrió la boca y frunció el ceño, segura de que no había entendido bien.

—¿Has venido hasta aquí solo porque no he ido a la plantación?

—Soy un hombre muy ocupado, cada minuto de mi tiempo es dinero. He dejado de hacer cosas por esperar tu llegada.

Rachel carraspeó.

—Lo siento, no me encontraba bien.

—¡No voy a permitir que juegues conmigo! ¿Acaso piensas que voy a estar todos los días en vilo pensando si vendrás o no vendrás? Si esa es tu intención, ya puedes estar largándote.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Ya te lo he dicho. —Ahora él hablaba entre dientes—. Soy un hombre muy ocupado y además no me gustan los jueguecitos.

—¡¿Jueguecitos!? ¡Oh Dios! —Rachel hizo un gesto teatral alzando los brazos al cielo como si clamase la ayuda del Todopoderoso para entender a ese hombre—. Luego dirás que yo soy la loca.

—Nunca he dicho que estés loca...

—No ha sido necesario que lo hicieras.

—¡No intentes cambiar de tema! ¿Vas a tomártelo en serio o no?

Rachel no entendía nada, pero ahora ella también se sentía enfadada y esa sensación la ayudaba a mantener la compostura.

—Resulta curioso que seas tú el que ahora me pidas seriedad en esto, cuando tanto te has esforzado en hacerme entender lo mucho que te disgusta verme en tu preciosa plantación.

—Por supuesto que te pido seriedad, se trata de mi tiempo y mi trabajo.

—Y pienso tratar el tema con seriedad, ¿qué te ha llevado a pensar que no lo haré? Hoy me encontraba mal, he tomado dos aspirinas y me he quedado dormida hasta ahora, ¿cuál es el pecado que he cometido, señor don Perfecto?

—Podías haber avisado, tienes mi número de teléfono.

—Tienes razón, pero anoche apenas he dormido y no pensaba con claridad.

Chase inspiró el aire con fuerza y la miró apretando la mandíbula, como si se dispusiese a añadir algo más. Luego movió la cabeza como si algo lo

molestara profundamente.

—Piensa si vas a manejar esto con responsabilidad, no estoy dispuesto a ser un peón complaciente en tu juego.

Y sin añadir nada más salió dando un fuerte portazo y dejó a Rachel totalmente confundida.

Chase levantó la cabeza al oír el ruido del motor de un coche. Se encontraba supervisando las labores de esquilado y ayudando a sus hombres a sujetar a las ovejas. Estaba sin camiseta, con el torso fuerte y amplio brillante por el sudor; al duro trabajo se unía un día caluroso. Al reconocer el coche del sheriff hizo una seña a uno de los peones para que cogiera a la oveja que en ese momento sujetaba y se dirigió hacia la pila que tenían en la entrada de la gran nave; abriendo el grifo, metió la cabeza bajo el chorro. Secándose con su propia camiseta, que había dejado enganchada junto al grifo, vio cómo el sheriff se bajaba del coche.

—Buenos días, Chase.

—Sheriff.

—Perdona que te interrumpa, pero hace varios días que no te veo por el pueblo y venía a ver cómo siguen las cosas por aquí.

—Todo igual... Imagino que tampoco tú tienes novedades que contarme.

—Lamentablemente, no. —El sheriff comenzó a tamborilear con los dedos sobre el techo de su coche—. Aunque he oído que hay una periodista por el pueblo que ha venido por lo del círculo.

—Así es. —Sin saber por qué, Chase se puso en guardia de inmediato y su voz sonó cauta—. Su nombre es Rachel Taylor.

—¿La conoces?

Chase asintió.

—Está estudiando el círculo.

—Ya veo...

—¿Hay algún problema con eso?

El sheriff lo miró con extrañeza.

—No, claro que no, de hecho tal vez ella pueda explicar cómo diablos han hecho ese círculo y, con suerte, quién lo hizo.

—¿Por qué piensas eso?

—He estado haciendo averiguaciones; al parecer es una periodista muy conocida, especializada en asuntos... digamos poco normales.

—¿Estás tratando de decirme que tú también crees que unos hombrecillos verdes han venido a mis tierras para entretenerse haciendo dibujitos?

El sheriff carraspeó, visiblemente incómodo.

—No, claro que no, pero hay algo que no te he dicho y el hecho de que esa mujer ande por aquí me ha hecho sumar dos más dos.

De nuevo la sensación de inquietud recorrió el cuerpo de Chase; no quería oír nada negativo de Rachel Taylor y comprenderlo no le gustó.

—¿De qué se trata?

—La misma noche que hicieron ese círculo en tu cosecha, recibí algunas llamadas extrañas. Al principio no les di demasiada importancia, pero luego, la presencia de esa periodista me ha hecho pensar qué tal vez esas llamadas guardaban relación con el círculo.

Chase se animó de inmediato. Tal vez el sheriff tenía una pista fiable del autor, aunque no entendía qué tenía que ver la presencia de Rachel en ello.

—¿Y bien?

—Bueno, esas personas afirmaban haber visto objetos extraños en el cielo, algunos incluso aseguraban que se trataban de ovnis.

Capítulo 12

Rachel llegó un poco antes de las cuatro, la hora que Chase había establecido, y aunque estuvo barajando la conveniencia de informarle de su presencia, se dijo que era mejor no jugar con fuego. Aún se sentía algo enfadada por el extraño comportamiento de Chase la tarde anterior; ella tenía una teoría al respecto y creía estar bastante acertada: Chase buscaba la manera de que ella desistiera de estudiar el círculo y mostrarse odioso era lo mejor que se le había ocurrido. Había aprovechado lo que consideraba una infracción por parte de ella para tratar de quitársela de encima; pues bien, no pensaba darle el gusto de hacerlo. A partir de ese momento, se prometió que su puntualidad y seriedad serían impecables, aunque tuviese que llegar a la plantación arrastrándose.

Se sorprendió al verlo acodado en el porche de la casa con el sombrero tan calado que no podía verle los ojos. Al verla acercarse se incorporó y echó el sombrero hacia atrás. Ella casi se detuvo a contemplarlo; a pesar de lo impredecible y brusco que resultaba, Chase Elliot constituía un espectáculo digno de admirar y un agradable cosquilleo le recorrió la columna. ¡Cómo le gustaba ese hombre!

—¡Hola! —La voz de Rachel sonó cautelosa.

Él no contestó, enganchó los pulgares a sus bolsillos traseros y la miró de arriba abajo.

—¿Ya estás mejor?

—Sí, solo necesitaba descanso.

—¿Lo pasaste bien con Steve?

No fue tanto la impertinencia de la pregunta como su tono lo que la enervó.

—Eso no es asunto tuyo, y no entiendo de qué diablos va todo esto.

—Creía que estabas aquí para trabajar, no para follarte al primer tío cachondo que se te pusiera por delante.

Rachel tomó aire con fuerza y sintió cómo enrojecía de furia y humillación. Unas inexplicables ganas de llorar la acometieron, y se mordió con fuerza la lengua para tratar de impedirlo.

—Vete a la mierda.

Rachel dio media vuelta y caminó hacia la salida a paso rápido. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, lágrimas de impotencia, de afrenta. No entendía por qué él parecía complacerse en tratarla como si ella fuese una cualquiera, y ese hecho la llenaba de rabia y dolor a partes iguales.

Chase apretó con fuerza las manos sobre la baranda a la vez que cerraba los ojos. Se acababa de comportar como un miserable y deseó correr tras ella y pedirle perdón, de rodillas si era necesario, pero se contuvo. Era probable que en ese momento ella le pateara los huevos si tuviera ocasión, y él lo entendería perfectamente.

Quitándose el sombrero, lo lanzó contra la pared en un gesto de frustración. Se estaba comportando como un auténtico imbécil celoso desde que la había visto con Steve y lo peor era que no sabía qué hacer para evitar sentirse así.

Rachel miraba su teléfono móvil como si fuese alguna especie de artilugio diabólico. La pantalla iluminada vibraba y le anunciaba que Chase la estaba llamando. Hacía una hora que había llegado de la plantación y apenas acababa de tranquilizarse. No sabía qué hacer y en un impulso decidió cogerlo.

—Rachel...

—Dime.

Un silencio que duró unos segundos.

—¿Vendrás mañana?

Rachel cerró los ojos con fuerza.

—¿Crees que no debería hacerlo?

—No, al contrario, creo que debes venir y olvidar lo que acabo de decirte. No tengo ningún derecho.

Otro breve silencio.

—¿Eso es una disculpa?

—Sí, maldita sea.

—Es la peor disculpa que he oído en mi vida.

Al otro lado de la línea se oyó un sonido. Rachel no supo si era un exabrupto o un conato de risa.

—¿Vendrás?

—Sabes que sí. Ahora mismo estudiar ese círculo es mi prioridad... a pesar de ti.

—Bien, entonces aceptas mis disculpas.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Hasta mañana.

Al cortar la llamada se dio cuenta de que continuaba sonriendo y se forzó a recuperar el semblante serio. Sí, Chase la había llamado y le había pedido disculpas, pero eso no borraba el hecho de que solo unas horas antes se había comportado como un auténtico cerdo, y ella haría bien en no olvidar lo desagradable y arbitrario que él podía llegar a ser.

Chase tuvo que reprimir un suspiro de alivio cuando aparecieron los créditos finales. Jennifer había traído palomitas, nachos y guacamole, además de la película, asegurándole que le iba a gustar. Chase no había sido capaz de seguir la trama apocalíptica, demasiado inmerso en sus propios pensamientos.

—¿Qué te ha parecido?

—Está bien —mintió con una punzada de culpabilidad. La joven se había quitado los zapatos y estaba recostada contra él. Chase podía oler el sofisticado perfume que usaba y de vez en cuando su sedoso cabello rubio le hacía cosquillas en el mentón.

—Sabía que te iba a gustar.

—Mmm.

Jennifer le quitó la lata de cerveza que tenía en la mano y la puso en la mesita, mientras lo miraba con ojos sugerentes y una golosa sonrisa dibujada en sus labios. Por primera vez desde que salían juntos, esa mirada lo dejó indiferente. Su miembro parecía estar tan distraído como él mismo.

La joven se sentó a horcajadas sobre sus rodillas y comenzó a besarle. El sabor del guacamole en la boca femenina le desagradó y tardó un poco en responder a los avances de Jennifer. Ella se separó y lo miró con un mohín, pero enseguida sonrió y se quitó la camiseta que llevaba con lentitud, estudiando la reacción del hombre. Bajo la camiseta gris, Jennifer llevaba un sujetador de encaje azul; sus pechos no eran muy grandes, pero eran firmes y tenían los rosados pezones erectos. Chase los miró y sintió un ligero tirón en

la ingle. De manera algo desapasionada, como si lo guiara un interés científico más que el deseo sexual, tomó uno de los pezones entre sus dedos y comenzó a masajearse. Ella gimió de inmediato.

—¡Mmmmm! Me encanta... Ya estoy mojada.

Extrañamente, sus palabras no provocaron efecto en él y en ese momento se dio cuenta de que no le apetecía nada hacer el amor con Jennifer. Con brusquedad dejó de acariciarla y se movió un poco, instándola a que abandonara sus piernas.

—¿Qué sucede?

—No lo sé, Jenni, pero hoy no me apetece.

Jennifer se quedó mirándolo con la boca abierta, tan atónita que por un momento dudó si había oído bien. Llevaban seis meses saliendo juntos y durante ese tiempo ni una sola vez había rechazado él tener sexo con ella.

—No te apetece...

—No, lo siento.

Ella se quedó en silencio, tratando de asumir lo que él decía y entonces lo tuvo claro.

—Hay otra.

—No hay nadie, Jennifer, es simplemente que no me apetece. —La conversación comenzaba a fastidiarlo. No quería seguir hablando del tema, solo deseaba que ella se marchara cuanto antes y lo dejara a solas con sus pensamientos.

—¿Crees que soy imbécil?

—No, Jennifer, creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—Nunca habías dicho que no te apeticiera, ¿qué quieres que piense?

—Justo lo que es: que estoy cansado y no me apetece.

En el coche, mientras volvía a su casa, Jennifer sentía cómo el enfado que experimentaba casi la hacía temblar. El hecho de que un hombre la rechazara era una experiencia nueva para ella y le había resultado muy desagradable. Chase siempre había respondido a sus avances de buen grado, ella sabía que solo mirándolo de una manera especial él estaba preparado para ella y ese poder la embriagaba. Con él había tenido el mejor sexo de su vida y se

mostraba más desinhibida y apasionada de lo que había sido nunca antes. Tal vez solo fuera un mal momento, puede que le doliera la cabeza, que estuviese cansado... Aunque quería creer que era algo de eso, unas campanitas de alarma sonaban en su cabeza, y se dio cuenta de que no estaba dispuesta a aceptar tranquilamente que él la dejara.

Jennifer era la más pequeña de una familia de tres hermanos y la única chica. Había crecido como una princesa rodeada de valerosos caballeros dispuestos a enfrentar cualquier peligro por ella, había sido la chica más popular del colegio y luego del instituto. Sabía que era hermosa y había disfrutado de la adoración de los hombres. Cuando llegó a Milan, pensó que en ese pequeño pueblo sin gracia moriría de aburrimiento, hasta que una noche conoció a Chase cuando salía con una amiga. Desde entonces supo que había encontrado al hombre de su vida; se veía casada con él, viviendo en su propiedad y haciendo continuas escapadas a Nashville para salir a restaurantes caros y comprar ropa y zapatos. Sabía que Chase tenía mucho dinero y ella podría seguir trabajando hasta que empezaran a tener niños. Era cierto que él nunca le había hablado de matrimonio, pero ella estaba convencida de que era solo cuestión de tiempo. Chase le había contado por encima que había estado casado y que no funcionó; según le había explicado, eran muy jóvenes y muy diferentes. Jennifer suponía que esa mala experiencia lo había vuelto más cauto, pero no tenía prisa y mientras esperaba que él se decidiera se lo estaba pasando muy bien.

Mientras conducía de regreso a su casa se preguntó con inquietud si no habría dado por supuestas demasiadas cosas.

A pesar de la conversación conciliatoria que habían mantenido, Rachel se sintió inquieta mientras caminaba hacia la casa de Chase para avisarle de su llegada. Estaba convencida de que ese hombre era impredecible y temía sus extraños y repentinos cambios de humor.

Como las veces anteriores, lo vio apoyado en la barandilla; al verla sonrió.

—Has venido.

—¿Lo dudabas?

—A decir verdad, sí, no fui demasiado amable ayer.

—No, no lo fuiste, pero...

—Sí, ya lo sé, ese círculo ahora es lo más importante para ti.

—Eso es.

Rachel consiguió relajarse al comprender que él parecía dispuesto a mostrarse amable y le sonrió, contenta de volver a verlo. Él entonces borró la sonrisa que hasta ese momento había lucido en su rostro y la miró fijamente, con concentrada seriedad, hasta que Rachel, incómoda, apartó la vista.

—Hay mucho trabajo que hacer, ¿me acompañarás hasta el círculo?

—Ese es el trato, señorita.

Mientras caminaban, uno al lado del otro, Rachel sintió el absurdo deseo de coger su brazo para andar, como si fuesen una pareja de venerables ancianos. Para disipar ese extraño anhelo metió las manos en sus bolsillos.

—¿Qué tienes planeado hacer hoy?

—Quiero caminar por todo el borde del círculo, voy a observar si los tallos presentan el mismo doblez en toda la circunferencia. También quiero observar si hay huellas, algo que nos dé una pista de quién es el artífice de eso.

—No hay ninguna huella.

—Imagino que tú has buscado concienzudamente.

—Sí, durante un par de días me dediqué a hacer lo que tú estás haciendo ahora, a revisar el círculo palmo a palmo en busca de alguna pista.

—¿Y?

—Nada, no encontré nada.

—¿Y eso no te resulta extraño?

—No, ¿por qué? —Él la miró con un gesto burlón en el sesgo de su boca.

—Es extraño que, según tú, varias personas hayan estado aquí en tus tierras haciendo un círculo tan impresionante como este y no hayan dejado ni una sola huella.

—Eso indica que han sido muy cuidadosos.

—Nunca vas a dar tu brazo a torcer, ¿verdad?

—Cuando lo hagas tú.

A su pesar Rachel sonrió.

Una vez en el círculo, ella comenzó a caminar lentamente por toda su circunferencia, tal y como había anunciado, agachándose de vez en cuando y

tomando muestras entre sus dedos. Algunas las guardaba en las pequeñas bolsas de plástico transparente que llevaba consigo, otras volvía a dejarlas.

Chase la miraba embobado a su pesar; la concentración y el interés que ella mostraba eran tan genuinos que, por primera vez, él comprendió que ella no era ninguna visionaria, que creía con firmeza en lo que hacía. Era fascinante observarla trabajar; nunca había visto a nadie tan entregado a algo como ella parecía estarlo en ese momento y, de manera sorpresiva, se alegró de formar parte de eso.

—¡Chase! ¡Mira esto!

Él se acercó y se quedó mirando los extraños surcos que ella señalaba. La hierba había comenzado a salir, aún así estos todavía eran claros.

—¿Te das cuenta?

—La verdad es que no sé a qué te refieres.

—¿Qué te parece que son?

La voz de Rachel sonaba excitada; Chase se fijó con más atención y entonces pareció distinguir a lo que ella se refería.

—Da la sensación de que siguen un patrón —murmuró él con voz cautelosa, e interesado a su pesar.

—¡¡Eso es!! —Chase la miró, sus ojos brillaban y sus mejillas se habían coloreado por la excitación. Él tuvo que apretar los puños a ambos lados de su cuerpo con fuerza para evitar abalanzarse sobre ella y besarla hasta dejarla sin aliento—. Da la sensación de que es una especie de código... ¡Dios! ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

Él la miraba en silencio, sonriendo. Su corazón latía con fuerza y no entendía muy bien cómo podía sentirse tan cerca de una mujer a la que conocía desde hacía apenas un par de semanas.

—No estoy muy seguro.

—Si como sospecho es algún tipo de código, podemos descifrarlo y nos puede dar información de quién o por qué se ha hecho este círculo.

—Rachel, tal vez deberías tranquilizarte, puede que sea una simple casualidad y aquí no haya ningún tipo de mensaje escondido.

—Tal vez, Chase, pero tengo un pálpito y muy pocas veces mi intuición me ha fallado.

Chase deseó que el pálpito que él también estaba empezando a sentir fuese

un espejismo, una reacción pasajera provocada por el emocionante momento que estaban viviendo.

—Debo ampliar las fotos que hizo Dennis, si esto es, como sospecho, algún tipo de código, lo veré. —Rachel se había incorporado y lo miraba fijamente—. También quiero averiguar algo sobre la radiación que registré dentro del círculo y llevaré los tallos que he recogido a un laboratorio para que los analicen.

—¿Ya has terminado tu trabajo aquí?

—Bueno, no. —Rachel bajó la vista, repentinamente incómoda—. Cuando tenga los resultados, es probable que quiera volver. Tengo mucho interés en observar cómo va creciendo de nuevo el trigo y si este terreno en concreto sufre modificaciones. Es la primera vez que voy a poder hacer un seguimiento tan completo de un círculo... si tú me lo permites, claro.

—Entonces, ¿te vas ya?

—Sí, mañana mismo regresaré a Nashville.

Un extraño silencio se interpuso entre ellos.

—Puedo llevarte si quieres.

Rachel alzó la vista, sorprendida por ese gesto de amabilidad. Chase la miraba imperturbable, como si el ofrecerse a hacer con ella un viaje de casi tres horas fuese lo más normal del mundo.

—Te lo agradezco mucho, pero no es necesario. Tenía pensado alquilar un coche y luego regresaré con el mío.

—Como quieras.

Capítulo 13

Chase tenía dificultad para concentrarse en sus tareas. Su mente se hallaba distraída con multitud de ideas que lo perturbaban y lo hacían permanecer ajeno a la charla de los peones. Cuando pasó con la máquina segadora dos veces por la misma zona supo que había llegado el momento de dejarlo: estaba dificultando la tarea de los hombres en lugar de resultar de ayuda.

Una vez en la casa, decidió darse una ducha y encerrarse en la pequeña habitación que tenía adecuada como despacho, donde revisaba las cuentas y atendía a los pedidos al por mayor que recibía de grandes empresas de cereales y sobre los que se basaba la mayor parte de sus ingresos.

El primer chorro frío sobre su espalda le hizo dar un respingo, aunque enseguida la continua cadencia del agua comenzó a tranquilizarlo. Mientras se enjabonaba le pareció oír su teléfono móvil sonar, pero no le dio la mayor importancia. Unos minutos después, y mientras se secaba, volvió a oírlo de nuevo; esta vez frunció el ceño extrañado. Daba la sensación de que alguien deseaba ponerse en contacto con él de manera insistente.

Con la toalla anudada alrededor de la cintura salió del baño que se encontraba dentro de su dormitorio y miró la pantalla del teléfono móvil; eran tres las llamadas perdidas. Al mirar en el registro de llamadas quién había llamado, su corazón se aceleró al leer Rachel Taylor.

Por lo que él sabía Rachel se había marchado esa misma mañana de vuelta a Nashville; tal vez había cambiado de opinión y había decidido quedarse; su llamada podría ser para decirle que esa tarde iría de nuevo, pero le extrañaba la insistencia. Fuera como fuese volvería a llamarlo, no tenía más que esperar.

Un minuto después cogió el móvil y marcó el número de la joven.

—Rachel, ¿me has lla...

—¡Chase! ¡Por fin! —La voz femenina dejaba traslucir el apremio que sentía, y Chase se sintió alarmado.

—¿Qué sucede, Rachel? ¿Estás bien?

—Sí, bueno, verás he sufrido un accidente y...

—¿Un accidente? ¿Qué clase de accidente? —El corazón retumbaba dentro

de su pecho.

—Con el coche, un ciervo se ha cruzado y he perdido el control.

—¡Rachel, por Dios! ¿Estás herida?

—No, pero no pasa nadie por aquí y tampoco puedo mover el coche, he pensado que...

—Está bien, ¿dónde estás?

—Imagino que a unas treinta millas más o menos de Milan.

—No te muevas de ahí, llego enseguida.

—Chase, no es necesario que te molestes, solo con que avises a alguna grúa que pueda... —Un pitido en la línea le indicó que Chase había colgado. Aliviada se dejó caer sobre el coche.

Un animal al que no había podido ver bien, pero que le había parecido un ciervo, se había cruzado en su camino; para evitar atropellarlo había dado un violento giro con el volante, y el coche había patinado y se había salido de la calzada, con tan mala fortuna que había acabado en un desnivel y le había resultado imposible sacarlo de allí. Después de casi media hora, solo había pasado un camión que no se había detenido. Había mirado por todos lados buscando una guía de teléfonos porque la conexión a internet en ese lugar con su móvil era nula, pero no había encontrado nada. La única solución que había acudido a su mente había sido llamar a Chase. Al comprender que por fin iba a recibir ayuda empezó a tranquilizarse y entonces reparó en que le dolía bastante el hombro derecho y el brazo; sin duda alguna se había golpeado cuando dio el volantazo.

Apenas habían pasado veinte minutos desde que había hablado con Chase cuando vio acercarse un vehículo todoterreno. Enseguida supo que se trataba de él y se dio cuenta de que había comenzado a sonreír a causa del alivio que sentía. Chase detuvo el coche con un movimiento brusco y se bajó de un salto, dando un portazo y acercándose a grandes zancadas. El coche de alquiler tenía las ruedas de la parte derecha en un desnivel de la calzada; era imposible que Rachel hubiese podido sacarlo de allí.

—¿Estás bien? —Se había detenido muy cerca de ella y la observaba con el ceño fruncido.

—Sí, gracias por venir. —Rachel le sonrió, sus ojos brillaban. «Es mi caballero de brillante armadura», pensó tontamente.

—Ya he avisado a la grúa, no tardarán en llegar. Coge tus cosas, yo te acercaré hasta Nashville.

—No puedo irme ahora; debo hablar con la agencia de alquiler de coches, tendré que abonar los...

—Yo lo haré.

Rachel se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos; recordando al Chase huraño y desagradable de sus primeros encuentros, le parecía imposible la actitud amable y solícita de la que hacía gala en ese momento.

—No puedo permitir que tú asumas esos gastos.

—Ya me lo devolverás; tienes pensado volver, ¿no es cierto?

—Sí, claro. —Sus miradas se engancharon; él pareció querer decir algo, pero en lugar de eso apartó de la mejilla femenina un mechón de su pelo, que tenía especialmente alborotado.

—¡Rachel! ¡Estás herida!

Al apartar su cabello, Chase había visto un feo moratón en la sien de la joven.

—¿Te duele la cabeza?

—Solo si me toco; en realidad, me duele más el brazo. —Al decirlo ella señaló su brazo derecho.

—Tiene que verte un médico. —Con una delicadeza que la sorprendió, Chase la cogió del codo y la condujo hasta su coche.

—Pero no podemos dejar el coche aquí...

—La grúa debe estar a punto de llegar; de hecho, me extraña que no esté aquí ya.

Como si la hubiese convocado con sus palabras, la grúa apareció en ese momento. Chase ayudó a Rachel a sentarse en el asiento del acompañante de su todoterreno, y luego se acercó al conductor de la grúa y estuvo intercambiando unas palabras con él. Rachel observó el coche de Chase y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios; Chase no tenía adornos ni florituras dentro de su vehículo: funcional y austero, como él mismo. Y confiable, atractivo, irresistible... Rachel recostó la cabeza en el asiento y cerró los ojos, notando cómo comenzaba a relajarse.

—¿Rachel?! —La voz de Chase, que había metido la cabeza en su ventanilla, la sobresaltó.

—¡Me has asustado!

—Disculpa, pensé que te habías desmayado.

Rachel sintió cómo se derretía por dentro. Los desvelos de Chase eran exagerados, pero no sería ella quién se lo dijera; estaba disfrutando de su atención y se dijo que no tendría ninguna dificultad en acostumbrarse a eso. La imagen de la hermosa rubia que salía con él hizo que se borrara su sonrisa de repente. Por un instante había pensado que tal vez Chase sentía la misma atracción que ella; comprender con cuánto anhelo lo esperaba no le gustó en absoluto.

Hacía mucho tiempo que había dejado de ser una joven enamoradiza. Sabía lo que quería en la vida, y toda su voluntad se centraba en conseguirlo. Un hombre como Chase no encajaba en ella y no había nada que pudiese cambiar esa verdad.

Mientras Chase conducía ambos iban en silencio. Rachel notaba cómo él echaba continuas miradas a su asiento, pero ella permaneció distraída, observando la carretera. Una media hora más tarde, Chase detuvo el coche ante un pequeño hospital y, tras hablar con la recepcionista, se sentó junto a ella a esperar que la atendieran. Rachel seguía en silencio, aunque a Chase eso no parecía importarle, de vez en cuando le preguntaba de manera solícita cómo se encontraba y su mirada no se apartaba de ella.

Rachel se sentía cada vez más y más deprimida. Toda la alegría y el alivio que había sentido al verlo, cuando estaba en la carretera, se había transformado en angustia. Ese hombre le gustaba demasiado, hacía que las mariposas de su estómago, que habían estado invernando en sus crisálidas, se despertaran de golpe e iniciaran una danza desenfrenada que le hacía pensar en todo lo que deseaba y no podría tener.

Cuando un auxiliar pronunció su nombre, se levantó aliviada.

Media hora más tarde, Rachel salió de la consulta. El doctor había mirado sus pupilas enfocando una lamparita, le había hecho una radiografía y le había dicho que aparte de un fuerte golpe y una contusión en el hombro derecho no tenía nada. Le había recetado unos calmantes y le había recomendado que descansara antes de volver a emprender el viaje.

—Puedes quedarte en mi casa.

Rachel se lo quedó mirando con la boca abierta. Iban de nuevo en el coche y ella le había explicado lo que le había dicho el médico.

—No sé si te he entendido.

—No creo que sea tan difícil. —Chase la miró y le lanzó una sonrisa socarrona—. El médico te ha dicho que descanses. Puedes dormir esta noche en mi casa y mañana te llevaré a Nashville.

Ella permaneció en silencio, procesando lo que Chase le decía. Su ofrecimiento era excepcionalmente generoso pero innecesario, y así se lo dijo.

—Pasaré la noche en el hostel —concluyó.

—No me parece buena idea; si te sucede algo, estarás sola.

—Tengo mi teléfono móvil.

Él movió la cabeza.

—Te llevaré a mi casa. Allí estarás más cómoda; Brione prepara unas cenas deliciosas y además tengo un dormitorio de invitados que casi nunca utilizo.

—Pero tu novia...

Se hizo un silencio espeso durante unos segundos.

—Jennifer es asunto mío.

Ella sintió cómo enrojecía y tomó aire con fuerza, sintiéndose humillada por la cortante respuesta de Chase.

—Disculpa. —La voz del hombre sonaba apesadumbrada—. No tienes que preocuparte por eso, todo estará bien entre Jennifer y yo.

Al contrario de lo que él pudiera pensar, sus palabras no la tranquilizaron; así que la hermosa joven se llamaba Jennifer. Chase parecía muy seguro de que su novia no iba a enfadarse por el hecho de que ella pasara una noche en su casa; tal vez incluso Jennifer estuviese allí también. Claro que en ese caso no dormiría en el dormitorio de los invitados. De repente, la posibilidad de compartir el mismo techo con Chase y su novia, aunque solo fuese durante una noche, pareció ahogarla.

—Chase, por favor, llévame a hostel.

Él la miró frunciendo el ceño, alertado por la alarma de la voz de la joven.

—Da la impresión de que tienes miedo de algo... —Su voz se endureció al añadir—: No te preocupes, no tengo por costumbre violar a mujeres heridas.

Rachel no dijo nada más; el ofrecimiento de Chase era en exceso generoso, una mayor reticencia de su parte pondría de manifiesto que él tenía razón y ni aunque la amenazaran con una espada láser le diría a Chase el verdadero

motivo por el que prefería irse al hostal.

Chase tuvo que reprimir una sonrisa al ver la cara de sorpresa de Brione cuando lo vio aparecer con Rachel. Casi podía leer los pensamientos de la mujer. «¿Qué ha pasado con la rubia?».

—Brione, no sé si te acordarás de la señorita Taylor.

—Es la periodista, ¿no?

—Así es. Ha sufrido un pequeño accidente y pasará la noche aquí... En el dormitorio de invitados —añadió con intención.

—Lo prepararé ahora mismo.

—Gracias, Brione —exclamó Rachel.

—De nada, señorita Taylor.

—Llámeme Rachel, por favor.

La mujer asintió sonriendo.

—Rachel, está bien.

Cuando la mujer se marchó, Rachel miró cohibida a su alrededor; Chase le pidió su bolso y lo dejó sobre una de las sillas, luego le indicó que se sentara en el sofá y de nuevo las imágenes de él con Jennifer pasaron por su mente, turbándola al instante.

—¿Lleva mucho tiempo Brione trabajando para ti? —Rachel hizo la pregunta deseando romper el que preveía iba a ser un incómodo silencio.

—Desde que volví de la universidad y me hice cargo de la propiedad. Su marido ya estaba aquí; se trata de Julius, uno de mis hombres de confianza.

—¿Nunca pensaste ejercer tu carrera lejos de la plantación?

Él movió la cabeza lentamente.

—Tal vez cuando empecé a estudiar, sí, pero luego murieron mis padres y... bueno, a veces la vida decide por uno.

—Me estás diciendo que si pudieras elegir, no estarías aquí.

—En realidad, no. Al principio lo viví como una responsabilidad de la que no podía deshacerme. Mi hermana se casó y no quiso saber nada de todo esto, y mi hermano... Bueno, él es un caso perdido. Tuve que sacrificar mucho por este lugar, pero al día de hoy me siento feliz y satisfecho de estar aquí y de lo que he conseguido.

Rachel sonrió mientras pensaba que Chase era un hombre admirable. Tener que asumir tan joven una responsabilidad como aquella y no amargarse con el destino que le había tocado vivir demostraba una enorme fortaleza y fuerza de voluntad.

—Háblame de ti, ¿siempre quisiste dedicarte a...estos temas o ha sido algo que ha surgido de manera casual en tu carrera como periodista?

—Desde pequeña he sentido fascinación por los misterios. Siempre he querido dedicarme a esto.

—Eres afortunada, entonces.

—Sí, así lo siento yo también, aunque no siempre ha sido fácil.

—Lo supongo. Has debido cruzarte con muchos «trogloditas» en el camino.

Rachel lanzó una carcajada, sorprendida por el buen humor de Chase al recordarle de una manera tan desenfadada el epíteto tan poco agradable que le había dedicado unos días atrás.

—En realidad, sí, es algo frecuente.

Ambos se miraron a los ojos mientras sonreían, y Rachel se dio cuenta de que toda la aprensión que había sentido unos minutos antes se había esfumado. Se sentía cómoda y relajada y le pareció increíble que fuese Chase el que con unas pocas palabras hubiese aligerado tanto el ambiente.

—¡La cena está lista! —La voz profunda de Brione interrumpió el momento.

Chase tendió su mano y ella dudó solo un segundo antes de cogerla; su mano parecía la de una niña dentro de la de él, fuerte y cálida. Rachel deseó acurrucarse contra su pecho y que él la rodease con sus fuertes brazos y, sobre todo, deseó que pudiese existir un futuro para ellos.

Capítulo 14

Brione había preparado una ensalada de pasta con trozos de pollo rebozados de aspecto delicioso, eso, junto al humeante pan y la limonada presentada en una jarra con cubitos de hielo, provocó un espasmo de hambre en el estómago de Rachel.

—¡Qué bien huele todo! —exclamó de manera espontánea. Brione se limitó a sonreír.

Mientras la mujer terminaba de preparar la mesa, Rachel echó un vistazo a lo que la rodeaba. La cocina era amplia, los tonos predominantes eran el roble y el blanco, y la ventana que había sobre el fregadero lucía unas cortinas con pequeñas cerezas, un detalle sencillo que añadía una agradable nota de color; también la lámpara que había sobre la gran mesa de madera de roble tenía cerezas pintadas en la pantalla. Rachel supuso que habría sido la madre de Chase la encargada de la decoración, se notaba el toque femenino en la acogedora estancia.

—¿Te quedarás con nosotros a cenar? —Chase se había dirigido a Brione.

Rachel se sintió sorprendida por el ofrecimiento que Chase hizo a su empleada; por la manera en que lo dijo y, sobre todo, por la reacción natural de Brione, le dio la sensación de que no era algo inusual que patrón y empleada cenaran juntos.

—No creo; puede que Julius esté de vuelta pronto y en ese caso...

—Ya te digo yo que aún tardará un par de horas en volver —la interrumpió Chase.

Rachel los escuchaba en silencio, algo desconcertada; Brione, haciéndose cargo de la situación, explicó:

—Julius es mi esposo; trabaja en la plantación.

—Sí, y como quiero tener a su bella esposa para mí solo hoy lo he mandado a Memphis a mostrar nuestro género a un empresario interesado en productos locales —añadió Chase, guiñando un ojo a Brione.

A pesar de lo oscuro de su tez, Rachel observó cómo Brione se ruborizaba. Por muy fraternal que fuese el afecto que los unía, Rachel pensó que Chase no

podía dejar indiferente a ninguna mujer a la que le gustasen los hombres.

—Está bien, me quedaré. —A la vez que lo decía, la mujer se despojaba del delantal que llevaba puesto—. Así tendré la oportunidad de charlar un rato con Rachel.

Cuando estuvieron instalados, comenzaron a comer con apetito. Rachel, en contra de lo que había supuesto, se sentía bastante cómoda, como si estar compartiendo mesa con Chase Elliot fuese algo habitual en ella. El ambiente que Brione y Chase creaban era tan distendido mientras comentaban asuntos cotidianos, que ella se sorprendió pensando que hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien.

—¿Ha conseguido averiguar quién ha hecho ese círculo? —Brione la miró intensamente al hacerle la pregunta.

—No creo que pueda llegar nunca a saber quién lo ha hecho. —Rachel miró a Chase de reojo, pero él parecía absorto en su plato—. Pero creo que sí podré demostrar quién no lo ha hecho. —Al recalcar sus palabras no pudo evitar lanzar una mirada desafiante a Chase y esta vez él respondió con una sonrisa burlona.

—¿A qué se refiere exactamente?

—El círculo se hizo en una noche. Nadie vio nada, nadie oyó nada, los perros ni siquiera ladraron... Es extraño, ¿no cree, Brione?

—Bueno, esa noche sucedieron cosas extrañas. —Brione ignoró la mirada de advertencia de Chase.

Rachel se echó hacia delante clavando su mirada en el rostro de la mujer y sintiendo cómo sus instintos de investigadora despertaban de repente.

—¿A qué cosas extrañas se refiere exactamente?

—El sheriff contó hace algunos días que esa misma noche se recibieron varias llamadas de personas que habían visto luces y objetos extraños en el cielo.

—¿La misma noche en la que hicieron el círculo? ¿Está segura?

—Eso afirmó el sheriff.

Rachel se hubiese dado de buena gana un cabezazo contra la pared por su propia estupidez. En su afán por proteger a Sarah, y obsesionada cómo había estado por tener la oportunidad de estudiar el círculo de cerca, había pasado por alto algo tan evidente cómo preguntar al sheriff de Milan. Sabía que a

menudo las autoridades no se tomaban bien lo que consideraban una intromisión por parte de los periodistas en sus investigaciones, pero por lo general siempre conseguía sacar algo de información, bien por lo que le decían de manera clara, bien por lo que callaban. Se prometió a si misma hablar con el sheriff en cuanto regresara de Nashville.

Excitada por los nuevos indicios, no pudo evitar lanzar una mirada triunfal a Chase.

—¡Bah! No es inusual que la gente confunda aviones o satélites con platillos volantes.

—¡Chase Christopher Elliot! Hay mucho más en este mundo de lo que tus incrédulos ojos pueden ver y cuanto antes lo aceptes, mejor será.

—Brindo por eso —exclamó Rachel levantando su vaso de limonada y encantada con la inesperada aliada que acababa de encontrar.

Al contrario que en otras ocasiones, Chase pareció tomarse a bien sus palabras y esbozando una sonrisa alzó su vaso a la vez que decía:

—No tendré problema en admitir que tenéis razón cuando me mostréis pruebas incuestionables.

Brione se limitó a mover la cabeza de un lado a otro. Rachel supuso que no era la primera vez que la mujer y Chase discutían por esos temas, probablemente a causa de la aparición del círculo.

—Puedo mostrarte fotografías reales, testadas por laboratorios independientes, que muestran evidencias que no podrás refutar —añadió Rachel.

—Estaré impaciente por ver cualquier cosa que me quieras enseñar —respondió Chase entrecerrando los ojos.

La provocativa respuesta hizo que Rachel se sonrojara sin poder evitarlo y notó cómo su temperatura corporal aumentaba. Rachel no se tenía por una mojigata, pero Chase siempre conseguía turbarla con una facilidad desconcertante. También Brione parecía algo desconcertada, contemplándolos de hito en hito y con una misteriosa sonrisa en sus carnosos labios.

—Voy a recoger todo esto y a marcharme ya —exclamó la mujer mientras se levantaba pesadamente del asiento que ocupaba,

—Déjalo, Brione, nosotros lo haremos —respondió Chase a la vez que se ponía en pie.

—No me cuesta ningún trabajo, puedo recogerlo enseguida.

—Lo sé. —Chase le sonrió con afecto—. Pero no quiero que se te haga demasiado tarde para volver a casa. Vete ya, yo lo haré.

—De acuerdo, Chase. —La mujer lo besó en la mejilla y lanzando una radiante sonrisa a Rachel añadió—: Me ha encantado hablar con usted, no deje que este bruto la desanime.

—No se preocupe, Brione, no es el peor hueso que he tenido que roer.

Chase lanzó una carcajada.

—Pequeña, apenas has empezado a olisquear este hueso, aún no sabes lo que te espera. —Rachel tragó saliva y no respondió nada, turbada por las palabras de Chase. Estaba segura de que su mente calenturienta le hacía ver provocación donde lo más seguro es que no hubiese nada.

Cuando Brione se marchó, Rachel y Chase comenzaron a recoger la mesa, pero luego él se negó a que ella lo ayudara a fregar los platos, así que volvió a sentarse mientras lo observaba completamente absorta. Chase se había remangado las mangas de la camisa, había cogido un trapo de secar de un cajón y lo había echado de forma descuidada sobre uno de sus hombros. Ella pensó que nunca había visto un hombre más sexy en su vida. Para distraer sus díscolos pensamientos comenzó a hablar.

—Así que no soy la única que piensa hay muchos misterios que desentrañar alrededor de ese círculo...

—Eres como un sabueso, ¿verdad? —Él lanzó una mirada sobre su hombro a la vez que le sonreía.

—Simplemente, estoy segura de lo que digo.

—Y a pesar de no estar de acuerdo, te admiro por eso. —Esta vez la mirada de Chase se detuvo en su rostro con intensidad, mientras ella notaba cómo su corazón comenzaba a latir cada vez con más rapidez.

—Gracias, no pensé... —Rachel se detuvo sin saber cómo continuar.

Él sonrió y secó sus manos en el trapo.

—Sé lo que pensabas: que para mí solo eras una periodista loca, ¿no es así?

Ella se limitó a asentir.

—Pues te equivocas.

Rachel solo podía mirarlo fijamente absorbiendo cada detalle de su rostro

y su cuerpo, mientras una calidez creciente la inundaba. Su imponente presencia física la subyugaba como nunca le había sucedido antes y, en un destello de sinceridad, Rachel se dio cuenta de que él era el primer hombre que despertaba en ella ese deseo tan intenso e indomable sin esfuerzo alguno.

—Estoy algo cansada, me gustaría acostarme ya —balbuceó, deseando escapar de allí antes de que él notara cómo su piel ardía.

Chase no contestó, lanzando el trapo que llevaba sobre el hombro a la mesa se acercó donde ella estaba, la tomó de los hombros y la puso en pie y luego, sin mediar palabra, la besó. Sin pudor alguno el cuerpo de Rachel reaccionó al instante, abriendo los labios para recibir la lengua masculina como quién recibe un maná del cielo. Él la apretó contra su cuerpo mientras su lengua lamía con frenesí el interior de su boca.

—Llevo días soñando con esto —murmuró Chase contra sus labios.

Ella se estremeció consumida por la pasión de él; se sentía tan excitada que había partes de su cuerpo que parecían arder. Todo su mundo se había reducido a ese momento.

Chase metió una de sus manos bajo su camiseta y comenzó a pellizcar con suavidad uno de sus pezones sobre el encaje del sujetador, el pezón reaccionó al instante irguiéndose mientras un placentero tirón se transmitía a su entrepierna. Rachel echó la cabeza hacia atrás a la vez que gemía y él, apoyando las manos en sus glúteos, la acercó a su cuerpo aún más y comenzó a frotarla contra el bulto de su pantalón haciendo que ella se mojara enseguida.

—Vamos a mi habitación. —La voz de Chase sonó ronca.

Rachel tomó la mano que él le tendía, incapaz de hablar, deseando continuar donde lo habían dejado. Ahora estaba segura de que nunca antes había deseado a nada ni a nadie como en ese momento deseaba a Chase Elliot.

Una vez dentro del dormitorio, Chase cerró la puerta y se apoyó en ella tirando de Rachel hasta que la tuvo apoyada sobre su pecho.

—Rachel, he intentado resistirme, pero tenerte aquí, en mi casa... es demasiado para mí, no puedo luchar contra esto.

—No quiero que luches, Chase, yo también lo deseo.

Él se apoderó de su boca con avaricia mientras la empujaba con suavidad con su cuerpo hasta que ambos cayeron sobre la cama. Se besaban con frenesí, sus bocas abiertas, sus lenguas lamiendo el rostro y el cuello, gimiendo ambos

como si les faltara el aire. Parecían estar hambrientos el uno del otro.

Chase comenzó a tirar de su camiseta, y Rachel se incorporó para facilitarle la tarea. Cuando estuvo desnuda de cintura para arriba, él comenzó a succionar la cima de uno de sus pezones y a pasar la lengua en una alternancia erótica que la enloqueció de placer. Una de sus manos se introdujo en la cintura de sus vaqueros y, cuando notó los rizos mojados de ella, lanzó un gemido. Con torpeza tiró del botón del pantalón intentando desabrocharlo, tuvo que ser la propia Rachel la que se lo quitara con impaciencia.

Cuando estuvo totalmente desnuda, Chase lanzó una mirada tan intensa a su cuerpo que ella pensó que podría quemarse. Sintióse desinhibida y sabiéndose deseada, ella se estiró provocativamente. En ese momento él se agachó y poniendo las largas piernas de Rachel encima de sus hombros hundió el rostro en los mojados rizos femeninos.

—¡Oh, Dios, Chase! —En cuanto la lengua de él tocó el punto sensible entre sus piernas, Rachel se corrió.

Él continuó lamiéndola, encendiendo su sangre de nuevo aún antes de que le hubiese dado tiempo a apagarse. Cuando Rachel comenzó a sentir de nuevo los espasmos que anunciaban un nuevo orgasmo, él se apartó y comenzó a desabrochar los vaqueros. Solo entonces reparó Rachel en que, mientras ella había estado desnuda, él había permanecido vestido.

Cuando se deshizo del pantalón, Rachel vio que llevaba un calzoncillo tipo *boxer* en el que destacaba su enorme erección como el asta de una bandera en mitad de un desierto. Sus piernas eran firmes y bien torneadas, cubiertas de vello rubio, casi inexistente en la zona de los muslos. Con glotonería se lamió los labios y él sonrió.

—Déjame que te los quite yo —murmuró ella cuando vio que él llevaba la mano a la cinturilla de sus *boxers*.

Él se acercó a la cama sin decir nada y, cuando ella comenzó a bajar el calzoncillo con lentitud y a besar la carne que dejaba al descubierto, Chase echó la cabeza hacia atrás y lanzó un fuerte suspiro.

Cuando los calzoncillos cayeron al suelo, él se los quitó con un movimiento de los pies; Rachel tomó su miembro duro y caliente en una mano y se lo metió en la boca, comenzando a acariciarlo con su lengua y a succionar suavemente. Chase apoyó sus manos en la cabeza de ella con suavidad y comenzó a mover las caderas mientras gemía con fuerza. Luego, repentinamente, la apartó y

echándola hacia atrás en la cama se tumbó sobre ella y la penetró; una sola embestida profunda.

Ambos soltaron un suspiro de placer al sentir sus cuerpos unidos y durante unos segundos permanecieron quietos, disfrutando de la sensación, pero enseguida Chase comenzó a moverse a un ritmo cada vez más rápido y fuerte. Rachel volvió a correrse, gritando sin pudor alguno, sintiendo cómo su cuerpo se licuaba en un intenso placer que no había sentido nunca antes. Un instante después también él se corrió, gimiendo con fuerza y metiendo la lengua en su boca.

Sus latidos tardaron unos minutos en aquietarse. En ese tiempo, ambos permanecieron abrazados, recuperando fatigosamente el ritmo de sus respiraciones. Chase le daba suaves besos en la sien mientras ella se sentía extraña, dividida entre la euforia y la pesadumbre.

—No lo había planeado — murmuró Chase.

—Lo sé.

—Pero no te voy a decir que me arrepiento, te mentiría.

Ella no respondió. Aunque acababa de tener el mejor sexo de su vida, estaba segura de que lo que acababa de ocurrir entre ellos acabaría por pasarle factura.

Capítulo 15

Rachel miraba distraída su móvil sin ver nada en realidad. Hacía apenas veinte minutos que habían empezado el viaje y apenas se habían cruzado unas pocas palabras corteses, como si fueran dos desconocidos, como si la noche anterior no hubiesen hecho el amor hasta caer exhaustos. Tras la primera vez había habido una segunda y luego una tercera, esta última mucho más pausada, como si hubiesen logrado calmar un poco la urgencia de sus cuerpos. Las ojeras que apenas había podido disimular con un poco de maquillaje proclamaban a las claras lo poco que había dormido esa noche.

Se habían quedado dormidos uno en brazos del otro, desnudos. Ella todavía habría estado durmiendo si el sonido del agua al caer en la ducha no la hubiese despertado.

Brione ya estaba en la casa, pero si se había dado cuenta de que habían dormido juntos, no había dicho nada. Tras tomar el delicioso y abundante desayuno que la mujer les había preparado, habían emprendido el camino.

Rachel había cogido el móvil como quien coge un escudo, tratando de no mirar a Chase, que conducía con el semblante serio pero relajado. Echó un vistazo rápido a su izquierda; Chase aún tenía el pelo ligeramente húmedo y hasta ella llegaba el olor del gel de baño que había usado. Observó su mentón firme y sus manos y, cuando evocó todas las cosas que él le había hecho con esas manos, sintió cómo se acaloraba. Avergonzada volvió la cabeza con rapidez, mirando hacia la monótona carretera. Jamás hubiese podido imaginar que en realidad sería una mujer tan insaciable con el sexo. Durante su relación con John, la más larga y seria que había tenido, había disfrutado del sexo, pero se había tratado de un sexo tranquilo, con escasas muestras de la pasión animal que la noche anterior había derrochado a raudales y que no sabía que podía llegar a sentir. Su corazón palpitaba con fuerza.

Ahora comprendía lo equivocada que había estado cuando había supuesto que una noche de sexo la haría olvidarse de la atracción que sentía por Chase. Ese hombre era peligroso; peligroso para ella pues amenazaba directamente su modo de vida, una vida que había construido con mucho esfuerzo y con la que se sentía más que satisfecha.

—Tenemos que hablar. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pensarlas.

Chase echó un vistazo rápido a su rostro y asintió.

—Te escucho.

—Chase, lo que ha ocurrido..., bueno, no tenía intención de que pasara. No creo que sea buena idea que se vuelva a repetir. —Chase apretó la mandíbula, pero no dijo nada—. Fue fantástico, no voy a negarlo, pero no es algo con lo que contara en este momento.

Rachel se calló, esperando que él dijera algo, cualquier cosa, pero él permanecía en silencio, en apariencia absorto en la conducción.

—¿Chase? ¿No tienes nada que decir?

—Ya lo dices tú todo.

Rachel permaneció callada, mirándolo con la confusión dibujada en su semblante. Chase le echó una rápida mirada y dio un suspiro de fastidio.

—Estoy de acuerdo Rachel, dejémoslo así.

Ella se limitó a asentir, sin entender muy bien cómo se sentía, ¿aliviada? ¿tal vez algo desilusionada?

—Espero que el acuerdo que teníamos respecto al círculo siga en pie.

—Por supuesto; no tendré ningún problema en olvidar lo que ha ocurrido, no te preocupes.

«De eso estoy completamente segura», pensó ella con pesimismo.

El resto del viaje lo hicieron en absoluto silencio; Chase parecía conocer bien Nashville, así que le bastaron pocas indicaciones de ella para llevarla al edificio donde estaban las oficinas de *Toda la verdad*. Cuando detuvo el coche, ella permaneció unos segundos inmóvil, luego se volvió hacia él.

—Chase..., gracias.

—¿Gracias por qué? ¿Por haberte traído o por el polvo?

Rachel apretó los labios con disgusto. Se daba cuenta de que Chase estaba molesto, pero no acababa de entender el motivo.

—No entiendo por qué eres tan desagradable.

Él no respondió; su semblante permanecía serio en extremo. Tras unos segundos de silencio se limitó a decir:

—Adiós Rachel.

Dennis salió desde detrás de la mesa y la encerró en un abrazo de oso.

—¡Rachel! ¿Cómo no me habías avisado de que llegabas hoy?

—En realidad, hubiese tenido que llegar ayer, pero tuve un pequeño contratiempo y... Bah, déjalo, ya hablaremos de eso. Cuéntame qué tal por aquí.

—Bueno, el número ya está listo para salir, a la espera de tu aprobación final. —Dennis carraspeó y se dejó caer de nuevo en la silla—. Por supuesto, el artículo sobre el círculo no lo he considerado.

—Has hecho bien. —Mientras hablaba Rachel iba soltando el bolso y dejándose caer de una manera muy poco elegante sobre la silla que había frente a la mesa de Dennis—. Aunque he averiguado muchas cosas interesantes, aún queda mucho más. —Por primera vez en ese día, la mirada de Rachel se iluminó—. Sospecho que estamos ante algo verdaderamente grande. El hecho de que el noventa por ciento de los círculos aparezca en Inglaterra y este, tan espectacular, haya aparecido a apenas dos horas de mí...

Dennis la miró alzando las cejas.

—¿Estás tratando de decir que crees que tiene algo que ver contigo? Resulta un poco megalómano, ¿no te parece?

—No exactamente, pero a veces pienso que ha sido una especie de guiño, una manera de animarme a seguir.

—Entiendo que ni siquiera consideras como una posibilidad remota que sea un fraude.

Rachel guardó silencio durante unos instantes, sopesando su respuesta. Había estado muy distraída por culpa de la intensa atracción que sentía hacia Chase y no se había detenido a reflexionar demasiado sobre lo que la había llevado hasta Milan; ahora que Dennis la obligaba en cierta manera a enfrentar sus ideas y sensaciones respecto al círculo, no quería precipitarse.

—Estoy convencida de que no lo es. Las dimensiones, lo complicado del diseño, el hecho de que la zona del círculo marque un índice de radioactividad elevado que no se aprecia en otros lugares de la plantación, la forma en la que están los tallos, perfectamente doblados, como siguiendo un modelo...Y todo eso en una única noche.

—Parece bastante extraño, es cierto.

—Por si eso fuera poco, al parecer hay personas que afirman haber visto

extrañas luces y objetos esa noche.

—Bueno, ya sabes cómo es la gente. Huelen el misterio y quieren poner su granito de arena.

—En este caso, las denuncias se hicieron antes de que se supiera de la aparición del círculo.

Dennis lanzó un breve y sonoro silbido.

—Eso cambia las cosas.

—Así es. —Rachel asintió satisfecha y, en ese momento, recordó algo—. Dennis, he descubierto un extraño patrón de líneas y puntos en el borde exterior del círculo. Quiero comprobar que tal y como sospecho sigue una pauta y es continuo, ¿has digitalizado las fotografías que tomaste?

—Es lo primero que hice en cuanto regresé. —A la vez que hablaba, Dennis tecleó algo en su ordenador, buscando el directorio en el que había guardado copias de las fotografías aéreas—. ¿Qué estás pensando?

—Pienso que tal vez se trate de un mensaje —respondió Rachel con cautela. De los dos, Dennis era el más racional, el que siempre trataba de controlar su entusiasmo para evitar que se llevara muchas desilusiones.

Dennis dejó de teclear y la miró con la boca abierta.

—¿Algo parecido a Chilbolton?

—No, no tan espectacular ni evidente, pero es una idea que se me ha ocurrido y me gustaría explorar esa vía. —Con alivio se dio cuenta de que Dennis no iba añadir nada más; ella sabía que él se sentía casi tan fascinado por el círculo como ella misma.

Rachel acercó una silla junto a Dennis y durante varios minutos los dos se quedaron absortos mirando las espectaculares fotografías que el joven había tomado, mientras comentaban algunos de sus aspectos.

—¡Mira! ¡Fíjate en eso! —Rachel señaló excitada una de las fotografías—. Amplíala, por favor.

—Ahora lo veo, te refieres a esas líneas y puntos, ¿no es cierto?

—Sí..., vamos a ampliar todas las fotos que tengan alguna perspectiva del círculo más exterior, a ver si este extraño diseño se encuentra en todas las fotografías.

Durante casi una hora los dos, cada vez más excitados, fueron comprobando una por una todas las fotografías para acabar confirmando que,

efectivamente, en el círculo más externo aparecía el misterioso diseño.

—Puede que se trate de un diseño artístico, sin ninguna pretensión de mensaje.

—Tal vez, pero te apuesto algo a que, si comparamos el diseño de una fotografía con el de otra que muestre un segmento diferente del círculo, nos vamos a encontrar con que la distribución de líneas y puntos es distinta.

—Pues venga, hagámoslo.

—¿Tienes un programa para eso?

—Tengo un programa para casi todo, nena.

—¡Dennis! ¡Eso es fantástico! Vales tu peso en oro. —Al decirlo le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Dennis no replicó; se moría de ganas de informar a su amiga de las últimas novedades respecto a Robert, pero sabía que en cuanto empezara a contárselo se vendría abajo y en ese momento prefería centrarse en el círculo, totalmente fascinado por los indicios y misterios que Rachel le iba mostrando. Pensó que esa noche podía invitarla a cenar en su casa. Allí tendrían la oportunidad de hablar largo y tendido de todo lo que ahora callaba.

—Tenías razón, Rachel. Son diferentes. —El joven había estado estudiando con minuciosidad las distintas imágenes del círculo.

—¡¡Bien!!

—No cantes victoria tan pronto, puede que no signifique nada.

—¿Podrías aislar ese diseño de todo el círculo?

—Me llevará algo de tiempo, pero sí.

Rachel se levantó, resuelta y mucho más animada de lo que se había sentido apenas una hora antes.

—Iré a ver a los chicos para que me enseñen las galeradas de la próxima tirada; mientras, puedes ir haciéndolo.

—Sí, *bwana* —respondió Dennis en tono burlón.

—No refunfuñes, sé un niño bueno y luego te invitaré a almorzar donde tú quieras... ¿Qué tal ese restaurante italiano que tanto te gusta?

Dennis sintió cómo su ánimo se ensombrecía.

—Prefiero comer en el infierno, con el mismísimo Belcebú.

Ese día Chase se quedó algo más tarde que de costumbre trabajando con sus hombres. Necesitaba distraerse, olvidar lo sucedido la noche anterior, aunque sabía que para conseguirlo necesitaba mucho más que trabajar sin parar hasta casi caerse de cansancio.

Comenzaba a anochecer cuando decidió volver a la casa, mucho después de que el último de sus peones se hubiera retirado. Él había recogido toda la maquinaria que habían empleado y luego había decidido dar un paseo por el extraño círculo, mientras meditaba en todo lo que Rachel le había contado al respecto.

No había querido decírselo jamás porque no quería dar alas a sus locas ideas, pero no era la primera vez que caminaba dentro del círculo, siguiendo lo intrincado de su dibujo y, cómo siempre que lo hacía, un extraño cosquilleo parecía subir por las plantas de sus pies. Esta última vez no había sido diferente. Mientras regresaba a la casa se preguntó por milésima vez quién habría podido hacer algo así; si no fuese por las hectáreas de trigo que le habían malogrado, él mismo admiraría la obra de quién, sin duda, era un artista.

Cuando divisó el claro donde estaba su casa, el corazón comenzó a latirle más deprisa; había una mujer alta allí, esperando. ¿Habría vuelto Rachel? Y si era así, ¿qué diablos querría ahora? En ese momento la mujer se movió y entonces distinguió su larga y rubia melena.

—Hola, Jennifer, ¡qué sorpresa!

La joven no contestó, permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho y un gesto duro dibujado en su boca.

—Te parecerá muy divertido hacer cosas a mi espalda pensando que yo no me enteraré, pues lamento decirte que te ha salido mal la jugada, vaquero. — El apelativo que siempre había usado de una manera sensual esta vez sonó como un insulto.

Chase se limitó a alzar las cejas; no se explicaba cómo Jennifer había llegado a enterarse de lo que había sucedido entre Rachel y él, pero si lo había hecho, entendía perfectamente su enfado.

—Siento que te hayas enterado, pero...

—Sí, yo también lo sentí, sobre todo cuando esa estúpida de Margaret me lo arrojó a la cara disfrutando al darse cuenta de que yo no sabía nada.

—¿Margaret? ¿Te refieres a Margaret Brandon? —Se trataba de una amiga

de Jennifer. Algunas veces habían coincidido con ella; además, Chase la conocía de toda la vida, habían ido juntos a la escuela primaria. Empezó a pensar que había malinterpretado a Jennifer.

—Ayer le faltó tiempo para llamarme y decirme que habías estado con la periodista en el hospital... y que parecías muy cariñoso.

De repente, Chase lo entendió todo. Margaret trabajaba en el Milan General Hospital; sin duda alguna, lo habría visto la tarde anterior cuando acompañó a Rachel. Reprimió un suspiro sintiéndose profundamente fastidiado y decidido a acabar con todo ese asunto cuanto antes. Descubrir el lado posesivo de Jennifer no le había agradado en absoluto.

—Es cierto, Rachel sufrió un pequeño accidente...

—¡Uy! ¿Ya la llamas Rachel? ¡Cuánta confianza en tan poco tiempo!

—Jennifer, lamento que esto te moleste tanto.

—¡Claro que me molesta! Mi novio anda por ahí tonteando con una periodista medio chiflada, ¿creías que me iba a alegrar de ser el hazmerreír de todas mis amigas?

Chase frunció el ceño.

—Como ya te he dicho, lo lamento mucho. Está claro que tu idea de nuestra relación es diferente a la mía. Me gustas y me gusta estar contigo, pero ahora mismo prefiero que cada uno siga por su camino.

Jennifer enmudeció de golpe y abrió los ojos como platos.

—¿Me estás dejando?

—Creo que es lo mejor. —Chase trataba de hablar con calma, rezando en su interior para que ella no le montara una escena—. Tengo la sensación de que tú tienes unas expectativas de nuestra relación que no se corresponden con las que tengo yo.

—Lo entiendo perfectamente. —Los ojos de Jennifer despedían chispas de furia—. Te has cansado de follar conmigo y me das la patada, ¿no es así?

—No es necesario que seas tan vulgar.

—¡¿Ahora soy vulgar!?! Entonces, ¿cómo lo explicarías tú?

—Ambos nos hemos divertido, nunca te he prometido nada... No entiendo que ahora reacciones así.

Jennifer apretó los puños con fuerza; su respiración era agitada y su boca permanecía apretada con dureza. Chase supuso que si hubiese podido, lo

habría tumbado en el suelo de un puñetazo.

—Dime solo una cosa, ¿tiene algo que ver esa periodista?

Capítulo 16

Rachel escuchaba con semblante serio lo que Dennis, con cara compungida, le contaba. Finalmente, y tras una larga y emocionante jornada de trabajo en la que habían hecho varias llamadas telefónicas y enviado algunas de las muestras al laboratorio, Rachel había aceptado la invitación de Dennis y se había ido con él a su apartamento; como ya era tarde habían acordado ambos que se quedara allí a dormir, así que, tras una cena frugal porque ninguno de los dos tenía demasiado apetito, Rachel se había dado una ducha y se había puesto una camiseta de Dennis. Ambos estaban recostados en el sofá y Dennis había comenzado a contarle su encuentro con Robert.

—Ese era nuestro restaurante, Rachel, pero es que encima el muy cabrón se había sentado en nuestra mesa. —Al decirlo Dennis apretó la mandíbula—. No te imaginas cómo me dolió.

Rachel cubrió con su mano la mano de Dennis y la apretó en un gesto afectuoso.

—Tal vez se trataba de una reunión de trabajo.

Dennis negó con la cabeza.

—Robert siempre ha sido muy escrupuloso con su trabajo, jamás atendía clientes fuera del horario de oficina. Además, la intimidad y confianza que parecía haber entre ellos era impropia de una relación laboral.

Rachel permaneció unos segundos en silencio. Ella aún no le había contado nada a Dennis de lo sucedido con Chase, ni siquiera sabía si le apetecía hacerlo o no. Sus emociones fluctuaban entre la melancolía más extrema y una extraña euforia, aunque por lo general la dominaba el pesimismo, segura como estaba de que, a pesar de lo maravilloso que había sido estar con Chase, repetirlo sería desastroso. Consciente de que Dennis esperaba que ella dijera algo, preguntó:

—¿Le has pedido una explicación?

—¡Claro que no! —Dennis la miró como si ella hubiese sugerido que anduviese desnudo por la calle—. Recuerda que yo estaba en la fase no me importa nada de lo que hagas.

—Pero, Dennis, tal vez te estás mortificando por algo que no existe.

—Rachel, ¿qué explicación puede haber? Él ya me engañó una vez, puede volver a hacerlo siempre que quiera y yo estoy tan enamorado que si presto oídos a lo que me diga, acabaré creyéndole, porque desde que no estoy con él mi vida es gris. —Su voz se quebró, y Rachel lo encerró entre sus brazos a la vez que le besaba el pelo.

Unos segundos después, Dennis se recompuso y se apartó de su lado mientras trataba de esbozar una valiente sonrisa.

—Cuéntame tú a mí, ¿cómo te ha ido con el troglodita?

Rachel dio un profundo suspiro.

—Bueno, hemos tenido algún que otro encontronazo, ya sabes que su opinión de lo que hacemos no es muy amable.

—Sí, eso lo dejó meridianamente claro. —El semblante de Dennis se animó—. Te imagino luchando por la causa como una leona.

—En realidad, más que leona he parecido una gatita asustada. —Rachel torció el gesto—. No sé qué me sucedía, pero cada vez que me atacaba yo... me venía abajo.

—¡Rachel! ¿Lo dices en serio? —Dennis la contempló con la boca abierta. Rachel crecía ante las críticas y jamás la había visto arrugarse ante ningún enemigo.

Ella se limitó a asentir.

—En honor a la verdad, las cosas empezaron a ir cada vez mejor. —Dando un sorbo a la copa que Dennis le había servido, continuó, su voz sonaba cauta—. Ya sabes que Chase me dio permiso para que me acercara al círculo y ayer fue maravilloso, auxiliándome cuando tuve ese pequeño contratiempo con el coche. —Una inoportuna imagen de Chase besándola entre las piernas la hizo sonrojarse—. De hecho, ha sido él quien me ha traído de vuelta a Nashville.

Dennis la miraba atónito.

—¿Ese es el mismo tipo que prácticamente nos llamó chiflados en nuestra cara?! —Ella se limitó a asentir—. Vaya, jamás lo hubiera imaginado...

—Mmmm, hay algo más. —Rachel se sentía renuente a confesarle a Dennis lo que había sucedido entre Chase y ella, no quería que su amigo la animara a continuar con lo que habían iniciado, pero tampoco quería que la desanimara; sus cambiantes emociones la estaban volviendo loca. Dennis era su mejor

amigo, la persona en quien más confiaba en el mundo. Jamás había tenido secretos con él y no iba a empezar a tenerlos ahora.

Dennis la miró y, al percatarse de la expresión culpable de Rachel, abrió mucho los ojos.

—¡Dios mío, Rachel, no me dirás qué...!

—Sí. —Ella no quería oír cómo lo pronunciaba.

—¿Te has liado con Chase Elliot? ¿Con el troglodita?

—No lo llames así.

Dennis la miró con la boca abierta y una expresión de estupefacción en sus ojos más elocuente que ninguna exclamación que pudiera haber proferido.

—¿Hasta qué punto?

—Dame tres opciones.

—Morreo salvaje, morreo salvaje con tocamiento incluido, sexo hasta el final.

—Sexo hasta el final..., tres veces.

La noticia tuvo la virtud de hacerle olvidar a Dennis su tristeza por la traición de Robert.

—¡Eso es fantástico!! Así que mientras yo estaba aquí pensando que estabas pasándolo fatal intentando convencer a Elliot, tú te lo estabas tirando...

—No he estado «tirándomelo» como tú dices; todo sucedió en una noche, anoche para ser más exactos —replicó ella algo molesta—. Y no entiendo dónde ves lo bueno de esta situación.

—Bueno, Chase Elliot puede ser todo lo desagradable que quieras, pero está buenísimo, eso no se puede negar, y si encima me dices que lo hicisteis tres veces la misma noche... ¡Guau! —Dennis comenzó a hablar con cautela; por la expresión de Rachel se dio cuenta de que había algo más que no le contaba—. Ya te dije que llevabas demasiado tiempo sin sexo... ¿Qué sucede, Rachel? ¿Acaso fue poco delicado? ¿No te hizo disfrutar?

—No, no..., nada de eso. Fue maravilloso, demasiado perfecto de hecho.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. —La voz de Rachel se quebró ligeramente—. Chase Elliot me gusta mucho Dennis, tanto que podría...

—¿Y eso sería mucho problema? —la interrumpió él. Sabía lo que ella estaba intentando decirle.

—¡Por supuesto que sí! ¿Has olvidado que él tiene novia?

—Lo cierto es que sí, al igual que él, según parece — añadió con retintín.

—Eso no es lo peor, ya sabes lo que piensa respecto a lo que hago, ¿crees que aceptaría de buen grado que fuese a sitios tan lejanos como Perú o Inglaterra a investigar? ¿Cuánto tiempo tardaría en cansarse y en decirme que me dedique a algo serio, como hizo John? —Rachel sonrió sin humor, con la amargura dibujada en su rostro—. John parecía aceptarlo de buen grado y fijate. Chase al menos nunca ha disimulado el desdén que siente hacia cualquier tema relacionado con la ufología.

Rachel acababa de plantearle un argumento que él no podía rebatir. Sabía que ella tenía razón.

—¡Pobre Rachel! Estamos jodidos, ¿no es cierto? —Dennis le dio un cariñoso abrazo.

—Totalmente.

Rachel se sentía algo nerviosa a su pesar; no todos los días se encontraba una con su archienemigo. Habían quedado en un restaurante de carretera, a las afueras de Nashville. Se trataba de un local limpio y agradable pero nada glamuroso. Ella entendía perfectamente la elección del sitio; ni a William Snarley ni a ella misma les convenía que los viesan juntos. En Nashville ambos eran muy conocidos; ya que el propio canal de televisión local se había hecho eco más de una vez de alguna de sus múltiples disputas. Rachel tomaba un martini mientras lo esperaba, sentada en un taburete frente a la barra. Un hombre solitario, al otro extremo de donde ella se encontraba, no dejaba de lanzarle frecuentes miradas; Rachel comenzó a rezar para que Snarley apareciera antes de que el hombre se armara de valor para abordarla.

—Hola, señorita Taylor.

Rachel se volvió al oír la voz de timbre educado, aunque sonaba algo hueco. Ante ella se encontraba William Snarley. Se trataba de un hombre alto, de piel muy blanca que hacía un profundo contraste con su cabello y sus ojos oscuros. Le parecía mucho más atractivo en persona que en las imágenes que ella había visto de él.

«Resulta paradójico que un hombre tan incrédulo como al parecer es William Snarley tenga un aspecto tan misterioso», pensó ella.

—Señor Snarley.

—¿Lleva mucho tiempo esperando? —Ella lo miró con atención mientras trataba de identificar de dónde procedía su acento, pero su voz resultaba muy impersonal.

—Apenas acabo de llegar.

—Bien. —Y le dedicó una sonrisa tan irresistible que Rachel parpadeó confundida—. Debo darle las gracias por venir, imagino que ha estado tentada de rechazar mi invitación.

—Así es. —Rachel se negaba a dejarse arrastrar por su aparente encanto. Ese hombre se había burlado con saña de ella en muchas ocasiones.

Snarley lanzó una suave carcajada.

—No puedo culparla por ello, aunque debo reconocer que tampoco ha sido fácil para mí dar este paso.

Dennis y ella habían tratado de adivinar qué habría motivado el deseo de William Snarley de hablar con ella. Mientras Dennis, siempre tan altruista, creía que el periodista deseaba disculparse por haber sido tan duro en tantas ocasiones, Rachel se inclinaba a pensar que iba a ofrecerle algún tipo de trato de negocios.

—¿Y bien? ¿Va a decirme ya qué es lo que desea? —Su voz sonó cortante; aunque la amabilidad de Snarley la había sorprendido gratamente, no podía olvidar lo cruel que se había mostrado tantas veces antes.

—¿Le parece bien si nos sentamos en una mesa? Creo que estaremos más cómodos.

Tras un breve momento de duda, Rachel asintió y lo siguió mientras él la conducía a una mesa que se encontraba en una zona algo más iluminada que el resto del local. Al pasar junto al hombre solitario de la barra, este los miró con descaro y sacó un teléfono móvil del bolsillo de su camisa, sin duda alguna para disimular su descarada vigilancia.

Cuando estuvieron sentados, él pidió un martini también y, sin perder el tiempo en preámbulos, comenzó a hablar.

—Voy a ser escrupulosamente sincero con usted, Rachel —comenzó diciendo—, si usted divulga el contenido de esta conversación, lo negaré todo tajantemente.

Ella asintió en silencio, comprendía sus razones a la perfección, aunque su

curiosidad aumentaba por momentos.

—Llevo muchos años colaborando con distintas publicaciones, algunas han sido poco más que folletos. —Su boca se torció en una mueca amarga—. He tragado mucha mierda hasta poder llegar a escribir mi propio artículo en un periódico de la tirada del *Nashville Today*. En un principio, mi sección estaba dedicada a la agenda cultural, reseña de libros, de cine, ese tipo de cosas; hasta el día en que dediqué mi sección semanal a comentar uno de los reportajes de su revista, uno firmado por usted concretamente.

Rachel torció el gesto.

—Entiendo que me convertí en su particular gallina de los huevos de oro.

—En cierta forma, así fue. —William asintió y dio un sorbo a su copa—. El artículo hablaba de una supuesta raza alienígena con apariencia reptil infiltrada en los círculos más poderosos e influyentes de la Tierra.

Rachel recordaba perfectamente ese artículo; había leído un libro de David Icke y su insaciable curiosidad se había despertado. Queriendo saber qué podría haber sustentado las increíbles afirmaciones de Icke, comenzó a investigar sobre el tema y se sorprendió al saber que eran muchos los ufólogos e incluso personajes relevantes, como Paul Hellyer, quien fuera ministro de Canadá desde 1963 hasta 1967, los que compartían esta teoría.

—Reconozco que fui sarcástico —continuó diciendo Snarley—, pero lo cierto es que ese fue el artículo escrito por mí que más se había leído hasta ese momento.

—Tal vez deba reconsiderar compartir parte de sus ganancias conmigo —contestó Rachel con frialdad.

William Snarley esbozó una amplia sonrisa.

—Entiendo cómo se siente, sé que en ocasiones ha debido desear estrangularme con sus propias manos.

Rachel no se molestó en negar esa afirmación. Ese hombre le había hecho más daño que nadie en los últimos meses... De repente, la imagen de Chase cruzó por su mente, y Rachel parpadeó con rapidez, tratando de disipar el doloroso anhelo que la acompañaba. Tomando aire con fuerza trató de continuar con la conversación.

—Señor Snarley, creo en lo que hago, no me mueve únicamente el interés monetario a la hora de escribir mis artículos. —Rachel disfrutó al percibir el

ligero parpadeo de William Snarley al oír esas palabras—. Puedo asegurarle que investigo muchísimo sobre cada tema del que escribo. Por supuesto que me molestan sus críticas, todas ellas facilonas y desinformadas.

William la observó unos segundos en silencio; luego, apretando los labios asintió lentamente.

—Tiene usted razón, Rachel. Todo lo que escribo es una fachada, una manera segura de ganarme la vida. —Acortando la distancia que los separaba a través de la mesa, añadió—: ¿Acaso no se ha preguntado por qué me topé con ese artículo suyo sobre los reptilianos?

Ella lo miró imperturbable, esperando que él continuara hablando.

—Leo su revista, señorita Taylor, y no solo para escribir mis artículos de opinión. —Consciente de su mirada de sorpresa continuó diciendo—: Tenía unos veinte años cuando pasé un fin de semana de acampada con un grupo de amigos y amigas, ya sabe, mucha bebida y mucho sexo. Una noche me desperté sobresaltado, creyendo que me había quedado dormido hasta el mediodía porque los rayos del sol me daban directamente sobre el rostro. Pero no era el sol, señorita Taylor. —A su pesar Rachel lo escuchaba fascinada—. Todos los demás dormían y sobre nuestras cabezas había un...platillo volante de al menos cinco metros de diámetro, suspendido en absoluto silencio. Ese platillo emitía esa luz tan intensa que me había despertado.

Rachel lo miraba con la boca abierta, incapaz de parpadear.

—Desde entonces estoy tratando de entender qué fue lo que vi.

Tras unos segundos de silencio en los que ella trató sin éxito de ocultar su sorpresa, preguntó:

—¿Y qué quiere de mí?

—Respuestas.

Capítulo 17

Las anchas y fuertes manos de Chase recorrían su cuerpo encendiéndola como nunca lo había hecho nadie. Entre sus piernas sentía el calor y la humedad que anunciaban que estaba lista para recibirlo y sus pezones permanecían erectos, ansiando que él los atrapara con su boca y enviara lenguas de fuego hacia su vientre. En ese momento, él la cubrió y de una sola embestida la penetró. Rachel se corrió y mientras los espasmos del clímax iban remitiendo se dio cuenta de que todo había sido un sueño. Incapaz de volver a dormirse, se levantó y fue a la cocina a echarse un vaso de agua que bebió de un solo trago. Extrañaba a Chase con una intensidad que la aturdió; esa noche que habían compartido él la había sorprendido de mil formas distintas: había sido apasionado y tierno a la vez, la había mirado con una intensidad y un deseo tan evidentes que ella pensó que se derretiría y, sobre todo, le había hecho sentir un placer tan intenso que no hubiese creído que fuera posible.

Chase era el hombre que más la había atraído jamás, pero por eso mismo estaba completamente vedado para ella: sería demasiado fácil enamorarse de él y sabía que tarde o temprano él acabaría por pedirle que dejase su profesión. Ella había luchado mucho para hacer lo que hacía, y, desde luego, no lo hacía solo por ganarse la vida. Nunca se lo perdonaría, a él por pedirselo y a ella misma por ceder, porque sabía que acabaría cediendo. Lo más seguro era mantenerse alejada; claro que eso era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo cuando su cuerpo seguía palpitando recordando sus manos y sus labios recorriéndola por entero.

Dennis la miraba con la boca abierta; Rachel acababa de contarle el contenido de su asombrosa conversación con William Snarley y ahora disfrutaba de la sorpresa que mostraba su amigo.

—¡Quién hubiese dicho que ese mamonazo en realidad estaba tan interesado en la ufología!

—Al menos, eso dice...

—¿Acaso no lo crees?

Rachel mordisqueó el capuchón de su bolígrafo, una costumbre que arrastraba desde sus años de estudiante.

—Me resulta extraño; le he dado mil vueltas al asunto y no acabo de entender qué puede ganar él con todo esto... A no ser que utilice la información que yo en teoría le proporcione para seguir burlándose de mí.

—No puede ser tan miserable.

Rachel alzó las cejas, en un gesto claro de desacuerdo.

—Pero te ha ofrecido alguna garantía, supongo.

—Una tan débil como un cable de hilo... Según él, con el nuevo reality que están poniendo en Univisión tiene material más que de sobra para sus artículos y, aunque no fuera así, me ha prometido que si yo le proporciono información veraz sobre avistamientos ovni, él dejará de usar nuestra revista para su columna semanal.

—No deja de ser un chantaje.

—Así es —asintió ella con gesto huraño—. Todo muy suave, con mucha educación y elegancia, pero un condenado chantaje al fin y al cabo.

—Si hubieses grabado la conversación, él no tendría nada a lo que agarrarse; tú podrías exigirle que dejara de escribir sobre ti y sobre la revista a cambio de no hacer público algo que le restaría toda credibilidad y lo presentaría ante la opinión pública como el sucio chantajista que es.

—No se me ha ocurrido actuar de manera tan ladina.

—Ese es tu problema, Rachel; nunca serás una verdadera mujer de negocios, eres demasiado transparente.

—Eso me lo dice el alter ego de Tyrion Lannister —respondió ella en broma, haciendo referencia a uno de sus personajes preferidos de una serie que ambos seguían.

Por toda respuesta, él sonrió.

—Por cierto, te he grabado los dos últimos capítulos, imaginé que en Milan no lo estabas viendo.

Ni siquiera se había acordado, pensó con una punzada de culpabilidad.

—Entonces, ¿vas a aceptar o no?

—Voy a dejar que transcurra el tiempo, a ver cuál es su siguiente movimiento.

A Dennis le sorprendió la respuesta de Rachel, no era propio de ella dejar que las cosas ocurriesen por sí solas, pero supuso que tendría otras cosas en la cabeza y no añadió nada más.

Dos días después Rachel había dado el visto bueno a las galeradas de la próxima tirada de *Toda la verdad* y, junto a Dennis, revisaba diversas informaciones recibidas para seleccionar las que desarrollarían de cara al próximo número. La extraña muerte de miles de aves y las fascinantes teorías al respecto ocuparían el protagonismo, junto al artículo sobre el círculo que ya esperaba tener más que terminado.

Seguían esperando los resultados de los análisis, tanto de los tallos como de las extrañas marcas del círculo exterior, y aunque lo más sensato sería esperar antes de dar el siguiente paso, Rachel sentía una inquietud que le impedía concentrarse plenamente en nada.

—Voy a volver a Milan.

Dennis separó la vista del ordenador y la miró sin entender muy bien a qué se refería.

—Ya me has oído, no pongas esa cara de pazguato.

—Pero creía que allí ya estaba todo hecho: tienes las muestras, tenemos las fotografías, los resultados del medidor de radiactividad...

—Aún me queda entrevistar al sheriff; recuerda que, según Brione, esa noche se recibieron decenas de denuncias de personas que habían observado extrañas luces.

Él permaneció en silencio unos segundos.

—Está bien, iré contigo.

—¡No! Ahora hay mucho trabajo aquí.

—¡Si acabamos de revisar todo lo concerniente al nuevo número y has dado el visto bueno!

—Pero necesito a alguien de confianza que esté aquí cuando la revista esté en los kioscos.

—Ya. —Dennis alargó ominosamente la a, dejando claro que no creía en las razones que esgrimía Rachel—. Entonces, tu interés en Milan no tiene nada que ver con cierto musculoso granjero de muy buen ver, ¿no?

—No. —Rachel, consternada, notó cómo empezaba a enrojecer—. Ya te he

dicho que no es una buena idea tener ningún lío con Chase.

—Sí, me lo has dicho y te lo habrás repetido a ti misma un millón de veces, pero lo cierto es que vas porque él te atrae como la mierda a las moscas...

—No voy a preguntarte quién es la mierda y quién las moscas —respondió ella enfurruñada.

Mientras conducía por la recta carretera que llegaba a Milan —esa vez había decidido llevar su propio coche—, Rachel trataba de evitar pensar en Chase, pero lo cierto es que conforme más se acercaba, más anhelaba volver a verlo. Se estaba comportando como una adolescente enamorada, lo sabía, pero su corazón parecía tener voluntad propia, ignorando los buenos consejos que, de manera tímida, trataba de darle su cerebro. Ella se sentía desgarrada entre lo que sabía que era lo más inteligente y lo que deseaba con todas sus fuerzas. Para convencerse de que su vuelta estaba motivada principalmente por el círculo, se dijo que lo primero que haría sería ir a la oficina del sheriff. No esperaba estar demasiados días allí, tal vez un par; trataría de entrevistar a algunos de los testigos que denunciaron haber visto esas extrañas luces, aunque sabía que el sheriff no le daría nombres. Tal vez Brione...

La oficina del sheriff le resultó pequeña y algo caótica. Un par de agentes parecían trabajar en labores administrativas mientras montañas de papeles y libros se esparcían por doquier. Cuando ella entró, ambos levantaron la vista de lo que hacían y la miraron sin disimular el interés. El que estaba más cerca de la puerta la saludó primero.

—Buenos días —respondió ella esbozando su mejor sonrisa—. Querría hablar con el sheriff, por favor.

—Si es para interponer una denuncia, puedo atenderla yo mismo —respondió solícito el mismo hombre.

—Gracias. —Titubeó un poco; si ese hombre había recibido las denuncias, tal vez podría entrevistarle a él, pero recordó que según Brione había sido el sheriff el que les había contado lo de esas extrañas llamadas—. Pero preferiría hablar con él personalmente si no es molestia.

—Espere un momento, señorita...

—Taylor.

El hombre desapareció por el pasillo en forma de ele y un minuto después

volvió a aparecer.

—Sígame, por favor.

Rachel así lo hizo. El sheriff parecía estar muy ocupado leyendo algún tipo de informe, pero levantó la vista cuando ellos aparecieron.

—Déjenos solos, Walter. —Cuando el agente salió cerrando la puerta tras de sí, el sheriff centró su mirada en ella observándola sin expresar ningún tipo de emoción en su rostro. A Rachel le recordó al actor J.K. Simmons—. Usted dirá, señorita Taylor.

—Verá, señor, soy la directora de la revista *Toda la verdad*. En realidad, estoy aquí para recabar información para un artículo que estoy escribiendo acerca del misterioso círculo que apareció en las tierras de Chase Elliot.

—¿Cómo se ha enterado de su existencia? —la interrumpió el sheriff frunciendo el ceño.

—Nunca revelo mis fuentes, señor.

—Imagino que Chase no está al corriente de su interés.

—Se equivoca, no solo lo sabe, sino que además tengo su permiso para estudiar el círculo de cerca. —Rachel se esforzó por no sonar triunfante, pero no estaba segura de haberlo conseguido.

El sheriff alzó las cejas, sin duda alguna sorprendido, aunque supuso que Chase se había dejado convencer por la increíble belleza de la mujer que tenía ante sí. Si bien Chase nunca había sido lo que se dice un mujeriego, no dejaba de ser un hombre y esa hembra era de primera.

—Si Elliot ya la ha dejado examinar el círculo, no sé que podría aportarle yo.

—Tengo entendido que la misma noche en la que algo o alguien hizo el círculo, usted recibió varias llamadas de personas que aseguraban haber visto extrañas luces y objetos.

El hombre trató de ocultar el gesto de sorpresa, ¿también le había hablado de eso? Chase no era lo que se dice un chismoso.

—Así es —respondió con cautela.

—¿Podría hablarme de esas llamadas?

—¿Qué quiere saber exactamente?

—Bien, sería interesante saber cuántas luces u objetos vieron, en qué lugar y a qué hora.

—Veo que va usted al grano.

—Imagino que es un hombre ocupado, no me gustaría robarle más tiempo del estrictamente necesario.

—¿Citará la procedencia de esta información?

—Solo si usted lo autoriza.

El sheriff asintió, considerando que mientras no diera el nombre de ningún testigo no estaba infringiendo ninguna ley. A fin de cuentas, no era como si se tratara de un asunto de estado, tampoco había recibido la orden de nadie pidiéndole que no hablara del tema.

—Tal y como usted bien sabe, esa noche recibí al menos veinticinco llamadas diferentes. Todos situaban las luces a las afueras, solo un testigo, que venía en su coche desde Nashville, dijo haber visto lo que parecían pequeñas esferas luminosas. Los demás solo hablaron de luces que se movían de forma extraña.

—¿Cuántas?

—Tres.

—¿Coinciden todos los testigos?

—Sí.

Rachel tomaba notas con frenesí en la libreta que siempre la acompañaba en sus investigaciones. Le resultaba más práctico tomar notas que usar la grabadora, de esta forma solo anotaba lo que realmente le interesaba.

—¿Hubo alguna especie de interacción? ¿Esas luces parecían actuar de forma inteligente?

El sheriff titubeó.

—Ninguno comentó nada de eso, solo coincidieron en el hecho de que se movían de una forma muy extraña, como si se balancearan o hiciesen círculos.

—Esos testigos, ¿los conoce usted?

—A todos.

—¿Qué opinión tiene de ellos?

—¿Me está preguntando si creo que están locos?

Rachel esbozó una tenue sonrisa. Extraños avistamientos y chiflados, el clásico tándem.

—Quiero saber si son personas de fiar.

—Sí, gente normal.

—¿Y cuál es su opinión respecto a todo este asunto sheriff?

El hombre carraspeó y se ajustó el cuello de su camisa en un movimiento reflejo que expresaba la incomodidad que la pregunta le había provocado.

—No sé muy bien qué pensar, aunque me cuesta creer que esto sea obra de unos gamberros. Al menos yo no conozco a nadie ni en Milan ni en los alrededores capaz de hacer algo así.

—Tal vez hayan venido desde lejos, lo hayan hecho y se hayan marchado.

—Rachel actuaba de abogado del diablo esperando animar al sheriff a que expresara lo que pensaba en realidad.

—Tal vez, pero entonces deberían haber movido material y es extraño que nadie hubiese visto ni oído nada.

Rachel esbozó una ancha y franca sonrisa al oír en boca del sheriff los mismos argumentos que ella había esgrimido ante Chase y en ese momento lamentó no tener la costumbre de grabar sus entrevistas. Sin nada más que preguntar se levantó a la vez que tendía la mano hacia el sheriff.

—Muchas gracias, me ha sido usted de mucha ayuda.

Capítulo 18

Rachel trataba de convencerse de que su deseo de volver a ver a Chase no tenía nada que ver con el hecho de que, nada más salir de la oficina del sheriff, se hubiera encaminado a su plantación. No podía perder el tiempo, el artículo debía quedar listo y a ella aún le quedaban un par de detalles que ultimar.

«Y luego, ¿qué?».

Esa insidiosa vocecilla le martilleaba en el cerebro casi desde que había llegado a Milan. Una vez que terminara su artículo, ya no tendría ninguna excusa para volver a verlo y, aunque estaba firmemente convencida de que iba a ser lo mejor, algo en ese pensamiento le resultaba muy doloroso.

Cuando enfiló el camino de tierra que llevaba a la propiedad de Chase, observó que la gran cancela de entrada estaba abierta. Decidió entrar con el coche, sabía que el camino desembocaba en una gran explanada frente a la casa principal. Una vez que hubo detenido el motor, echó un rápido vistazo a su reflejo en el espejo retrovisor. Se había maquillado sutilmente: base natural, sombra color tierra en los párpados, delineador gris oscuro, que resaltaba el color verde de sus ojos, máscara de pestañas y brillo de labios. Su cabello castaño caía suelto sobre su espalda y la camisa que había elegido se ceñía a sus pechos como una segunda piel, además de tener un escote que dejaba entrever el inicio de sus senos.

«Para ser una mujer que no quiere una relación con un hombre no está mal», se dijo a sí misma con sarcasmo.

Al salir del coche, vio que la puerta del pabellón donde Chase guardaba el ganado por la noche se abría, un hombre se asomaba a la puerta y se quedaba mirando; luego, tomando lo que parecía una toalla, comenzó a secar sus manos y se dirigió con paso firme hacia donde ella se encontraba. Su manera de moverse le hizo darse cuenta de que se trataba de Chase.

Conforme se acercaba ella pudo observar cómo la tela de sus pantalones vaqueros se ceñía a sus musculosos muslos y cómo la camiseta blanca que llevaba marcaba sus pectorales. Tragó saliva mientras su corazón comenzaba a latir con fuerza.

Chase se detuvo a apenas un metro de donde ella se encontraba y, echando el ala de su sombrero hacia atrás, esbozó una lenta sonrisa que hizo que las piernas de Rachel temblaran.

—Hola, Rachel.

Ella se derritió al oír el tono profundo e íntimo con el que él pronunció su nombre. Su mirada lo recorrió con avidez, empapándose de los detalles que tanto le gustaban. Su rostro de pómulos marcados y barbilla cuadrada, el brillo de sus ojos azules, la anchura y firmeza de sus hombros, sus manos que la habían llevado al cielo incontables veces...

—Chase.

—Creía que tal vez no volverías.

—¿Y eso te habría disgustado? —No pudo resistirse a tratar de averiguar si él la había extrañado tanto como ella a él. La sonrisa de Chase se borró, pero su mirada se hizo más intensa, como si algo lo hubiese puesto alerta.

—Dadas las circunstancias, tal vez habría sido lo mejor.

Rachel sintió cómo la fría respuesta la golpeaba, experimentando un malestar casi físico, como si sus palabras se hubiesen convertido en puños.

—No tienes que preocuparte por nada, no pienso abalanzarme sobre ti —respondió ella con acidez—. He vuelto para terminar mi investigación, solo quería pedirte un último favor.

Él la miraba con el rostro inexpresivo pero con la misma atención que un zoólogo dedicaría a observar una nueva y fascinante especie.

—¿De qué se trata?

—Verás, he estado hablando con el sheriff y me ha confirmado lo que Brione contó acerca de las extrañas luces que aparecieron la misma noche que el círculo. —Con profundo alivio Rachel sintió cómo los latidos de su corazón se atemperaban. Hablar de sus investigaciones siempre le daba seguridad—. Hasta a ti debe parecerle una casualidad como poco sorprendente.

—Sorprendente o no, solo es una casualidad.

Tras decirlo, Chase esbozó una ancha sonrisa y acarició con dulzura su mejilla. Rachel era consciente de que él se divertía a su costa, pero no le importó; al contrario, tuvo que resistir el impulso de acurrucarse contra su palma como un animalito en busca de consuelo.

—No obstante, me gustaría..., quisiera quedarme una noche junto al

círculo.

Chase detuvo la caricia de sus dedos y la miró con el ceño fruncido.

—¿Acaso piensas que los que lo han hecho van a regresar?

—Sé que es improbable, pero tal vez nunca se hayan ido del todo y pueda ver algo que...

—¡Eso es lo más ridículo que he oído nunca! —la interrumpió Chase.

Rachel sintió cómo toda la ira que había acumulado durante años de burlas y rechazo explotaba en ese momento.

—¡Me importa una mierda lo que tú pienses! He sido una imbécil al pensar que podría confiar en ti.

—¿Qué tiene que ver la confianza con todo esto? —respondió él. Había elevado el tono de voz y sus pómulos habían enrojecido—. Es una locura que pases toda la noche ahí, a la intemperie, a expensas de... Dios sabe qué.

Rachel sintió cómo una agradable calidez iba sustituyendo su anterior rabia. Chase se preocupaba por ella.

—Estaré dentro de tu propiedad, ¿qué me puede pasar? —Su tono sonó razonable.

—Obviando el hecho de que te quedas congelada, puedes toparte con una víbora mocasín o... tal vez los que hicieron esto vuelvan y no les haga gracia verte por ahí.

—Chase, por favor, no me quedaré tranquila hasta que no lo compruebe. Te prometo que no te pediré nada más.

Chase en ese momento hizo algo sorprendente: salvando la distancia que los separaba la tomó de la nuca y se apoderó de sus labios con avaricia. Rachel dejó escapar un gemido, su sangre ardió con el mero contacto de los labios posesivos de Chase. Con la misma brusquedad que la había besado, la soltó.

—Estás tan ciega que no te has dado cuenta de que puedes pedirme lo que quieras.

Robert removía su café distraídamente. Su mirada triste se posó sobre Malcolm mientras este le sonreía con simpatía. Malcolm y él habían sido compañeros de habitación en la universidad y, aunque no podían ser más

diferentes, una extraña amistad los unía. Malcolm era un deportista muy apreciado, él jamás había practicado ningún deporte; Malcolm era muy popular entre las chicas, él, en cambio, trataba de pasar desapercibido; Malcolm era expansivo y extrovertido mientras que él se mostraba tímido e inseguro; Malcolm era heterosexual y mujeriego, él apenas estaba empezando a aceptar que le gustaban los hombres. Aún así, su amistad cuajó porque además de todo eso Malcolm era respetuoso y, en esencia, buena persona. Más tarde, ambos con sus flamantes títulos bajo el brazo, encontraron trabajo en la misma empresa de diseño y construcción y la relación que habían mantenido en la universidad se afianzó hasta el punto de que Malcolm le había pedido que fuese el padrino de su primera hija.

—Es una decisión difícil, Robert, no deberías tomarla a la ligera ni llevado por el despecho.

—No se trata de despecho, Malcolm, uno hace algo por despecho cuando quiere dañar a otra persona. Es pura supervivencia.

—Pero España está muy lejos y el proyecto puede alargarse durante años.

—Jamás me lo habría planteado si las cosas fuesen diferentes. —

Robert dio un profundo suspiro. Llevaba varios días dando vueltas a la idea de aceptar la oferta que le habían hecho sus jefes, para formar parte de un proyecto conjunto con una empresa española para crear una macro ciudad hotelera en la Costa del Sol.

—Sabes que puede ser cuestión de dos o tres años.

—Sí. —Robert sonrió tristemente—. Pero no creo que nadie me eche de menos en ese tiempo y, además, podré practicar mi español.

—Estás siendo dramático, Robert.

Este lo miró con expresión de perro apaleado, pero acabó asintiendo.

—Sí, puede que un poco.

—¿Se lo dirás? —preguntó su amigo tras una breve pausa.

—¿A Dennis? —Malcolm se limitó a asentir—. No creo que le importe.

Rachel observaba la puesta de sol mientras un agradable cosquilleo recorría su nuca. Tras ella se encontraba Chase, sujetándola contra su pecho, y Rachel sentía cómo sus miembros se relajaban al sentir la firmeza y la fuerza del cuerpo masculino.

Ambos se encontraban junto a lo que quedaba del círculo, y él había insistido en preparar algo para que cenaran allí, además de llevar dos sacos de dormir.

—No pretendo dormir —había protestado ella mientras observaba los preparativos que Chase hacía.

—La noche es muy larga, Rachel, y podemos hacer turnos.

Ella había dejado de poner objeciones, sorprendida por la disponibilidad de Chase. Y ahora, tras haberse comido la ensalada y los sándwiches que ambos habían preparado, observaban cómo el sol se ponía. Él había insistido en pasar esa noche allí, con ella; era la única manera en la que consentiría su descabellado plan, según sus propias palabras. Rachel pensó que todo era perfecto y se sintió extrañamente feliz. Alarmada por el anhelo que la invadía, se apartó.

—Ya apenas se distingue el contorno del círculo.

—Así es. —Él la miraba con tanta intensidad que Rachel comenzó a ponerse nerviosa.

—Menos mal que hicimos esas fotografías aéreas.

Chase sonrió al recordarlo.

—No te imaginas lo furioso que me puse cuando me enteré.

—Sí, lo sé, pero creo que estabas siendo muy exagerado.

Por toda respuesta él sonrió, adoptando una expresión ligeramente avergonzada.

—Imaginaba mi plantación invadida por locos de los ovnis con extraños aparatos, perturbando la paz de mi refugio.

—¿Eso es este lugar para ti? ¿Un refugio?

Chase tendió la mano, y Rachel la tomó sin dudarle; luego, él tiró de ella para que se sentara a su lado, en el suelo.

—Cuando mi padre me pidió que viniera, lo hice llevado por un sentimiento de responsabilidad. Yo tenía una novia, pensábamos casarnos y comenzar una vida juntos en alguna ciudad grande, con toda probabilidad en Nashville.

—¿Ella no quería vivir aquí?

—En un principio, me dijo que no le importaba, que solo quería estar a mi lado. — Su voz se había vuelto distante, como si estuviera reviviendo esos

momentos de su vida—. Nos casamos y, los primeros meses, todo fue perfecto; luego falleció mi padre y, para entonces, yo pude decidir si seguir o vender la plantación. Mi hermana no tenía ningún interés en ella y mi hermano... Bueno, él es un caso aparte. —Al decirlo Chase apretó los labios.

Rachel recordó que Sarah le había explicado que Chase tenía un hermano que estaba en la cárcel.

—¿Quieres hablar de él?

—No hay mucho qué decir; además, es una historia triste y fea.

Rachel acarició su mano.

—Aún así, me gustaría oírla.

Chase le sonrió, una sonrisa distraída.

—Al parecer, Ethan comenzó a ir con gente poco recomendable en el instituto. Mis padres no se dieron cuenta hasta que fue demasiado tarde, y tanto Carol como yo estábamos en la universidad.

Carol debía ser su hermana, esa que lo visitaba una vez al año. Rachel quería saberlo todo sobre él, pero no quiso interrumpirlo haciendo preguntas, fascinada por el momento de intimidad que los envolvía.

Chase hizo una pausa larga y tomó aire con fuerza, como si necesitara animarse.

—Mi hermano es un enfermo, un drogadicto. Está cumpliendo condena en la prisión del condado por homicidio.

—Lo lamento.

—Durante mucho tiempo yo también lo lamenté, ahora pienso que tal vez sea lo mejor.

—¿Vas a visitarlo?

—A veces.

El tema le dolía, Rachel podía verlo con claridad. Trató de distraerlo.

—¿Qué sucedió con tu matrimonio?

—No funcionó. Ella no se adaptó, y yo no quise abandonar la plantación. Supongo que ninguno de los dos puso todo de su parte para tratar de que funcionara.

—¿Y te arrepientes? —Rachel contuvo la respiración, sabiendo que su respuesta podía hacerle daño.

—Las cosas son como son, no hay vuelta atrás. Supongo que no era el momento. —Chase no le habló de la traición de Lisa, de cómo cada vez pasaba más y más tiempo en Nashville con excusas de lo más variopintas hasta que él descubrió que se veía con un antiguo compañero de la universidad. Todavía al recordarlo podía sentir el rescoldo de la humillación y la confusión que durante tanto tiempo lo habían invadido.

Rachel sintió deseos de preguntarle si ahora era el momento, pero ¿qué podía importarle a ella su respuesta? Estaba decidida a no iniciar una relación con él. Puede que su actitud hacia ella y lo que hacía hubiese mejorado, pero eso no implicaba que pudiese aceptar su modo de vida.

—Háblame de tu artículo, ¿has averiguado algo nuevo? —Chase cambió de tema y su mirada se suavizó mientras la miraba.

—Tal y como sospechaba, las líneas y los códigos forman parte de un código, un código binario para ser más exactos. —Rachel comenzó a entusiasmarse—. Lo están descifrando; también están analizando las muestras de los tallos que cogí. Dennis me llamará en cuanto tenga resultados.

—¿Dennis?

—Sí, es el cámara que siempre va conmigo; además de esto, es mi socio de la revista y mi mejor amigo.

Chase no dijo nada, pero frunció el ceño y sus hombros se tensaron. Rachel se sintió encantada y no pudo resistirse a explorar un poco más la sensación.

—Es el hombre perfecto: atractivo, divertido, sensible... y tan entusiasta como yo.

—Resulta un milagro que no hayas atrapado en tus redes a semejante dechado de virtudes. —Él se había apartado ligeramente y miraba a la lejanía al decirlo, con el rostro congelado en una mueca rígida.

Rachel reprimió una risita.

—Sí, sería una tonta si no fuese porque Dennis no siente el menor deseo hacia mí..., ni hacia ninguna mujer.

Chase comenzó a comprender, esbozó una sonrisa lenta y le lanzó una ramita a la cara.

— Te parecerá muy divertido.

—¿Qué he hecho? —Su pretendido tono de inocencia sonó tan falso que la risa se escapó a borbotones de su boca.

—Eres una bruja que disfruta torturando a los pobres mortales.

—¿¡Una bruja!?! —exclamó ella indignada.

—Peor..., un demonio del averno.

Ella lanzó un puñetazo que él esquivó y a su vez la tumbó sobre la hierba sin ninguna dificultad, y comenzó a hacerle cosquillas por todo el cuerpo. Rachel se retorció de la risa mientras suplicaba que la soltara.

—Te soltaré cuando lo admitas.

—¡No!

Chase continuó torturándola, hasta que ella gritó:

—¡Está bien! ¡Lo admito! ¡Lo admito!

—¿Qué?

—¡Cualquier cosa!

—Así no vale. Debes decir: soy un demonio del averno que disfruta haciendo sufrir a los mortales.

—Soy un demonio del averno... ¡Oh, vamos, Chase!

Él se reía mientras la contemplaba, aprisionando su cuerpo con el suyo propio, pero su sonrisa se borró lentamente y antes de que ella pudiese darse cuenta se apoderó de sus labios y comenzó a besarla con apasionado abandono.

Capítulo 19

El cuerpo de Rachel se encendió como una tea. Sin ni siquiera cuestionárselo respondió a los besos de Chase con la misma avidez con la que los recibía. Sus lenguas se enredaban, sus bocas permanecían abiertas y sus manos se acariciaban con frenesí. Chase comenzó a bajarle los pantalones sin dejar de besarla, ella estaba completamente húmeda, ansiosa por recibirlo. Cuando la hubo desnudado de cintura para abajo, él bajó sus propios pantalones. Rachel gimió al ver su pene erecto y sintió cómo se humedecía aún más.

—Lo siento, te deseo demasiado —murmuró él mientras la penetraba de una sola embestida.

Ella no dijo nada; todo era perfecto, ella también lo deseaba hasta el delirio. Siguiendo su ritmo fuerte y constante, Rachel sintió cómo el orgasmo llegaba y sin poder evitarlo lanzó un grito de alivio y placer. Él acalló sus gemidos con la boca mientras los espasmos de su propio orgasmo lo recorrían.

Permanecieron abrazados mientras sus corazones se acompañaban a un ritmo lento. Él acariciaba su espalda y su nuca, provocándole deliciosos estremecimientos.

—Te he echado de menos.

Ella lo besó, suave y delicadamente.

—Yo también, Chase.

Con una sonrisa, él se colocó sobre su cuerpo.

—Ahora, hagámoslo como Dios manda.

Rachel sintió cómo su cuerpo volvía a responder mientras él se quitaba lentamente la camiseta y se quedaba desnudo. Rachel comenzó a acariciar su torso, deteniéndose en cada hendidura, repasando con sus dedos los músculos, jugueteando con sus pezones, disfrutando al ver cómo estos se contraían. Sin poder evitarlo, Rachel lamió sus labios, con glotonería, anticipando el momento que se avecinaba.

—Déjame encima —le pidió.

Él obedeció, su rostro permanecía serio, pero sus ojos se habían

oscurecido y brillaban. Ella lo imitó y se quitó la camisa, desabrochando uno a uno los botones, disfrutando del evidente deseo que mostraban los ojos de Chase. Luego soltó su sujetador y, en cuanto sus pechos estuvieron libres, él comenzó a acariciarlos, tirando con suavidad de sus pezones y pasando la palma por las puntas enhiestas. Rachel echó la cabeza hacia atrás y jadeó, invadida por el placer. Pero quería ser ella la que lo saboreara a él, tratar de llevarlo a las mismas cumbres del placer a las que él la llevaba sin ninguna dificultad. Apartando sus manos de sus pechos, se las sujetó sobre su cabeza y las dejó allí.

Luego comenzó a lamer con lentitud su oreja, disfrutando de los suaves gemidos que escapaban de sus labios, y continuó bajando con su lengua por su cuello y su hombro, disfrutando de sus texturas y de la evidente respuesta de Chase. Él dio un respingo cuando las puntas de los senos de ella rozaron su pecho y ella esbozó una sonrisa golosa.

Siguió bajando, acercándose hacia su miembro.

—¡Dios, Rachel! ¡Me estás matando!

Ella besó la punta con delicadeza, y él se estremeció; luego, con lentitud, se lo metió en la boca y comenzó a succionar. Él la agarró de la cabeza y gimió con fuerza. Rachel disfrutaba de la textura de su miembro en la boca, de su sabor y, sobre todo, de la respuesta de Chase, que se retorció y gemía bajo su cuerpo.

Cuando no pudo soportarlo más, tiró de ella hacia arriba.

—Necesito estar dentro de ti.

Ella lamió su pene, de arriba abajo, antes de sentarse sobre él y bajar lentamente, gozando la sensación de empalarse en él. Una vez dentro, ella comenzó a moverse estableciendo un ritmo que la fue acercando a un placer que la hacía gemir con fuerza, mientras notaba que su útero se contraía conforme el orgasmo se acercaba. Comenzó a moverse cada vez más rápido y su grito de liberación se confundió con el de Chase.

—¡Dios mío, Rachel!

Ella se limitó a sonreír. Continuaba echada sobre él y dibujaba círculos con la punta del dedo sobre su pecho.

—Si los que han hecho el círculo han pasado por aquí, te aseguro que no me he dado cuenta.

Él sonrió.

—¿Eso significa que ya no habrá más distracciones?

—¿¡Aún quieres más!?! —ella lo miró con sorpresa.

—Creo que nunca podré saciarme de ti.

Un sentimiento cálido y embriagador la recorrió, pero de repente recordó algo.

—¿Y qué piensa tu novia de esto?

Él detuvo el movimiento de su mano, que acariciaba su espalda.

—¿Te refieres a Jennifer?

Ella se limitó a asentir.

—Nunca fue mi novia y ya no salimos juntos, si es eso lo que preguntas.

Tras un breve momento de silencio ella, murmuró:

—Lo siento.

—¿De verdad lo sientes?

—Bueno, en realidad, no.

Él lanzó una sonora carcajada y la besó con fuerza.

—Lo dicho, una bruja peligrosa.

Dennis no podía dormir. Robert había desistido de contactar con él, y ese hecho en lugar de aliviarlo lo había sumido en una extraña melancolía que hacía que su ánimo estuviese siempre gris y brumoso, como una tarde inglesa.

Tras dar varias vueltas en la cama desistió de seguir durmiendo. Cogería el ordenador y adelantaría algo del trabajo. Se bebió un vaso de agua, conectó su portátil y decidió, antes de nada, echarle un vistazo al correo.

Un minuto después, todo vestigio de cansancio o sueño había desaparecido de su cuerpo. Inclinado sobre la pantalla leía por segunda vez el mensaje de respuesta del informático que colaboraba con ellos y que había estado descifrando el supuesto código binario del círculo. No era posible que nadie creyese que ese mensaje era fruto de una casualidad, ahora quedaba claro que quien quiera que hubiese hecho ese círculo tenía una finalidad: dar a conocer ese mensaje.

Con una sonrisa de anticipación reenvió el correo a Rachel; sabía que en cuanto lo leyera correría de vuelta a Nashville como si la persiguieran un

centenar de lobos salvajes. Aún quedaban los resultados del análisis de los tallos, pero solo el mensaje ya era lo bastante impactante como para traer de vuelta a Rachel.

Se preguntó cómo le iría; aunque parecía tener bastante claro que cualquier relación con Chase Elliot era un error, él no recordaba haberla visto tan interesada en alguien nunca, ni siquiera cuando salía con John, con quién había estado dispuesta a construir una familia. Podía entender el sufrimiento de Rachel, al parecer ambos enfrentaban su propio infierno, y este, contra lo que se pudiese pensar, no era la imposibilidad de conseguir al ser amado, sino más bien la certeza de que tenerlo era peor que dejarlo escapar.

A pesar de su determinación Rachel, se quedó dormida en brazos de Chase y solo cuando este comenzó a besarle con suavidad el rostro, despertó.

—Está amaneciendo. He creído que te gustaría verlo.

Incorporándose de golpe, Rachel exclamó consternada:

—¡Me he quedado dormida! Esta noche no ha servido de nada...

—Yo no diría eso —respondió él con una sonrisa juguetona.

A pesar de la intimidad que habían compartido, Rachel se sonrojó. Chase hacía que ella se sintiera más vulnerable y femenina de lo que se había sentido nunca antes.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Rachel, si hubiese venido alguien... o algo, nos habríamos dado cuenta, no lo dudes.

Ella pareció titubear, pero acabó asintiendo.

—Sé que tienes razón, y yo no podía dejar de intentarlo. —Dando un gran suspiro, añadió—: Supongo que hasta aquí llega mi trabajo de campo.

Chase se envaró y apartándose de su lado se puso en pie.

—Supongo que sí.

—Chase, lo que sucedió anoche...

—Sí, lo sé, no nos lleva a ningún lado y no debo hacerme ilusiones. No te preocupes por eso.

El corazón de Rachel comenzó a latir con fuerza. El rostro de Chase permanecía impassible, pero algo parecía latir en el fondo de sus ojos azules,

algo que lo hacía parecer casi vulnerable. Deseaba contradecirlo, asegurarle que todo iría bien entre ellos, pero el pánico la invadió y en lugar de decir lo que su corazón gritaba con fuerzas, susurró:

—¿Me acompañarías a pasear dentro del círculo?

Él la miró con sorpresa, pero luego asintió y la ayudó a levantarse del suelo. Cogidos de la mano comenzaron a recorrer las difusas líneas que habían sido el borde del círculo, adentrándose luego en las intrincadas formas geométricas. Un cosquilleo parecía subir desde la planta de sus pies por las piernas.

—Chase, ¿puedes sentirlo?

—¿Esa especie de calambre?

—¡¡¡Tú también lo notas!!!

—Sí, bueno, al principio podía notarlo incluso cuando estaba cerca, parece que el efecto ha ido debilitándose.

Rachel se paró en seco y lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Y aún crees que esto es obra de unos gamberros?

—No sé qué pensar, Rachel; admito que es algo extraño, pero no puedo creer que unos seres de algún planeta lejano hayan salvado millones de años luz para hacer algo así en mi cosecha.

Rachel asintió en silencio. Ella sí podía creerlo, de hecho estaba firmemente convencida de que ese círculo, así como tantos otros aparecidos en otros lugares, eran una especie de intento de contacto de especies alienígenas con humanos, pero entendía que a Chase esa idea le pareciera disparatada. Él no había tenido acceso a tanta información como ella.

—Rachel..., el que no pueda creer lo mismo que tú ¿es lo que te mantiene alejada de mí? —Chase habló con voz profunda.

Rachel tragó saliva, dicho así la hacía parecer sectaria y caprichosa. ¿Cómo explicarle que tenía miedo a ser rechazada de nuevo? Ya lo había intentado y su pasión había acabado alejándola del que pensaba era el hombre de su vida. No quería sufrir eso de nuevo.

—No es eso, Chase. Realmente, pienso que no puede funcionar.

—Lo que sucede entre nosotros es único Rachel, no intentes hacerme creer que tú no lo sientes igual que yo. —Chase se maldijo interiormente. Se había prometido a sí mismo que la dejaría ir, que no se humillaría ante ella. Al

parecer, en lo que a Rachel respectaba, su voluntad era de papel.

—No lo voy a negar, Chase, pero yo no estoy dispuesta a renunciar a mi trabajo, y este no siempre me lleva a ciento treinta millas de donde vivo como ha sucedido esta vez. A veces tengo que ir a la otra punta del mundo, permanecer incomunicada, enfrentarme a las burlas de la sociedad... ¿Te ves dispuesto a aceptar algo así?

—Joder, Rachel, no es necesario poner un ultimátum ni plantearnos las cosas en modo absoluto. —Él se había detenido y la había tomado de los hombros, obligándola a mirarlo—. Podemos seguir viéndonos, estar juntos hasta donde lleguemos... ¿Qué puedes perder?

«Mi corazón», pensó ella. Pero no lo dijo.

—¿No crees que en ese caso será más difícil cuando llegue el momento de decirnos adiós?

—Creo que tú das por supuesto que ese momento llegará, pero tal vez te equivoques.

Rachel movió la cabeza de un lado a otro y sonrió con tristeza.

—Nunca me hubiese imaginado que serías un romántico.

—Y yo que tú, que parece creer en todo, te resistas tanto a creer en nosotros.

Ella se quedó callada. Deseaba con todas sus fuerzas dejarse convencer, cerrar los ojos y aceptar una relación con Chase, disfrutando todo el tiempo que fuera posible a su lado.

—Ya sabes que yo tengo mi trabajo en Nashville, pasaré la mayor parte del tiempo allí.

—Bien, vendrás cuando puedas y yo iré allí cuando pueda. Son apenas dos horas.

—Estás decidido, ¿no es cierto?

—Rachel, me fascinas, eso no es ningún secreto. Supones un reto y nunca he dicho no a un reto. Si llega el momento de ponerle fin, nos diremos adiós y trataremos de ser lo más corteses posible, pero siempre tendremos el recuerdo de lo vivido.

A ella le dolió la tranquilidad con la que él parecía poder asumir la más que probable ruptura entre ambos. Se dio cuenta de que Chase afrontaba la relación con ella como una aventura, mientras que a ella le sería imposible no

enamorarse profundamente de él. Deseó poder sentirlo como lo hacía él, con una filosofía *carpe diem*, pero, a pesar de lo tentador que resultaba, el miedo que sentía era más fuerte que su deseo.

Chase pareció leerle el pensamiento.

—¿De qué tienes miedo?

Ella tragó saliva, ¿cómo decirle que sabía que en una hipotética relación entre ambos, ella llevaba todas las de perder porque ya estaba enamorada de él?

—Estoy convencida de que no va a funcionar.

—Rachel. —Su voz sonó como una caricia, la atrajo hacia sí y la abrazó. Ella podía oír los fuertes latidos de su corazón—. Date una oportunidad, danos una oportunidad. No te impediré que continúes con tu trabajo, no te pediré nada, solo fidelidad y que vuelvas a mí siempre que puedas, ¿es mucho pedir?

—No —susurró ella, ¡si él supiera todo lo que en realidad estaba dispuesta a darle! Tanto que se sentía aterrorizada.

Él la besó lentamente, acariciando sus labios con la lengua, explorando su interior con minuciosidad, haciendo que las rodillas le temblaran.

—Sabes que no te arrepentirás.

Ella dejó que el fuego que él encendía en ella la arrastrara, como la lava arrastra un guijarro de la ladera, mientras comprendía qué indefensa debió sentirse Eva tentada por la seductora serpiente del Edén. En eso Chase se equivocaba, estaba segura de que acabaría arrepintiéndose cuando Chase se marchara tan campante y ella se quedara atrás con el corazón hecho jirones.

Capítulo 20

Cogidos de la mano volvieron juntos a la casa. Brione se encontraba allí trasteando en la cocina y, salvo un breve alzamiento de cejas al verlos entrar juntos, no mostró ninguna sorpresa.

—Si esperáis unos minutos, os pondré un desayuno que repondrá las energías que habéis perdido durante la noche.

Rachel enrojeció hasta la raíz del pelo, pero Chase soltó una sonora carcajada que provocó que ella le diera un codazo en el costado.

—Mientras prepares el desayuno me daré una ducha.

Brione asintió, distraída ya en los preparativos, y Chase aprovechó para hacer un gesto inequívoco a Rachel.

—¿Te apetece compartir la ducha conmigo?

El rubor de Rachel se intensificó.

—¿Ducharnos juntos?

—Ducharnos y algo más. —Su mirada intensa y su tono de voz íntimo no dejaban lugar a dudas de a qué otras cosas se refería.

Rachel sintió cómo la familiar excitación que Chase provocaba en ella con tanta facilidad la invadía, aún así su rostro mostraba la timidez que sentía.

—Rachel, ¿nunca te has duchado con un hombre?

Ella negó con la cabeza y él la abrazó con fuerza y la besó. Cuando la soltó, a Rachel le temblaban las rodillas.

—Déjame que vaya al coche a coger mis cosas.

—Te acompañaré.

La experiencia de ducharse con Chase fue la más erótica que Rachel había experimentado en su vida. Él insistió en enjabonarla, sus fuertes manos masajearon su cuero cabelludo y le arrancaron suspiros de placer, luego se echó gel de baño en las manos y frotó todo su cuerpo con tanto detenimiento y concentración que cuando llegó a sus rodillas su cuerpo ardía. Ella observó su miembro erecto y no pudo resistirse a retribuirle las mismas atenciones que él

le había dedicado a ella. Tras unos minutos, él le dio la vuelta contra la mampara de la ducha y acariciando el interior de sus muslos la animó a abrir las piernas. Ella estaba más que deseosa y, cuando él la penetró desde atrás, dejó escapar un grito de sorpresa y placer. Fue un encuentro rápido y apasionado que los dejó a ambos jadeando.

Para alivio de Rachel, cuando se dirigieron a la cocina, famélicos, Brione se había marchado; ella estaba segura de que la perspicaz mujer sabía que se habían dado algo más que una ducha. Sobre la mesa había un plato con tostadas, huevos revueltos, crujiente beicon, una cafetera llena de aromático café y una jarra con zumo.

—Brione es un tesoro.

—Sí, la aprecio mucho.

Durante unos minutos ambos se limitaron a comer en silencio, luego Chase la sorprendió diciendo:

—Me gustaría pasar todo el día contigo, pero dije a mis hombres que les ayudaría a marcar algunas vacas que compramos el mes pasado.

—Claro, no te preocupes. Yo he traído mi ordenador portátil y puedo adelantar el artículo sobre el círculo incluyendo los nuevos datos que me aportó el sheriff.

—Podrías acompañarme si quisieras.

Ella lo miró gratamente sorprendida. Lo cierto era que le gustaría mucho observar parte del trabajo que realizaba Chase, y el hecho de que él la incluyera de esa manera en su vida la llenó de un cálido sentimiento de bienestar.

—Me encantaría.

Durante toda la mañana, Rachel acompañó a Chase; se sorprendió por la habilidad con la que manejaba a las reses, sujetándolas mientras uno de sus hombres marcaba con un hierro los cuartos traseros del animal. No podía dejar de admirar su pericia y... algo más. Los músculos de Chase se tensaban y destensaban por el esfuerzo, cuando flexionaba las piernas los pantalones vaqueros que llevaba se ceñían a su espectacular trasero, y ella estaba disfrutando muchísimo del espectáculo.

Luego, montados en un todoterreno descapotable, lo acompañó a revisar la cosecha. La mayor parte era de soja, exceptuando la parte donde se encontraba

el círculo, que era de trigo.

—Hasta hace unos años, toda la plantación era de trigo —le explicó Chase—, pero al morir mi padre pensé que era hora de probar algo nuevo. La soja se vende muy bien, el mercado es menos amplio que para el trigo, pero se paga mejor. Quise mantener unas hectáreas de trigo por si no salía bien el nuevo cultivo, pero cada vez estoy más seguro de haber acertado.

—Imagino que en una propiedad tan grande siempre hay algo que hacer.

—Bueno, en realidad tengo un buen equipo y confío mucho en mis hombres, pero me gusta el trabajo en la tierra. No me imagino llevando una vida desocupada esperando cada mes los beneficios que el esfuerzo de los demás me reporta.

—No, yo tampoco te imagino así —sonrió Rachel al decirlo.

—No siempre estoy aquí con los hombres —siguió diciendo Chase—. A veces tengo que reunirme con los proveedores o con el contable que lleva mis asuntos. Para ello tengo que viajar a Nashville.

Durante toda la mañana Rachel escuchó fascinada las explicaciones que Chase le iba dando, comprendiendo el enorme trabajo que llevar una propiedad como aquella tenía. Se dio cuenta de que Chase se sentía orgulloso y pensó que no era para menos. Cualquiera otro en su lugar habría abandonado lo que sin duda había sido un reto de dimensiones monumentales, o se limitaría, como él había dicho, a recoger los frutos del trabajo de los demás.

En lugar de eso él controlaba de manera eficaz todas y cada una de las parcelas de su propiedad y sus hombres lo trataban con camaradería y respeto. No podía imaginárselo lejos de aquel lugar; la propiedad y Chase estaban unidos de manera íntima.

Después de comer un delicioso guiso de carne que Brione les había preparado, salieron al porche a ver el atardecer. Ambos permanecían con las manos unidas, y Rachel se sorprendió pensando que podría ser verdaderamente feliz allí, junto a él.

El sonido de su teléfono móvil rompió el momento de armonía.

—Es Dennis.

Chase la contemplaba mientras ella hablaba con su amigo. Por la tensión de sus hombros y la expresión de su rostro, él supo que ya habían logrado descifrar el mensaje.

—Saldré hoy mismo para allá, por favor, no abras el sobre del laboratorio hasta que yo llegue.

Nada más colgar pareció recordar que Chase estaba a su lado.

—Dennis me ha enviado un correo electrónico, estaba extrañado por no saber nada de mí durante estos días — murmuró ella con un dejo de culpabilidad.

—¿Por qué no le has dicho que has estado muy ocupada? —su voz sonó juguetona.

—Al parecer, ya están los resultados tanto del laboratorio como del mensaje en código binario. —Rachel ignoró su comentario y se mordió los labios antes de continuar hablando—. Debo irme, llevo tiempo esperando estos resultados y...

—No tienes que preocuparte. Sé lo importante que esto es para ti.

—Gracias, Chase. —Al decirlo se levantó y le dio un apasionado beso. Él tiró de ella y la sentó sobre su regazo.

—No —dijo ella separándose—. Quiero llegar antes de que sea de noche y si estoy tan cerca de ti, no lo conseguiré.

—¿Volverás?

—Sabes que sí. —Y mientras lo miraba con intensidad supo que nada ni nadie podría impedirle volver a ese lugar, con ese hombre. En un impulso añadió—: ¿Por qué no vienes conmigo? Así yo también podré mostrarte en qué ocupo mi tiempo.

Sorprendentemente, él asintió sin titubear, como si estuviese estado esperando que ella le ofreciera acompañarla.

—Dame una hora para hablar con Harrison y te acompañaré.

Era día de distribución de *Toda la verdad*, y Dennis se hallaba publicitando los artículos principales de la revista en televisión y prensa escrita. Recordó la promesa que Snarley le había hecho a Rachel y se dijo que estaría atento a la columna del periodista para ver si cumplía con ella. Llevaba meses comentando los artículos que iban en portada de la revista en tono sarcástico; si ese mes no hacía alusión a la revista, sin duda alguna sus seguidores se extrañarían, pero sería una prueba de la sinceridad de su propuesta. El resto de empleados se hallaba trabajando en los artículos y noticias que formarían

el próximo número, excepto el artículo sobre el círculo de Milan, que iría firmado por Rachel. El ambiente en las oficinas era más bullicioso de lo habitual, los empleados y redactores comentaban en voz alta las noticias y comentarios que aparecían en internet sobre algunos artículos publicados, así como los índices de venta, que se controlaban casi cada hora.

La puerta de su despacho se abrió, y Dennis esbozó una ancha sonrisa al ver entrar a Rachel, aunque la mueca se congeló en su cara al ver quién la acompañaba.

—Hola, Dennis.

—Rachel..., ¿has leído el correo?

Ella enrojeció ligeramente.

—No he tenido tiempo, he preferido que lo veamos aquí, así podemos comentarlo juntos. —Carraspeando añadió—: ¿Recuerdas al señor Elliot?

—Chase —dijo él tendiendo su mano. Dennis se la estrechó mientras lanzaba una mirada interrogante a Rachel.

—Chase y yo, bueno, él ha aceptado acompañarme para ver cómo funciona la revista y... —Su voz se perdió, ¿qué más le iba a decir a Dennis con Chase delante?

—Estupendo, así podrá ver también los resultados de los análisis. — Rachel hubiese puesto la mitad de su reino, si lo tuviese, a los pies de Dennis solo por la rapidez con la que se repuso de la repentina aparición de Chase—. Te aseguro, Chase, que te van a sorprender.

Chase sonrió en respuesta a las palabras de Dennis.

—Estoy deseando verlo.

Dennis se sentó frente al ordenador y abrió su correo, Chase tomó a Rachel de la cintura en un gesto posesivo que no pasó desapercibido para el fotógrafo.

—El informático al que le mandamos las fotografías ha descifrado el código binario. No son palabras al azar, forman un mensaje con un significado algo confuso pero entendible.

Dennis giró la pantalla del ordenador hacia el otro lado de la mesa, donde Rachel y Chase habían tomado asiento. En un movimiento que pareció sincronizado, los dos se inclinaron hacia delante. Rachel comenzó a leer en voz alta:

—Otras energías deben ser utilizadas. Hay otros mundos que fueron destruidos, aún hay tiempo, pero el hombre debe escuchar y reaccionar. — Rachel volvió a leerlo una segunda vez y luego exclamó—: ¡Dios mío! Es una advertencia, solo pretenden ayudarnos...

—¿Cómo sabemos que el informático no lo ha inventado todo?

Rachel respondió a Chase.

—En el artículo pondremos las imágenes del código binario y la traducción que él nos ha dado, citando su nombre. Si se lo ha inventado, el escarnio y la burla recaerán sobre él. No creo que se arriesgue a algo así; además, ¿qué ganaría con eso? Se limita a hacer un trabajo por el que le hemos pagado.

—Además, adjunta las equivalencias de cada línea y punto con las letras y explica el procedimiento que ha seguido —añadió Dennis.

Chase se limitó a asentir, con el ceño fruncido.

—Es bastante sorprendente —admitió.

—¡Es increíble! —Rachel se había levantado del asiento y había comenzado a deambular por el despacho con las manos en jarras y una ancha sonrisa en su cara—. Nadie podrá negar que se trata de un mensaje, que el círculo tenía una finalidad clara: llamar la atención sobre algo.

Dennis la miraba sonriendo, reconocía el entusiasmo en su amiga. Tan solo Chase permanecía con el rostro impassible.

—No quisiera ser aguafiestas, pero ¿no existe la posibilidad de que el círculo sea obra de alguna ONG preocupada por el medio ambiente? —Chase hablaba con cautela—. Parece evidente que está animándonos a utilizar energías limpias, agua, aire y sol, supongo, muy del estilo de Greenpeace, ¿no os parece?

—Tiene razón, Rachel —asintió Dennis—. Habrá gente que exprese la misma teoría que Chase y debemos admitir que tiene su lógica.

Rachel daba vueltas con el ceño fruncido; por muy lógico que fuese el planteamiento de Chase, había varios aspectos que desentonaban en esa teoría.

Si yo fuese miembro de una ONG capaz de elaborar algo así y mi objetivo fuese concienciar a la población de la necesidad de utilizar energías alternativas, ¿no creéis que le hubiese dado publicidad? —Rachel los miró a ambos con las cejas alzadas, consciente de lo correcto de su argumento—. Si no hubiese sido por el mensaje que recibí de..., bueno, nuestro informante, es

probable que nadie se hubiese enterado nunca de la existencia del círculo, ¿no es cierto?

—Desde luego esa era mi intención —asintió Chase. En contra de cualquier pronóstico, se lo veía claramente interesado en lo que hablaban—. Pero ¿no puede ser la persona que te informó alguien que trabaje en la supuesta ONG?

—No —respondieron Dennis y Rachel al unísono.

Chase sonrió y alzó las manos.

—Me rindo entonces. Rachel tiene razón. —Y al decirlo le lanzó una sonrisa que consiguió que sus rodillas temblaran—. Si no le han dado publicidad, es muy improbable que haya sido idea de una ONG, pero entonces ¿quién?

La pregunta quedó flotando en el aire y antes de que Rachel pudiese responder, Dennis intervino.

—Aún nos quedan los resultados de laboratorio del análisis de los tallos que trajiste, Rachel.

—¡Es cierto! ¿Dónde están?

Dennis abrió un cajón de su mesa y sacó un sobre tamaño folio de color marrón.

—Aún no lo he abierto.

Con impaciencia, Rachel cogió el sobre y rasgó la solapa. Dentro había varias hojas de papel; tras ojear la primera la desechó, en ella solo explicaba cuál había sido el objeto de muestra a analizar y los métodos que se habían seguido. Con impaciencia buscó el apartado de conclusiones.

—¡Escuchad esto! —exclamó emocionada—. «Los tallos aparecen doblados y no ha sido posible volver a ponerlos en su estado original. La energía que se ha empleado para doblarlas ha evaporado la savia y ha creado un incremento de la tensión superficial del tallo consiguiendo su expansión hasta crear nuevos nódulos. El frente de savia ascendente es tan fuerte que llega a perforar esos nuevos nódulos lo cual provoca unos microagujeros por donde acaba saliendo. Las bacterias que se alimentan de savia se acumulan en esta parte y pueden verse a simple vista por una coloración blanca. No nos ha sido posible determinar la energía capaz de provocar estos efectos.»

—¡Es increíble Rachel! —Dennis no podía ocultar el entusiasmo que le invadía.

—¿Qué piensas tú, Chase? —Rachel lo miraba con una sonrisa triunfal.

—Desde luego, es algo más complejo de lo que había supuesto en un principio; aún así, me resisto a creer en la intervención de seres de otros mundos. —Esbozando una sonrisa torcida, añadió—: Por muy loco que esté por la persona que me intenta convencer de eso.

Dennis lanzó una sonora carcajada al oírlo, mientras Rachel enrojecía, ¿por qué Chase la hacía sentir como una joven tímida y virginal? No era ninguna de las dos cosas, pero junto a él sentía que todo su aplomo se esfumaba.

Capítulo 21

—¿Aquí es donde trabajas?

—No exactamente.

—Ella es la jefa —intervino Dennis—, su despacho tiene vistas.

—Me gustaría verlo.

Rachel se sintió halagada por el interés de Chase y lo condujo hasta su despacho, que como Dennis había dicho tenía una hermosa vista panorámica de la ciudad.

—Además de escribir artículos, ¿a qué otras cosas te dedicas?

—Junto a Dennis superviso el trabajo de nuestros empleados, pero además contesto el correo, colaboro en la promoción de la revista, a través de mi canal de Youtube y de ocasionales entrevistas que me solicitan algunos programas televisivos y, sobre todo, investigo cualquier caso que llama mi atención..., sea en el lugar que sea.

Chase asintió, entendía las implicaciones de lo que Rachel acababa de decirle.

—¿Sueles viajar muy a menudo?

—En realidad, no. Tal vez una o dos veces al año.

Él esbozó una lenta sonrisa.

—No es demasiado, incluso podría acompañarte.

Rachel lo miró con la sorpresa reflejada en su mirada.

—¿Te gustaría?

—Me gustaría pasar cada minuto posible a tu lado, ¿responde eso a tu pregunta?

Ella se sintió aturullada; no estaba preparada para eso, no había imaginado esa intensidad en los sentimientos de él. Las dificultades que había imaginado para que pudieran estar juntos parecían diluirse en la sonrisa cálida que ahora le dedicaba Chase.

—Pero la plantación...

—Mis hombres saben bien cómo llevar la plantación y confío plenamente

en ellos; pueden apañárselas sin mí un tiempo.

Por toda respuesta Rachel esbozó una amplia sonrisa, su voz sonó animada al decir:

—¿Quieres que te enseñe el resto de la redacción?

Durante la siguiente media hora, Rachel lo condujo por la planta, presentándole a algunos empleados y explicándole en qué consistía su trabajo; le enseñó orgullosa el primer número de la revista, que tenían enmarcado en uno de los pasillos principales, y le dio uno de los ejemplares que acababa de salir.

Chase hacía preguntas y mostraba gran interés por todo lo que ella le contaba, sorprendiendo gratamente a Rachel con su evidente disposición a saberlo todo. Las empleadas femeninas lo miraban con mal disimulado interés mientras recorría las distintas dependencias que formaban parte de la redacción. Rachel no podía culparlas por ello, pero sintió el pueril impulso de abalanzarse sobre él para demostrarles que era suyo.

—Es increíble todas las cosas que abarcas.

—Bueno, no estoy sola. —Rachel sintió cómo se ruborizaba de placer—. Dennis es tan artífice de todo esto como yo; además, al igual que tú, tengo un equipo que está conmigo desde el primer día y en el que confío plenamente.

Chase le sonrió, una sonrisa íntima que le provocó un estremecimiento de anticipación.

—Me muero de hambre.

—Si quieres, podemos ir a mi apartamento y pedir que nos traigan algo.

—Me parece un plan perfecto.

Unas horas después, Rachel se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Chase, que dormía plácidamente a su lado. Habían pedido comida tailandesa, que él había devorado con placer a pesar de su reticencia inicial; luego habían hecho el amor, de manera lenta y minuciosa, se habían explorado con las manos y la boca, habían retardado el momento del clímax con mil y un juegos que los habían dejado a ambos exhaustos y ardiendo de placer. Había sido tan perfecto que Rachel tuvo que controlar sus ganas de llorar.

Al terminar habían caído dormidos uno en brazos del otro, desnudos, saciados y agotados, pero Rachel acababa de despertar; sabiendo que le

costaría mucho volver a conciliar el sueño y no queriendo despertar a Chase, se había levantado y ahora, sentada en el cómodo sillón que tenía junto a su cama, lo observaba. La tenue luz que entraba por la ventana iluminaba el rostro de Chase; el sueño suavizaba sus facciones, pero su cuerpo musculoso y atlético desmentía su aparente fragilidad.

Lo amaba. Todo su miedo a que eso llegara a ocurrir ya no tenía sentido, no había vuelta atrás. Amaba a ese hombre y haría todo lo posible por conservarlo. Las palabras que él había pronunciado unas horas antes, en su despacho, le daban la esperanza de que tal vez él sintiera lo mismo que ella. Fuera como fuese ya no tenía opción; disfrutaría de lo que tenían, durase el tiempo que durase; a fin de cuentas, no todo el mundo vivía algo tan maravilloso como lo que ellos estaban viviendo; ella al menos no había experimentado nunca algo ni remotamente parecido.

A la mañana siguiente llegó tarde a la redacción de la revista, pero tal y como imaginaba, Dennis la estaba esperando impaciente.

—¿Dónde te has dejado a tu vaquero?

—Ha regresado a Milan.

Dennis alzó las cejas.

—¿Nubarrones de tormenta en el paraíso? —preguntó con preocupación.

—Nada de eso. —Rachel no pudo evitar que una sonrisa involuntaria se dibujara en su cara—. Ayer me acompañó de manera repentina, no le dio tiempo a organizar todos sus asuntos.

—Rachel, ¿la cosa va en serio?

La joven resopló. Llevaba toda la mañana pensando en esa cuestión. Algo le decía que Chase tenía tantas ganas de que lo suyo funcionara como ella misma.

—Él me ha pedido que deje fluir las cosas, que lo intentemos al menos..., y yo no he podido negarme. —Dennis la observaba con los labios apretados, pero con una mirada comprensiva en sus ojos marrones.

—Rachel, te conozco, creo que no has tenido una aventura ni una sola vez en tu vida, ¿crees que podrás manejar esto?

—Para mí no es una aventura, Dennis, solo espero que para él tampoco lo sea. —Con voz temblorosa se dispuso a decirle algo a lo que llevaba dando

vueltas toda la noche—. Gran parte de mi trabajo podré realizarlo desde Milan, con que venga un par de días a la redacción será suficiente.

—¿Renunciarás a investigar sobre el terreno?

—¡Claro que no! —Sonriendo, añadió—: Pero él me ha dicho que le encantaría acompañarme.

Dennis lanzó un silbido y movió la cabeza en un gesto de sorpresa.

—Parece ser que a él le ha dado tan fuerte como a ti.

—Eso parece... Espero no estar equivocada.

Dennis le dio un abrazo.

—Disfruta este momento, Rachel, pero por lo que más quieras, mantente siempre alerta, no me gustaría nada que volvieran a hacerte daño.

Durante todo el día, Rachel y Dennis trabajaron sin descanso. Ella terminó la redacción del artículo sobre el círculo y luego, juntos, eligieron las fotografías que lo ilustrarían. Las imágenes del círculo trajeron a Rachel lo que había sucedido entre Chase y ella la noche que pasaron junto a él. Como si una extraña conexión los hubiese unido, su teléfono móvil sonó.

—Es Chase —murmuró Rachel, mientras se levantaba y salía fuera del despacho buscando algo de privacidad.

—¡Hola, preciosa!

—Hola..., ¿qué tal has llegado?

—Bien, sin contratiempos, aunque ahora tengo un gran problema.

—¿Qué ocurre? —Rachel se puso alerta de inmediato.

—Que te echo mucho de menos.

Una sonrisa se extendió por su rostro; Rachel se alegró de estar sola, estaba convencida de que en ese momento tenía cara de tonta.

—También yo.

—Estoy pensando escaparme mañana un rato para verte, ¿cómo te vendría?

—¿Conducir dos horas de ida y dos de vuelta solo para pasar un rato? ¡Me parece una locura!

—Loco me voy a volver yo si no puedo tenerte pronto.

Rachel se mordió los labios, su corazón latía con fuerza y una sensación de maravillada euforia la invadía.

—Si me das un par de días para preparar algo de trabajo, podré pasar unos días allí en Milan... Si tú quieres.

—Sabes que quiero, Rachel, te estaré esperando.

—Chase...

—¿Si?

—Nada. —Las palabras «te quiero» habían estado a punto de salir de sus labios, las había reprimido en el último momento, no quería asustarlo.

—Hasta pronto, cariño.

Un par de horas después Rachel salía del edificio; una amplia sonrisa iluminaba su cara. Ya le había dicho a Dennis que iba a preparar trabajo para realizarlo en Milan; también ella añoraba tremendamente a Chase, a pesar de que solo llevaban unas horas sin verse.

Echó a andar a paso ligero y, justo antes de entrar en la estación del metro, alguien la agarró del brazo.

—Señorita Taylor. —Se volvió sobresaltada. Cubierto con un abrigo negro que le daba un aire algo siniestro, estaba William Snarley. Su atractivo rostro parecía más pálido de lo que ella recordaba.

—Me ha asustado.

—Lo siento, esperaba que usted me llamara, pero al ver que no lo hacía he decidido esperarla. —Su gesto adoptó una expresión contrita—. Espero no haberla molestado.

En realidad, sí la había molestado, tenía prisa por llegar a su casa para organizar todo lo que necesitaba llevarse a fin de pasar el máximo tiempo posible en Milan, junto a Chase. Lo último que le apetecía era hablar con Snarley.

—He estado muy ocupada.

—Ya lo imagino, he visto que ha salido un nuevo número de *Toda la verdad*. —Ella se limitó a asentir—. Si se ha tomado la molestia de comprobarlo, habrá visto que he cumplido mi palabra. Ni una palabra sobre su revista en mi columna.

—Como ya le he dicho, he estado muy ocupada.

—Sí, me lo imagino, sobre todo por su reciente viaje a Milan. —El extraño eco metálico de su voz pareció acentuarse.

Rachel se apartó con desagrado, a pesar de sus maneras corteses había algo

en William Snarley que no acababa de gustarle. Había estado convencida de que era debido a su resentimiento por la decena de veces que él se había burlado de ella y su revista en su columna semanal, ahora se dijo que tal vez su reticencia se debía a algo más.

—¿Acaso ha estado espiándome? —preguntó ella con frialdad.

—Por favor, señorita Taylor, no se enfade. —Snarley levantó las manos en un gesto universal de calma—. Como ya le dije, estoy muy interesado en todos los temas relacionados con la ufología. La experiencia que tuve se me quedó grabada a fuego y nunca he podido olvidarla. No se imagina lo duro que ha sido para mí asumir el papel de periodista escéptico cuando en realidad siento una necesidad tan grande de conocer la verdad.

—Creía que usted ya estaba en posesión de la verdad. —No pudo resistirse ella a añadir.

Él esbozó una sonrisa conciliadora, pero sus ojos permanecieron fríos.

—Me merezco su antipatía, sin duda alguna, pero ¿acaso no puede sentir un poco de compasión por alguien que, por sobrevivir, se ha visto obligado a llevar una máscara?

A Rachel le resultó muy difícil mantenerse en su actitud distante. Era probable que estuviese siendo más dura con Snarley por el fastidio que sentía al haberse visto interrumpida en su vuelta a casa. Sí, suponía que debía ser terrible verse obligado a disimular su verdadero interés para conservar su profesión; decidió que no le costaba nada mostrarse amable con él.

—Señor Snarley, como ya le he dicho estoy muy ocupada, tal vez en otro momento podamos hablar con más tranquilidad.

—Le tomo la palabra, señorita Taylor.

Ella bajó con rapidez las escaleras que conducían al metro, mientras William Snarley la observaba con atención hasta que desapareció de su vista.

Cuando una hora más tarde llegó a su apartamento, Rachel ya no pensaba en el extraño encuentro que había mantenido con William Snarley. Su mente estaba ocupada en los preparativos que necesitaba hacer para pasar unos días con Chase. Cenó los restos de la comida tailandesa que habían pedido la noche anterior y luego se sentó frente al ordenador. Organizó las tareas por carpetas, numerándolas de la uno a la nueve según el orden de prioridad e

importancia de cada una. La carpeta número uno contenía el artículo sobre el círculo; aunque tanto Dennis como ella habían dado el visto bueno, le gustaba repasarlo varias veces ya que siempre encontraba algo que podía mejorar o corregir; además, había prometido a Chase que se lo enseñaría. Sintió un ramalazo de aprensión al pensar que él leería algo escrito por ella, algo que le tocaba tan íntimamente. Comprendió lo importante que era para ella la opinión de él, y la sensación de inseguridad que esa certeza le causaba no le gustó.

Una vez que hubo terminado con la organización de la información y el trabajo, decidió echar un vistazo a su correo electrónico por si había alguno interesante.

Sin sorpresa vio que aunque la revista acababa de salir, tenía más de una docena de mensajes haciendo referencia a alguno de los artículos que salían en ella. También tenía un mensaje de Sarah. Ella le había escrito dándole las gracias y ofreciéndole una suscripción gratuita a la revista por un periodo de un año; lo más probable era que fuese un mensaje agradeciéndole el gesto. No iba a abrir los mensajes en ese momento, solo quería echar un vistazo. Estaba a punto de cerrar su correo cuando un remitente llamó poderosamente su atención. Se trataba de Robert. Durante unos segundos estuvo dudando si abrir el correo o eliminarlo directamente. Como si él hubiese anticipado su indecisión, había escrito en el asunto del mensaje: «Por favor, léelo». Decidió abrirlo; que Robert le escribiera era tan inusual que no pudo evitar una punzada de inquietud.

Capítulo 22

Hasta bien entrada la madrugada no pudo conciliar el sueño. El mensaje de Robert era muy breve, pero bastó para provocar en ella una gran intranquilidad. Por supuesto, conocía a Robert, habían salido juntos los tres a cenar un par de veces, pero jamás se habían visto a solas.

Él le decía en su mensaje que al día siguiente estaría en el Bicentennial Capitol Mall State Park desde las cinco hasta la ocho de la tarde, en la zona de la columnata. Le pedía que se reuniese con él sin decirle nada a Dennis. Este último punto se lo podría haber ahorrado: lo último que se le pasaba por la mente a Rachel era hablarle de Robert a Dennis hasta no saber de qué se trataba. Aunque su amigo llevaba tiempo sin nombrarlo, ella era consciente de cuánto sufría aún. No, no lo atormentaría con eso; la decisión que debía tomar era si ir al encuentro que él le proponía o no.

Tenía que admitir que era extraño que Robert quisiera verla. Tal vez quería pedirle que intercediese ante Dennis para que este le diese otra oportunidad; tras el último episodio que ambos habían vivido en La Bella Toscana, ella no pensaba hacer tal cosa, pero ¿y si se trataba de otro asunto? Supo que finalmente iría. No perdería nada y tal vez se tratase de algo importante.

Cuando unas horas más tarde llegó a la redacción de la revista, deseosa de dejarlo todo listo para marcharse al día siguiente a Milan, se sorprendió al ver un enorme ramo de rosas amarillas, blancas y rosas en la mesa de su despacho. Antes de que pudiera leer la tarjeta que lo acompañaba, la puerta se abrió y Dennis irrumpió como siempre hacía, sin anunciarse.

—Llegó a primera hora, por lo visto tu vaquero es un romántico.

Rachel sonrió mientras su corazón latía con fuerza. Al abrir el sobre, su sonrisa se desvaneció.

—No son de mi vaquero.

Antes de que pudiese darse cuenta Dennis estaba a su lado, leyendo sobre su hombro.

«¿Podrás perdonar mi torpe manera de abordarte ayer? Por favor, acepta

mis disculpas y mi invitación a cenar esta noche en el Cascade. Di que sí. W.S.»

Tras terminar de leer, Dennis lanzó un agudo silbido que expresaba su sorpresa.

—Imagino que W.S. es nuestro más ilustre enemigo, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Qué sucedió ayer? —La expresión de Dennis era acusadora—. ¿Cómo es que no me has contado nada?

—En realidad, no pasó nada. Cuando regresaba a casa, Snarley me estaba esperando en la entrada del metro y me dio un pequeño susto.

—¿Qué quería?

Rachel frunció el ceño al recordarlo.

—Me preguntó para qué había ido a Milan.

—¿Y cómo sabía él eso?

—No lo sé, tal vez preguntó a alguno de los empleados por mí...

—No se me ocurre ninguna razón por la cual los empleados pudieran saber dónde estabas tú.

Rachel guardó silencio unos segundos. Dennis estaba en lo cierto, y recordaba que Snarley había evitado responder cuando ella lo había acusado de espiarla.

—Esta noche podrás averiguarlo, porque imagino que aceptarás su invitación, ¿no?

Rachel pensó en su encuentro con Robert de esa tarde. Si iba en su propio coche, apenas tardaría unos veinte minutos desde el parque hasta el restaurante. Sí, era posible acudir a ambas citas.

—Probablemente —asintió ella—. Hay algo que no acaba de encajarme en este repentino interés de Snarley por nuestro trabajo. Tal vez consiga averiguar si su interés es genuino o si esconde algo detrás.

—Esta misma mañana he ojeado el *Nashville Today* y no aparece ni una sola palabra sobre nuestra revista.

—Snarley no es ningún tonto.

—Además, apuesta fuerte... Nada más y nada menos que el Cascade.

Rachel asintió; aunque nunca había estado allí, había oído hablar del

restaurante que se encontraba en el Hotel Opryland; rodeado de cascadas y jardines, era el restaurante más caro de Nashville.

—Tal vez sienta un interés personal por ti.

—¿Solo por haberme visto un par de veces? ¡Vamos Dennis! No nos conocemos apenas.

—Esas cosas suceden, Rachel; lleva tanto tiempo siguiendo tu trabajo, tus intervenciones televisivas, tu canal de Youtube, que tal vez siente una atracción irresistible hacia ti. —Alzando las cejas, añadió—: Piénsalo, no es tan descabellado.

Rachel divisó la alta y morena figura de Robert desde lejos. Por un momento admiró su elegante silueta; Robert poseía un atractivo muy latino: moreno, de mandíbulas fuertes y profundos ojos negros. Verlos a Dennis y a él juntos había constituido un hermoso espectáculo estético.

Él la vio acercarse y acortó la distancia que los separaba. Tomándola de un codo se inclinó y la besó en la mejilla.

—Gracias por venir, Rachel. Estás muy guapa.

Rachel se había puesto unos pantalones negros de satén que se ajustaban a sus caderas, un top de tirantes color camel con lentejuelas en distintos tonos y sus *pepto*es negros. También se había maquillado más de lo que era habitual en ella; no todos los días tenía la oportunidad de ir a cenar a un sitio tan elegante como el Cascade.

—No hay de qué, Robert. Aún tengo mis dudas sobre si estoy haciendo bien o mal.

Robert esbozó una sonrisa triste.

—No te preocupes, no voy a insistir con Dennis. Sé que lo he jodido todo.

Rachel intentó mantener un gesto adusto, pero no pudo evitar una punzada de compasión; aún así, su lealtad estaba de manera incuestionable junto a Dennis; ella había visto cuánto había sufrido por culpa de Robert.

—¿Para qué querías verme entonces?

—He aceptado formar parte de un proyecto en España. Me marcharé dentro de tres semanas.

—¿Cuánto tiempo estarás?

—Probablemente dos años, tres quizá.

Rachel abrió los ojos con sorpresa. Aunque no tenía ningún sentido, sabía que a Dennis le dolería saberlo.

—¿Por qué me dices esto?

Robert tragó saliva y esbozó un gesto de contrariedad.

—Solo quería que alguien cercano a Dennis lo supiera, por si alguna vez él...

—¿Por si él quiere volver contigo? — preguntó Rachel con incredulidad.

—Sé que suena absurdo, pero...

—¡Por supuesto que es absurdo! Suponiendo que eso sucediera, lo cual es mucho suponer, ¿qué debería hacer él? ¿Irse a España a buscarte?

—Si él quisiera verme, yo lo dejaría todo y volvería.

Rachel enmudeció. No era posible dudar de la sinceridad en las palabras de Robert.

—Si tanto significa para ti, ¿por qué lo engañaste? — no pudo evitar preguntar.

Él movió la cabeza y esbozó un gesto de desesperación.

—Tuvo algo que ver con el ego y con el miedo, no sabría explicarlo. Solo sé que a veces debes ser expulsado del paraíso para apreciar lo bien que vivías en él.

Mientras conducía hacia su cita con Snarley, Rachel iba pensando en lo que Robert le había dicho. Se preguntó cómo podría afectar esa noticia a Dennis; la única consideración posible era saber si le aliviaría saberlo lejos o, por el contrario, trataría de impedir que se fuese. No tenía ni idea.

Aunque conocía a su amigo muy bien, sabía que una persona enamorada a veces actúa de manera impredecible, y Dennis no podía ocultar lo mucho que amaba a Robert, por muy enfadado que estuviese. También podía optar por ocultarle esa información, Robert no le había pedido que se lo dijese a Dennis, tan solo quería asegurarse de que él supiese dónde encontrarlo, pero si Dennis nunca más quería buscarlo... Se dijo que esa información no le correspondía a ella. Cuando volviese de Milan, se lo diría y que él actuase en consecuencia. Ella estaría siempre a su lado y, por mucho que le costase, apoyaría cualquier decisión que quisiera tomar.

William Snarley la estaba esperando en la puerta del restaurante; llevaba una rosa roja en la mano y Rachel no pudo evitar recordar las palabras de Dennis. Si Snarley tenía un interés personal en ella, debería dejarle claro cuanto antes que no era correspondido.

Llevaba un elegante pantalón de pinzas negro y una camisa color lavanda. Había peinado su pelo negro hacia atrás y un rebelde mechón de aspecto mojado caía sobre su frente. Rachel tenía que admitir que era un hombre muy interesante y atractivo. Probablemente, si sus circunstancias hubieran sido otras, ella se habría sentido atraída hacia él.

—¡Ha venido!

—No todos los días tengo la ocasión de cenar en sitios tan distinguidos como este.

—¿Le gusta?

—¿Cómo no?

Él la condujo con un gesto caballeroso hacia el interior apoyando la palma de la mano en su espalda; Rachel no pudo evitar envararse ligeramente ante su contacto. Snarley había reservado una mesa, un lugar algo apartado de la entrada junto a la barandilla que daba al estanque.

Nada más sentarse un camarero acudió a atenderles, Snarley pidió una botella de vino y alzó las cejas en muda consulta a Rachel; esta asintió. Luego pidieron una ensalada de cangrejo y unos mejillones.

Mientras cenaban la charla que mantuvieron fue bastante impersonal; comentaron algunas noticias de interés nacional y hablaron brevemente de sus respectivos trabajos.

Al terminar, ambos pidieron un Tennessee Tea, y solo entonces Snarley abordó el tema que tanto parecía interesarle.

—He leído el último número de *Toda la verdad*.

—¿Y?

—Bueno, como siempre, bastante interesante. Esa historia sobre los petroglifos en Colorado es fascinante.

—Sí, el mundo está lleno de misterios sorprendentes.

—También me llamó mucho la atención el artículo que firmabas en el número trescientos veintisiete, acerca de la flota ovni que sobrevoló Phoenix en mil novecientos noventa y siete.

Rachel no supo si sentirse halagada o inquieta por el hecho de que él recordase con tanta exactitud los números de los ejemplares, aunque tal vez los había memorizado antes de su cita para impresionarla.

—Sí, ese es un caso ampliamente documentado sobre el que las autoridades locales y estatales no han sabido dar una explicación satisfactoria.

—Me pregunto algo: cuando investigas sobre un caso, ¿publicas todo lo que averiguas o hay información que nunca ve la luz?

—Por lo general, comparto toda la información que recopilo, aunque, a veces, algún testigo me cuenta algo tan comprometedor que prefiere que no vea la luz.

—Debe ser difícil saber algo tan jugoso y no poder compartirlo.

Rachel esbozó una sonrisa; suponía que Snarley como periodista podría comprenderla perfectamente.

—Lo es, pero jamás traicionaría a mis fuentes. A veces son personajes públicos o relevantes, altos cargos de la administración...

Él se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos al preguntar en voz baja:

—¿En serio? —Ella se limitó a asentir.

Tras un breve momento de vacilación, ella se decidió a afrontar el tema que le preocupaba. La actitud de Snarley le producía una inquietud difícil de explicar. Aunque se mostraba educado y agradable, su mirada fría le daba escalofríos.

—No acabo de comprender qué pretende de mí. —Rachel estaba decidida a sonsacar respuestas satisfactorias a Snarley.

—Ya se lo he dicho, pero voy a ser más claro todavía: he sido testigo de un avistamiento ovni, tengo mucho interés en saber qué fue lo que vi, quién tripulaba aquella cosa; desde entonces el tema me ha interesado profundamente, a pesar de lo que pueda parecer, solo le pido que comparta información conmigo, cualquier cosa que averigüe y que me ayude a comprender.

—Pide mucho, ofreciendo como única garantía el no atacarme en su columna.

—¿Qué podría hacer para que confiase en mí? —Su tono de voz sonó íntimo y ella se removió incómoda.

—No lo sé, no me gusta compartir información con nadie que no pertenezca

a mi equipo.

—¿Me está sugiriendo que forme parte de la redacción de su revista?

—¡Por supuesto qué no! —Rachel lo miró con los ojos abiertos como platos, ¿cómo podía él sugerir algo así?

—Está bien, tarde o temprano usted comprenderá que mi interés es sincero, estoy dispuesto a darle tiempo; de hecho, será un placer. —De nuevo ese tono íntimo.

Rachel comenzó a sentirse ligeramente incómoda. Apartando la silla, murmuró:

—Debo marcharme ya, mañana... tengo un compromiso.

—Puedo acompañarla si lo desea.

—No será necesario, he traído mi propio coche.

Él pareció algo contrariado, aunque se repuso enseguida y esbozó su encantadora sonrisa.

—Entonces, la acompañaré hasta el coche.

Rachel asintió, durante el trayecto hasta el parking público donde había aparcado su coche, Snarley estuvo comentando divertidas anécdotas profesionales que la hicieron reír y que sirvieron para aligerar la tensión entre los dos.

—Muchas gracias por la cena —exclamó ella cuando hubieron llegado.

—No tiene por qué darlas, ha sido un placer compartir estas horas con usted.

Ella asintió, en conjunto había sido una velada muy agradable. En ese momento él apoyó la mano en su espalda y se inclinó, apoderándose de sus labios. Su boca le pareció sorprendentemente fría, pero el beso solo duró el segundo que ella tardó en reponerse de la sorpresa y apartarse.

—Lo siento —murmuró él—, no he podido resistirme.

Capítulo 23

Rachel sintió que un sentimiento de euforia la inundaba al divisar la amplia cancela que conducía a la casa de Chase, a los brazos de Chase. Solo habían estado dos días separados, pero a ella le había parecido una eternidad.

Los increíbles sucesos de esos dos días, que la habían mantenido por completo absorbida, pasaron a un segundo plano; en ese momento solo podía pensar en volver junto a Chase, sentir sus fuertes brazos rodeándola y escuchar de nuevo su voz.

Cuando aparcó el coche, esperó verlo aparecer desde algún lugar de la plantación; ella sabía que a esas horas él siempre estaba trabajando junto a sus hombres, pero al ver que pasaban varios minutos y no había señales de Chase se dirigió a la casa. Antes de que pudiera llamar, la puerta se abrió; Chase parecía estar esperándola y la encerró entre sus brazos. Ella pudo oír los fuertes latidos de su corazón. Su olor, la fuerza de sus brazos, la firmeza de su pecho le resultaron tan reconfortantes como a un bebé debía parecerle la voz de su madre arrullándolo. Tras unos largos segundos, él la separó de su cuerpo y enmarcó su rostro con sus grandes manos.

—Rachel, menos mal que ya estás aquí. —Y sin añadir nada más la besó con intensidad.

Como siempre sucedía cuando estaba cerca de él, su cuerpo respondió de manera instantánea. Sus labios se abrieron para recibir, gozosa, la caricia de la lengua masculina, y sus pezones se irguieron, anticipando las caricias que, sin duda, él le depararía.

—Entremos o te tomaré aquí mismo —susurró él contra sus labios.

Una vez dentro él comenzó a quitarle la ropa con premura, sin dejar de acariciar y besar cada rincón de su cuerpo. Ella trató de separarse, temerosa de que Brione los estuviera contemplando con la boca abierta, pero él pareció adivinar el motivo de su inquietud porque murmuró junto a su oído:

—Estamos solos.

Entonces ella se relajó y comenzó a retribuir las caricias y los ansiosos besos que él le daba, hasta que notó cómo él la empujaba con su cuerpo hacia

el sofá rojo.

—Aquí no.

—¿Qué sucede? —Por primera vez desde que había llegado, él pareció atento a otra cosa que no fuera hacerle el amor.

—Luego te lo contaré, vamos a tu dormitorio, por favor.

Él ya no respondió nada; su cuerpo ardía, la había extrañado tanto que había estado a punto de coger el coche e ir a Nashville a verla más veces de las que recordaba, pero no quería asustarla con su ardor, no quería que ella llegara a intuir... No, mejor dejar que las cosas fueran paso a paso. La vida le había enseñado que dar algo por hecho era la manera más segura de acabar perdiéndolo.

Algunas horas más tarde yacían el uno en brazos del otro, desnudos y saciados; Rachel acababa de confesarle que lo había visto por la ventana haciendo el amor con Jennifer, y él la miraba mitad sorprendido mitad divertido.

—Así que te quedaste ahí, mirando.

—¡Por supuesto que no! —respondió ella indignada—. En cuanto me di cuenta de lo que sucedía me alejé, pero sus gemidos se oían a bastante distancia —añadió, sin poder evitar que los celos tiñeran su voz con una nota de desdén.

—También tú eres bastante ruidosa —replicó él con una sonrisa, mientras ella le daba un pequeño puñetazo en el pecho.

Rachel permaneció en silencio, pensativa. Chase apenas le había hablado de su relación con Jennifer y ella deseaba saberlo todo, de manera especial quién había acabado con la relación. Esperaba que hubiese sido él y, en ese caso, podía imaginar que Jennifer no se sentiría precisamente feliz. Si Chase la dejara, ella andaría aullando de desesperación y arrancándose el pelo a mechones.

—¿Qué sucede? ¿En qué estás pensando?

—¿Cómo sabes qué pensaba algo? —preguntó Rachel a su vez.

—Te conozco, Rachel, sé cuándo una idea está rondando por tu cabeza.

Ella se estremeció de placer ante la intimidad que las palabras de Chase sugerían, pero tuvo que reconocer que, a pesar del poco tiempo que llevaban

de relación, él le resultaba tan familiar que tenía la sensación de que lo conocía de toda la vida. Tal vez lo que verdaderamente sucedía es que llevaba esperándolo toda la vida.

—Me preguntaba qué pasó con Jennifer.

—Ya te lo dije. —Él cambió de postura, incómodo. Rachel intuyó que a él no le gustaba hablar de sus sentimientos—. Teníamos conceptos distintos de nuestra relación.

—¿Y cuándo te diste cuenta de eso?

—Cuando apareciste tú.

Rachel lo miró con fijeza. Sus grandes ojos verdes clavados en él; un extraño nudo de emoción le impedía hilar las palabras.

—¿Cómo se lo tomó ella? —logró preguntar finalmente.

—No demasiado bien —admitió él.

—No me extraña. Yo me habría aferrado a ti con uñas y dientes, y no te habría dejado escapar por nada del mundo.

Él sonrió, una sonrisa satisfecha y golosa.

—¿Eso harías, mi pequeña guerrera?

Por toda respuesta, Rachel se subió a horcajadas sobre él y se inclinó a lamer su cuello, disfrutando del roce de sus pezones contra el pecho masculino y del ahogado gemido que escapó de los labios de Chase.

—Sí, jamás te librarías de mí —contestó juguetona, y mientras lo decía se empaló sobre su miembro enhiesto haciendo que ambos se estremecieran con el intenso placer que, como un rayo, los atravesó.

Solo cuando todo hubo terminado reparó Chase en que ella había usado un condicional, como si él no fuese ya completamente suyo.

Los días que siguieron establecieron una especie de rutina que le resultó tan cómoda y maravillosa que, por primera vez, Rachel se permitió creer que las cosas entre ellos podían funcionar, que sus miedos habían sido infundados.

Por la mañana, temprano, Chase se marchaba a la plantación mientras ella se quedaba trabajando en la casa con su portátil, manteniendo largas charlas con Dennis y atendiendo a las decenas de mensajes que recibía a diario, así como a las entrevistas que siempre le solicitaban después de la salida de cada número; a media mañana él se escapaba unos minutos y desayunaban juntos. Cuando él terminaba su trabajo comían y hablaban de sus respectivas

jornadas. Largas charlas durante las cuales ella pudo intuir el profundo amor que Chase le tenía a sus tierras; al principio Rachel se mostraba renuente a profundizar en lo que hacía, pero hablar con Chase era tan fácil que cada vez con mayor frecuencia se permitía exponerle algunas de sus teorías y conclusiones. Para su sorpresa, Chase parecía genuinamente interesado, le hacía muchísimas preguntas y la escuchaba con atención, aunque siempre planteaba un punto de vista alternativo y cercano al escepticismo que los mantenía discutiendo durante horas.

—¿Sabes? He estado viendo tu canal de Youtube y me he hecho suscriptor de *Toda la verdad*.

Ella lo había mirado con la sorpresa dibujada en su rostro.

—¿En serio?

—Así es, aunque no te lo creas hay algunos temas que son verdaderamente interesantes... como lo del círculo de Chibolton.

—¿Y qué te dice tu mente analítica de eso? —había preguntado ella con voz triunfante.

—Que podrían ser los propios científicos del observatorio los que hicieron eso.

—Claro, científicos agricultores.

Él había sonreído.

—Admito que es bastante sorprendente.

Rachel lanzó una sonora carcajada.

—Acabaré haciendo de ti un auténtico ufólogo.

—¡Por Dios, no! — había exclamado él con una cómica expresión de horror.

Los dos se habían echado a reír y en ese instante ella se había sentido más cerca de él de lo que se había sentido jamás de cualquier persona.

Una tarde, Rachel reunió el valor necesario para mostrarle el artículo que había escrito sobre el círculo. Él lo leyó atentamente y en silencio, con el ordenador portátil de ella sobre las rodillas. Cuando pareció evidente que había terminado de leerlo y que se entretenía ojeando las fotografías con atención, ella, presa de los nervios, preguntó con impaciencia:

—Qué.

Él apretó los labios.

—Gracias por no nombrarme ni situar exactamente el lugar de la plantación.

—Te prometí que no lo haría —respondió ella con sorpresa. Al darse cuenta de lo que expresaba la mirada de Chase, Rachel exclamó—; ¡No confiabas en mí!

—Ahora sí confío en ti, antes no podía fiarme de nada que tuviera relación contigo.

Ella, ofendida y dolida cogió el portátil de las piernas de él y se levantó bruscamente del sofá. Un sofá azul que sustituía al rojo que había antes y que, para sorpresa de Rachel, Chase había cambiado al día siguiente de su llegada, después de que ella le explicara por qué le tenía tanta manía.

—Veo que tus prejuicios son aún mayores de lo que imaginaba.

Chase también se puso en pie, le quitó el ordenador de las manos y lo lanzó sobre el sofá; cuando ella intentó cogerlo, asustada por la posibilidad de que hubiera sido dañado, él la retuvo sujetándola de los hombros.

—En lo que a ti respecta no podía confiar en mi propio juicio, ¿no lo entiendes? No podía pensar con claridad, hubiese dicho que sí a cualquier cosa que me hubieras propuesto... Diablos, ni siquiera soy capaz de recordar qué te dije cuando acepté que estudiaras el círculo, solo podía pensar en lo mucho que deseaba besarte, meterme dentro de ti...

—Pero... fuiste tú quién puso las condiciones —respondió ella atónita.

—Claro, no quería que sospecharas lo que realmente pretendía.

—¿Y qué pretendías exactamente? —preguntó ella sin entender muy bien a qué se refería.

—Tenerte solo para mí.

Ella lo miró, incapaz de creer que él se hubiese sentido tan atraído por ella desde entonces.

—Yo pensaba que tú odiabas todo esto. —Al decirlo hizo un gesto vago, señalando en la dirección en la que el círculo desaparecía lentamente.

—Y lo odiaba, odiaba a quien quiera que me hubiese estropeado todas esas hectáreas de buen trigo, odiaba la idea de tener mi propiedad llena de curiosos... —Una extraña risa se escapó de su pecho, una risa que pareció sorprenderlo—. Pero ¿sabes una cosa? Acabé agradeciéndoselo profundamente a quien quiera que lo hiciese, humano o extraterrestre, por

haber permitido que tú te cruzaras en mi camino.

Rachel conducía de vuelta a Nashville. Acababa de despedirse de Chase y ya lo echaba de menos, aunque él le había asegurado que iría a verla en tres días, en cuanto dejara sus asuntos razonablemente resueltos, y pasarían juntos una semana. Luego, regresarían a Milan juntos. Ella le había preguntado por sus aficiones, disfrutando mientras planeaba mentalmente todo lo que harían cuando estuvieran juntos de nuevo en Nashville.

La noche anterior habían salido a tomar una copa en el mismo lugar donde una vez se habían encontrado mientras él aun salía con Jennifer, y como una extraña y distorsionada repetición de lo ocurrido, se la habían vuelto a encontrar, aunque esta vez las tornas estaban cambiadas. Ella iba acompañada de una amiga y había rechazado el saludo de Chase dándole la espalda.

—Sí que se lo ha tomado mal —había murmurado Rachel.

Chase se había limitado a encogerse de hombros.

—Lo lamento por ella, pero tampoco me quita el sueño. —La frialdad con la que lo dijo provocó un escalofrío de aprensión en ella y una extraña simpatía por la pobre Jennifer. Tal vez dentro de algún tiempo ella misma estuviera en su lugar. Sintiendo cómo su humor se agriaba, había tratado de desechar esos pensamientos.

De regreso a Nashville, su mente se perdió en ensoñaciones de lo ocurrido durante esos días. Todo en Chase era perfecto y cada vez le costaba más recordar cuáles eran las objeciones que había interpuesto en su interior y que había creído que imposibilitaban una relación con él. Ciertamente que un par de días a la semana deberían estar separados, pero ¿acaso eso justificaba dejar de disfrutar los otros cinco? Sobre todo cuando el estar juntos era similar a una explosión de fuegos artificiales. Él respetaba su trabajo, aunque Rachel sabía que no compartía la mayoría de las teorías que ella creía a pies juntillas. La escuchaba, le daba su punto de vista, rebatía alguno de sus argumentos y se mostraba convencido de otros. Podía vivir con eso, siempre y cuando Chase no se avergonzara de ella.

Conforme se acercaba a Nashville, el rumbo de sus pensamientos fue cambiando. Aún no le había contado a Dennis nada de su encuentro con Robert; no había querido decírselo por teléfono, pero tampoco quería

posponerlo más. Tras haber sopesado cuidadosamente lo que debía hacer, había llegado a la conclusión de que Dennis tenía derecho a saberlo; luego, que actuara como mejor le pareciera; ella siempre estaría a su lado apoyándolo. Sabiendo que había tomado la decisión correcta, se dirigió directamente a las oficinas de la redacción. Sabía que Dennis se encontraría allí.

—¡Entonces yo tenía razón! —había exclamado Dennis triunfalmente. Ante su insistencia Rachel le había contado con pelos y señales todo lo sucedido en su cita con Snarley, incluso el torpe y extraño intento de este de besarla.

—¿A qué te refieres?

—Te dije que tal vez Snarley estuviera interesado en ti.

—Pero apenas nos hemos visto un par de veces —respondió ella mientras movía la cabeza de un lado a otro—, ¿resulta tan extraño!

—¿Cuántas veces os visteis tu vaquero y tú antes de que desearas meterte en sus pantalones?

—Eso es distinto, Dennis. —Rachel no pudo evitar esbozar una sonrisa ante la imagen gráfica que las palabras de su amigo evocaron en ella—. Con Chase saltaron chispas desde el primer momento; con Snarley, no.

—Por tu parte no, tal vez por la suya sí.

Rachel volvió a negar con la cabeza. Dennis tal vez tuviese razón, pero ella no lo creía; estaba segura de que no había habido ni una chispa de atracción entre ellos la primera vez que se vieron, ¿de dónde, entonces, había surgido ese «impulso» de besarla? Seguía pensando que había algo raro en todo aquello.

—Sea como sea, no importa —concluyó—. He decidido que no voy a hacerle partícipe de nuestras investigaciones, es una locura.

Dennis asintió.

—Sí, yo también lo pienso. —Encogiéndose de hombros añadió—: ¿Qué perdemos si vuelve a criticar nuestros artículos? En cierta forma, supone una publicidad gratuita.

Rachel hizo un mohín de disgusto.

—Sé que tienes razón, mucha gente leía nuestra revista solo por curiosidad tras leer la columna de Snarley; aún así, siempre he detestado la manera en

que se refería a mí y a nuestro trabajo.

Dennis sonrió; Rachel siempre había sido muy sensible al tema; de hecho, a él le había sorprendido que ella accediera a encontrarse con William Snarley, aunque suponía que su insaciable curiosidad de periodista había tenido algo que ver en ello.

—Cambiano de tema. —Dennis se sentó sobre el filo de la mesa y se inclinó hasta que sus rostros casi se tocaron—. ¿Cómo te ha ido con tu vaquero?

La simple mención de Chase y los días que habían pasado juntos bastó para que una sonrisa se dibujara en el rostro de Rachel, pero recordó que había otro asunto que debía tratar con Dennis, uno mucho más delicado. Sorbiendo el aire con fuerza Rachel contestó:

—Antes de que hablemos sobre eso, hay algo que debes saber.

Percibiendo la seriedad en su tono, Dennis se envaró y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede, Rachel? ¿Va todo bien?

—Eso tendrás que decírmelo tú.

—No entiendo...

—Hace unos días estuve con Robert.

El rostro de Dennis se ensombreció de manera instantánea mientras sus labios se cerraban formando una fina línea.

Capítulo 24

Dennis sentía que el entumecimiento que se había apoderado de él unas horas antes se negaba a abandonarlo. Una idea machacaba su cerebro como un pesado martillo que golpeaba sin cesar sobre un yunque, una y otra vez, sin tregua, sin descanso.

«Robert se marcha, Robert se marcha, Robert se marcha...»

Dos o tres años, le había dicho Rachel. Demasiado tiempo. Lo más probable era que no volviera a verlo, no obstante eso fuera lo que había deseado. Se obligó a ser sincero consigo mismo: «Eso es lo que le repetí a él, hasta la saciedad, que deseaba». Estaba comenzando a descubrir, con horror, hasta qué punto se había engañado mientras trataba de castigar a Robert.

Según lo que le había explicado Rachel, Robert se iría en una semana, durante dos años, tal vez tres... Todo podía cambiar durante ese tiempo. Dennis se mordió los labios con fuerza, ¿qué podía hacer él al respecto? Por mucho que lo consternara la idea de no volver a verlo, el engaño seguía ahí, y no una única vez; aún le dolía evocar esa noche, en La Bella Toscana, en la que Robert había ultrajado la mesa en la que tantas veces se sentaron juntos, donde tantos sueños y planes entretejieron. El recuerdo sirvió para insuflarle algo de ánimo; recuperar lo que habían tenido era casi imposible, tal vez lo mejor que podía suceder era que él se marchara.

Pero en ese caso jamás obtendría las respuestas que deseaba, que necesitaba, nunca sabría por qué después de suplicarle otra oportunidad, cuando él estaba casi decidido a dársela, Robert había cometido esa traición que se le antojaba definitiva.

«Mejor así», se dijo. «Me ha afectado tanto porque no lo esperaba, mañana estaré bien, mañana será otro día». Sonrió al recordar las míticas palabras de una de sus heroínas cinematográficas preferidas, deseando tener su fortaleza y capacidad de recuperación.

Rachel contaba los días que faltaban para volver a ver a Chase. Aunque su ritmo de vida en Nashville seguía su rutina habitual, algo había cambiado; algo

sutil, intangible, pero tan evidente para ella como el paso de la noche al día. Seguía animándola la misma pasión por su trabajo que siempre la había sostenido, la misma pasión que la había ayudado a sobrellevar los momentos duros, las ocasiones en las que había enfrentado la burla y el desprecio, pero no era su profesión la que la hacía sonreír de pura felicidad, la que la encendía de deseo, la que la hacía sentirse llena y viva como nunca antes; era Chase, y comprenderlo le daba miedo porque ya no había vuelta atrás; había claudicado ante lo que él le hacía sentir y ahora solo le quedaba enterrar sus miedos y confiar en que todo saldría bien.

Rachel había planificado los cinco días que Chase pasaría en Nashville con enorme ilusión. Durante ese tiempo, solo acudiría a la redacción por las mañanas, dedicaría las tardes a él; en realidad, su presencia no era tan necesaria para la marcha de la revista; había sacrificado toda su vida personal a ella, pero ahora descubría que quería mantener un espacio para sí misma y para Chase, estaba decidida a hacer todo lo posible porque lo suyo funcionara. Jamás había sentido por nadie lo que sentía por él y, con el mismo empeño con que había sacado adelante todos sus proyectos, se había propuesto hacer que su relación funcionara.

Si él se lo pedía, estaba dispuesta a trasladarse a Milan, a la plantación. Desde allí podría realizar gran parte de su trabajo y, además, adoraba el lugar, le transmitía ese tipo de serenidad y paz que tanto apreciaba. Visitarían Nashville a menudo, no solo por trabajo, sino también para acudir a conciertos, al cine, a hacer compras..., pero su hogar estaría allí, junto a Chase.

Rachel se sorprendió al darse cuenta del derrotero que tomaban sus pensamientos y se obligó, con desgana, a regresar a la realidad. Hacer planes era absurdo, nadie era dueño del futuro, solo podía contar con su presente y, a pesar de la felicidad que sentía, su pragmática visión de la vida le advertía de que quizá, solo quizá, estaba protagonizando su particular cuento de la lechera.

William Snarley escuchaba a su interlocutor en silencio, aunque su ceño fruncido y su mueca de contrariedad daban cuenta del disgusto que, lo que escuchaba, le producía.

—Tendremos que pasar entonces al plan B —murmuró con voz queda.

—¿Estás seguro de que es prudente? —La voz de su interlocutor sonaba

metálica.

—Es la única manera que se me ocurre de desacreditarla.

—Pero eso te afectará a ti también.

Snarley sonrió una sonrisa torcida mientras daba vueltas al lápiz que tenía entre sus dedos.

—Ese es el mal menor.

—¿Crees que sospechará?

El hombre sopesó la pregunta con cuidado. No le gustaba precipitarse, siempre calculaba al milímetro cada paso que daba, por eso casi nunca cometía errores.

—Es posible, no tiene un pelo de tonta, pero nunca se acercará al verdadero motivo.

—Tal vez no deberías subestimarla.

—Y no lo hago, pero, créame, no hay ni una sola posibilidad de que lo averigüe.

Un breve silencio se produjo en las líneas.

—Está bien, confío en ti.

Snarley no pudo evitar una mueca de desprecio. Había sacado a ese inútil de más de un apuro, jamás le había fallado, aunque siempre le tocaba hacer el trabajo sucio. Por supuesto que confiaba en él, porque solo él tenía las agallas de hacer lo necesario en cada momento. Cualquiera cosa. Sin añadir nada más colgó el teléfono mientras continuaba jugueteando con el lápiz, hasta que este acabó partido por la mitad. La dejaría disfrutar unos días más de su cuento de hadas y luego caería sobre ella como una de las plagas de Egipto.

Chase miraba a su alrededor con expectación; apenas hacía unas horas que había regresado a Nashville y, nada más llegar al apartamento de Rachel, le había hecho el amor como si llevara meses sin verla; no podía entender la inmensa necesidad que tenía de ella y ya había renunciado a tratar de intentarlo. Las cosas eran como eran: quería a esa mujer, todo lo que ella era, y la quería cada segundo del día.

Ahora Rachel lo había llevado al *The Grand Ole Opry*, un enorme auditorio en el que actuaban los Rascal Flatts, y a pesar de que se trataba de uno de sus grupos preferidos, él solo podía pensar en las ganas que tenía de

volver a estar dentro de ella.

—No podemos estar todo el día en la cama — había dicho Rachel cuando él había intentado volver a hacerle el amor.

—¿Por qué no?

—Bueno, tenemos toda la noche... Hay mucho que hacer en Nashville y quiero que disfrutes, para que siempre quieras volver.

Él había esbozado una sonrisa lenta e íntima.

—Siempre querré volver a cualquier lugar en el que estés tú.

Chase siempre conseguía desamarla, así que se había salido con la suya y habían vuelto a hacer el amor, aunque no era algo por lo que ella pensara quejarse ni mucho menos. A consecuencia de eso ahora habían llegado con el tiempo justo. Rachel había sacado las entradas sin decirle nada a él y ahora disfrutaba de su reacción.

—¿Cómo sabías que me gustan los Rascal Flatts?

—No lo sabía, pero como me dijiste que te gustaba la música country, lo supuse.

Él le había dado un beso en los labios, un beso corto pero intenso que había hecho que a ella se le enrojecieran las mejillas cuando el hombre que esperaba en la cola para entrar, tras ellos, lanzó un silbido de admiración.

Rachel no esperaba disfrutar tanto del concierto, nunca había sido una gran fan de la música country, siempre había preferido la música clásica, herencia de su padre sin duda, profesor de música en la universidad. Pero para su sorpresa se encontró acompañando con el pie las canciones más movidas y balanceándose con las manos unidas a las de Chase en las más lentas.

Cuando el grupo comenzó a cantar Bless the broken road, Chase apretó con fuerza su mano y la intensa mirada que le dedicó hizo que a ella se le saltaran las lágrimas. Entonces, él le secó la humedad bajo sus ojos con un dedo e inclinándose murmuró en su oído:

—Podría sustituir «esta calle rota¹» por «este extraño círculo» y el resto de la canción expresaría a la perfección lo que siento por ti.

Chase insistió en acompañarla cada mañana a la redacción y su temor de que se aburriera se demostró completamente infundado. Él la observaba

trabajar, leía con ella los correos que recibía y la ayudaba a decidir qué artículos debían desarrollarse o no en el nuevo número de *Toda la verdad* ateniéndose a los que a él, como posible lector, le resultaban más llamativos; aunque ella no siempre seguía sus indicaciones, le gustaba escuchar su opinión, siempre bien fundamentada. Pronto todos los colaboradores de la revista se familiarizaron con su presencia, y él parecía sentirse cómodo entre ellos, tanto que un día, mientras almorzaban junto a Dennis en una cafetería cercana, Rachel exclamó:

—A veces pienso que en realidad te mostraste tan odioso cuando nos conocimos para disimular el enorme interés que sientes por todos estos temas.

—¿Como Snarley? —sonrió Dennis

—¿Quién es Snarley?

—Nadie importante —respondió ella evasivamente. Llevaba muchos días sin pensar en él y la simple mención de su nombre la incomodó—. Dinos, ¿es así o no?

Chase rio quedamente.

—Sigo pensando que el 99 % de los extraños misterios sobre los que escribes tienen una explicación lógica, solo que la ciencia y la tecnología aún no han encontrado respuestas para resolverlos. —Movi6 la cabeza mientras sonreía.

—Tal vez todos los incrédulos como tú debáis tragaros vuestras palabras dentro de poco. —Rachel sonreía al decirlo, disfrutando del intercambio—. Ellen Stofan, alto cargo de la NASA, ha anunciado recientemente que en cuestión de años tendremos pruebas definitivas de la existencia de vida extraterrestre.

—No es de la existencia de vida extraterrestre de lo que dudo, si no del hecho de que malgasten sus vidas en visitarnos a nosotros.

Por toda respuesta Rachel soltó un bufido que provocó una espontánea risa en Chase.

—Pero lo que más me gusta de todos estos misterios es la intensidad con que tú los vives.

Dennis alzó las cejas y lanzó a su amiga una mirada divertida; esta había enrojecido ligeramente.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, yo siempre había pensado que los periodistas que se dedicaban a estos temas eran unos visionarios, gente con la cabeza en las nubes. —Viendo el mohín que comenzaba a esbozar Rachel levantó las dos manos—. Déjame que termine antes de despedazarme.

Ella le dio un codazo a Dennis que había comenzado a reírse.

—Ahora comprendo cuánto tiempo le dedicas a esto, con qué seriedad y rigor te lo tomas, y no puedo por menos que admirar tu pasión y valentía para hacer lo que realmente quieres hacer, sin importarte lo que digan o piensen los demás..., incluido yo.

Rachel había enmudecido sintiéndose emocionada a su pesar. Para disimular su azoramiento dio un trago a su bebida y carraspeó.

—Vaya, muchas gracias. Realmente, es tranquilizador saber que piensas así, había temido que... —Se calló al darse cuenta de que había estado a punto de revelar su más profundo temor.

—¿Qué, Rachel?

—Nada, da igual.

En ese momento Dennis se levantó, sabiendo que ambos necesitaban un momento de privacidad.

—Necesito ir al baño.

Ni Chase ni Rachel parecieron oírlo.

—Por favor, Rachel, dime qué es lo que habías temido. —Él había cogido su mano sobre la mesa mientras la miraba a los ojos—. Sospecho que eso es lo que te ha mantenido alejada de mí.

Rachel aspiró el aire con fuerza; después de todo, no era tan valiente.

—Estuve prometida; llevábamos juntos tres años y yo creía que era el hombre de mi vida. —Chase la escuchaba en silencio, su rostro permanecía inescrutable—. Un día él tenía una cena importante, algo relacionado con su trabajo y con un posible ascenso; yo sabía que deseaba mucho ese ascenso, había trabajado muy duro para ello y lo merecía. —A pesar del tiempo transcurrido, Rachel sintió un poso de la antigua amargura—. Yo había comprado un vestido precioso, con todos los complementos a juego, pasé toda la tarde en la peluquería. —Rachel sintió cómo la mano de Chase se crispaba sobre la suya y asintió—. Me pidió que no fuera, que podría avergonzarlo si alguien me reconocía... Pero eso no fue todo; me dijo también que tal vez

había llegado el momento en que debía pensar en dejar de lado mi absurdo trabajo, ya que era incompatible con ser la esposa de un alto ejecutivo.

—¿Qué tengo yo que ver con ese idiota? —La voz de Chase sonó mortalmente seria.

Rachel sonrió una sonrisa carente de alegría.

—No puedes negar que casi todo sobre lo que investigo te parecen cuentos de viejas...

Chase tomó sus dos manos con fuerza y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Escúchame bien, Rachel, porque solo te lo diré una vez: aparte de todos los sentimientos que me hacen querer estar a tu lado cada momento del día y no separarme jamás de ti, tu trabajo, tu dedicación a él no me inspiran más que admiración y respeto. El que no crea que los alienígenas nos visitan no significa que me avergüence de lo que haces, al contrario, te admiro por tu tesón y también por tu rigor. Nunca aseguras lo que no sabes. —Al ver el gesto de sorpresa de ella añadió—: Ya te dije que he leído varios de tus artículos, en ellos siempre expones dos puntos de vista: el más racional y también el mágico y misterioso. El que tú creas en uno y yo crea en otro no es más impedimento que el que tú sigas a los Tennessee Volunteers y yo a los Tennessee State Tigers. Ese imbécil solo hizo algo bueno: dejarte ir para que yo te encontrara.

Rachel lo miraba con la boca abierta y los ojos húmedos. En ese momento llegó Dennis y, ajeno al intenso momento que acababan de vivir sus dos acompañantes, preguntó con voz animada:

—¿Nos vamos?

1 NA: «...cada sueño perdido me lleva donde tú estás, otras que rompieron mi corazón eran como estrellas del norte señalándome el camino hacia tus brazos. Todo esto sé que es verdad, que Dios bendijo esta calle rota que me llevó directo a ti», *Bless the broken road*, Rascal Flatts.

Capítulo 25

Chase conducía una Massey Ferguson, la poderosa máquina con la que recolectaba los granos de soja. Al día siguiente llegaría Rachel, y él estaba decidido a dar un paso más en su relación y pedirle que vivieran juntos; esbozó una sonrisa no exenta de cierto sarcasmo. Tras el fracaso de su matrimonio, había llegado a convencerse de que no deseaba convivir con nadie más; era paradójico que todos sus celos se hubiesen esfumado como si nunca hubiesen estado ahí.

Mientras realizaba el rutinario trabajo se entretenía tejiendo planes. No sabía cuál sería la respuesta de Rachel, se había dado cuenta del miedo a volver a confiar que ella sentía, pero también había podido percibir sin dificultad cómo se derretía entre sus brazos. Estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa para que ella aceptara: le dejaría escoger la habitación que más le gustara de la casa para que la convirtiera en su oficina, aumentaría los megas de conexión a internet para que ella pudiese trabajar mejor... Una ancha sonrisa se dibujó en su cara imaginando las agradables tardes que pasarían juntos, hablando de los interesantísimos temas que ella siempre planteaba, paseando, haciéndole el amor siempre que lo deseara... En ese momento no podía imaginar nada que lo hiciera más feliz que tener a Rachel a su lado.

Una vez que acabó la recolección de la zona que había acotado previamente, Chase detuvo el motor y bajó, pensando en tomarse un descanso antes de devolver la máquina al enorme hangar en el que guardaba toda la maquinaria. Justo en ese momento escuchó el motor de un coche. El sonido llegaba desde muy lejos, pero en la quietud de la plantación fue capaz de oírlo; era extraño recibir visitas a esas horas de la mañana, solo se le ocurrían dos posibilidades: tal vez el sheriff había descubierto algo y venía a comunicárselo, o quizá Rachel había decidido adelantar su viaje; pensar que ella estuviera ya allí sirvió para acelerar los latidos de su corazón. Olvidándose de su cansancio volvió a subirse en la Massey Ferguson y la puso en marcha camino del hangar.

Una vez allí se aseó todo lo bien que pudo en el pilón que tenían a tal fin,

pensando de manera distraída que debería adquirir el hábito de dejar una camisa de recambio en cada uno de los pabellones que solía usar.

Al acercarse a la casa a largas zancadas se dio cuenta de su error. No se trataba de Rachel, tampoco era el sheriff; con fastidio descubrió que era Jennifer la que lo esperaba apoyada en su Ford azul.

—Jennifer. —Su voz sonó cauta, no se le ocurría ni un solo motivo que justificara su presencia allí.

Por toda respuesta ella le lanzó una revista a la cara, él apenas tuvo tiempo de cogerla antes de que se le cayera al suelo.

—¡Menudo ridículo has hecho pavoneándote con ella! Siempre has ido de digno, de orgulloso, a ver cómo soportas ahora las burlas.

Chase apretó los labios, no tenía ni idea de qué le estaba hablando Jennifer, pero prefería no preguntar esperando que así se cansara y se fuera pronto.

—No te molestes en suplicarme que vuelva... ¡Eres patético!

Y tras decir esto, se subió en su coche y arrancó. Solo cuando el coche se hubo perdido de su vista bajó los ojos a la revista que tenía entre sus manos.

Rachel estaba a punto de salir del despacho cuando Linda irrumpió en él.

—Rachel, hay algo que debes ver.

—¿De qué se trata? —Rachel frunció el ceño al percatarse de la seriedad en el gesto de su colaboradora.

—Mejor míralo tú misma. —Al decirlo le tendió una revista. Rachel reconoció una publicación de tirada semanal especializada en prensa rosa.

En un principio, ojeando la portada no vio nada extraño, hasta que, con los ojos abiertos como platos, reconoció la pequeña foto que aparecía al pie de la misma, junto al titular: «¿Misterioso affaire a la vista?». En la imagen se la veía en la entrada del metro junto a Snarley; daba la sensación de que hablaban de manera animada sobre algo. Con una creciente sensación de nerviosismo buscó la noticia ampliada en el interior, cuando la encontró sintió como si le dieran un fuerte puñetazo en la boca del estómago.

—¡Hijo de puta!

Linda hizo un gesto de agobio y salió, cerrando la puerta silenciosamente tras ella a la vez que murmuraba:

—Te dejaré sola. —Pero Rachel no la escuchaba. Con una sensación de enfado creciente fue leyendo lo que el artículo sugería. En ese momento Dennis irrumpió en su despacho.

—¿Qué sucede, Rachel? Te he oído...

Por toda respuesta ella le lanzó la revista.

—¡Ya te dije yo que ese cabrón tramaba algo!

Dennis no pudo evitar que una exclamación de asombro escapara de su boca al ver las fotos que ilustraban el artículo. Leyó textualmente:

«La controvertida periodista de temas paranormales, Rachel Taylor, y su más furibundo detractor, el periodista William Snarley, parece que dejan sus diferencias de lado en la intimidad. Según diversas fuentes llevan un tiempo viéndose en secreto, decidiendo cuándo será el mejor momento para hacer pública una relación que sorprende a todos, no así a sus más allegados. Una fuente cercana a W.S. afirma que él siempre ha mostrado un interés excesivo en todo lo que a Rachel Taylor se refiere y que por eso no les ha pillado por sorpresa esta relación. Esto demuestra, más allá de toda duda, que del odio al amor solo hay un paso».

Aparte de esto, el artículo mostraba varias instantáneas, además de la del metro; una reflejaba el primer encuentro que mantuvieron. En ella se veía a Snarley inclinado hacia ella mientras Rachel sonreía con un gesto que parecía de lo más íntimo. El pie de foto rezaba: «Encuentro íntimo en el Nashville Road's Motel» y debajo la fecha. La siguiente fotografía los mostraba a ambos besándose en lo que parecía una típica despedida de enamorados. «Tierna escena después de compartir una romántica velada en el Cascade, hace solo unos días».

Dennis palideció. Parecía todo tan evidente que poco más se podía decir.

—¡Dios mío, Rachel! ¡Es terrible!

Ella permanecía en silencio, sentada en la mesa y con la cabeza enterrada entre los brazos. Dennis la miró con preocupación.

—Rachel, ¿estás bien?

Alzó la cabeza en un movimiento que transmitía dolor, como si esta pesara toneladas.

—Voy a machacar a ese desgraciado hijo de puta.

—¿Qué te hace pensar que él tiene algo que ver?

—¡Vamos, Dennis! —exclamó ella con incredulidad—. No soy una Kardashian y él tampoco; los periodistas no se arremolinan ante nuestras puertas, ¿cómo han podido saber cada paso que hemos dado? Además, tú eres fotógrafo, mira bien esas fotografías y luego dime qué te sugieren.

—¿Aparte de lo más obvio? —Ella no recibió bien su intento de aligerar el ambiente usando el buen humor, así que él se concentró en las imágenes.

—Bueno, el fotógrafo tenía una perspectiva envidiable, eso está claro.

—Snarley siempre escogía la mesa, ahora que lo dices —añadió ella con resentimiento.

—Pues lo hizo a conciencia ya que la perspectiva es perfecta. Seguramente el fotógrafo se pasaba toda la velada haciendo fotos para luego escoger las que sugerían una actitud más comprometedoras... ¡Dios! Si no supiera la verdad, lo tendría tan claro...

Rachel se levantó de la silla como impulsada por un resorte.

—Voy a ver a ese cabrón ahora mismo.

Dennis la tomó del brazo.

—¡Espera Rachel! Es probable que ahora sí que haya periodistas pendientes de un próximo encuentro... Si os vuelven a ver juntos o saben que has ido a su redacción, poco hay que puedas hacer para convencerlos de que lo que parece evidente no es real.

Ella se detuvo, resoplando con fuerza pero reconociendo la verdad en las palabras de su amigo.

—Siéntate, Rachel, pediré que te traigan algo, un té o un café... Te lo tomas con tranquilidad y luego planificamos cuál va a ser nuestro próximo paso.

—Quiero saber por qué hace esto, qué se esconde detrás de todo este montaje.

—Es extraño porque da la sensación de que a él puede perjudicarle tanto como a ti, más si lo piensas con detenimiento. —Al notar la mirada interrogante de Rachel, Dennis prosiguió diciendo—: Es él el que ha arremetido contra ti tratando de ridiculizar tus teorías, ¿cómo le hace quedar el que ahora parezca que besa el suelo que pisas? —Tras una breve pausa, Dennis añadió—: Snarley ha perdido toda su credibilidad.

—¡También yo!

Su amigo movió la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—Si yo fuese un lector de *Toda la verdad* y viese este reportaje, pensaría que se han estado riendo de mí, que en realidad todo nuestro enfrentamiento no es más que un montaje para sacar rédito periodístico y así ganar más dinero.

—Rachel, eso es un poco retorcido...

—¡No, Dennis! —Ella alzó ligeramente la voz, seguía nerviosa y más enfadada de lo que había estado jamás en su vida—. Piénsalo bien, ¿qué persona que valorara su trabajo tendría una aventura con alguien que se ha encargado de ridiculizarlo y despreciarlo desde el primer momento?

No esperó a que su amigo le respondiera y lo hizo ella misma:

—Exacto, una persona que en realidad no se toma muy en serio lo que hace.

—Rachel, creo que estás exagerando.

Ella hizo un gesto de negación y con la mano le pidió que se callase.

—Déjame pensar, Dennis. —Volvió a sentarse y estuvo unos minutos en silencio mientras pellizcaba su labio con la mirada ausente. Luego volvió a levantarse y se puso a dar vueltas por el despacho—. Solo se me ocurren dos razones para que Snarley haya hecho algo así: para vengarse de mí o por desacreditarme... ¿Cuál crees tú que es más probable?

Dennis sopesó la respuesta con cuidado.

—Siempre cabe la posibilidad de que haya una tercera razón que desconocemos totalmente.

Rachel hizo un gesto con la mano desechando la idea.

—Como bien has dicho, la desconocemos, así que vamos a centrarnos en estas dos.

—Está bien... La venganza es un sentimiento ponzoñoso, pero lo descartaría totalmente.

—¿Por qué? No he accedido a su propuesta.

—Según estas fotografías, él te está acechando desde el primer momento, aún no sabía si ibas a acceder o no a su propuesta. De hecho, aún no lo sabe, ¿no?

—Tienes razón... Entonces nos queda la otra razón: intenta desacreditarme.

Aunque parecía la respuesta más obvia, Dennis continuaba con los labios apretados, seguían sin cuadrarle las cosas.

—Él lleva desacreditándote desde hace muchísimo tiempo, ¿por qué ha

decidido ahora dar este paso tan arriesgado, donde él pierde tanto como tú?

—Eso es lo que vamos a averiguar.

Esa noche Dennis se preparó una copa bien cargada de vodka con tónica y hielo; había ofrecido a Rachel pasar la noche con ella, pero su amiga había rechazado su amable ofrecimiento con una sonrisa cansada.

—Gracias, Dennis, pero estaré bien. —Finalmente Rachel había reconocido la necesidad de dejar pasar unos días antes de iniciar cualquier acción. Actuar en caliente siempre llevaba a cometer errores y debían planificar cada paso con sumo cuidado.

—Mañana no vengas a la redacción, yo me encargaré de todo...

—Mañana voy a Milan.

—Lo había olvidado... Te vendrá bien.

Por primera vez desde que esa maldita revista había caído en sus manos, Rachel había sonreído.

—Ahora solo puedo pensar en estar allí, sentada junto a Chase en el porche y dejando que me abrace hasta que todo este asunto parezca un mal sueño.

Dennis había acariciado el dorso de su mano con ternura.

—Me alegro mucho por ti. — Interpretó de manera correcta el alzamiento de cejas de Rachel y añadió—: Por lo que tienes con Chase, no lo dejes escapar.

—No pienso hacerlo, Dennis, soy consciente de que esto solo se siente una vez en la vida... ¿Recuerdas la entrevista que hicimos al doctor Brian Weiss para nuestra revista con motivo de la publicación de su libro? Lazos de amor, se llamaba el libro.

—Sí, la recuerdo, fue alucinante.

—Yo leí el libro y estoy convencida de que, tal como sostiene el doctor Weiss, todos tenemos un alma gemela a la que no siempre tenemos la suerte de encontrar. Pues bien, estoy segura de que Chase Elliot es mi otra mitad.

Dennis dio un largo trago a su copa torciendo la boca cuando el amargo líquido pasó por su garganta; debía tomar una decisión: también él había estado convencido de que Robert era su alma gemela y ahora estaba a punto de salir de su vida para siempre. Los hechos del día lo habían dejado bastante

melancólico por eso esperaba que la copa lo ayudara a aclarar sus pensamientos. Al día siguiente Robert saldría de su vida para siempre y él aún no había decidido qué iba a hacer al respecto, si es que acaso decidía hacer algo.

Por otro lado, estaba todo ese sucio asunto de Snarley. Debía haber hecho más caso de los celos de Rachel, ella siempre había tenido un instinto envidiable, aunque poco había que hubiera podido hacer para evitar la publicación en esa revista. Sí, cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que William Snarley estaba detrás de todo aquello, ahora debían tratar de desenmascararlo y sospechaba que no iba a ser una tarea fácil.

Dando un profundo suspiro supo que le esperaba una larga noche por delante.

Capítulo 26

No tuvo conciencia de lo mucho que necesitaba estar junto a Chase hasta que divisó la cancela de entrada de su propiedad. En ese momento, sintió como si le quitaran un enorme peso de encima y el alivio fue tan grande y tan inmediato que sintió deseos de llorar.

Cuando llegó a la explanada, se sorprendió al ver a Chase apoyado contra una de las columnas del porche; sin duda alguna sentía la misma impaciencia que ella por estar juntos y no había ido a trabajar; sonrió recordando la intensidad de todos sus reencuentros anteriores. Al bajar del coche subió con ligereza los escalones del porche.

—¡Chase!

Él permaneció con los brazos apoyados sobre la barandilla, imperturbable, y Rachel se detuvo extrañada. Una señal de alarma comenzaba a sonar en su interior al darse cuenta de la postura rígida de Chase y su gesto, mortalmente serio.

—¿Qué sucede, Chase?

—Eso dímelo tú, Rachel.

—No sé a qué te refieres...—Su voz tembló.

—Ayer recibí una visita de lo más molesta, aunque bastante clarificadora, debo añadir.

Rachel lo miraba en silencio, esperando que él continuara explicándose. Su corazón galopaba como un caballo furioso.

—Jennifer vino a traerme una revista... —Sin rastro de humor, añadió—: Sería más acertado decir que me la lanzó a la cara.

—¡Oh Dios mío! ¡El reportaje de Snarley! ¡Lo has visto! —Rachel sintió cómo sus rodillas temblaban y tuvo que tomar asiento en una de las mecedoras.

Durante el viaje de vuelta a Milan había tratado de relegar al fondo de sus pensamientos todo el desagradable asunto del maldito reportaje; por supuesto que pensaba hablarlo con Chase, pero tal vez cuando se encontraran saciados uno en brazos del otro; pensaba que así le resultaría más fácil. Por lo visto,

Jennifer había planeado algo diferente.

—Así es.

—Pensaba contártelo...

—Ya veo —la interrumpió él; el evidente sarcasmo de su voz hizo que ella levantara la cabeza y lo mirara fijamente.

—Chase, no estarás pensando que algo de eso es cierto; se trata de un montaje, una maniobra para... —Él alzó la mano, pidiéndole con ese gesto que no siguiera.

—Aunque sea cómo dices, no sé si estoy preparado para ese tipo de vida. No creí que te dedicaras a estas cosas, Rachel: montajes, intrigas..., ¿en qué lugar me deja esto a mí?

—¡No lo entiendes! —Rachel se sintió horrorizada al comprender que él había malinterpretado sus palabras—. ¡Yo no sabía nada!

En ese momento él entrecerró los ojos y apretó los puños con fuerza; dándose la vuelta agachó la cabeza un instante. Rachel vio como él tomaba aire con fuerza. Al volverse su voz sonó gélida.

—Responde solo a una pregunta.

Ella asintió, sus labios temblaban.

—Esa mujer de las fotografías ¿eres tú?

—Sí, pero...

—¿Las fechas que nombra la revista son correctas?

—¡Chase! ¡Déjame que te lo explique! ¡Es una encerrona! —En ese punto Rachel había comenzado a llorar.

—¿Son correctas o no? — él había alzado la voz, un músculo se tensaba en su mandíbula y sus ojos parecían helados.

—Sí, Chase, pero tienes que oírme...

Chase dejó escapar el aire, de repente su rostro parecía muy cansado.

—Rachel, no quiero saber nada de esto... ni de ti.

—¡Pero no ha habido nada entre Snarley y yo! ¡Debes creerme! —Ella se había levantado y aferraba sus muñecas con desesperación. Él se desasió con firmeza, y la dureza de su mirada hizo que ella soltara un gemido de dolor.

—Aunque eso sea verdad, Rachel, me has engañado; has estado viendo a un hombre a la vez que estabas conmigo...y he tenido que enterarme de una forma

odiosa.

—¡Puedo explicártelo todo, Chase! ¡Déjame hacerlo!

—De verdad, Rachel, no me interesa. —A la vez que lo decía se dirigió hacia la entrada de la casa—. Vete, por favor, no quiero volver a verte.

Ella apenas oyó el portazo. Sus ojos cubiertos de lágrimas hacían que lo viese todo borroso; durante unos minutos permaneció de pie en el porche, como si se hubiese quedado sin voluntad. Finalmente reaccionó, se dirigió hacia su coche y arrancó.

Las lágrimas le dificultaban tanto la visión, que, tuvo que dar un volantazo al darse cuenta de que había invadido el carril contrario y había estado a punto de chocar con otro vehículo. En ese momento decidió parar en el arcén y tratar de tranquilizarse, pero parecía imposible dejar de sentir ese dolor desgarrador que le impedía pensar con claridad. Enterrando la cabeza en el volante rompió a llorar.

Dennis esperó unos minutos antes de entrar en el Aeropuerto Internacional de Nashville; apenas había dormido un par de horas y aún no estaba seguro de querer hacer lo que estaba haciendo.

Lo que le había guiado hasta allí era la necesidad de respuestas, de entender qué había llevado a Robert a actuar como lo había hecho. Tal vez luego de obtenerlas pudiese volver a comenzar de nuevo.

Había estado buscando por internet vuelos a Málaga para ese día y solo había encontrado uno operado por United Trans States Airlines, con escala en Washington.

Aún faltaban tres horas para el embarque, pero esperaba que Robert ya estuviera ahí; siempre había sido puntual y precavido.

Se sobresaltó cuando la megafonía anunció la salida de un vuelo; mientras trataba de recuperar el ritmo normal de su corazón, volvió a plantearse la conveniencia de regresar a la seguridad de su apartamento, pero finalmente se repuso y se dirigió hacia el panel informativo, buscando la puerta de embarque del vuelo de Robert.

Mientras se dirigía hacia allí su corazón comenzó a acelerarse; no había preparado ningún discurso; se presentaba a pecho descubierto, sin plan alternativo. Detuvo sus pasos cuando divisó la alta y elegante figura de

Robert. Como siempre él vestía un traje de corte impecable, llamaba la atención casi sin proponérselo con su increíble apostura latina. Ignorando el furioso rugido de su corazón se dirigió hacia el lugar donde él se encontraba y, cuando estaba a apenas unos quince o veinte metros de distancia sucedieron dos cosas simultáneamente, Robert alzó la vista y lo vio y en ese momento otro hombre alto y moreno al que Dennis reconoció como el acompañante de Robert en La Bella Toscana se dirigió a él para decirle algo.

Dennis, maldiciendo en voz baja su estupidez, dio media vuelta y comenzó a andar con pasos rápidos buscando la salida en la enorme sala; cuando a su espalda escuchó a Robert llamarlo por su nombre, comenzó a correr.

—¡Dennis, por favor!

Él hizo caso omiso, pero justo cuando salía al exterior, Robert lo alcanzó.

—¡Dennis, por favor, espera! —Robert lo detuvo poniendo la mano sobre su brazo. Él se paró, pero echó una inequívoca mirada a la mano que lo sujetaba; Robert la retiró con rapidez—. Has venido.

—Evidentemente, ha sido un error.

—¿Por qué dices eso?

Dennis se lo quedó mirando con la incredulidad reflejada en sus ojos.

—Nunca creí que fueras tan cínico.

—Dennis, no te entiendo —respondió Robert angustiado.

—¡Déjalo! No merece la pena. —A la vez que lo decía, Dennis intentó volver a marcharse, pero Robert lo detuvo.

—Has venido, eso significa algo.

—Te he dicho que no merece la pena.

—¡Maldita sea! ¿Te has propuesto volverme loco?

En ese momento, una voz los interrumpió. El acompañante alto y moreno de Robert los miraba a ambos con el ceño fruncido, su respiración agitada delataba que había estado corriendo.

—Robert, ¿va todo bien?

Dennis lanzó una significativa mirada y se desasió de un brusco tirón.

—Sí, espera un momento Alexis.

¿Alexis? El corazón de Dennis se saltó un latido; Alexis no era un nombre muy común, y él ya lo había oído antes. Alexis se llamaba el hermano de Robert, al que este se sentía muy unido y al que nunca había conocido porque

vivía en Sacramento, California, en la otra punta del país.

—¿Alexis? Él es...

—Mi hermano, ¿qué habías creído? —No fue necesario que Dennis respondiera, su mirada atribulada hizo que Robert comprendiera de inmediato —. ¡Oh, Dennis! ¡No me digas que habías pensado que Alexis y yo...! —Con discreción Alexis se había retirado al darse cuenta de lo que sucedía; eso no evitó que Dennis enrojeciera.

—Os vi en La Bella Toscana, yo no sabía que era tu hermano, ¿cómo podía saberlo? Me dolió tanto que estuvieras con otro hombre en nuestra mesa que no pude pensar con claridad —respondió Dennis a la defensiva.

—Alexis está de vacaciones y ha decidido pasarlas con su triste hermano menor. —Robert esbozó una irónica sonrisa.

—¡Dios! ¡La he cagado totalmente! —murmuró Dennis enterrando la cara entre sus manos.

—¿Por qué? —Robert lo tomó de las manos con suavidad y lo obligó a levantar el rostro, ajeno a las miradas curiosas de los transeúntes—. Yo estoy aquí, tú estás aquí... Para mí, ahora mismo, todo es perfecto.

El corazón de Dennis aleteaba con fuerza dentro de su pecho, aún así se obligó a ser realista.

—Robert, tu avión sale dentro de dos horas.

—No me iré.

Dennis abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—¡No puedes estar hablando en serio! ¿Qué pasará con tu trabajo?

—Bueno, no les gustará, tal vez... En fin, no tendría dificultades en encontrar otro trabajo llegado el caso —murmuró evasivamente.

—No puedo permitirlo, Robert, eso sería algo que siempre se interpondría entre nosotros.

—No, Dennis, si tú estás a mi lado eso no será importante para mí.

Dennis negó con la cabeza.

—Debe haber otra manera, Robert, no puedes decir ahora que no vas. Estoy seguro de que ya te esperan en España.

Robert permaneció pensativo durante unos segundos; sabía que Dennis tenía razón. Si tuviera que elegir entre él y su trabajo, lo tenía clarísimo; apenas podía creer que él estuviese allí, que hubiese decidido perdonarlo.

Pero siempre se habían portado bien en la empresa, confiaban en él y fallarles de esa manera le resultaba doloroso. Así se lo explicó a Dennis.

—¿De verdad estás dispuesto a dejar tu trabajo por mí?

—Si es necesario, por supuesto. Te fallé una vez Dennis y te he prometido que no te fallaré nunca más.

—Robert..., tenemos que encontrar otra manera.

—Ahora que estás aquí, nada de eso me preocupa.

—Robert. —El corazón de Dennis latía con fuerza; aún así, su semblante permanecía serio—. No quiero jugar contigo, tampoco engañarte: sigo sintiéndome furioso por lo que me hiciste y no me va a resultar fácil volver a confiar en ti.

Robert bajó los ojos, avergonzado.

—Pero el que estés aquí significa que vas a darme otra oportunidad, ¿no es así?

Dennis apretó los labios.

—No quiero que nos precipitemos.

—Tal vez si manifiesto mi intención de renunciar, pero prometo empezar el trabajo hasta que encuentren un sustituto...

—Está bien así, Robert, tal vez sea justo lo que necesitamos para empezar desde el principio.

Robert miró a Dennis con la duda reflejada en su mirada.

—Eso puede llevar semanas, tal vez meses...

—Robert, yo estaré aquí, esperándote.

—Dennis, tengo miedo. Pueden pasar muchas cosas en ese tiempo.

Dennis sonrió.

—He intentado con todas mis fuerzas olvidarte, he tratado de conocer a otras personas... Todo ha sido en vano, Robert—. Acariciando el rostro crispado del hombre que lo miraba con los ojos humedecidos, añadió—: Créeme, te estaré esperando.

—Dennis, esto no es un sueño, ¿verdad?

—No, no lo es. —Robert lo encerró en sus brazos y la familiaridad de su cuerpo y su olor lo reconfortó como ninguna palabra sería capaz de hacer. Tras unos segundos se separó ligeramente y murmuró—: Tal vez es el momento de

que me presentes a tu hermano.

Unas horas después, Dennis salía del ascensor que lo llevaba a la puerta de su apartamento con una enorme sonrisa dibujada en su rostro; había sido difícil despedirse de Robert pero, a la vez, dulce. Hablarían a través del WhatsApp y el Skype e iniciarían de nuevo su relación de manera gradual, algo que, estaba seguro, los beneficiaría mucho. Por otra parte, esas semanas en las que estarían separados también le vendrían bien para centrarse en el tema de Snarley. Rachel simplemente había pospuesto el asunto, a su regreso de Milan ella querría las pelotas de Snarley en bandeja. Y él estaba más que dispuesto a ayudarla a conseguirlas.

Cuando se abrió la puerta, su sonrisa se congeló en el rostro. Sentada en el pasillo enmoquetado, junto a su puerta, se encontraba Rachel. Tenía un aspecto horroroso con el rostro pálido y los ojos enrojecidos.

—¡Rachel! ¿Qué haces aquí?

—Hola, Dennis. —Ella se levantó con dificultad, como si en vez de la atlética treintañera que era fuese una anciana de ochenta años.

—¡Dios mío, Rachel! ¿Estás bien?

—He tenido momentos mejores. —Y tras decirlo rompió a llorar.

Media hora más tarde, acurrucada en el sofá y con una infusión entre las manos, Rachel parecía haberse tranquilizado un poco.

—Ni siquiera me dejó que se lo explicara.

—Tal vez si voy yo a hablar con él...

Rachel esbozó una triste sonrisa.

—No serviría de nada y tampoco puedo culparle del todo. El reportaje es muy explícito, es muy difícil no dar crédito a lo que sugiere. Cuando él me preguntó si esa mujer era yo y si las fechas eran correctas, supe que había cavado mi propia tumba... —Rachel movió la cabeza con tristeza—. Lo he perdido, Dennis, y ni siquiera sé cómo continuar sin él.

—Vamos, Rachel. —Dennis apretó con ternura la mano de su amiga—. Chase debe estar molesto y enfadado; dentro de un tiempo recapacitará y probablemente te pedirá una explicación. Esa será tu oportunidad.

—Él es muy orgulloso, creo que se siente herido y no querrá saber nada más de mí. Sé que nunca perdonaría una traición.

—¡Pero tú no lo has traicionado! —rebatíó su amigo con énfasis.

—Todo lo que él sabe lo lleva a pensar que sí —replicó ella con una resignación que Dennis pocas veces le había oído.

—No pienses en eso ahora, Rachel, dale tiempo.

Tras un largo sorbo a su taza, Rachel hizo una mueca de asco.

—¿Qué diablos me has puesto? ¿Matarratas?

—Tila. Calmará tus nervios.

—Lo único capaz de calmar mis nervios será ver a ese gusano de Snarley arrastrarse por el fango.

Capítulo 27

Brione trasteaba por la casa en apariencia ocupada con sus quehaceres cotidianos, pero su penetrante mirada se clavaba con frecuencia en el rostro pálido y crispado de Chase, que cenaba en silencio.

—¿Ya no viene la señorita Taylor a visitarte?

Él tardó un rato en contestar, de hecho Brione pensó que iba a ignorar su pregunta.

—No.

—¿Mucho trabajo?

Chase dejó el tenedor en el plato y se enfrentó a la mirada color café de su empleada.

—Ella ya no va a volver más.

—Vaya... —se limitó a responder ella tras unos segundos de silencio.

Con alivio, Chase pensó que la mujer iba a dejar de hacerle preguntas; debía haber sabido que ese no era el estilo de Brione.

—Creía que con esta iba en serio.

—No es tan simple, Brione.

—Iba a hacer un descanso, tengo tiempo para que me lo expliques —dijo ella soltando el cubo que en ese momento llevaba en la mano.

Chase soltó un resoplido y apartó el plato a la vez que echaba la silla hacia atrás. Sabía que cuando a Brione se le metía algo entre ceja y ceja no paraba hasta salirse con la suya.

—Las cosas no han ido como yo esperaba.

—¿Y qué esperabas exactamente? Porque lo que yo he visto es a dos personas locas la una por la otra.

Él soltó una risa amarga, que sonó como una burla.

—Esta vez tu intuición te ha fallado, Brione.

Ella movió la cabeza y chasqueó sus labios como si lo que Chase decía fuera una barbaridad.

—Desde que te divorciaste de esa mujer no has vuelto a...

—Rachel me ha engañado. —Chase lo dijo sin ninguna inflexión en la voz, deseando que la cruda verdad sirviera para que Brione dejara de atormentarlo.

Durante unos segundos pareció que así era. Brione parecía haber enmudecido.

—¿Estás seguro? —preguntó tras haberse recobrado de la sorpresa.

Por toda respuesta él se dirigió a su habitación; al salir llevaba la revista en la mano, abierta por la página donde aparecía el artículo que hablaba sobre la relación de Rachel y Snarley.

—Míralo tú misma... y luego tira esa basura.

Durante unos minutos Brione permaneció concentrada, leyendo el artículo, luego, tal como Chase le había pedido, se dirigió a la cocina y lo pasó por el triturador de basuras.

—Espero que esta no haya sido la única razón por la que has dejado escapar a esa muchacha.

Chase miró a Brione como si de repente le hubiesen salido cuernos y rabo.

—¿Acaso te parece una razón infundada?

—Este tipo de revista están llenos de embustes e invenciones, cualquier niño de la escuela elemental te lo diría.

—¡Ella lo admitió! ¡Lo que muestran las fotografías es real y sucedió cuando ya estábamos juntos!

Brione no se dejó impresionar por los argumentos de Chase.

— Me temo que tu orgullo te hace actuar de maneras de las que acabarás arrepintiéndote.

Chase se dejó caer en el sofá, el mismo que había cambiado en cuanto supo lo mucho que le desagradaba a Rachel. Su aspecto era el de un hombre derrotado;

—Brione, si hay algo que no soporto es la mentira. He convivido con ella, me he aferrado a ella esperando que las cosas se arreglasen solas, pero no sirvió de nada; solo trajo más amargura y desilusión. Creí que con Rachel iba a ser distinto, pero me he equivocado. Tal vez sea mejor que las cosas hayan ocurrido así; más adelante hubiese sido todo mucho más doloroso.

—Hablas como si hubieses estado esperando desde el primer momento que las cosas se torcieran.

—Si así hubiese sido, no habría estado equivocado, ¿no es cierto? —

sentenció él con amargura.

Dennis dejó a un lado el *Nashville Today*; la columna habitual de Snarley había desaparecido; ahora una nueva sección, firmada por una periodista a la que Dennis no conocía, desgranaba los entresijos del nuevo reality show de la TN.

—Tal vez todo este asunto del reportaje también ha tenido costes para él.

—Es lo menos que merece ese malnacido —respondió Rachel con rabia—. Estoy decidida a hacer todo lo que esté en mi mano para desenmascararlo de tal manera que tenga que marcharse de aquí con el rabo entre las piernas.

A pesar de la amargura que destilaba, Dennis acogió con alivio la ira de Rachel. Durante los días que siguieron a su regreso de Milan, la joven había estado totalmente hundida, y aunque su rostro se veía demacrado y profundas ojeras subrayaban sus ojos, el hecho de que se mostrara combativa constituía un cambio consolador frente a la actitud derrotista y deprimida que había mantenido con anterioridad.

—¿Cuál es tu plan, lady Venganza?

Rachel llevaba varias noches sin poder conciliar el sueño y cuando por fin el cansancio la derrotaba, su sueño era inquieto y poblado de malos augurios. Lo único que la ayudaba a mantenerse cuerda en mitad de su tristeza era planificar cada paso que iba a dar para desenmascarar a William Snarley; este había irrumpido en su vida con la única idea de sabotearla por motivos que a ella se le escapaban. Quería conocer esos motivos y, a ser posible, quería devolverle el golpe. La información era poder y a conseguir toda la información posible sobre él pensaba dedicar todos sus esfuerzos. Así se lo dijo a Dennis.

—¿Cuál de nuestros trabajadores dirías que es el que sabe más de informática? —preguntó ella a su vez.

—Claire, sin duda. —La respuesta de Dennis fue inmediata.

—Bien, hablaremos con Claire y le diremos que rastree a Snarley hasta que descubra todo lo que se pueda saber de él, cualquier dato; quiero saber hasta qué diente se le cayó primero a ese cabrón.

Dennis lanzó un silbido de sorpresa.

—Veo que vamos a ir a por todas.

—Así es. —Su voz sonaba llena de determinación—. Habla tú con Claire, yo tengo una cita pendiente. —Al ver las cejas de Dennis alzadas de manera interrogante, añadió—: Ya te contaré cuando vuelva.

—Rachel, si tiene algo que ver con Snarley, tal vez debería acompañarte.

—No, Dennis, quédate junto a Claire y cuando vuelva me cuentas todo lo que hayáis averiguado.

—De acuerdo, Rachel —respondió él tras un leve titubeo. No pensaba decir nada que la desanimara—, pero prométeme que tendrás cuidado.

—Por supuesto que lo tendré; no debes preocuparte por nada.

Rachel apuró su café, había llegado con más de media hora de antelación al lugar de la cita y rezaba en voz baja para que el reportero no le fallara. Había llamado al periodista que firmaba el artículo sobre ella y Snarley, y este había accedido de inmediato a encontrarse con ella. Sin duda, preveía succulentas novedades sobre su supuesta relación.

Cinco minutos después de la hora acordada, entró un hombre que, tras mirar en derredor, esbozó una ancha sonrisa al reconocerla.

—Señorita Taylor. —Extendió la mano que ella estrechó brevemente. Aunque sabía que él no era culpable de lo sucedido, no podía evitar sentir cierto rechazo por el hombre que, consciente o inconscientemente, había seguido el juego de Snarley.

—Siéntese, por favor, señor Harris. —Este así lo hizo—. ¿Le apetece beber algo?

—Un café estaría bien.

Tras pedirlo y dar un pequeño sorbo, el hombre pareció dedicar toda su atención a Rachel.

—Déjeme decirle que es usted mucho más atractiva en persona que en las fotos.

Ella ignoró el piropo.

—Señor Harris el único motivo por el que quería verlo era para averiguar quién le proporcionó la información para elaborar el artículo sobre la supuesta relación que mantengo con Snarley.

Él sonrió, un gesto taimado.

—¿Supuesta?

—Tan falsa como un billete de tres dólares.

Él entrecerró los ojos y dio un sorbo a su café sin apartar los ojos de su rostro. Rachel soportó el escrutinio sin alterarse lo más mínimo.

—Como buena periodista que es, sabrá que no voy a revelar mis fuentes.

Ella no se sorprendió, esperaba algo así y no pensaba andarse con rodeos. Mirándolo con fijeza, añadió:

—El asunto es, señor Harris, que estoy cabreada como una mona. El señor Snarley me ha tendido una trampa, y yo voy a dedicar cada minuto de mi vida a partir de este momento a descubrir por qué lo ha hecho, y créame, lo voy a conseguir. —Tras decir esto hizo una pausa cargada de significado—. Una vez lo haya hecho, voy a usar mi revista, que como usted sabrá tiene casi el triple de tirada que la suya, así como mi canal de Youtube y cualquier televisión en la que me quieran invitar, para dar a conocer todo este complot, con pruebas, por supuesto.

El señor Harris había empalidecido ligeramente y la miraba con el semblante serio. Rachel, satisfecha, continuó:

—Su papel en todo esto puede pasar desapercibido o, por el contrario, puedo señalarle como el cómplice necesario para elaborar este burdo montaje con fines engañosos... Créame, no le resultará fácil recuperar su credibilidad después de eso.

—Creo que se está marcando un farol. —Su voz sonó algo insegura al decirlo.

—Ya comprobará que no. —Al decirlo se levantó, dispuesta a marcharse.

—¡Espere, señorita Taylor!

Antes de volverse, Rachel no pudo evitar que una sonrisa de triunfo se dibujara en su rostro.

Anocheecía cuando llegó a la redacción de *Toda la verdad*, impaciente por hablar con Dennis y comprobar todo lo que hubiesen averiguado Claire y él. Prácticamente todos los empleados se habían marchado y Sean, el vigilante nocturno, ya había comenzado su turno.

—¡Rachel! ¡Por fin! —exclamó su amigo cuando la vio entrar en su despacho—. ¿Dónde has estado?

—Luego te lo cuento —exclamó ella—, antes quiero saber qué habéis descubierto Claire y tú.

—Primero siéntate.

Ella lo miró con perplejidad.

—¿Tanto me va a sorprender?

—Sí, pero no por lo que tú te imaginas.

Rachel hizo caso a su sugerencia y se sentó mientras no dejaba de seguir sus movimientos con los ojos muy abiertos.

—Dispara.

—El rastro de Snarley parece perderse en Prestonsburg, Kentucky, donde estuvo trabajando en un periódico de tirada local algo menos de un año antes de venir aquí, como columnista del *Nashville Today*.

—No entiendo...

—No hay nada, Rachel, su nombre no aparece en ningún lugar. Ninguna universidad, ni localidad natal, ningún trabajo antes de Prestonsburg... Nada, Rachel.

La cara de Rachel expresaba a las claras la incredulidad que sentía.

—¿Estás seguro de que habéis realizado una búsqueda exhaustiva?

—Rachel, Claire es alucinante. Domina las redes como nadie que yo haya visto. Hemos mirado en todas las facultades de periodismo, hemos accedido a las fotos de graduación, en un intervalo de más de treinta años y no aparece en ninguna...

—Tal vez haya estudiado en una universidad extranjera, en Canadá, en Europa.

—Tal vez, pero ¿no te resulta extraño que no haya ni rastro de él antes de Prestonsburg? Esos son como poco treinta años de su vida en blanco.

Por lo que ellos sabían, por haber sufrido sus acometidas dialécticas a través de su columna, Snarley llevaba al menos tres años en Nashville, más otro en Prestonsburg y antes de eso la nada más absoluta. Rachel trató de hacer memoria de todo lo que él le había contado en sus encuentros, sobre todo en la primera cita, cuando Snarley pareció sincerarse y hablarle de dónde venía su interés por los OVNI, pero con sorpresa reparó en el hecho de que él le había contado una historia sin aportar ni un solo dato objetivo o comprobable; no había dicho de qué lugar era o dónde estaba en ese momento, no explicó

quiénes eran sus amigos, ni siquiera cómo le había afectado a él el fenómeno, más allá del interés que el avistamiento había despertado en él.

—Ese maldito hijo de puta ha sido muy cuidadoso —murmuró ella entre dientes—, ni una sola vez ha revelado nada que no quisiera decir.

—Así es —asintió Dennis— y, si lo piensas bien, eso es más sospechoso que cualquier otra cosa que hubiésemos podido encontrar.

—Sospechoso, sí, y muy extraño.

Durante unos minutos ambos se quedaron en silencio, reflexionando sobre esta nueva información, o más bien, ausencia de ella. Luego Dennis pareció recordar algo y tomando aire audiblemente exclamó:

—¿Qué tal te ha ido a ti? ¿Has logrado averiguar de dónde partió la información?

—Suma más misterio al que ya tenemos: Harris dice que recibió un sobre anónimo en su apartado postal; dentro estaban las fotos con las fechas y los lugares donde fueron tomadas, solo eso.

Dennis la contempló con la boca abierta. Si había tenido alguna duda sobre la implicación de Snarley, esta se había disipado por completo, y así se lo dijo a Rachel.

—Si un fotógrafo freelance hubiese conseguido esas instantáneas, hubiese hecho negocio con ellas; esas fotos valen dinero, Rachel. —El tono de su amigo era serio, al igual que su semblante—. Quien ha proporcionado esas fotografías tenía un claro objetivo: tú.

Capítulo 28

A pesar del extraño vacío que parecía rodear la vida de Snarley, Rachel se había tomado la tarea de desenmascararlo como algo personal y no pensaba parar hasta conseguirlo.

El excelente trabajo coordinado del equipo de *Toda la verdad* hacía que ella pudiese disponer de mucho tiempo para dedicarse a su investigación, el mismo tiempo que había pensado dedicar a Chase, recordó con tristeza.

Dejando de lado unos pensamientos que solo le traían amargura, Rachel enfiló la avenida en la que se encontraba el edificio donde tenía su sede social el *Nashville Today*. No había concertado una cita con el director, pero no pensaba marcharse de allí hasta haber hablado con él.

La séptima planta del edificio albergaba las oficinas que el *Nashville Today* tenía como centro ejecutivo; los redactores se encontraban en otra planta. Al abrirse la puerta del ascensor, Rachel observó una estancia bastante diáfana, con grandes ventanales y enmoquetada en un elegante color chocolate. Se dirigió al mostrador de recepción y solicitó a la amable e impersonal secretaria que le atendió ver al director.

—¿Tiene usted cita, señorita...?

—Taylor. —Comienzan los problemas, pensó ella con fastidio—. No, no tengo cita, pero se trata de un asunto muy importante.

—Lo siento, señorita Taylor, el señor Moore no recibe sin cita.

Rachel esbozó una sonrisa desprovista de cualquier vestigio de calidez. Sentía tanta furia e impotencia que se veía capaz de irrumpir en el despacho del señor Moore con la misma brutalidad con la que sin duda Atila y sus hunos cayeron sobre los Balcanes; de hecho, no descartaba hacerlo si esa imperturbable mujer seguía negándole el paso. Inclinandose un poco sobre el mostrador que las separaba, Rachel murmuró:

—Como ya le he dicho, se trata de un asunto muy importante. No pienso marcharme de aquí hasta que haya hablado con él, no me haga tener que demostrárselo.

La mirada impersonal de la secretaria se tornó en otra de manifiesta

antipatía. Por un momento pareció que iba a abandonar sus modales impecables para dejar escapar una respuesta digna de la más arrabalera fulana. «Inténtalo, zorra», pensó Rachel con animosidad. Pero enseguida la secretaria se recompuso y con voz gélida anunció:

—Le diré al señor Moore que está aquí.

Rachel la siguió con la vista mientras se dirigía, taconeando con furia, hacia una de las dos puertas que se veían en el fondo de la sala. A los dos minutos volvió a salir.

—Pase, por favor.

Rachel se encaminó hacia la puerta sin esperar a que la mujer la acompañara; dio un suave toque con los dedos en la puerta. Enseguida recibió el permiso para entrar.

La decoración del despacho seguía la misma línea funcional y ecléctica que el enorme hall de entrada, despejado y muy luminoso. Al igual que ella misma, el señor Moore tenía enmarcados algunos números de su periódico además de algunas fotografías en las que se lo veía saludando a personajes relevantes, entre ellos a John Kerry; con ironía pensó que ella no era tan afortunada en amigos ya que ningún personaje de cierta relevancia social se arriesgaría a convertirse en el hazmerreír por su amistad con alguien que publicaba una revista como la suya.

—Señorita Taylor, Rachel, imagino, ¿no? —exclamó el señor Moore levantándose del asiento que ocupaba detrás de su mesa y extendiendo la mano.

—Veo que me conoce —respondió ella mientras la estrechaba. Sin disimulo estudió al señor Moore. Se trataba de un hombre alto y voluminoso. Su pelo castaño estaba salpicado de abundantes canas y sus ojos azules la miraban con intensidad.

—Por supuesto, señorita Taylor, imagino que usted y Snarley se habrán reído de lo lindo a mi costa.

Rachel lo miró con sorpresa a la vez que hacía caso de su gesto para que se sentase.

—¿Por qué dice eso, señor Moore?

—¿No es evidente? —Él la miraba con gesto ceñudo—. Mientras en público parecían llevarse como el perro y el gato, y hacían las delicias de mis

lectores, en la intimidad las cosas parecían ser muy diferentes.

Rachel tomó aire con fuerza; o el señor Moore era un actor consumado o no tenía nada que ver en todo el asunto del reportaje.

Yo estoy tan desconcertada como usted, es probable que más. —La mirada que le lanzó el señor Moore evidenciaba que no le creía—. El reportaje ha tenido un alto coste para mí, no solo profesional, por la misma pérdida de credibilidad de la que usted habla, sino también personal.

—No me negará que es usted la de las fotos...

Rachel se mordió los labios; el señor Moore estaba esgrimiendo los mismos argumentos que Chase; ella debía reconocer que esas imágenes parecían mostrar una relación de carácter íntimo.

—No puedo negarlo, pero Snarley y yo solo nos hemos citado dos veces, siempre por insistencia suya. —Notando cómo se aceleraba al hablar, se interrumpió, tomó aire un par de veces para tratar de tranquilizarse y continuó diciendo—: Si se fija bien en la fotografía en la que me besa, yo no participo de ninguna manera en ese beso. —Rachel sacó de su bolso un ejemplar de la revista doblado por la mitad y se la mostró al señor Moore.

Este le echó un rápido vistazo, aunque luego algo pareció llamar su atención y se dedicó a estudiarla durante unos minutos. Dennis había marcado con cruces los lugares desde donde se habría colocado el fotógrafo y había hecho algunas anotaciones al respecto. Después de un rato el señor Moore volvió a dejar la revista sobre la mesa.

—¿Por qué ha venido a verme, señorita Taylor?

Creo que Snarley está detrás de esto y que quiere perjudicarme. Solo pretendo desenmascararlo y esperaba que usted me pudiese dar alguna información sobre él.

—¿Qué clase de información? —Moore parecía renuente, aunque esa pregunta implicaba que no se cerraba del todo a responderla

—He estado investigando sus antecedentes profesionales y le pierdo la pista en Prestonsburg; antes de eso es como si no hubiese existido. Imagino que cuando usted lo contrató tenía algunas referencias.

—Así es, brillantes por lo que recuerdo.

—¿Podría verlas?

El señor Moore hizo una mueca frunciendo sus labios.

—No guardamos las referencias de nuestros trabajadores, señorita Taylor. Ella no pudo evitar un gesto de desilusión.

—Al menos recordará algo de sus brillantes referencias. —No pudo evitar el sarcasmo en su voz.

—Lo cierto es que no, señorita Taylor.

Ella se mordió el labio inferior, pensativa. Por un momento consideró que tal vez Moore estuviese mintiendo, si pudiese encontrar una manera de burlar la seguridad y acceder a los archivos...

—Tal vez podría volver a pedírselos, señor Moore; estoy dispuesta a hacer cualquier trato que me proponga a cambio de esa información.

El señor Moore esbozó una enigmática sonrisa.

—Su oferta es muy tentadora, señorita Taylor, el problema es que no sé dónde está Snarley. Desapareció el mismo día que salió ese reportaje.

Chase tenía problemas para dormir, le sucedía así desde el día en que Jennifer había aparecido en su propiedad con esa maldita revista. Daba vueltas en su cama, descansaba a ratos y estaba de un humor de mil demonios. Eso sin hablar de su otro problema, ese que le hacía levantarse con el cuerpo ardiendo y el recuerdo del suave cuerpo de Rachel debajo del suyo, o encima... No se había tocado tanto desde que tenía quince años.

Había pensado más veces de las que quería admitir en ir a Nashville y hablar con ella; Rachel le había asegurado que las cosas no eran lo que parecían, pero él había podido oír como las campanas de alarma en su cabeza comenzaban a sonar. No quería dejarse engañar, no quería volver a sufrir..., pero algo fallaba en su teorema porque estaba sufriendo y la indecisión lo atormentaba. Se había refugiado en su zona de confort, esa en la que no dejaba entrar a nadie para no arriesgarse a que lo desilusionaran, pero una vocecilla insistente le repetía que tal vez Rachel tuviese una explicación lógica para esas imágenes... La duda lo torturaba.

Soltando un fuerte bufido se levantó de la cama, se puso un pantalón vaquero, una camiseta y sus botas, y salió fuera, esperando que la suave brisa nocturna calmara su inquietud. La luna creciente permitía vislumbrar lo que lo rodeaba con una tenue claridad que dotaba al mundo que dormía con placidez de un aire misterioso y etéreo. Apoyado en la balaustrada recordó las largas

tardes que había pasado allí con Rachel, hablando de todo y de nada, y maldiciendo por lo bajo decidió caminar por la plantación mientras se esforzaba por concentrarse en los asuntos cotidianos de la propiedad. Acabaría expulsando su recuerdo de su mente y de su piel, como se expulsa a un demonio insidioso, pero... ¿cuál sería el precio que tendría que pagar por ello?

Sin ser verdaderamente consciente, sus pasos lo guiaron hacia el lugar donde había aparecido el círculo. Este había perdido su nitidez, pero tal y como había tenido que admitir ante Rachel, esa zona parecía emitir una energía especial, una especie de vibración que aún, de manera muy tenue, podía sentirse. De repente algo llamó su atención, con sorpresa se dio cuenta de que una extraña luz parecía haber aparecido de la nada y permanecía suspendida sobre su plantación. Estaba bastante alta, y él no pudo calcular con precisión la distancia; su corazón comenzó a latir con fuerza, pero se dijo que con toda probabilidad se trataba de un satélite artificial.

En ese momento la luz comenzó a moverse, lo hacía de izquierda a derecha en un extraño movimiento en zigzag que Chase no había visto antes. Con creciente estupor observó cómo la extraña luz parecía multiplicarse hasta que pudo contar tres esferas luminosas que se movían como si ejecutaran una extraña danza tribal.

Chase sintió cómo su boca se secaba; a pesar de su escepticismo sabía que lo que estaba viendo no era algo natural. Se preguntó si alguien estaba gastándole una broma pesada, pero enseguida desechó la idea. Era totalmente imposible.

Las luces parecieron intensificar su luminosidad y, de repente, desaparecieron como si nunca hubiesen estado allí. Durante unos minutos más Chase continuó escudriñando el cielo, esperando que volviesen a aparecer, pero eso no sucedió. En ese momento comenzó a oír con fuerza el chirrido de las chicharras y se sobresaltó, ¿se habían callado mientras se veían las misteriosas luces o él había estado tan concentrado en ellas que no les había prestado atención? Era una cuestión que no podía responder.

Sintió la ausencia de Rachel como una pesada losa; a ella le habría encantado estar allí, en cierta forma todo lo que tuviese que ver con el círculo le pertenecía y ese momento sin ella era menos espectacular. Recordó el artículo que Rachel había escrito sobre el círculo, ese que le había mostrado

con una mirada ansiosa mientras se mordía el labio inferior en un claro gesto de nerviosismo; había hablado de las dimensiones del círculo, del extraño mensaje escrito en código binario, de las alteraciones magnéticas que había registrado en el interior y del resultado que había arrojado el análisis de los tallos. Había incluido las manifestaciones del sheriff respecto a las denuncias que se habían recibido y la ausencia absoluta de indicios que permitieran sospechar del autor o autores del mismo. Había entrevistado a un científico escéptico que había apuntado a empresas que hacían ese tipo de cosas como reclamo publicitario (Rachel había apuntado en su réplica que el dueño de la plantación no tenía conocimiento de nada de esto y cuán difícil era acceder a la plantación con todo el equipo necesario sin el conocimiento del dueño), también había entrevistado a un extranjero experto en círculos de las cosechas, un español llamado Vicente Fuentes, que aportó interesantes datos apoyados en años de estudio sobre alguno de los círculos más controvertidos de la historia; había relacionado las características de este círculo con los de otros aparecidos en Inglaterra y había incluido increíbles fotografías aéreas y otras sobre el terreno. En definitiva, había expuesto todo lo que había podido investigar con rigor y de manera atrayente, pero en ningún momento había dejado entrever cuál era su opinión personal al respecto. Chase no entendía nada de periodismo, pero le parecía que ella era de las buenas; se preguntó en qué diablos estaría pensando el imbécil de su prometido para haberla dejado escapar... y entonces cayó en la cuenta de que él había hecho exactamente lo mismo.

Rachel conducía sin prestar atención a lo que el locutor de la cadena *The Outlaws Radio* decía en ese momento. Su semblante serio daba cuenta de las preocupaciones que rondaban su mente, la menor de las cuales era descubrir las motivaciones de Snarley.

Tenía algo más de cinco horas de viaje hasta llegar a Prestonsburg y, aunque esperaba regresar pronto, su intención era tirar de cualquier hilo que sirviera para desmadejar el apretado ovillo que parecía ser la vida de William Snarley.

Le había costado bastante convencer a Dennis de que no la acompañara. Aunque el grueso del trabajo de selección estaba listo, y el trabajo de maquetación de los artículos correspondía a otros empleados, le gustaba que

Dennis y ella controlaran todo el proceso; tal como le había explicado a su amigo no podían arriesgarse a marcharse los dos sin tener fecha de regreso, como era el caso. Así que, a pesar de sus protestas y sus encendidas recomendaciones para que tuviese cuidado y lo mantuviese al corriente de cualquier novedad, Rachel finalmente había logrado imponer su voluntad y había conseguido marcharse sola.

En ese momento, algo que dijo el locutor llamó de manera inmediata su atención. Estaban emitiendo un programa en el cual los radioyentes hacían peticiones de canciones. Una tal Vanessa, de Cleveland, pedía la canción *Bless the broken road*, de los Rascal Flatts.

—No, por favor —murmuró ella en voz alta.

Apartando un instante la vista de la carretera, buscó el botón de la radio que le permitiría cambiar de emisora, pero antes de que pudiera hacerlo los primeros acordes de la canción comenzaron a sonar.

Cerró el puño con fuerza y volvió a poner la mano sobre el volante. Con los dientes apretados y la mandíbula tensa escuchó la canción mientras su memoria reproducía los recuerdos del día en que la habían escuchado juntos.

No fue consciente de que había empezado a llorar hasta que el lento sendero de una lágrima resbalando por su mejilla le hizo cosquillas.

Una carretera rota, una relación que parecía imposible le había proporcionado en un breve instante de tiempo más felicidad que todos los años que había compartido con John, al que tanto quiso. ¿Cómo resignarse a haberlo perdido? ¿Cómo afrontar los largos años que esperaba vivir recordando que una vez tuvo toda la felicidad del mundo en su mano y esta se escapó de entre sus dedos como el agua de lluvia? ¿Cómo sobrevivir cada día con ese negro vacío que parecía consumirla desde que Chase la apartó de su lado?

Capítulo 29

La modesta redacción del semanario donde Snarley había estado trabajando en Prestonsburg provocó en ella gratos recuerdos de los comienzos de *Toda la verdad*. A su alrededor los escasos empleados daban la sensación de trabajar frenéticamente, y nadie parecía prestarle la menor atención.

Observando con atención a su alrededor se dio cuenta de que una chica parecía mantenerse algo alejada y sonreía abiertamente mientras hablaba por teléfono; su semblante relajado y alegre le hizo suponer que sería más accesible que el resto. Decidió esperar a que terminara y dirigirse a ella. La joven se dio cuenta de su intención y le hizo un gesto con la mano pidiéndole que esperara, ella asintió con la cabeza.

Cuando hubo colgado el teléfono, la miró y alzó las cejas en muda interrogación. No había perdido su sonrisa.

—Buenos días, mi nombre es Rachel Taylor.

—¿Rachel Taylor? —La chica había fruncido el ceño—. ¿La misma Rachel Taylor de *Toda la verdad*?

Rachel esbozó una ancha sonrisa, sorprendida y halagada a partes iguales.

—La misma.

—¡Vaya! —La joven se había inclinado sobre su escritorio y la miraba con abierta curiosidad—. Suelo leer su revista, señorita Taylor, déjeme felicitarla, es genial.

—Muchas gracias. —Rachel se sentía encantada. Si esa joven apreciaba su trabajo, había muchas posibilidades de que se sintiera inclinada a ayudarla.

—Y dígame ¿qué puedo hacer por usted? —La curiosidad era patente en su voz.

—En realidad, me gustaría hablar con el director.

La sonrisa de la joven pareció ensancharse.

—Yo soy la directora.

Ahora le tocó el turno a Rachel de mostrar su sorpresa.

—¿Usted?

—Así es, Melanie Latham. —La joven extendió la mano, y Rachel se la

estrechó sonriendo—. Usted dirá, señorita Taylor.

—Por favor, llámeme Rachel.

—Está bien, Rachel.

—Verá, en realidad, quería saber sobre alguien que estuvo aquí hace unos cinco años, no sé si usted ya era...

—Por favor, Rachel, tutéeme; yo, si no le importa, haré lo mismo. —Rachel se limitó a asentir, sonriente y la joven continuó hablando: —Hace cinco años, mi padre yo fundamos este periódico, Rachel —interrumpió Melanie sin perder la sonrisa.

—¡Estupendo! —Así que esa amable joven podría decirle lo que ella quería—. Discúlpame, pero te he visto tan joven que...

—No te preocupes. Mi padre era reportero en un canal de televisión, pero su sueño era tener su propia publicación. Cuando acabé la carrera de periodismo, decidimos intentarlo.

—Es admirable, Melanie, tu padre estará muy orgulloso.

—Imagino que sí, murió hace cuatro años. —Por primera vez en toda la conversación, la voz de Melanie se nubló.

—Vaya, lo lamento. —Rachel miró con admiración a su interlocutora. No debía tener aún los treinta años y había sido capaz de sacar adelante una publicación que, por lo que había podido averiguar, tenía un éxito modesto pero constante.

—Gracias, pero ¿quién es esa persona sobre la que quieres información?

—Se llama William Snarley.

—¡Ah, Snarley!

—¿Lo recuerdas?

—¡Cómo no! Creo que ahora tiene mucho éxito como periodista, ¿no es cierto?

—No le ha ido mal... a mi costa.

Melanie lanzó una suave carcajada.

—Veo que no es tu mejor amigo.

—Puedes apostar por ello —respondió ella sombríamente.

Melanie asintió en silencio.

—Está bien, ¿qué quieres saber exactamente?

—He seguido su rastro hasta aquí, pero antes de trabajar en tu periódico es como si no existiese. Tal vez podrías aportarme algún dato sobre él, su trabajo anterior, su localidad natal... —Con voz esperanzada añadió—: Si tuvieras sus referencias, sería fenomenal.

—Rachel, lamento decirte esto, pero no voy a poder ayudarte. Cuando Snarley llegó, estábamos bajo mínimos. Le ofrecí el trabajo de inmediato, ni siquiera le pedí referencias. Uno de nuestros reporteros había, literalmente, desaparecido.

Rachel luchó por ocultar la desilusión que sentía; cada vez estaba más convencida de que algo muy turbio rodeaba la figura y las intenciones de Snarley. En su vida parecían haberse dado una serie de afortunadas circunstancias que lo habían colocado justo en el lugar donde quería estar, era como si se hubiese creado a sí mismo a partir de Prestonsburg. Este pensamiento hizo que una extraña idea comenzase a germinar, algo sutil como la comezón de un picor que no acaba de definirse.

—Imagino que en ese tiempo nunca llegó a intimar con nadie, ¿verdad? —Había hecho la pregunta conociendo la respuesta. El germen de su corazonada comenzaba a hacerse más y más grande.

—La verdad es que no, era bastante solitario y un poco extraño.

Rachel se quedó pensativa, calculando cuál podría ser su siguiente paso. De repente, se le ocurrió algo.

—¿Podría ver en vuestra hemeroteca todos los ejemplares del tiempo en que él estuvo?

—Por supuesto. Sígueme. —Contenta por poder ser finalmente de ayuda, Melanie guio a Rachel hacia un cuarto que tenía aspecto de despensa. Allí, en enormes archivadores de cartón, se guardaban los ejemplares en papel.

—Estamos aún inmersos en el proceso de digitalizarlos —se disculpó Melanie—, pero no te será difícil dar con lo que buscas ya que Snarley estuvo aquí menos de un año, durante el año 2008. —Melanie se quedó rígida y la miró con los ojos muy abiertos—. ¡Dios mío! ¡Ese año fue muy prolífico en temas ufológicos, y él los cubrió todos! ¡Qué maravillosa casualidad teniendo en cuenta la línea que sigue tu revista! —Luego se rio liviana, como si el asunto le resultara curioso, mientras seguía rebuscando entre los voluminosos archivadores sin percibir la conmoción que sus palabras habían causado en Rachel.

Esta se había quedado conmocionada. Maravillosa casualidad, le había llamado Melanie, pero ella no creía que se tratase de una casualidad.

—¡Aquí está! —exclamó Melanie triunfalmente. Rachel se apresuró a ayudarla, ya que el peso del archivador la hizo tambalearse. Lo colocaron encima de la mesa metálica que había junto a las estanterías.

—Te dejaré sola para que lo mires con tranquilidad, Rachel. —Ella ni siquiera le contestó. Se había quedado pensativa, mordiéndose el labio inferior mientras procesaba lo que Melanie acababa de decir.

Snarley había aparecido en una época de mucho movimiento ufológico y había cubierto casi todas las noticias relacionadas con el tema. Tal vez no le hubiera mentado en su interés por los ovnis, pero eso seguía sin explicar por qué le había tendido esa maldita trampa.

Durante más de media hora Rachel estuvo leyendo con interés pequeños artículos firmados por Snarley, en los que de manera bastante aséptica relataba incidentes relacionados con extrañas luces y objetos. Eran artículos correctos pero faltos de interés; la chispa y el sarcasmo que lo habían hecho tan popular en Nashville no se apreciaba por ningún lado. Empezaba a pensar que no iba a encontrar nada interesante cuando en el número del día once de agosto encontró el reportaje de los Hurley.

Dennis escuchó un par de golpes concisos en la puerta de su despacho y sin perder de vista la pantalla del ordenador dio su permiso para que, quien quiera que fuese, pasara.

—Buenos días, Dennis. —Al oír la voz grave de Chase Elliot, Dennis alzó la cabeza de golpe.

—¡Chase! ¡Pasa por favor!

—En realidad, a quién busco es a Rachel, debo hablar con ella. —Aunque el semblante de Chase permanecía inexpresivo, Dennis apreció una ligera mueca de tensión en su rostro.

—Lamento decirte que Rachel no está en la ciudad Chase.

Por toda respuesta el hombre se limitó a alzar los hombros.

—Vaya, entonces debo marcharme, hay otros asuntos que he venido a resolver aquí y no quiero dilatarlos mucho.

Dennis frunció el ceño con extrañeza. La actitud hierática de Chase lo tenía desconcertado.

—Chase, ¿quieres que le diga algo?

—No era nada importante, solo algo que creo que debía saber respecto al círculo.

Dennis permaneció callado unos segundos. Estaban en la era moderna, la era que había acabado con los problemas de distancia, la era que permitía que dos personas que se encontraran en lugares opuestos del planeta pudiesen hablar de cualquier cosa en tiempo real. Ni siquiera Chase Elliot era tan troglodita como para ignorar esto. ¿En serio no tenía una excusa mejor para justificar su presencia allí?

—Le diré que has estado aquí —murmuró finalmente—. Creo que vosotros tenéis más de un asunto que aclarar.

Chase se limitó a mirarlo con frialdad.

—Dile lo que quieras, pero en lo que a nosotros respecta todo quedó muy claro.

—Chase, las cosas no son como tú las imaginas; en este preciso momento Rachel está reuniendo pruebas para demostrar que Snarley le tendió una trampa...

—No me interesa, Dennis. —Chase lo interrumpió con voz cortante—. Debo irme.

Y sin ni siquiera despedirse salió dando un portazo un poco más fuerte de lo necesario.

Mientras se dirigía al ascensor con paso furioso, Chase se iba maldiciendo en silencio. Se había puesto en evidencia para nada; una parte de él, algo mezquina y vengativa, había esperado encontrar a Rachel tan hundida como se sentía él mismo, pero ella ya estaba enfrascada en otro de sus proyectos y seguramente no tenía tiempo para pensar en él.

Los Hurley vivían en una casa a las afueras de Prestonsburg; Rachel había querido ir hasta allí caminando mientras trataba de organizar las ideas que se agolpaban en su mente. Snarley había escrito un amplio reportaje en el que narraba la extraña experiencia vivida por el sexagenario matrimonio. Al parecer, los Hurley habían tenido un encuentro de tercer tipo, uno de los más apasionantes y terroríficos encuentros que se pueden tener con alienígenas. En los encuentros de tercer tipo, el testigo, o los testigos, no solo visualiza el

objeto a poca distancia, sino también a los ocupantes del mismo. Rachel había entrevistado a muchas personas que habían tenido encuentros del tercer tipo, personas normales y corrientes que huían de la notoriedad, que se mostraban la mayoría de las ocasiones perturbados por la experiencia que habían vivido y deseosos de comprenderla. Recordando el reportaje que había escrito Snarley, sintió cómo la furia la invadía.

Su primera suposición acerca de que quizá el periodista no le había mentado en lo relativo a su interés por la ufología se había demostrado falsa. Snarley relataba el asunto con una falta de objetividad absoluta, ridiculizando de manera sutil pero evidente el testimonio de los testigos, concluyendo con una reflexión personal muy del tipo que ella tan bien conocía de su trabajo en el *Nashville Today*, cuando había sido blanco de sus mordaces críticas. Había sido incisivo y cínico sin necesidad y, leyendo el reportaje, a Rachel no le había parecido interesado en absoluto en ese tipo de fenómenos, todo lo contrario. Además, la excusa que esgrimió para justificar sus ataques contra *Toda la verdad* no servía para explicar el tono de su artículo. Tal como la propia Melanie había corroborado, en el periódico le habían dejado libertad para escribir el artículo y en ningún momento le habían exigido uno u otro posicionamiento. Snarley había vomitado toda su bilis sin ninguna compasión sobre esas personas que habían decidido compartir su historia.

Siguiendo las indicaciones que le habían dado, Rachel se detuvo ante la casa de los Hurley; se trataba de una casa unifamiliar de aspecto acogedor y con un enorme jardín en el que había plantado un *coffeetree* o cafetero de Kentucky, el imponente árbol cuyas hojas parecían murmurar un extraño sortilegio mientras la suave brisa las balanceaba. La casa contaba con un porche exterior en el que había dos mecedoras, y Rachel no pudo evitar recordar la casa de Chase y las increíbles tardes que ambos habían pasado en un lugar muy parecido a ese. Respirando hondo se dirigió hacia la puerta y llamó. El ladrido agudo de un perro respondió a su llamada.

—Tranquilo, Tico, no pasa nada.

Un segundo después la puerta se abrió y una mujer se asomó, sonriendo con amabilidad al ver a la desconocida.

—¿Es usted la señora Hurley?

—Así es.

—Señora Hurley, mi nombre es Rachel Taylor y me gustaría hablar un

momento con usted y su marido, si no es molestia.

—¿Hablar con nosotros? —De repente el rostro de la mujer se demudó y, mirando a su alrededor con los ojos desorbitados, exclamó—: ¿Le ha sucedido algo a John?

—¡No, no, tranquila! No conozco a John, no es eso de lo que quiero hablar. —Rachel había alzado las manos en un gesto universal que trataba de transmitir tranquilidad, lamentando el susto involuntario que acababa de darle a la señora Hurley. Esta pareció tranquilizarse, pero sus ojos ahora la miraban con desconfianza.

—¿De qué asunto se trata entonces?

—Me gustaría hablar con ustedes acerca del encuentro que tuvieron con alienígenas hace cinco años.

—Lo siento. —La señora Hurley había sustituido su sonrisa inicial por una mueca hosca—. No quiero hablar de eso.

—Por favor, señora Hurley, es algo muy importante para mí.

—¿Qué sucede Emma? —Un hombre corpulento y con abundante cabello cano apareció en el hueco de la puerta que la señora Hurley mantenía abierta.

—Señor Hurley, mi nombre es Rachel Taylor y necesito hablar con ustedes de lo que sucedió hace cinco años...

—No hablamos de eso. —El tono del hombre fue aún más cortante que el de su mujer.

—¡Hablaron de esto antes! —exclamó Rachel, sintiendo cómo la impotencia la invadía.

—¡Y bien que nos arrepentimos! ¡Ese maldito periodista nos trató como si fuésemos unos lunáticos! —Las mejillas del hombre se habían cubierto de rubor.

—Lo sé, créame, también yo he tenido que sufrir sus ataques.

El señor Hurley la miró con los ojos entrecerrados, tratando de evaluar si podía confiar en ella o no.

—Aún así, no queremos remover ese asunto ni que vuelva a salir en los periódicos.

—No es esa mi intención. —Rachel lo miró a los ojos y exclamó con voz suave—: Por favor, señor Hurley.

Tras dudar unos segundos, este finalmente asintió con la cabeza.

—Está bien, pase.

Aliviada, Rachel siguió al matrimonio al interior de una casa soleada y acogedora. Encima de los muebles se veían multitud de fotos de un niño moreno y pecoso y también de un hombre joven el día de su graduación. Supuso que se trataba de John.

Los Hurley la invitaron a sentarse y le ofrecieron una limonada. A pesar de su reticencia inicial, se mostraron amables, haciendo gala de una hospitalidad que Rachel supuso innata.

—¿Qué quiere saber exactamente? —preguntó el señor Hurley mirándola con fijeza.

—Me gustaría que me contaran lo que vieron hace cinco años y lo que sucedió después, cuando William Snarley vino a entrevistarlos. —Dando un breve sorbo a su vaso, continuó diciendo—: Sospecho que, al igual que ustedes, he sido víctima de sus manipulaciones y estoy decidida a desenmascararlo.

Capítulo 30

Rachel condujo sin detenerse hasta la redacción de *Toda la verdad*; estaba deseando contarle a Dennis lo que había descubierto y, sobre todo, deseaba reflexionar sobre la corazonada que había comenzado a tener en Prestonsburg. No iba a compartir sus sospechas con Dennis hasta estar completamente segura, sabía que se preocuparía y era probable que insistiera en que no removiera el asunto; nada más lejos de su pensamiento; Snarley había arruinado su relación con Chase y, no solo eso, por lo que había comprobado se dedicaba a boicotear todo lo relacionado con la ufología de manera rastrera y ruin. Había que desenmascararlo de una vez por todas.

Una vez en su despacho, Rachel se dejó caer en su cómodo sillón giratorio y enterró la cabeza entre sus manos. Estaba cansada y no solo por las horas que había pasado conduciendo, estaba cansada de perseguir al fantasma que Snarley parecía ser y estaba cansada de estar triste y sentirse sola, pero parecía que no había nada que pudiera hacer para remediar eso.

Permaneció así unos minutos hasta que, tomando aire con fuerza, se decidió a empezar a buscar... No sabía muy bien qué, algo que la ayudase a seguir ese indicio que ella esperaba la llevase a buen puerto. Para ello encendió el ordenador y comenzó su búsqueda por internet tirando de la red y de los archivos de información que tenía pulcramente organizados por temáticas. Se enfrascó en su investigación con tanta concentración que, cuando Dennis irrumpió abriendo la puerta de manera brusca, dio un grito.

—¡Dios, Dennis! ¡Casi me matas del susto!

—¡¿Que casi te mato del susto?! —Al decirlo Dennis le enseñó una herramienta parecida a una llave inglesa que llevaba en la mano—. Pensaba que teníamos algún intruso robando información.

Rachel echó la cabeza atrás y rompió a reír con fuerza, liberando parte de la tensión que arrastraba del viaje.

—¿Y no era más fácil suponer que algún empleado habría venido a consultar algo? —replicó ella cuando se le hubo pasado el breve ataque de risa.

—Ningún empleado osaría entrar en tu despacho sin tu permiso, y lo sabes.
Rachel asintió aún sonriendo.

—Tienes razón.

Resoplando, Dennis se sentó frente a ella y dejó la pesada herramienta sobre la mesa.

—¿Por qué no me has dicho que habías vuelto?

Rachel cerró los archivos que tenía abiertos antes de contestarle.

—Hay algo que quería comprobar y se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta.

—¿Debo entender entonces que has logrado averiguar algo?

—Sí y no —contestó ella, consciente de que estaba siendo enigmática.

Dennis la miró con un gesto burlón.

—¿Sí y no? ¿Y qué quiere decir eso exactamente?

—El pasado de Snarley continúa siendo un misterio, tampoco en Prestonsburg he podido averiguar algo al respecto, pero me he topado con un par de datos interesantes.

—Y que son...

—Para empezar, Snarley llegó como caído del cielo. —Al ver que Dennis iba a preguntar algo le hizo un gesto en la mano para que esperara—. En la redacción del periódico les faltaba un redactor que había desaparecido como por arte de magia, así que no se lo pensaron mucho para darle el puesto.

Dennis lanzó un silbido.

—Si alguien me dijera que esto es el argumento de un capítulo de Blindspot, lo creería totalmente.

—Eso no es lo mejor, Dennis. —Rachel se inclinó hacia delante a la vez que exclamaba—: Cubría los casos relacionados con avistamientos de ovnis y otros hechos misteriosos.

Dennis la miró con la boca abierta.

—¡Menudo hipócrita! ¡Ha estado atacándonos todos estos años cuando él ha hecho exactamente lo mismo que nosotros!

—Ahí te equivocas, Dennis. —Rachel hizo una pausa, tratando de ordenar las ideas en su mente para explicárselo de la mejor manera posible a su amigo—. Verás, Snarley no parecía tener ningún talento redactando sus noticias, se

limitaba a exponer unos hechos de manera concisa y sin dar demasiados detalles, hasta que encontré un reportaje sobre un avistamiento de tipo tres firmado por él.

—¡Guau! Un tipo tres...

—Así es. En el reportaje pude reconocer a la perfección al Snarley que hemos sufrido todo este tiempo.

—¿Ridiculizaba el fenómeno?

—En principio no, pero de una manera muy sutil parecía dar a entender que lo que los Hurley contaban no era más que el delirio de dos viejos solitarios con ansias de protagonismo.

—Tal vez fuese así. —Tanto Rachel como él mismo se habían topado más veces de las que recordaban con personas fantasiosas que buscaban un poco de notoriedad.

—Estuve hablando con ellos Dennis, aunque bien sabe Dios lo mucho que me costó convencerlos, ya que después del reportaje de Snarley sienten una gran desconfianza hacia los periodistas y, créeme, no es para menos.

Rachel se quedó unos segundos en silencio mientras recordaba algunos fragmentos del artículo firmado por Snarley.

—¿Te parecieron testigos fiables?

—Absolutamente. —Rachel asintió con el semblante serio—. Snarley fue cruel de manera deliberada, pero además de eso su comportamiento estuvo lleno de contradicciones que no se explican. —«A no ser que mi corazonada sea cierta», se dijo a sí misma—. Según me contaron los Hurley, mientras duró la entrevista él se mostró muy amable e interesado. Les pidió tomar muestras del lugar donde aterrizó el ovni, les hizo incluso hacer un retrato del aparato y los ocupantes y, lo más inquietante de todo, tras observar unas extrañas marcas que el aparato había dejado en el suelo hizo una foto con su teléfono móvil y luego hizo una larga llamada.

—¿A quién? —Dennis se había olvidado hasta de respirar, totalmente fascinado por el relato de Rachel.

—Los Hurley no lo saben.

Durante unos minutos, Dennis se quedó en silencio mientras sopesaba todo lo que Rachel acababa de decir.

—¿Qué crees tú que lo llevó a escribir un artículo tan peyorativo si con

anterioridad había mostrado un interés genuino?

—Creo que desde el principio su intención era descalificar a los Hurley; de hecho, no hizo ninguna alusión a las marcas, a las muestras del terreno que había recogido ni publicó los retratos que los Hurley habían hecho.

—¿Tienes alguna idea de por qué haría algo así?

Por primera vez desde que se conocían, Rachel le mintió.

—No.

—Entonces, ¿hasta aquí hemos llegado?

Rachel trató de ser evasiva sin faltar totalmente a la verdad.

—Hay otras líneas de investigación que aún no he explorado...

—¿A qué te refieres?

Ella hizo un gesto vago con la mano.

—En realidad, no lo sé muy bien, pero puedo intentarlo con conocidos de la editorial. Debía tener algún amigo o amiga con quién intimara especialmente. Tal vez podríamos pensar en qué fotógrafo se prestaría a seguirle el juego...

—¡Puf! Hay cantidad de desaprensivos que harían cualquier cosa por un puñado de dólares —exclamó Dennis con desprecio.

Rachel pensó que, si su corazonada era cierta, nada de eso serviría. No encontrarían ni una sola conexión profunda entre Snarley y ninguna otra persona, aunque ella no pensaba detenerse ante eso. Ya tenía claro cuáles serían los siguientes pasos a seguir.

Durante unos minutos ambos se sumieron en sus respectivos pensamientos hasta que Dennis rompió el silencio.

—Hay algo que debes saber Rachel. —La voz de Dennis sonó cauta, lo que provocó que Rachel lo mirase con interés—. Chase estuvo aquí.

Rachel llevaba más de una hora sentada en el sofá con el terminal del teléfono en la mano.

Se había maldecido una y mil veces por no haber estado en Nashville cuando Chase había ido a verla. Según le había dicho Dennis, Chase había dado a entender que se trataba de un asunto de poca importancia, pero ella daría cualquier cosa por volver a hablar con él, aunque solo fuera para decirle

que se había roto una uña.

Ahora se debatía en la duda de si llamarlo o no, temiendo que él no quisiera hablar con ella. Cerró los ojos con fuerza a la vez que tomaba aire y cuando los abrió comenzó a marcar el número que se sabía de memoria, sin darse tiempo a arrepentirse.

El teléfono sonó, un tono, dos...hasta siete. Luego el chasquido y la impersonal voz metálica que la invitaba a dejar su mensaje. Rachel se quedó unos segundos en silencio, eran las once y media de la noche, estaba segura de que Chase estaría en casa.

—Chase, me hubiese encantado estar ayer en Nashville para verte y poder hablar contigo. Aún podemos hablar si tú lo deseas, solo tienes que decírmelo e iré hasta allí. —Pausa—. Chase, sé que te cuesta mucho creermelo y en realidad no puedo culparte por eso, ese cabrón de Snarley ha hecho las cosas muy bien, pero te juro que no hay ni ha habido nada entre él y yo. —Pausa—. Chase, te quiero. —Su voz se quebró—. Estar lejos de ti me está matando, por favor, habla conmigo. —Pausa esperanzada, dándole la oportunidad de que cogiera el teléfono. Al darse cuenta de que eso no iba a ocurrir, continuó su mensaje—. Chase, no volveré a llamarte nunca más, solo puedo pedirte que confíes en mí y me des otra oportunidad. Si no puedes hacerlo, lo entenderé, pero no volveré a intentarlo de nuevo... Cuando el tiempo pase, mi orgullo será lo único que me permitirá alzar la frente. Por favor, Chase, no dejes que Snarley se salga con la suya.

El pitido del teléfono anunciando que el mensaje había acabado hizo que Chase tuviese un sobresalto, tan concentrado había estado en las palabras de Rachel que no lo había previsto. Su corazón latía con fuerza, como si acabase de correr una maratón, y temblaba como un niño pequeño bajo una tormenta. Ella le había dicho que lo quería y le había pedido aquello que más le costaba dar: su confianza.

Pero lo cierto era que cada vez se sentía más confuso, y la posibilidad de estar siendo injusto con ella lo atormentaba. Rachel había recurrido a su orgullo para anunciar su intención de no volver a pedirle nada, y en su orgullo se escudaba él para no volver a sufrir la agonía de su corazón destrozado. Al pensar en esto soltó una brusca risa carente de humor: si se mantenía alejado de Rachel para mantener su corazón a salvo ¿por qué estaba sufriendo tanto?

A la mañana siguiente, Rachel acudió a la redacción con unas ojeras que evidenciaban a las claras la mala noche que había pasado. Tras saludar a Dennis y aceptar el café cargado que le ofreció uno de los empleados, se encerró en su despacho con la orden de que no la molestaran a no ser que fuese absolutamente necesario.

Tras encender el ordenador se dedicó a buscar fotografías de Snarley, tratando de encontrar alguna en la que se le viese de frente y de cuerpo entero. Ninguna de las que acompañaban el reportaje era válida y recurrió a la hemeroteca tratando de ver si entre las fotos de la convención anual de periodistas de Nashville encontraba alguna que pudiera servirle para sus fines. Finalmente, encontró una en la página web del *Nashville Today*.

La cogió y la editó con el Photoscape hasta que tuvo el aspecto que ella creía que debía tener, si sus sospechas eran ciertas. La guardó en un *pendrive* con el nombre de «serpiente» y luego la imprimió usando la más alta resolución a color que le permitía la impresora. La estudió durante unos minutos, hasta que asintió, satisfecha con el resultado; luego la guardó dentro de un sobre que metió en su bolso. Finalmente, se aseguró de no dejar rastros de lo que acababa de hacer en su ordenador personal.

Ahora venía la segunda parte de su plan. Volvió consultar la hemeroteca, esta vez de su propia revista. Recordaba que dos años atrás había escrito un amplio reportaje sobre testigos y contactados de incidentes ovni, y que había recopilado un gran número de datos. También recordó que varios de ellos coincidieron en relatarles algo similar y muy inquietante que había sucedido después de hacer públicas sus declaraciones. Afortunadamente, de cada reportaje que escribía en la revista guardaba un archivo informático con todos los datos y la información que había recopilado al respecto, ya que eran muchas las ocasiones en las que ese banco de datos le había resultado útil.

Una vez que localizó el número de *Toda la verdad* que recopilaba todos los testimonios de testigos y contactados, solo tuvo que acceder al archivo con el mismo número en su escritorio. La información que había guardado respecto a ese reportaje era bastante extensa y eso le llevó a estar algo más de una hora indagando hasta que, por fin, encontró lo que buscaba.

Con impaciencia comenzó a escribir los nombres de los testigos que le interesaban, así como la localidad donde vivían. Eran de lugares muy diferentes y ella pensó que, para que su investigación fuera fiable, debería

entrevistarlos a todos. En total anotó ocho nombres, tres de ellos estaban en diferentes lugares de Tennessee, dos eran del vecino estado de Kentucky y los tres restantes estaban repartidos entre Iowa, Ohio y Nueva York.

Echándose hacia atrás en el asiento calculó cómo llevaría a cabo su entrevista con estos testigos. No esperaba encontrar problemas del tipo que había tenido que sortear con los Hurley, puesto que a esas personas ya las había entrevistado un par de años antes y se habían mostrado participativas y cordiales. Decidió que se tomaría un par de días para entrevistar en persona a los testigos de los estados de Tennessee y Kentucky y con el resto intentaría hablar mediante videoconferencia. Si no era posible, iría a verlos también.

Con una sonrisa nostálgica pensó que volvería a hacer un reportaje como los de sus inicios, cuando pasaba mucho más tiempo en la carretera que en su despacho.

Capítulo 31

Tres días después, Rachel había cogido una pequeña maleta y una grabadora, así como el sobre con la foto retocada de Snarley y, tras llenar el depósito de su coche de gasolina, había comenzado la que esperaba fuese la última etapa de su investigación... junto a Dennis.

Había sido imposible mantenerlo al margen sobre todo después de decirle que estaría varios días fuera. A pesar de sus protestas, ahora se alegraba de tenerlo a su lado, se turnarían para conducir y el viaje se haría mucho menos tedioso teniendo a alguien con quien charlar y compartir impresiones.

Después de enviarle el mensaje a Chase, Rachel había mantenido la esperanza de recibir una llamada suya; tres días después, al ver que eso no sucedía, había decidido continuar con su investigación e iniciar el viaje que, esperaba, diese respuesta a casi todos los interrogantes que rodeaban a Snarley. No había tenido más remedio que hablarle de sus sospechas a Dennis e incluso le había enseñado la fotografía que había retocado. Su amigo la había escuchado atónito.

Aunque Dennis estaba familiarizado con el misterio, siempre había creído que el tema con el que Rachel relacionaba a Snarley era más bien una leyenda urbana. Y así se lo hizo saber a ella.

—Dennis, tengo testimonios recogidos por mí misma de personas normales de las que no tengo ninguna razón para desconfiar, que hablan de ello, hay bastante bibliografía al respecto y, por si esto fuera poco, también algunos personajes de cierta relevancia social han hablado de ese tema...

—Casi preferiría que no fuese cierto... Ese asunto me pone los pelos de punta.

Rachel movió la cabeza y apretó los labios. Sabía que Dennis se preocupaba por ella, pero no había nada que pudiera decir o hacer que la apartara de lo que pensaba hacer.

—No más que otros temas que hemos investigado.

—Rachel, tal vez te estés tomando todo esto como algo personal.

—¡Por supuesto que me lo tomo como algo personal! —Rachel apartó

brevemente la mirada de la carretera y observó a su amigo con el ceño fruncido—. ¡Ese hijo de puta se ha dedicado a boicotear mi trabajo y, si eso no te parece suficiente, también ha conseguido romper mi relación con Chase! —Se detuvo y realizó varias inspiraciones profundas, tratando de calmarse—. Alguien tiene que detenerlo.

—¿Y cómo piensas hacerlo, Rachel? ¿Qué armas tienes tú para parar algo así?

—Tengo *Toda la verdad*, y te aseguro que al menos a ese cabrón de Snarley pienso neutralizarlo.

—Tal vez te demande.

Rachel esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Dennis, si escribo ese artículo, será porque estoy convencida de que lo que explico es verdad. Snarley no me demandará; de hecho, no creo que volvamos a saber de él... Lo más probable es que se mantenga agazapado en su madriguera de reptil retorciéndose de rabia.

—¿Y si intenta atacarte? ¿Y si te hace daño?

Rachel permaneció en silencio; la posibilidad que planteaba Dennis era algo que también a ella se le había ocurrido, pero no iba dejar que ese temor la apartara de su camino.

—Dennis, si empiezo a considerar en serio todos los peligros que puedo enfrentar, entonces debería plantearme escribir artículos de gastronomía; se trata de un riesgo que estoy dispuesta a asumir desde que inicié esta andadura profesional.

Dennis se calló; conocía lo suficiente a Rachel como para saber cuándo una batalla estaba perdida. Ella estaba decidida a seguir adelante, y él la apoyaría en todo lo que fuese necesario.

Rachel miró de reojo a su amigo; este permanecía serio, sin duda alguna preocupado por el sesgo de la conversación que acababan de mantener. Tratando de distraerlo decidió cambiar de tema.

—¿Qué tal le va a Robert?

Tal y como esperaba, el rostro de Dennis se transformó. Una ancha sonrisa iluminó su cara, y Rachel sintió una terrible punzada de nostalgia mezclada con la alegría por la evidente felicidad de su amigo.

—Está bien, Rachel, dice que la Costa del Sol es preciosa y está deseando

que vayamos juntos algún día.

—Imagino que lo extrañarás mucho...

—Pues es algo complicado. —Dennis trató de encontrar la manera de explicárselo a su amiga—. Claro que deseo volver a estar con él, es difícil esta distancia, no poder verlo, tocarlo... Pero, por otra parte, es como si nos estuviésemos enamorando de nuevo. Esperar las llamadas, recibir un mensaje suyo, hablar durante horas, todo este cortejo nos está uniendo muchísimo y está sirviendo para cicatrizar las heridas. Echar de menos a alguien es bastante terapéutico.

Rachel buscó con su mano la de su amigo y la apretó con fuerza.

—Me alegro tanto por ti...

Tras un momento de duda, Dennis decidió afrontar el tema de Chase. Desde que él le había contado que había ido a la redacción a buscarla no habían vuelto a hablar del tema.

—¿Ha intentado Chase volver a ponerse en contacto contigo?

Rachel negó con la cabeza.

—Yo le dejé un mensaje.

—¿Y?

—Nada, no me ha contestado. —Su voz sonó infinitamente triste al añadir—: Sé que lo he perdido para siempre.

Chase tenía una gran dificultad para concentrarse en sus tareas habituales; la rutina de sus quehaceres, que siempre le había resultado reconfortante, ahora le parecía un trabajo agotador y era que apenas podía descansar; su capacidad de concentración se había largado junto con Rachel.

Julius, uno de sus empleados de mayor confianza, lo observaba con preocupación.

—Chase, creo que deberías dejarlo.

—Estoy bien — respondió secamente.

—Vas a hacerte daño.

—Te he dicho que estoy bien.

Julius no volvió a insistir, pero el gesto de sus labios apretados expresaba a las claras su desaprobación. Chase intentó ignorar las miradas de curiosidad

que sabía que le lanzaban sus hombres. Se había quitado la camiseta y los fuertes músculos de sus brazos y su pecho se marcaban con el esfuerzo de coger los pesados fardos de forraje que cargaban en un camión.

Solo cuando todo estuvo cargado se planteó Chase tratar de descansar. Una vez en la casa, y tras haberse dado una ducha, Chase se sentó en el porche con una lata de cerveza fría en la mano. Desde que Rachel le había dejado ese mensaje no había tenido ni un minuto de paz.

Ella le había pedido que confiara y todo lo que conocía de Rachel le instaba a hacerlo, era su propio miedo el que se lo impedía. Se había sentido atraído por ella desde la primera vez que la había visto. En un principio fue una atracción primitiva, meramente sexual. Luego había comenzado a admirarla: ella poseía todas las cualidades que él adoraba en una persona y algunas más; era una mujer fuerte, segura y leal. Llegar a amarla había sido muy sencillo. Porque la amaba y a pesar del dolor de su engaño no había dejado de quererla ni un ápice.

El mensaje de Rachel pidiéndole que confiara en ella, el dolor de su voz, que sabía que no era fingido, y el propio anhelo de su corazón le dieron una respuesta y al saber lo que debía hacer sintió un alivio tan profundo que supo que había tomado la decisión correcta.

Confiaría en ella. Rachel no era como había sido Lisa, su ex esposa. Rachel estaría a su lado mientras lo amara y lo deseara, no recurriría al engaño, no trataría de jugar a dos bandas. Rachel se entregaría sin reservas o se marcharía sin más. ¡Dios! Esperaba que ella aún quisiera estar a su lado, que no fuese demasiado tarde. Si lo había jodido todo con sus estúpidos miedos... No quiso pensar en esa posibilidad y dio un largo trago a su cerveza. Levantándose de un salto entró a la cocina para tirar la lata y, al ver allí a Brione, la agarró y estampó un fuerte beso en su mejilla.

—¿A qué viene eso?

—Eres una mujer sabia.

Por toda respuesta ella movió la cabeza de un lado a otro, tratando de dar a entender que Chase se había vuelto loco, pero una satisfecha sonrisa bailoteaba en sus labios.

Rachel y Dennis iban cantando a voz en cuello *Last Dance* de Donna

Summer, por eso tardaron en escuchar el sonido del móvil que anunciaba una llamada entrante. Cuando se dieron cuenta, el teléfono dejó de sonar, pero solo un minuto después quién fuese volvió a insistir. Como Rachel estaba conduciendo fue Dennis el que cogió el bolso de Rachel hasta que dio con su teléfono móvil.

—¿Sí?

Un silencio de segundos.

—Me gustaría hablar con Rachel. —Dennis reconoció la voz. Miró a Rachel con los ojos abiertos y señalando el móvil con el dedo gesticuló con exageración el nombre de Chase.

Rachel sintió que su corazón comenzaba a latir con fuerza y todo el buen humor que había experimentado unos minutos antes se desvaneció transformándose en ansiedad.

—Hola, Chase, soy Dennis. Rachel no puede ponerse. —Tras un breve instante decidió añadir—: Está conduciendo.

—¿Vais de viaje?

Dennis miró de reojo a Rachel, esta permanecía con los ojos muy abiertos y un rictus evidente de tensión en su hermoso rostro.

—Algo así, sí, estamos realizando una investigación... ¿Quieres que le diga algo?

Chase se sentía contrariado, después de los largos días que había pasado consumiéndose y echándola de menos, debatiéndose en la confusión, estaba deseando hablar y estar con ella, explicarle por qué había actuado como lo había hecho y tratar de recuperar lo que habían tenido, pero comprendía que ese no era el mejor momento para ello.

—Dile que me llame cuando vuelva. Hay algo que quiero decirle —se limitó a decir.

—De acuerdo, Chase.

—Adiós.

Rachel lo miró expectante, sintiendo cómo su nerviosismo aumentaba al observar cómo su amigo guardaba el teléfono en su bolso con parsimonia.

—Bueno, ¡¿qué?!

—Quiere que lo llames cuando vuelvas.

—¿Para qué? —Los nudillos de Rachel, blancos sobre el volante, daban

idea de lo alterada que se sentía.

—Será mejor que pares en la próxima estación de servicio y te releve.

—De acuerdo —asintió ella—, pero respóndeme.

—No me ha dicho para qué, solo que quiere hablar contigo.

Rachel no volvió a añadir nada más; su semblante permanecía serio, más que eso, se la veía totalmente inexpresiva manteniendo la vista al frente, solo la rigidez de su postura daba a entender lo mucho que la llamada de Chase la había afectado.

Tras unos minutos de silencio, Dennis se decidió a preguntar:

—¿Crees que quiere arreglar las cosas?

—No.

La rotundidad de su respuesta llenó de extrañeza a Dennis.

—¿Por qué dices eso?

—Chase piensa que le he mentado, él no soporta la falsedad ni la mentira. Ni siquiera quiso escucharme, ¿qué puede haber cambiado?

Por toda respuesta Dennis se encogió de hombros.

—¿Y qué otro motivo puede tener para haberte llamado?

—Eso lo averiguaré cuando regrese.

La primera parada la realizaron en casa de los Templeton. Ellos habían sido testigos de cómo un extraño objeto circular de unos siete metros de diámetro se quedaba quieto sobre su casa. Los aparatos electrónicos dejaron de funcionar y Robbie, el pastor alemán que tenían, comenzó a convulsionar y a echar espuma por la boca. Afortunadamente, el perro sobrevivió a la experiencia. Cuando Lionel Templeton reaccionó y fue a buscar su teléfono móvil para tomar unas fotografías, el aparato se marchó con tanta rapidez que por unos instantes les costó entender que ya no estaba allí. Aún así, pudieron reproducir unos signos que habían visto en el mismo. Dos días después sucedió lo que tanto había llamado la atención de Rachel y que ahora parecía ser tan relevante para comprender la actitud de Snarley.

Los Templeton se acordaban perfectamente de ellos y los saludaron con efusividad. Cuando Rachel les explicó que deseaba hacerles unas preguntas sobre la experiencia que habían vivido, ellos aceptaron encantados. A pesar

de que ya conocía la historia, Rachel volvió a escucharla en silencio, fascinada por la profusión de detalles y contenta al advertir que lo que le contaban no difería en nada a lo que ya le habían contado dos años atrás.

Cuando una persona miente suele confundir los detalles y contradecirse. Eso jamás sucede cuando alguien cuenta una experiencia real.

—Me comentaron que dos días después del avistamiento sucedió algo extraño. —Rachel había ojeado de manera distraída sus notas, aunque recordaba el detalle perfectamente—. ¿Lo recuerdan?

La señora Templeton pareció sentir un escalofrío por el cuerpo.

—Por supuesto..., fue una experiencia terrorífica.

—Señora Templeton, voy a enseñarle la fotografía de un hombre. Mírela atentamente, tómese su tiempo y luego dígame si esa imagen pertenece a alguno de los dos hombres que vinieron a visitarla.

La mujer tomó la fotografía y nada más echar un vistazo tuvo un leve sobresalto que Rachel no dejó de percibir.

—Efectivamente, es uno de los hombres que me visitó.

Rachel echó una triunfal mirada a Dennis, que seguía toda la escena en silencio, aunque en ese momento no podía ocultar la sorpresa que sentía. Con delicadeza, Rachel recuperó la fotografía. En ella se veía a Snarley con traje oscuro, sombrero negro y gafas de sol.

Capítulo 32

Una semana después, Rachel y Dennis ya habían entrevistado a siete de los ocho testigos que ella tenía en su lista. Desgraciadamente, el testigo de Nueva York había fallecido en un accidente de coche el año anterior.

Todos menos los Robertson, de Iowa, reconocieron a Snarley sin ningún género de dudas como uno de los enigmáticos hombres que los habían visitado tras sus experiencias. Aunque ella cada vez había estado más convencida de que su corazonada era cierta, tener la confirmación la había impresionado profundamente. No alcanzaba a entender quién o quienes estaban por encima de esos hombres, para quién trabajaban ni por qué tenían la capacidad de amedrentar de esa manera a las personas a las que visitaban.

Según algunas teorías que había estado mirando, incluso había gente que creía que eran híbridos humanos y extraterrestres. A ella, Snarley le había parecido totalmente humano; eso sí, extraño y escurridizo como una serpiente.

Ya de regreso a Nashville, Rachel se concentró con intensidad en la redacción del artículo más comprometido y personal de toda su vida, más incluso que el del círculo, ya que pensaba desvelar cómo había comenzado todo y eso incluía el papel que ella había tenido, así como su supuesto romance aireado a los cuatro vientos. Aunque estaba convencida de la necesidad de desenmascarar a William Snarley como un periodista —si es que lo era— sin escrúpulos, debía reconocer que albergaba la secreta esperanza de que Chase al leer el artículo comprendiese su error.

A menudo se perdía en ensoñaciones en las que él aparecía como su particular Zack Mayo, para reclamarla como suya. Pero sabía que eso jamás ocurriría; a pesar de lo apasionado que se había mostrado con ella, Chase no era el tipo de hombre que se dedica a realizar grandilocuentes gestos para demostrar su amor.

Por otra parte, Dennis no veía nada claro la conveniencia de escribir un artículo exponiendo sus averiguaciones y así se lo había hecho saber.

—Rachel, esa gente es peligrosa.

—¿Por qué? —había intentado refutar ella—. Nadie sabe ni siquiera con certeza quiénes son ni a quién sirven.

—Rachel, también yo he estado informándome al respecto y se cuentan historias muy inquietantes. Solo tienes que recordar lo que le sucedió a Albert K. Bender...

—Eran otros tiempos. —Rachel trató de quitarle importancia, pero lo cierto era que conocía el caso del editor y era escalofriante. Bender era un intrépido ufólogo que editaba una revista sobre ovnis y que, tras anunciar en uno de sus números que en breve revelaría una increíble verdad sobre los extraterrestres, recibió la visita de tres extraños desconocidos. Después de eso, su vida cambió: se convirtió en un hombre asustadizo y depresivo y, por supuesto, jamás publicó ese artículo que había prometido.

—El peligro es el mismo —siguió insistiendo Dennis.

—Lo de Bender ocurrió hace casi cincuenta años; estamos en la era de la información; es absurdo tratar de ocultar algo cerrando una boca, habrá miles, millones que repitan lo mismo.

Dennis dejó de insistir, consciente de que no iba a servir de nada. En lugar de eso, lo intentó por otro lado.

—Además, escribir un artículo contando algo tan personal tuyo, tus encuentros con Snarley, las cosas de las que hablasteis, la sospecha de que todo estaba amañado... ¿Estás segura de que quieres exponerte tanto?

—Solo quiero que se sepa la verdad.

Su amigo la miró con intensidad y entrecerró los ojos al añadir:

—Di mejor que quieres que Chase sepa la verdad.

—¿Y qué si es así?

—Rachel, él te pidió que lo llamaras, ¿no sería más fácil hacerlo y contárselo personalmente?

—Voy a esperar hasta que ese artículo salga en *Toda la verdad*; cuando lo vea comprenderá que todo lo que digo en él es cierto, nadie en su sano juicio se expondría así para contar una mentira.

Dennis movió la cabeza de un lado a otro, consciente de que nada de lo que dijera serviría para hacer cambiar de opinión a Rachel.

—Está bien, te ayudaré en todo lo que necesites —acabó claudicando finalmente, haciendo gala de la lealtad que Rachel siempre podía esperar en

él.

Había pasado más de una semana desde que se decidiera a contactar con Rachel y el entusiasmo de Chase se había enfriado por completo. Parecía evidente que ella no tenía intención de llamarlo, el ultimátum que le había lanzado en su mensaje telefónico parecía ir totalmente en serio.

Esa misma mañana había llamado a la centralita de *Toda la verdad*, tenía la esperanza de que Rachel y Dennis aún no hubieran vuelto de su viaje y eso explicara el silencio de ella, pero la voz amable de un chico diciéndole que enseguida comprobaba si la directora estaba ocupada o podría atenderlo le hizo comprender que ya estaban de vuelta. Colgó sin esperar respuesta y se dispuso a seguir su vida como hasta entonces, suponiendo que si había sido capaz de lograrlo anteriormente, podría volver a hacerlo una segunda vez. Expulsaría a Rachel de su mente para siempre y dedicaría toda su fuerza de voluntad a conseguirlo.

Rachel tecleaba en el ordenador con minuciosa concentración; a menudo se paraba para releer las líneas que llevaba escritas o para consultar algún dato, para reanudar tras el breve lapso de tiempo el punteo monótono y constante de su teclado.

El artículo comenzaba a tomar forma, pero tal y como había predicho Dennis, no había resultado nada sencillo escribir sobre algo que la afectaba tan directamente. Hizo una breve pausa y releyó por décima vez lo que llevaba escrito.

«William Snarley: ¿un hombre de negro?», ese era el titular que sabía que atraería la atención de periódicos y canales de televisión hacia su revista y hacia ella misma.

A continuación, pasaba a poner en antecedentes a los lectores de la legendaria antipatía que ambos se habían profesado y para ello aludía a algunos artículos de opinión especialmente mordaces de Snarley.

«Imagínese el lector la sorpresa de la que esto escribe cuando, a través de uno de mis más estrechos colaboradores, recibo una petición de William Snarley para citarnos en un apartado motel de carretera. El secretismo estaba justificado, ¿qué podría querer decirle un reputado periodista como Snarley a

una colega de profesión de la que se burlaba de manera inmisericorde? A pesar de mi enorme sorpresa accedí a reunirme con él, ¿cómo no hacerlo? Soy periodista y la curiosidad por lo que me rodea es mi estado natural».

Sin guardarse nada de lo que hablaron, siguió escribiendo sobre las posteriores ocasiones en las que se encontraron y la extraña proposición que él le había hecho. Rachel era consciente de que, en ese caso, la única prueba con la que contaba era su propia palabra y, paradójicamente, las fotografías del reportaje que tanto la habían alterado. Pero tal y como le había dicho a Dennis, no esperaba que Snarley apareciera para rebatirla y si lo hacía, sería su palabra contra la suya.

No se guardó su intención de desechar el trato que le había propuesto Snarley.

«Soy de natural desconfiado y, además, la posibilidad de seguir siendo pasto de las críticas de Snarley tampoco me preocupaba sobremanera; desde la fundación de esta publicación ha sido así y eso no nos ha impedido posicionarnos como una de las revistas de temas parapsicológicos más vendidas».

Contó cómo le sorprendió la aparición del reportaje, incluyendo los extractos más relevantes del mismo, así como la fotografía en donde él la besaba, explicando cómo había sucedido todo. Hizo notar a los lectores lo extraño que era el que en cada encuentro los hubiesen pillado y siempre desde un ángulo privilegiado, sin ahorrarse tampoco la información de cómo habían llegado esas fotografías a la redacción de la revista que finalmente las había publicado. Siguió hablando de la desaparición de Snarley, así como del misterio que parecía rodear su vida. Habló de su trabajo en Prestonsburg e incluyó algunas muestras de sus artículos sobre ovnis y, finalmente, habló del caso de los Hurley respetando su anonimato tal y como ellos le habían pedido.

«¿Por qué no incluyó Snarley los dibujos que pidió a los testigos ni habló de las marcas del suelo? Cualquier periodista lo habría hecho, era algo jugoso que atraparía la atención de sus lectores. ¿Por qué se mostró solícito y amable con los testigos para luego tratar de desprestigiarlos? Como poco, resulta una actitud extraña».

Rachel explicaba cómo el germen de una sospecha empezó a echar raíces tras conocer estos datos, y cómo retocó una fotografía para hacerla parecer a la descripción que diversos testigos a los que ella había entrevistado a lo

largo de los años hacían de estos inquietantes hombres que habían intentado o bien sonsacar información o bien amilanarlos. Adjuntó la fotografía explicando que solo le había puesto un sombrero negro y unas gafas de sol. Y luego, la guinda del pastel.

«A lo largo de todo el país hay multitud de testimonios de personas que han tenido encuentros con estos misteriosos hombres de negro, yo solo he entrevistado a los más recientes y todos ellos han reconocido a Snarley, sin lugar a dudas, como uno de los hombres que los visitaron intentando amedrentarlos, o bien con el peso de la ley, o bien con el ridículo y el ostracismo social o, simplemente, anunciándoles que deberían atenerse a las consecuencias si se atrevían a contar algo de lo que habían vivido, al más puro estilo de la mafia siciliana y su *omertá*».

Rachel reproducía los testimonios de esas personas. En ellos, todos afirmaban haberse sentido inquietos mientras les hacían preguntas sobre la experiencia y les aconsejaban no volver a reproducirlas; en algunos casos incluso los hombres de negro habían manifestado que se trataban de pruebas del ejército de los Estados Unidos y que, para no comprometer la seguridad nacional, sería mejor que se mantuvieran en silencio. Asimismo, volvía a recordar la dirección de su correo electrónico por si alguien más reconocía a Snarley y quería dejar su testimonio.

Finalmente, exponía algunas teorías que trataban de explicar quiénes eran estos misteriosos hombres de negro, desde agentes de la CIA, a trabajadores del Área 51, pasando por híbridos humano–extraterrestre. Rachel exponía datos muy interesantes sobre estos misteriosos hombres y bastante desconocidos para el público en general, como que la aparición de extraños hombres vestidos con ropajes negros se remontaba a Julio César, quién relató haber recibido la visita de uno de ellos pocos días antes de ser asesinado, así como Napoleón Bonaparte, quién también tuvo un destello de lo que sería su futuro gracias a la aparición de uno de estos extraños seres.

Algunos científicos también habían tenido el dudoso placer de recibir la visita de estas misteriosas personas; algunos de los que habían dejado reflejado este hecho fueron Nicola Tesla o Herbert Hopkins, a quienes les pidieron los documentos sobre sus trabajos.

También había numerosos testimonios de testigos del incidente Roswell a los que extraños hombres con trajes negros y gafas de sol habían pedido que

les diesen todos los restos materiales que habían encontrado.

Los que apostaban por la pertenencia de estos hombres a algún tipo de organización gubernamental secreta no tenían en cuenta las declaraciones de George P. Freeman, portavoz del famoso proyecto *Bluebook* del gobierno de Estados Unidos en los años sesenta, que negaba ese extremo asegurando que los propios integrantes del proyecto trataban de localizarlos por haber incurrido en distintos delitos federales, como la falsificación de acreditaciones.

Ante ese panorama, parecía bastante fantasioso suponer que Snarley, al que todo el mundo había tenido oportunidad de ver, fuese uno de estos hombres de negro que parecían desaparecer sin dejar rastro tras de sí, pero lo cierto era que su labor de desacreditación del fenómeno ovni parecía más que evidente, así como la ausencia de evidencias de su vida antes de Prestonsburg y después de Nashville. Realmente, Snarley parecía haber desaparecido como por arte de magia.

«¿Es William Snarley uno de estos misteriosos hombres de negro? Nadie podría afirmarlo con total certeza excepto él mismo, lo único cierto es que hay demasiados interrogantes en su vida que nos hacen plantearnos más preguntas. Tal vez Snarley haya conseguido lo contrario de lo que pretendía con la manipulación de nuestros encuentros y es que ha logrado alcanzar una notoriedad que en ningún caso habrá deseado. Todos los hechos y datos que se aportan en este reportaje son absolutamente ciertos. Atendiendo a ellos, ¿cabe la posibilidad de que William Snarley esconda más de lo que muestra? Eso deben juzgarlo ustedes mismos».

Tras releerlo, Rachel apretó los labios. Realmente, era un reportaje arriesgado, sería controvertido y era muy probable que llamara la atención instantánea de todos los medios locales. Dennis, que conocía los distintos testimonios sobre los misteriosos hombres de negro igual que ella, se había mostrado muy preocupado ante las consecuencias que la publicación del reportaje pudiera tener y había vuelto a insistir en que se lo replanteara.

—Me preocupa más pensar qué puede suceder antes de que se publique —había respondido ella—. En todos los casos que conozco siempre han intentado destruir pruebas y evitar testimonios, de poco les serviría amenazarme una vez que la revista esté en la calle.

—Oh, qué tranquilizador. —Dennis la miró con una mueca de enfado en el

rostro que ella le había visto muy pocas veces—. Entonces debo esperar que de aquí a que salga la revista unos hombres de negro se presenten en tu puerta para amenazarte con algo terrible si no desistes de publicar tu reportaje y, conociéndote, ya puedo darte por muerta.

—Estás exagerando, Dennis, el próximo número saldrá la semana que viene.

Dennis había seguido rezongando un rato más, pero sabiendo que nada ni nadie haría cambiar de opinión a su amiga, se había acabado dando por vencido. Ella suponía que en esos momentos él ya estaría más pendiente de sus asuntos. Esa misma tarde Robert regresaba de España, y Dennis no había podido hablar de otra cosa en toda la mañana.

Por su parte, estaba deseando que la semana pasara y que la revista estuviera lista. Entonces, se presentaría ante Chase para demostrarle que ella nunca lo había engañado. Suponía que ya no había ninguna esperanza para ellos, pero al menos no quería que él la recordara de esa manera. Además, aún estaba pendiente el asunto de su llamada. Había tratado de no pensar en ello diciéndose que, si hubiese sido algo importante, él habría vuelto a llamarla, y tratando de concentrar todas sus energías en el reportaje que acababa de escribir, pero a su pesar no había dejado de mirar la pantalla de su móvil a cada hora desde que él la había llamado, sintiendo cómo poco a poco la desilusión secaba la pequeña semilla de esperanza que había anidado en su corazón.

Capítulo 33

Rachel conducía hacia Milan; el corazón le latía con tanta violencia que temió estar sufriendo algún tipo de ataque. Las manos le sudaban y tardó media hora más de lo que solía en llegar a la pequeña localidad.

Una vez en el camino de tierra que llevaba a la propiedad de Chase, Rachel detuvo el coche tratando de tranquilizarse. Había pasado un mes desde la última vez que lo había visto, y la inquietud y la ansiedad la invadían a partes iguales. No sabía cuál podría ser la reacción de Chase, ella había visto su cara más desagradable, pero también había sido testigo de con cuánta dulzura la trataba, con cuánta pasión la amaba y con cuánto interés la escuchaba; la había sorprendido de mil maneras posibles, con su pasión, con su sentido del humor y, sobre todo, con la admiración que manifestaba sentir hacia ella y su trabajo. ¿Seguiría pensando lo mismo? No era demasiado probable, y haberse caído del pedestal en el que Chase la había colocado la llenaba de una tristeza infinita.

Tomó aire con fuerza, una, dos veces, y volvió a arrancar el coche. Si Chase continuaba con su rutina, en ese momento ya debía encontrarse en la casa. Cuando atravesó la cancela, una punzada de nostalgia mezclada con el embriagador sentimiento de estar en el hogar la inundaron y sin previo aviso sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Cómo lo había añorado! Cuando detuvo el coche, se tomó unos minutos para tranquilizarse y borrar cualquier signo que indicara que había estado llorando; luego agarró con fuerza el ejemplar de *Toda la verdad recién salido del horno*, tal y como había bromeado Dennis.

Antes de que comenzara a subir los escalones del porche la puerta se abrió y Chase, alertado por el ruido del motor de su coche, se asomó a la puerta. Al verla se detuvo y su rostro se convirtió en una máscara pétrea que impidió a Rachel hacerse una idea de qué pasaba por su mente. Ella, por su parte, lo estudió con avidez. Su cabello algo alborotado, sus ojos azules que la miraban con frialdad, su mandíbula fuerte y definida y sus sensuales labios apretados en un rictus de lo que parecía ser... disgusto; a pesar de su gesto distante seguía siendo el hombre más guapo que había visto jamás. Mantenía los brazos cruzados sobre el pecho y sus músculos se marcaban trayendo recuerdos a

Rachel de la seguridad y firmeza con la que esos brazos la habían rodeado.

—Chase...

—Hola, Rachel.

La frialdad en su tono de voz la dejó momentáneamente descolocada. Chase parecía tranquilo, quizá algo pálido, mientras que ella sentía como si su corazón fuese un tambor tocando un furioso redoble. No quiso preguntarle si quería hablar, temía su respuesta, así que, con más miedo del que quería admitir comenzó a subir los escalones. Chase la observaba con los ojos entrecerrados sin decir una palabra.

—Dennis me dijo que llamaste; lamento no haber respondido, he estado muy ocupada y además...

—No te preocupes, ya no tiene importancia —la cortó él.

Algo en su tono de voz hizo que ella lo mirara fijamente.

—Chase, tengo que explicarte algo. Tal vez, como tú dices, ya no tiene importancia, pero yo necesito que lo sepas.

—Rachel, no sé si esto tiene mucho sentido. —El gesto de Chase era tenso, mantenía los brazos cruzados sobre el pecho en un gesto extraño que ella no le había visto antes y su rostro parecía adquirir mayor palidez. Ciertamente, no se sentía tan tranquilo como pretendía aparentar.

—Por favor, Chase, te lo ruego. Escúchame y luego aceptaré cualquier decisión que quieras tomar.

Él tragó saliva, pero asintió.

—Está bien.

—Chase, sé que ese reportaje en el que Snarley y yo... —Ella se detuvo, tratando de pensar cómo continuar diciendo todo lo que quería ahora que por fin tenía la oportunidad—. Sé perfectamente lo que parecía y no te culpo por creer lo peor. Cualquier persona hubiese pensado lo mismo y desde que apareció ese maldito reportaje he dedicado todos mis esfuerzos a tratar de averiguar por qué Snarley actuó así. —Ella hizo una pausa tratando de evaluar el efecto de sus palabras en Chase, pero él continuaba imperturbable, con los ojos entrecerrados—. Es cierto, me citó dos veces con él, siempre a instancias suya y me pidió que compartiera mi información por un supuesto interés en la ufología que debía reprimir. La segunda vez me citó en el Cascade. Debí haber sospechado, es cierto, después de que nuestro primer encuentro fuese en un

lugar tan escondido, pero nunca pensé cuál podía ser su plan. Me acompañó al garaje y trató de besarme; por supuesto, lo rechacé, pero de manera muy sospechosa el fotógrafo captó el momento en que nuestros labios se unieron — acabó con amargura.

Chase no se había movido ni un ápice, ella empezó a pensar que ni siquiera la estaba oyendo. Desesperada extendió ante ella la revista.

—He escrito un reportaje, Chase; lo cuento todo, así como una posible explicación para la actitud de Snarley. Por favor, Chase, léelo.

—Eso no va a ser necesario.

Rachel cerró los ojos por un instante. Tal y como había temido, a él ya no le importaba. Reprimió el intenso deseo de llorar, se ahorraría esa última humillación y le ahorraría a él tener que contemplar esa escena.

—La dejaré aquí, Chase. —Su voz tembló, y ella respiró con fuerza—. Solo quiero que sepas que nunca te engañé. —Temiendo perder la compostura se dio la vuelta dispuesta a marcharse cuanto antes.

—Eso ya lo sabía.

Rachel se detuvo, pensando si había oído bien. Aún así, no se dio la vuelta.

—Rachel, en cuanto pude pensar con claridad, supe que tú jamás me habrías engañado; no es esa tu manera de actuar, ¿no es cierto?

Ella ya no lo pudo evitar, bajó la cabeza y comenzó a sollozar. Sus hombros temblaban y por fin Chase pareció salir de la extraña inmovilidad en la que parecía estar sumido. Bajando los escalones que los separaban la agarró por detrás y la apoyó contra su pecho, Rachel sintió cómo se relajaba al notar la familiaridad y el calor del cuerpo de Chase.

—Cuando te llamé solo quería decirte que confiaba en ti, que sabía que debía haber una explicación. —Ella intentó decir algo, pero él se lo impidió apretando con suavidad sus hombros—. Luego, cuando vi que tú no respondías a mi llamada, pensé que ya era demasiado tarde, así que me concentré en tratar de olvidarte.

—Chase, lo siento. —Por fin ella se volvió entre sus brazos y se apretó contra su pecho—. Quería poder demostrarte que lo que decía es cierto, pensé que solo así podrías creerme.

—He sido un imbécil, ¿verdad? —Chase levantó su barbilla y la miró intensamente a los ojos, sus pulgares acariciaban la comisura de sus labios, y

las rodillas de Rachel comenzaron a temblar. Toda su frialdad se había transformado en una mirada ardiente que parecía quemarla.

—Lo eres si has conseguido tu objetivo.

—¿A qué objetivo te refieres?

—A tratar de olvidarme.

Chase echó la cabeza hacia atrás y lanzó una sonora carcajada. Luego puso su mano en la nuca de Rachel y, atrayéndola hacia él, la besó. Ella se quedó aturdida por la ternura y el apremio que transmitían los firmes labios de Chase y respondió gozosa a su beso, sintiendo cómo la excitación se extendía con rapidez por sus miembros.

—Eso es imposible, Rachel. —Chase murmuraba contra sus labios—. Te quiero y nada va a hacer que eso cambie, ni siquiera tú.

Epílogo

Rachel y Chase disfrutaban de una apacible velada en el porche. Él permanecía sentado en una de las mecedoras, y ella estaba sentada sobre su regazo, acurrucada en su pecho como una niña pequeña y disfrutando de las caricias distraídas de Chase sobre su espalda.

Hacía pocos días, ella se había instalado definitivamente allí. Pasaba un par de días en Nashville y la mayor parte de las veces él la acompañaba. Tal como había supuesto, el reportaje sobre Snarley había levantado una polvareda en todo Nashville; le habían solicitado numerosas entrevistas y su reportaje había acarreado una oleada de interés sobre la figura de Snarley que ella sabía que lo fastidiaría sobremanera. Si todos los indicios eran ciertos y él era uno de esos misteriosos hombres de negro, su artículo lo había neutralizado por completo. Para su sorpresa, en el *Nashville Today* habían publicado una carta escrita por Snarley. En ella, él manifestaba que se encontraba en el extranjero en un viaje de larga duración y que todo lo que escribía Rachel no eran más que fantasías de una mente calenturienta, pero sus palabras habían tenido poco calado, y Rachel había comprobado con satisfacción cómo su versión parecía haber despertado mucho más interés en el público que la carta de Snarley. Tal y como había supuesto, en ningún momento él amenazó con querellarla; Rachel estaba convencida de su verdadera identidad, aunque no dispusiera de pruebas objetivas. Un juicio era lo que menos podría desear Snarley; en un juzgado él tendría que explicar quién era y de dónde venía, y Rachel estaba segura de que eso era lo último que él deseaba.

A menudo paseaban hasta el lugar donde había aparecido el círculo. Chase le había contado lo de las extrañas luces que había visto y ella se había mostrado completamente fascinada, tanto que a menudo escudriñaba el cielo con interés deseando verlas también. Una de esas noches, ella le había contado cómo había empezado su interés por todo lo relacionado con la ufología.

—Yo tenía unos seis o siete años cuando todo sucedió. Era una noche de verano, mis padres y unos amigos del barrio se encontraban en el porche delantero, charlando, comiendo y bebiendo. Yo me había escapado hasta el

jardín de atrás. —Esbozó una tenue sonrisa mientras los recuerdos acudían a ella—. Había discutido con mi mejor amiga y no deseaba volver a verla. De repente, el aire pareció detenerse a mi alrededor, fue una sensación rara, muy física. Un extraño zumbido me hizo mirar hacia arriba y entonces lo vi. Suspendido a unos metros sobre mi cabeza se hallaba un objeto circular enorme. Era tan grande que yo creía que tapaba todo el cielo; supongo que no era así, pero a mí me lo parecía. —Ella había echado una mirada cautelosa al rostro de Chase, temiendo ver una mueca de incredulidad, pero él parecía escucharla con enorme atención—. Me tumbé sobre el césped mientras lo observaba, encantada. El objeto tenía unas luces brillantes de color blanco, verde y rojo que se encendían y se apagaban intermitentemente. No sé cuánto tiempo estuve ahí, observándolo; de repente, el objeto desapareció, así, sin más. Por supuesto, se lo conté a los mayores, pero ellos me dijeron que lo más probable era que lo hubiese soñado, que tal vez había sido una sonda atmosférica y un montón de cosas más que, a pesar de mi corta edad, yo sabía que eran imposibles. Ese recuerdo nunca me abandonó y conforme iba creciendo tenía cada vez más claro que yo quería investigar todo lo que pudiera sobre esos objetos para tratar de entender lo que había visto. —Se detuvo un instante y lo miró con intensidad—. Esa precisamente fue la razón que me dio Snarley para justificar su interés por el tema y por eso lo creí, porque yo había vivido algo muy similar.

Cuando terminó de contarle su experiencia, él no se rio, ni la miró de manera extraña.

Aunque ya no quedaba ni el más mínimo rastro del círculo, ella seguía sintiendo que aquel era un lugar especial y a menudo sus paseos nocturnos los llevaban hasta allí. Sentía un cariño entrañable por ese sitio ya que gracias a la aparición del círculo ellos se habían conocido.

—De una forma u otra, tú y yo habríamos acabado encontrándonos —le había dicho Chase cuando ella le habló de eso—. Las almas gemelas no se sienten completas hasta que están juntas, y yo solo me siento completo cuando estoy contigo.

Ella se había sentido extrañamente emocionada porque nunca hubiese imaginado que Chase fuera a decir algo tan sentimental, y atesoraba esas palabras en un lugar muy profundo de su corazón.

De repente un movimiento a su derecha llamó su atención y ella dejó de

lado los dulces recuerdos que la ocupaban mientras su dedo vagaba con languidez por el pecho de Chase. Rachel se incorporó y vio algo que flotaba cerca de ellos.

—¡Chase! ¡Mira!

Él miró hacia donde ella señalaba y no dijo nada. Su cuerpo parecía haberse puesto en tensión, pero Rachel solo tenía ojos para el extraño objeto que parecía acercarse a ellos con lentitud.

—¡Dios mío! ¿Qué puede ser? —Ella continuaba escudriñando el cielo y, cuando el objeto comenzó a acercarse, echó una mirada desconcertada a Chase. Él permanecía serio, pero le devolvió la mirada con intensidad.

El objeto parecía un..., pero no era posible. En ese momento, Rachel se puso en pie y se acercó a él. Se trataba de un objeto circular con forma de ovni de aproximadamente un metro de diámetro. Todo habría sido muy misterioso si no fuera porque el presunto ovni era en realidad uno de esos globos que se rellenaban con helio. Rachel se dio cuenta de que del globo pendía un hilo en el que había una cajita enganchada.

—¡Chase! ¡¿Has sido tú?!

—Abre la caja y compruébalo.

Con manos temblorosas ella hizo lo que le pedía y tomó la caja en sus manos. Al quitarla el globo volvió a elevarse libre del peso que la lastraba.

Rachel abrió la cajita mientras su respiración se aceleraba. Dentro de la tapa había una frase escrita, una pregunta. Ella no pudo reparar en los detalles del anillo, sus ojos se habían empañado por las lágrimas.

—¿Y bien? —Chase continuaba tenso esperando la respuesta de ella.

—¡Sí, claro que sí! —Rachel se lanzó a sus brazos y comenzó a llorar.

—¡Shhh! Si no te gusta, podemos cambiarlo, no es necesario que llores — Él trató de bromear, pero el temblor de su voz delataba lo emocionado que se sentía.

—Es perfecto, Chase, y el globo... —En ese momento ella comenzó a reírse. Sabía que debía parecer un poco desequilibrada, con los ojos enrojecidos por el llanto y la risa borboteando entre sus labios, pero no recordaba haberse sentido tan feliz en su vida y no le importó.

—Me alegro de que te haya gustado, me ha costado mucho más encontrarlo que el anillo —murmuró él mientras lo tomaba de sus manos y se lo ponía en

el dedo anular—, y también me ha costado convencer a Julius de que se suba en el tejado y lo suelte...

Ella sonrió, pero su semblante adoptó un sesgo de seriedad al mirarlo con intensidad a los ojos.

—¿Estás seguro, Chase? —Aunque él nunca se lo había manifestado claramente, Rachel sabía que su negativa experiencia con el matrimonio lo había vuelto reacio a repetirla.

—No hay nada que desee más.

Rachel se acercó a sus labios y lo besó sintiendo la perfección de ese momento, segura de que había encontrado por fin al hombre que estaría a su lado siempre.

FIN

Agradecimientos

Aunque *Toda la verdad* es una historia de ficción y todo lo que acontece a sus protagonistas son hechos procedentes de mi imaginación, he recurrido a mucha bibliografía sobre temas ufológicos y círculos de las cosechas, así como a numerosas páginas webs para documentarme.

Una de las personas de la que más información he recabado directa o indirectamente ha sido de Vicente Fuentes, autor de los libros *El enigma de los círculos* (2011, Corona Borealis) y *Viajes en el tiempo: casos reales* (2016, Martínez Roca). Es de justicia que aproveche estas páginas para agradecer su amabilidad y su disposición a atenderme.

Si se os ha despertado la curiosidad sobre los temas que se tratan en este libro, os aconsejo que visitéis su página web: <http://www.ufopolis.com>

Si te ha gustado
Toda la verdad

te recomendamos comenzar a leer

La retribución de Jack
de Betzabeth Acosta



Capítulo 1

Norah observó de nuevo su teléfono, ya había perdido la cuenta de cuántas veces lo había mirado desde que recibió el correo de Jeremy unas horas atrás. Y cada vez que revisaba el contenido, sentía una nueva emoción. Incredulidad. Negación. Asombro. Depresión. Culpabilidad. Rabia. Furia. Recriminación. Angustia. Determinación.

Anne, su mejor amiga y corresponsal estrella de su nueva revista, había entrado en la oficina justo en el momento en que ella había abierto el correo. No fue casualidad, dado que Jeremy, como su fotógrafo, había adicionado una copia del *mail* para ella.

—Lo despediré por pasarte esa imagen —le había ofrecido Anne, tal vez creyendo que botando al mensajero el hecho desaparecería—. No debió haberte enviado esto.

—¿Lo sabías? —había indagado.

Se sorprendió de sonar tan ahogada. «Aparte de todo mi torbellino emocional, ahora mis pulmones no logran conducir correctamente el aire», pensó.

Anne hizo una mueca y suspiró, desviando su mirada. La sensación de traición se había unido a todo lo demás, o ya estaba ahí, y solo los protagonistas habían cambiado de papeles.

—Hubo rumores... —había expuesto la pelirroja.

Su cara se arrugó, llena de aprensión. «¿Rumores?».

—¿No se te ocurrió que yo podría querer saber que esto estaba ocurriendo?
—había espetado con furia.

Anne miró con expresión plana por unos instantes, causando que Norah volviera a sentir dolor —en su corazón y cuerpo— por razones distintas esta vez.

—La verdad, no —había respondido con honestidad—. ¿Cuál es el sentido de todo? ¿Cuál es la diferencia?

«¿Cuál es la diferencia?», se preguntó de nuevo Norah, lanzando el teléfono al asiento del copiloto y alejando sus recuerdos de la conversación con su mejor amiga. La diferencia estaba en que ya había perdido muchas cosas en su vida como para permitir otro golpe. La diferencia estaba en que conocía todas las fallas y culpas que se cernían sobre sus hombros, y, aun así, primero se mataría antes de permitir que ganase en todo y se jactase de eso más tarde.

Era consciente que había perdido, pero no iba a entregar lo poco que le quedaba en bandeja de plata. Llámenla ilusa, idiota, ardida o, a sus actuaciones, pataletas de ahogado, pero lo que había visto en ese correo no lo aceptaría.

Bajó la visera de su asiento y se miró al espejo, reafirmando que todo estuviese en orden. Su interior podría ser un alboroto, o sinceramente estar podrido, pero su exterior era perfecto. Su cabello negro azabache caía largo y liso hasta su media espalda, y su flequillo iba hacia un lado como si tuviese vida propia y cumpliera la orden de no moverse un centímetro. Su piel clara y limpia, tan blanca que lucía pálida en contraste con su cabello oscuro. Sus mejillas llevaban un ligero tono melocotón, y sus labios llenos, de color cereza. Su cutis de porcelana rodeaba sus ojos celestes, que parecían tan puros. Una ilusión, todo su físico lo era, desde su cara hasta su cuerpo. Sin embargo, bien que le había servido, y la costumbre era demasiada para cambiar, mucho menos en los momentos más tormentosos. Ni siquiera aunque su mundo hubiese dado un giro de ciento ochenta grados dejándola destruida, sin nada.

Ella se resignaba.

Porque así como la vida estaba acostumbrada a patearla cuando ya estaba en el piso, Norah se hizo una experta en evadir los golpes y seguir su camino.

Salió de su vehículo y caminó hacia el último sitio al que creyó que

regresaría: su casa.

Una vez odió ese sitio con intensidad. No porque fuera terrible, nadie podría decir eso de ella; estaba ubicada en uno de los mejores barrios de Los Ángeles, Pacific Palisades. El jardín era amplio, cubierto de un césped bien cuidado y árboles elegidos por paisajistas profesionales. La fachada blanca llena de ventanales daba una idea de libertad y modernismo que a Norah le había fastidiado desde que la vio por primera vez. Siempre llamó las cosas por su nombre, y esa casa, con siete habitaciones, tres salas, una cocina gigantesca, sala de comedor, despacho, piscina cubierta y descubierta, cine y cancha de tenis, además del océano pacífico a trescientos metros, para cualquiera podría ser un paraíso, pero para ella había sido una cárcel.

Al principio por lo menos.

Parpadeó y forzó a sus pies —montados en unos tacones de diez centímetros— a seguir recorriendo el camino hacia la puerta.

Sabía que a esa hora estaría vacía. A él nunca le había gustado que se metieran en su intimidad, por lo que los empleados cumplían su jornada y se iban. No obstante, eso no importaba porque tenía serias dudas de siquiera poder acceder a la instalación principal a pesar de haber traspasado los portones de la entrada. Su descabellado plan tenía muchos modos de fallar y, francamente, ningún punto donde tener éxito, pero siguió adelante. Si Anne hubiera sabido que iría allí, la habría disuadido.

«¿A quién quiero engañar? Me habría arrastrado y encadenado para evitar que saliera».

Resopló al notar la ironía, tal vez Anne hubiese servido si la hubiera encadenado casi dos años y medio atrás; se habría evitado mucho pesar y dolor. Quizás incluso su interior estaría menos podrido; aunque siendo sincera consigo misma, lo dudaba.

Llegó frente a la puerta y marcó el código de seguridad que solía utilizar cuando vivía ahí, para desconectar las alarmas. Y a pesar de saber que sería absurdo e ilógico, funcionó en el primer intento. Su corazón dio un vuelco, por un instante la incredulidad la aturdió. Después usó su llave, y la cerradura giró de inmediato.

Sin embargo, no pudo entrar. La conciencia, la que por dos años casi nunca había escuchado, se hizo presente al fin, repitiéndole que no tenía derecho ni motivo para entrar en esa casa. Pero al recordar las fotografías que Jeremy le

había enviado esa mañana, se enfureció tanto que silenció cualquier atisbo disidente de su conciencia e ingresó cerrando la puerta a su espalda.

Cuando observó el espacio, se percató de que era como si la casa hubiese sido reiniciada. Todo estaba igual a como era antes de que empezara a vivir ahí. Cada adorno puesto por ella, color de pared que había cambiado, incluso las cortinas que había escogido para dar alguna ilusión de privacidad; todo se había ido. Sintió que le clavaban un nuevo puñal en su pecho, y eso la sorprendió, tenía tantos allí que no creía que existiera espacio para otro más.

Caminó directo hacia la sala principal, a las fotografías que estaban sobre la repisa de la chimenea. Era algo enfermizo, aunque en realidad toda la situación lo era. Norah no debería estar allí; la habían botado cuatro meses atrás, lanzando su ropa y todas sus pertenencias al antejardín de su excasa. No le ahorraron ninguna humillación; no fueron corteses y tampoco se controlaron al momento de despojarla de todo: de su casa. De su empresa. De su vida, e incluso la expulsaron —notó en ese instante, lo cual en comparación con todo lo demás era paupérrimo— de la repisa de fotografías.

Soltó una risilla displicente al mirar las fotos restantes.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Escuchó que le preguntaban, y se estremeció con fuerza. No por la brusquedad del tono o por el odio que percibió en sus palabras, sino porque era la primera vez en meses que oía su voz.

No se movió, giró o hizo alguna señal que mostrara que había reconocido la existencia de otra persona en esa habitación; en cambio, siguió mirando las fotografías.

«Ni siquiera es mi tipo», se repitió mientras detallaba al rubio sonriente que parecía escudriñarla desde el portarretrato. Siempre le gustaron los hombres morenos, se sentía muy atraída por unos ojos negros, cabello oscuro o algún tipo de característica que demostrara hombría. No porque deseara ser sometida y fuera del tipo clasista, sino porque creía que, al tener en su vida a una persona con esas características, podría sentirse protegida y relajada. No que alguna vez hubiese conseguido sentirse así con ese tipo de personas. De cualquier manera; cuando había conocido a este hombre rubio, de ojos verdes, fuerte pero más del tipo estudioso que deportista, no se había sentido atraída, motivada o con sensación de cosquilleos en su panza.

Quizá por ese motivo, había sido tan sorprendente el final de esa historia.

—Norah —bramó de nuevo. «Ese tono». Estaba enfureciéndose—. ¿Qué estás haciendo aquí? Te dejé muy claro que ya no eras bienvenida a mi casa.

—Esta también es mi casa —respondió girando y sintiendo el impacto en la boca de su estómago al verlo frente a frente.

Seguía siendo igual de rubio, aunque su cabello estaba un poco revuelto y no tan pulcro como antes, también un poco más largo, ondulándose en sus puntas. Sus ojos verde bosque la escudriñaban desde donde estaba; no obstante, a diferencia de las fotografías o de lo que habían sido cuatro meses atrás, ahora eran fríos y duros.

Heridos.

«Fui yo quien lo lastimó».

Desvió su mirada hacia su cuerpo, alejando así los pensamientos sombríos. Jack vestía un pantalón negro y la camisa blanca arremangada hasta los codos, con los tres primeros botones abiertos, por lo que infería que acababa de llegar de la oficina y que estaba relajándose antes de bañarse. Notó que tenía más músculos, sus brazos y pecho estaban más formados, imaginaba que se estaba sobreentrenando. Sabía que la única forma en que él se calmaba era ejercitando. Y también sabía que en esos últimos cuatro meses lo habría necesitado mucho.

Sin embargo, nada de eso importaba, porque el hombre que estaba a unos metros de distancia observándola con odio y desdén fue el único hombre capaz de hacerla sentir segura y al único a quien entregó su corazón.

—¿Estás loca? —le preguntó Jack emitiendo un bufido despectivo, lo que hizo que se concentrara de nuevo en la conversación.

—Aún soy tu esposa.

—De papel, quizá —respondió mientras caminaba hacia la esquina en donde estaba el bar para servirse un trago.

—Mientras no me envíes los documentos para firmar, lo seguiré siendo.

—Te llegarán, te lo aseguro. —Tomó un vaso y se sirvió un *whisky*.

No tenía ninguna duda sobre eso, más bien, le sorprendía que se hubiera tardado tanto en solicitarlo. Incluso asumió que esos documentos le llegarían el mes pasado, cuando cumplieron el segundo año de bodas. Norah esperó esa solicitud como una especie de castigo, un recuerdo desagradable para el día de su aniversario. Sin embargo, reconoció que se estaba dando mucha

importancia, porque, la verdad, no creía que Jack hubiese siquiera recordado la fecha.

Mucho menos que la separación le hubiese dolido tanto como a ella.

—No tardaste nada en remodelar —comentó tontamente.

Debería enfocarse en decir lo que vino a decir y largarse. Pero por Dios, lo había extrañado tanto que, a pesar de saber que Jack solo le daría miradas despectivas y respuestas sarcásticas para herirla, sería el mejor momento vivido a su lado. En meses.

—Sabía que querías borrarle de tu vida, pero no creí que fueras tan exhaustivo en ello. Finalmente, solo eran cosas —continuó.

Él bufó y se bebió el trago a fondo. Tomó la botella y volvió a llenar el vaso.

—Me gusta más mi casa así. Remodelé yo mismo —dijo con tono burlón y sin mirarla.

—¿Tú? —preguntó aturdida.

—*Sí*p, descubrí que tengo un talento nato. De basura viniste y en basura te convertiste —citó, su voz desvirtuándose en una entonación casi cruel en su última frase—. Si te interesa algo de los desechos, deberías ir al basurero principal.

Arrugó la cara al comprenderlo. Paseó por la casa sintiéndose como un animal enjaulado.

—Algunas cosas eran muy valiosas. ¿Cómo pudiste? —le increpó agitada—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque es lo que hago y para lo que sirvo, para malgastar mi dinero en porquería y tonterías. Nunca te quejaste cuando cumplía tus fines, ¿o quieres seguir jugando a la inocente? Ya no te va, Norah.

Lo miró sin refutarlo, ¿qué podría decir? Todo era verdad, por supuesto. Ciertamente, no se quejó cuando cumplió sus fines; no, de hecho, lo que hizo fue casarse con él y aprovecharlo.

—¿Es esto cierto? —preguntó entonces, levantó el teléfono que había cogido antes de salir del vehículo, y se acercó a él un par de pasos para mostrarle las imágenes y finalmente llegar al punto del que quería hablar desde un inicio, la razón por la que había ido hasta ahí. Ansiaba alargar el tiempo a su lado, mirarlo, sentir su presencia, pero toda esa discusión de las

cosas que tiró y que no tiró, en ese momento eran superfluas y dañinas.

Él bajó la mirada hacia la imagen y después la desvió hacia ella, sus ojos verdes brillando, no con diversión, sino con algo parecido a maldad pura, lo que le causó escalofríos. Su Jack, el hombre que había sido antes que el huracán Norah llegara a destruirlo, jamás hubiese sido capaz de mostrar una expresión como esa.

Escuchó que se carcajeaba. El tosco sonido la hizo temblar. Se obligó a mantenerse firme, necesitaba una respuesta y no se iría hasta conseguirla.

—¿Es cierto o es una simple tergiversación? —insistió—. Sé cómo son los fotografías, cómo pueden malinterpretarse las imágenes, créeme, me he aprovechado de ello infinidad de veces, pero tus brazos están rodeando su cintura y casi la besas, tal vez hasta lo hiciste.

—¿Y qué hay con eso? ¿Y qué si es cierto? —preguntó luciendo ahora aburrido.

Norah vio todo rojo y su pecho se constriñó de furia.

—¿Qué hay con eso?! —inquirió en un alarido—. ¿De verdad tienes el valor de preguntármelo?!

—No estamos juntos, y yo puedo decidir tirarme, besar y estar con quien me dé la gana —contestó con cinismo.

—No, no lo harás —le ordenó, se acercó otro paso hacia él y lo señaló.

—¿No? —preguntó con burla—. ¿De verdad? ¿Crees que puedes controlarme? ¡Ya no eres nada para mí!

Asintió, no dudaba que eso fuera cierto; pero la rabia y el dolor entrelazados no le permitían ser lógica.

—Sí, lo sé. Puedes estar con cualquier mujer. La que te plazca. No soy tu dueña, pero no con ella, entiendes. No con...

—¿Con quién? —escupió con furia, interrumpiéndola y saltando hacia adelante como si quisiera atraparla y aplastarla—. ¿Con qué derecho vienes a exigirme algo, Norah? Tú me usaste como quisiste y jugaste conmigo. Te aprovechaste de lo que sentía por ti, ¿y ahora vienes a tratar de prohibirme algo?

—¿Es esto una nueva forma retorcida de hacerme daño? —le reviró ignorando todo lo que acababa de decir porque no tenía defensa contra ello—. Si es así no deberías molestarte, Jack, me has castigado más que suficiente.

Me quitaste todo lo que me importaba, lo máximo que pudiste hacer y arrebatarme lo hiciste, así que ni siquiera deberías intentar buscar algo más.

—¿El dinero? ¿La empresa? ¿Esta casa? —recontó con hastío.

—No —susurró negando con la cabeza, sintiendo que la tristeza la invadía—. Tú.

La miró por un segundo antes de carcajearse sin humor alguno, como si no supiera si reír, llorar o gritar a la vez y el resultado fuera un sonido casi inhumano.

—¿De verdad? —indagó, pero su tono era puro sarcasmo, sin rasgo de duda o algo similar—. Imagino que el asco que sentías cada vez que te tocaba te ayudará a superar esa gran pérdida.

Parpadeó aturdida. Por un segundo se quedó paralizada, sintiendo un dolor tan profundo en su pecho que hasta su visión se oscureció. «No me ha dejado ninguna posibilidad para redimirme», meditó horrorizada. Él no le había dicho eso la última vez que hablaron, quizá si lo hubiera hecho, todo habría sido distinto, aunque gran parte de ella dudaba de que lo fuera.

Ni siquiera se molestó en defenderse o refutarle algo, no tenía sentido. En cambio, continuó con el objetivo que se había trazado esa noche.

—No con ella, ¿va-le? —rebató, su voz rompiéndose por la emoción que aún la embargaba—. Quieres olvidarme, continuar tu vida, odiarme, acostarte con todas las mujeres del planeta y conseguir, sin duda, una mil veces mejor que yo, casarte con ella y tener los hijos que yo no te di; hazlo. Pero no con ella.

Jack la miró de arriba abajo, quizás incrédulo por lo que le estaba diciendo. Ella también se encontraba bastante sorprendida sobre eso.

—Vete a la mierda, Norah —maldijo por fin, luego se giró hacia el bar.

—No la dejes ganar, Jack, no la dejes...

—¿De qué demonios hablas? Esto no es un juego, ¡es mi vida! —acusó gritándole y volteando a verla—. Esta es mi maldita vida y ya me has arruinado lo suficiente. ¡Lárgate de aquí y no vuelvas!

—No lo hagas, por favor —rogó entonces—, te daré lo que quieras, lo que sea. Si quieres que me vaya, me iré y jamás volveré a molestarte, firmaré todo lo que me des sin siquiera leerlo, pero por lo que más quieras...

—¡Basta! —le gritó enfurecido.

Ella se detuvo y hundió los hombros. Cortó la línea de su petición y le dio la espalda para no verlo, sabiéndose perdedora y no queriendo desperdiciar la poca dignidad que le quedaba, escasa si lo consideraba, dado que hasta un segundo atrás había estado rogando como una idiota. Había sido tan absurdo ir a ese sitio. Ilógico y sin sentido. Debió haberle contado sus intenciones a Anne para que la encadenara de por vida.

—Sé que no vale de nada, por eso ni siquiera lo he intentado antes, pero... lo siento, lamento todo lo que te hice —le susurró caminando rumbo hacia la puerta.

—Detente —le ordenó Jack.

Ella lo hizo de inmediato, sin ninguna duda. Aunque sin girarse tampoco, se quedó estática mirando el portal que la llevaría lejos de allí.

Estuvieron en silencio por unos segundos, sin verse o moverse un centímetro.

—¿Jack? —preguntó por fin, extrañada por su orden así como por su falta de acción posterior.

—¿Me darás lo que quiera? —indagó. Ella se giró por fin y asintió con lentitud, tratando de descifrar su expresión—. Quiero tu cuerpo.

Lo miró horrorizada; de todas las cosas que podría creer que le diría, jamás consideró ni por un segundo que pediría eso.

—¿Por qué? —murmuró con voz rota—. ¿Qué ganarías c-con ello, Jack? —tartamudeó. Aclaró su garganta antes de continuar—: Un segundo estás diciendo que no quieres volver a verme, y al siguiente...

—No lo sé —la interrumpió—, tal vez conseguir por fin matar la rabia que siento cada vez que te miro, superar toda la porquería que me hiciste y conseguir ser feliz con otra mujer, alguien, por supuesto, mucho mejor que tú. O que tú dejes de sentir asco cuando te toque y con ello reír de último —se burló—. Llámalo venganza si quieres. O retribución. —Asintió pensativo—. Me gusta más esa palabra, parece más adecuada a nuestra situación, ¿no lo crees?

Parpadeó y negó con la cabeza, procesando las palabras, pero sin comprenderlas del todo. «¿Tanto ha cambiado?», meditó, observándolo con los ojos muy abiertos. El Jack que recordaba había sido risueño, considerado y tierno. Juguetón en su mayoría, aunque en el fondo, taciturno y analítico.

Igual de terco que ella. Pero sobre todo siempre había sido justo, era una de sus principales virtudes, heredada de su padre y fortalecida por sus altos valores familiares. La ironía de la situación no se le escapaba.

Aunque quizás, en su escala de valores, lo que le estaba exigiendo era justo.

—No lo creo —le susurró—. Lo único que conseguirás con ello es humillarme más, y lo sabes.

Él se encogió de hombros.

—Quizá, querida —respondió altivo, con una sonrisa sin humor—; pero más que todo, quería mostrarte y reafirmarme a mí mismo que de nuevo tus labios se mueven sin decir nada cierto. ¿Alguna vez has dicho algo verdadero?

Norah parpadeó un par de veces, herida por esa frase, porque sabía que casi tenía razón.

—Cuando te dije que te amab...

—Ni siquiera te atrevas —le advirtió, deteniéndola—. Lárgate.

Lo miró mientras caminaba hacia el bar y se servía otro trago. Podría cumplir esa orden, irse de allí y olvidarlo, tal vez mantener el atisbo de dignidad que le quedaba, aunque también sabría que habría fracasado, de nuevo. O podría no alejarse y volver a tenerlo por lo menos por un rato. Podría no servir para nada, y de seguro causaría más daño que bien, pero...

Justo allí, tomó la decisión.

Dio un par de pasos hasta llegar frente al sofá y empezó a remover piezas de ropa, comenzando con los tacones; sacó la camisa de seda azul del pantalón gris y la abrió, sin mucha ceremonia y con movimientos rápidos, deshaciéndose de ella y del pantalón antes de que él girara. Cuando por fin lo hizo, se quedó alucinado al encontrarla en ropa interior de encaje, a pesar de que su postura tensa le indicó que había escuchado el sonido de su ropa cayendo al piso. Vio que dejaba la copa sobre el mesón de madera del bar.

—Si la tocas o te acercas a ella, te mataré —prometió—. No volverás a verla.

—No mandarás sobre mí —la contradijo con expresión seria—. Puedo estar con quien quiera, no te debo fidelidad, nunca más.

—Ella está fuera de los límites —reafirmó Norah entrecerrando los ojos.

Jack saltó hacia ella, jalándola y tirándola contra el sofá gris. La besó con

brusquedad, como castigo, maltratando sus labios y causando que gimiera de dolor. Pero no se calmó, más bien, dejó de besarla para quitarle sus bragas con rudeza, forzándola a separar sus piernas para quedar apostado en el medio.

Mientras se desabrochaba los pantalones, Norah comprendió que él no quería que sintiera placer ni ser suave. No la estimularía como había hecho en el pasado, cuando la conexión que experimentaron fue tan fuerte que la deslumbró tanto que arrasó con cada una de sus capas. En ese momento, entendió que ese sería el castigo final por todas sus acciones y quiso gritar, llorar, empujarlo y salir corriendo; pero no pudo hacerlo.

Cuando él se introdujo en su cuerpo sin ningún tipo de juego previo, lo esperaba. Sabía que sería fulminante. Sin embargo, como siempre ocurría cuando la tomaba, incluso desde la primera vez, un intenso estremecimiento le recorrió el cuerpo haciéndola jadear y arquearse, acoplándose a sus movimientos. Siguiéndolo y moviéndose debajo de su cuerpo.

Jack la paralizó sujetando sus caderas mientras impelía, pero Norah ya estaba perdida. Gritó, se arqueó y dejó de pensar, sujetando su cabello y escondiendo la cabeza en su cuello porque él le había negado sus labios después de esa primera vez.

Llegó al orgasmo casi al ras de él, temblando y sintiéndose rota, desgarrada y entera. Todo a la vez.

Lo escuchó jadear y sintió llenarla cuando se derramaba.

Casi al instante, él salió de su cuerpo, apartándose como si le diera asco. También sabía que eso iba a ocurrir, era su declaración de principios, una pequeña venganza; así que no debería haberla impactado, pero igual lo hizo.

—Eres tan buena —escuchó que le decía mientras se ajustaba el pantalón, aún dándole la espalda, parado frente a ella—, que incluso cuando sé que estás mintiendo, te creo.

—Puedes decidir no creerme, Dios sabe que yo no lo haría en tu caso, pero esto jamás fue una mentira —le susurró con la voz rota, carraspeando para calmarse.

—¿Y en qué te convierte eso, Norah? —le preguntó. No se atrevió a contestar, aunque de todos modos la palabra resonó a su alrededor—. Vístete y lárgate de aquí —escupió entonces abrochándose sus pantalones y caminando hacia la ventana más lejana.

Ella se levantó en silencio, sus extremidades se tambalearon y sus ojos se humedecieron, aun así, consiguió vestirse con mediana rapidez, rodeada por un silencio tan opresor que casi no le permitía respirar.

Al terminar, caminó hacia la puerta y salió, no sabía qué había sucedido o qué pasaría ahora. Estaba desorientada y su cabeza parecía un hervidero, y, a pesar de todo, no conseguía arrepentirse, porque así fuera por unos minutos, había vuelto a tenerlo.